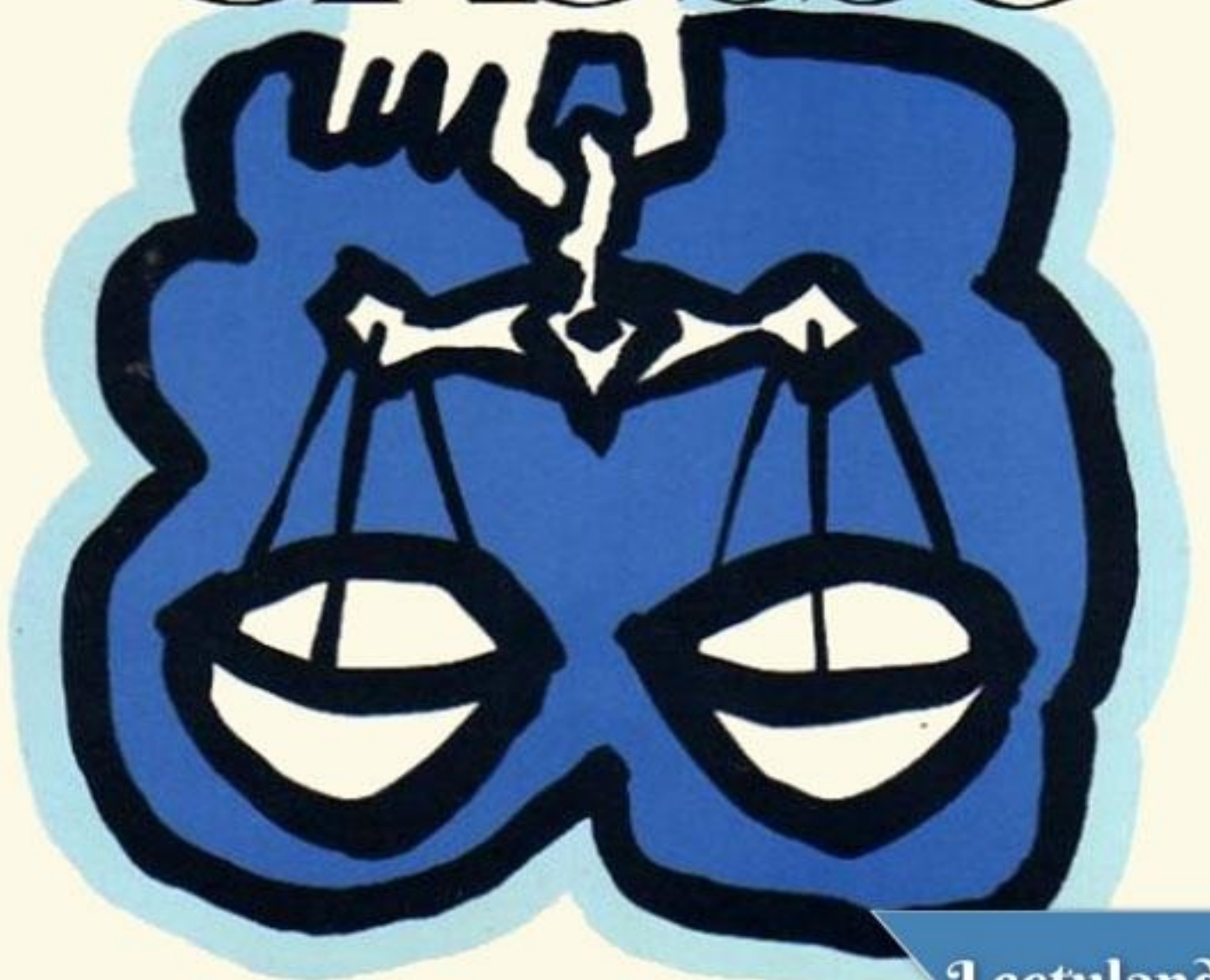


PREMIO
EUGENIO
NADAL
1980

JUAN-RAMON
ZARAGOZA

CONCIERTO GROSSO



Lectulandia

Concerto grosso es una novela casi de historia-ficción. El lector vivirá la Roma de Vespasiano, los Estados Unidos del siglo XXI y el París de la Ilustración, en un recorrido dinámico, entretenido, a veces alucinante y estremecedor, siempre profundamente humano, matizado todo con un fino humor y un sentimiento de profunda actualidad. Porque la historia se repite, y los personajes —Marcos, Melania, Adolfo, Celia— pertenecen a todos los tiempos y a todos los países, y por ello pueden convivir con Marcial, con Plinio el Viejo, con Voltaire, con Franklin, con el conde de Cagliostro, con el Presidente americano Samuel Donovan y con el siniestro doctor Niedrig, como podrían convivir —y quizá convivan— con nosotros en este momento. Novela ágil, que se lee de un tirón, pero que deja un poso que obliga a meditar para potenciar nuestra responsabilidad individual y nuestra calidad de convivencia humana.

Asignarle un género a esta novela es equivocarse siempre, porque estamos ante una de esas obras que recorren el pensamiento en todas sus facetas, sin abandonar nunca un humorismo filosófico fino e inteligente, basado siempre en el pensamiento y jamás en la mera anécdota.

Lectulandia

Juan-Ramón Zaragoza

Concerto grosso

ePub r1.0

Artifex 26.03.14

Título original: *Concerto grosso*

Juan-Ramón Zaragoza, 1981

Diseño de portada: Destino

Editor digital: Artifex

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Renata, porque si no...

Introducción

Cuando se crean, las almas pasan por un riguroso control de calidad, donde se analizan sus cualidades y defectos y se les asigna su trayectoria terrestre. Así sucedió con la de Marcos.

Tiene, por una parte —anotó el Espíritu Secretario— bondad natural, grandes deseos de ayudar al prójimo, habilidad manual, perfeccionismo...

—Por otra parte —anotó el Espíritu Fiscal— incapacidad organizativa, gran incompreensión de la vida real, tendencia a aislarse en su mundo, en su trabajo...

—Será feliz —dijo el Espíritu Secretario—. Vivirá su propia vida, sin que le afecten los acontecimientos externos; se refugiará en sus inventos, en sus pequeñas máquinas. Será capaz de abstraerse horas y días con sus problemas. No le tentarán ni el dinero ni los placeres.

—Será desgraciado —afirmó el Espíritu Fiscal—. Será incapaz de controlarse; le engañarán, le dominará quien se lo proponga. Siempre supeditado a otros, siempre mandado por otros, siempre dirigido por otros. Podrá trabajar con igual dedicación tanto para el bien como para el mal.

—En suma —condensó el Espíritu Decisor— que tenemos, como tantas veces nos ocurre con los humanos, un alma simple, ingenua, elemental. Creerá a cualquiera que le seduzca, sin profundizar. Servirá a cualquiera que se le imponga mínimamente. Obedecerá a cualquier amo. Y luego nosotros tendremos que juzgarla según su conducta... Seamos razonables. No la expongamos a demasiados peligros.

El Espíritu Secretario abrió el gran libro en-el-que-todo-se-escribe, encabezando un nuevo folio.

—¿Época? ¿Lugar? —preguntó, tras anotar el nombre.

—Veamos... —calibró el Espíritu Decisor—. Necesita un trabajo sin demasiados problemas, donde no deba tomar decisiones propias. Y un mundo sencillo, organizado, sólido.

Los Espíritus recorrieron las coordenadas espacio-tiempo, escrutando civilizaciones muy diversas: la China de los Ming, la Europa del Cromañón, la Florencia del Renacimiento, las tribus laponas, la cultura del Machu-Pichu, la Alemania de Weimar, la España de la Reconquista, la Roma de los Césares...

—Aquí —dijo súbitamente el Espíritu Decisor— la Roma Imperial. El Imperio

goza de la Paz Octaviana, las instituciones son sólidas, las clases sociales establecidas, y se admira lo práctico: la administración, las obras públicas, el artesanado, el ejército.

—Creo que es una buena idea —dijo el Espíritu Secretario, anotando—. Más oportunidades no podemos darle.

—Siempre queda uno satisfecho cuando facilita las cosas —dijo el Espíritu Decisor, con discreta modestia.

Y sin embargo...

Primera parte

Roma, año 78

Tras las sangrientas convulsiones experimentadas por el Imperio bajo los últimos Emperadores — especialmente con Calígula y Nerón— la ciudad ha recobrado la paz con el benévolo mandato de Vespasiano. Su hijo mayor y heredero, Tito, reúne las mejores cualidades humanas para ser eficaz continuador de la obra de su padre. Pero el hijo segundo, Domiciano, conspira en la sombra para alcanzar, cuanto antes, el trono imperial. Vuelven a florecer las artes, y los intelectuales que han sobrevivido las épocas anteriores, junto con las jóvenes promesas, presagian un nuevo esplendor de las letras romanas. Hay también mentes preocupadas por la economía, por la ciencia y por la técnica, que pretenden transformar el mundo.

1. Una reunión singular

Roma, la ciudad monumental, la protegida de los dioses, la residencia del Emperador —el general Tito Flavio Vespasiano— brilla como el oro bajo el sol poniente de los todavía muy calurosos días de finales del mes de septiembre. Algunos patricios inician el regreso a la ciudad desde sus residencias de verano. Las instituciones, tras el sopor estival, vuelven lentamente a funcionar. La administración del Estado rechina de nuevo. Y en las calles y en las plazas la vida sigue: se compra y se vende prácticamente de todo, se hacen toda clase de negocios, se circula, se vocifera, se murmura, se adivina, y el pueblo romano —con el Senado, naturalmente— se siente el amo del mundo y por eso con derecho al pan, al circo, a la vida, al aire, al sol y al amor. Hay preocupaciones diarias —las enfermedades, el calor, los impuestos, los precios— pero la estabilidad del Imperio es pétrea. No hay problemas. El hijo mayor del Emperador, Tito, extinguió hace poco la rebelión de los judíos. Las lejanas noticias de problemas fronterizos con los britanos, los germanos o los partos son tan habituales que forman parte de lo cotidiano y tienen, todo lo más, categoría de anécdota al lado de las noticias que realmente interesan al pueblo: la construcción de unas nuevas termas, la ampliación del abastecimiento de agua para la ciudad, o la convocatoria de unos nuevos juegos en el circo.

Sin embargo, algunas personas sí que se preocupan por el futuro del Imperio. En las afueras de la ciudad, en una villa apacible de jardines umbrosos y algo descuidados, con fuentes melancólicas, un noble, Cayo Lucio Denario, ha reunido en una llamada «cena de trabajo» a un grupo de intelectuales. Cayo Lucio Denario es una de las mayores fortunas del Imperio. Salido casi de la nada —una familia de lejanísima nobleza—, unas importaciones de trigo de Egipto, de aceite de Hispania y de esclavos de Numidia; un afortunado apoyo a ciertos senadores; unas oportunas ventas de terrenos para la construcción de viviendas para el pueblo, y la fortuna surgió, se multiplicó y fructificó espléndidamente en sus manos. Y con ello, una vida dedicada al negocio: ni dilapidó, ni ostentó, ni malgastó. Al contrario, parecía que el ganar cada vez más dinero le hiciera plantearse los problemas del dinero mismo, de la inversión, de la plusvalía, de los precios.

Cayo Lucio Denario estudió, hasta donde pudo, estos temas. Al no hallar en las bibliotecas tratados económicos tuvo que actuar como iniciador. Durante largas noches de meditación y de cálculo se enfrentó con el problema económico general recopilando todos los conocimientos sobre el tema en una magna enciclopedia —*De re economica*— cuyo primer tomo intuía que debía dedicar al capital. Sabía que debería trabajar intensamente, y que más pronto o más tarde alguien podría plagiarle la idea y convertirse en el paladín de la ciencia económica. Sin embargo, su intención era más práctica que teórica. Sus estudios demostraban el frágil soporte económico

del Imperio, y la necesidad de iniciar una política hábil que fomentara la producción, enfocándola hacia una era industrial. Y el Imperio necesitaba un equipo de cerebros, una tecnocracia que organizara esa empresa de ochenta millones de habitantes con un mundo de recursos prácticamente inexplorados.

La llegada de los invitados a la villa fue discreta. No eran grandes gastrónomos, ni grandes políticos, ni grandes lujuriosos. Eran un grupo de intelectuales romanos que, imbuidos de la importancia del momento, fueron acomodándose en sus triclinios.

—Queridos amigos —comenzó Denario—, ante todo unas palabras de bienvenida.

La colocación, cuidadosamente estudiada, de los seis triclinios formando un semicírculo, le permitía dirigirse cómodamente a todos. Inmediatos estaban los manjares y las bebidas. A corta distancia, los esclavos, atentos al servicio. En la lejanía, una suave música ejecutada por una orquesta griega.

—Bienvenida muy cordial —prosiguió Denario— para agradeceros vuestra participación. Y aunque algunos de vosotros ya os conocéis, permitidme realizar una presentación global para resaltar vuestras especiales capacidades cara a la empresa que hoy iniciamos.

»Ante todo me felicito de contar entre nosotros a nuestro querido y admirado Cayo Plinio. Todos conocéis su labor como historiador, en especial su obra sobre las guerras de Germania y su interesante historia contemporánea. Pero su presencia aquí tiene otro objetivo: aprovecharnos de su conocimiento exhaustivo de los recursos de la naturaleza. Su Historia Natural, como sabéis, compendia todo lo que de animales, vegetales o minerales puede haber en el Imperio y más allá de sus fronteras. Por ello su colaboración será de inigualable valor.

Plinio agradeció la presentación con una pausada inclinación de cabeza.

—Junto a él —indicó de nuevo Denario— Publio Fabricio, arquitecto. Tan conocido por sus edificios y obras públicas, y confirmado, además, en su gran valía por el Emperador, que acaba de encargarle la construcción de un Coliseo en Roma que será el mayor monumento de la ciudad. Es el heredero directo del genio constructor de Vitrubio y, también como él, investigador y tratadista en el campo de la ingeniería civil.

Fabricio, a pesar de su fama, aún era muy joven. Consciente de su reputación saludó, como acostumbrado a la alabanza pública, y sonrió levemente a la persona obesa e inexpresiva reclinada en el triclinio contiguo.

—A su lado —prosiguió Denario— os presento a Marco Machinio. De enorme valía, si bien poco conocido por preferir trabajar en la sombra, Machinio ha aprendido de Herón de Alejandría la construcción de máquinas, técnica que ha sabido adaptar a las necesidades del Imperio. Luego hablaremos más extensamente de sus

inventos; permitidme que por ahora me limite a esta corta presentación en aras de la necesaria brevedad.

»El siguiente experto que ha aceptado a venir es Servio Vegetio. Es un gran entendido en el mundo de la química, conoce como nadie cómo se combinan los cuerpos entre sí, cómo se trabaja en la industria para la producción de tintes, barnices, esencias y jabones, y en la actualidad está investigando la posible utilización de unos aceites minerales provenientes del Oriente y que se llaman petróleos para sustituir la leña y el carbón como fuente de calor.

Vegetio saludó igualmente a los demás con una ligera inclinación de cabeza.

—Y por último deseo presentaros a quien es mi mayor colaborador en el montaje de mi taller de experiencias: Adolfus, experto en organización empresarial, que os presentará dentro de unos momentos una interesante demostración técnica.

Adolfus era grande, fuerte, musculoso. De su rostro destacaba la mandíbula prominente, que dibujaba en su expresión un rasgo de energía o agresividad. Daba impresión de poder y capacidad de acción.

—Perdón —le preguntó Plinio—. Su nombre no es muy corriente aquí, en Roma. ¿Es acaso de origen germano?

—En efecto —respondió Adolfus, con orgullo—. Procede de mi abuelo, un colono germano que se romanizó en la frontera y vino a vivir a Roma. Significa «lobo noble».

Tras la aclaración de Adolfus, Denario prosiguió:

—Bien, señores. Hechas las presentaciones flotan en el ambiente algunas preguntas que debo contestar. ¿Por qué les convoqué aquí? ¿Qué pretendo con esta reunión? Todos ustedes aceptaron generosamente acudir cuando les comuniqué que solicitaba su asistencia por el bien de Roma y del Imperio. También aclaré que no se trataba de una reunión política, pues hasta hace poco hablar en esta ciudad de una reunión por el bien de Roma suponía siempre planear un asesinato. Se trata solamente de una reunión técnica, para someter a vuestra consideración mis reflexiones y algunas de mis realizaciones.

»Mi punto de partida es muy simple: la historia externa se escribe en el Foro y en las batallas; la historia interna depende de la economía de cada momento. ¿Por qué conquistamos Hispania? ¿Por la insolencia de Aníbal y de los cartagineses? De ninguna manera: fue para dominar el mercado del aceite y asegurar nuestro aprovisionamiento. ¿Por qué conquistamos Egipto? Para garantizar el suministro de cereales. En efecto, por debajo de la historia política y militar existen unos motivos más prosaicos, más a ras de tierra que las escaramuzas y las batallas, y que se llaman trigo, aceite, vino, esclavos, oro, estaño. ¿Por qué no concluimos la conquista de Germania? Porque sus tierras sólo tienen bosques, son improductivas y, como está demostrado, nunca darán origen a un país unido que tenga la menor importancia en la

historia del mundo.

Plinio inició un gesto, como si quisiera hacer alguna objeción, pero se detuvo. Los esclavos comenzaron a servir comida y bebida. Denario siguió:

—Pero el problema que se nos plantea ahora es que el Imperio ha vivido económicamente de su propia expansión, de sus conquistas. Nos hemos anexionado tierras, esclavos y tributos que han incorporado mucho dinero a las arcas imperiales. Sin embargo hemos llegado al límite. Las fronteras están establecidas, ya no hay más conquistas, el número de esclavos disminuye, cada vez se extiende más la concesión de la ciudadanía, con lo que aumenta la cifra de ciudadanos libres que, por definición, no trabajan. Esto quiere decir que iniciamos un proceso de disminución de la mano de obra.

»Si esto es así, y todos los indicios confirman que lo es, cada vez habrá menos potencial humano para el trabajo, y no dispondremos de brazos en los campos, en las minas, en los barcos, en las fábricas. Necesitaremos una fuerza que los sustituya, o nos quedaremos bloqueados. Y este proceso, insisto, no es lejano: estoy detectando ya los primeros síntomas de lo que pudiera ser la disminución de la capacidad de producción del Imperio. Tengo aquí unas cifras...

—No, estadísticas no —interrumpió Fabricio—. Lo creemos. Y añadiré, Denario, que en principio estoy conforme contigo. De provincias me indican lo difícil que es encontrar trabajadores para las obras públicas, y sobre todo, técnicos especializados. Nadie quiere trabajar en el Imperio. Esta desafortunada política de protección al paro ha hecho que con pan y circo gratis nadie quiera ya complicarse la vida. Pero, ¿qué solución propones? Porque yo también he cavilado mucho sobre el asunto y no veo cómo resolverlo.

—En efecto, Fabricio, la solución no es fácil. Lógicamente, si hay una fuerza productiva que disminuye —la humana—, habrá que sustituirla por otra. En algunas zonas usan el viento, para mover molinos; de hecho lo empleamos habitualmente en el mar para impulsar las naves. En otras se emplean las corrientes de agua para hacer girar ruedas. Pero son recursos muy locales o poco aprovechables. La energía animal tiene también un límite; no podemos llenar el Imperio de caballos, bueyes o camellos. Pero hay un recurso: el vapor.

—¿El vapor? —preguntó Vegetio.

—¿Qué vapor? —precisó Plinio.

—¿Por qué el vapor? —concretó Fabricio.

—Calma, señores, calma —prosiguió Denario—. Como les iba diciendo, cuando me percaté del problema de la disminución de mano de obra humana en el Imperio comencé a examinar las fuentes de energía existentes para intentar utilizar las más aprovechables. Y repasando libros di con los recientes escritos de Herón de Alejandría, en especial su Mecánica, que me produjeron una gran impresión. Como

saben, Herón ha diseñado con suma habilidad ciertos ingenios mecánicos tales como un artificio para abrir automáticamente las puertas de los templos, o una esfera que gira impulsada por el vapor producido mediante el calentamiento del agua en su interior.

»Comencé a estudiar esta esfera. Su funcionamiento es muy simple: calentando el agua lo suficiente, se transforma en vapor, aumentando considerablemente su volumen. Por lo tanto, el vapor debe salir con fuerza del recipiente donde está contenido. Y con diversos mecanismos se puede utilizar esta fuerza para producir un trabajo.

»Construí varios artificios como el de Herón, pero sin obtener ningún progreso. De modo que, utilizando sus mismos principios, planeé una máquina distinta inspirada en el funcionamiento de las bombas de agua. De esta forma pude construir un mecanismo capaz de realizar un trabajo intenso gracias a la producción de vapor. La he llamado, sencillamente, así: máquina de vapor. Y creo que ya es hora de que Machinio nos diga unas palabras.

Machinio enrojeció, se retorció las manos, jugueteó con la copa y comenzó:

—Perdónenme ustedes. Yo no sé expresarme bien. La verdad es que me encuentro más a gusto entre las máquinas de mi taller que en las reuniones literarias. Pero de máquinas entiendo, sin duda alguna.

»He construido máquinas muy diversas: es mi negocio. En especial he trabajado para las obras públicas y para el ejército. Estudié las ideas de Arquímedes, de Herón y de Vitrubio, y he desarrollado muchas de ellas.

»Cuando Denario me pidió que trabajara sobre la máquina de vapor, me entusiasmé. Es un concepto totalmente nuevo, totalmente revolucionario. No es una máquina que transforme el trabajo muscular, humano o animal, como hacen las máquinas que utilizamos habitualmente —la palanca, la noria, el polipasto, la catapulta—, sino que es una máquina que produce trabajo a partir de esta nueva energía.

»Hicimos una primera máquina de vapor: explotó la caldera. Hicimos una segunda máquina con caldera reforzada. También explotó. Es increíble la fuerza que puede acumular el vapor de agua aprisionado. Construimos mecanismos de seguridad: las máquinas comenzaron a funcionar correctamente. Tenemos en el taller varias de estas máquinas a pleno funcionamiento. Estamos ahora realizando acoplamientos para realizar trabajos muy diversos: extraer agua, cortar madera, golpear el yunque, moler granos, comprimir la uva o la aceituna... las posibilidades son ilimitadas.

Los invitados, asombrados, no perdían palabra de la explicación. En Machinio se traslucía la persona que vive una idea y que sabe comunicar su vivencia.

—Como digo, es un trabajo apasionante. Es tener ya en nuestras manos la energía

que moverá el futuro. Porque no me cabe la menor duda de que ahí está el porvenir, en la explotación de las posibilidades de la máquina de vapor para ponerla al servicio de la humanidad. De esta forma, cuando las tareas penosas de nuestro mundo las realicen las máquinas, no cabe duda que el hombre tendrá tiempo de cultivarse y aumentar sus conocimientos, su bondad y su felicidad. La esclavitud ya no tendrá razón de ser y olvidaremos la cruda afirmación de que el hombre es un lobo para el hombre.

—Bien, Machinio... y decías que no sabías expresarte —Fabricio, como técnico, estaba interesadísimo en la exposición—. Pero, ¿dónde está esa maravilla? ¿Cuándo voy a tu taller a ver cómo funciona esa criatura artificial que trabaja con nubes comprimidas?

—La máquina —dijo Machinio— la podrás ver ahora mismo. He tenido la suerte de encontrar, como jefe de taller, a un liberto de una habilidad manual extraordinaria. Se llama Marcos. Es una persona de alcances limitados, pero muy eficaz en lo referente a la mecánica. Tuvo una idea sencillamente genial: ponerle ruedas a la máquina y hacer que ella misma se impulse.

—¿Como un carro que anduviera sin caballos?

—En efecto, como un carro con su propia fuente de movimiento, con su propio motor. Es increíble, pero... permítanme que se lo presente. ¡Ah! Le ha bautizado con un extraño neologismo. Le llama... automóvil.

Machinio hizo una señal a los esclavos situados en la puerta del fondo del gran salón. La abrieron.

Lentamente, majestuosamente, el automóvil de vapor entró en el salón.

2. Maravillas de la técnica

1

Impresionante, rutilante, resplandeciente su caldera de cobre, soberbio sobre sus ruedas de madera barnizada, el automóvil I entró triunfante en el enorme salón. Conducía Marcos, joven de aspecto ensimismado, atento a la mecánica del vehículo. Le hizo dar una vuelta en torno a los comensales y finalmente frenó frente al semicírculo de triclinios. Denario se acercó.

—Aquí lo tienen, señores —mostró con aire orgulloso, como quien habla de su hijo favorito—. Aquí está el motor de vapor que, con esta disposición especial, es capaz de impulsar un vehículo. Imagínense este invento desarrollado cara al futuro: todo un mundo en descanso, todo un mundo en paz, porque todo trabajo pesado se encomendará a las máquinas. Vean, pues, la primicia del porvenir y la salvación del Imperio.

Los comensales se levantaron y se acercaron al vehículo. Lo rodearon, lo examinaron. Plinio manifestaba una enorme curiosidad por todos los detalles. Fabricio examinaba, especialmente, el motor. Vegetio consideraba con atención el sistema automático de alimentación de la caldera. Adolfus calculaba la potencia del automóvil para el arrastre y para la velocidad. Machinio miraba, satisfecho, la obra salida de sus manos.

—Marcos, ¿quieres explicar a nuestros invitados cómo funciona el automóvil? —invitó Machinio.

Marcos bajó del asiento del conductor. Se le veía tímido, forzado, violento, con dificultad de expresión.

—«Igual que yo», pensó Machinio.

—Bien, ilustres señores, senadores...

—No son senadores, Marcos. Déjate de presentaciones y al grano.

—Bien, bien —más azorado todavía—, esto, como ven, es un carro que en vez de tener tracción animal funciona impulsado por un motor. Este motor tiene una energía propia que proviene del vapor de agua —fue tomando seguridad en sí mismo—. La pieza fundamental es la caldera, de cobre remachado, con mecanismo de seguridad para evitar explosiones, porque en los ensayos previos... —observó el gesto de disgusto de Machinio—. Bien, creo que ya saben lo de las explosiones. La caldera funciona con agua, y se rellena periódicamente a partir de este depósito. El fuego se produce con la leña que tenemos aquí acumulada. En el primer automóvil que construimos se precisaba un esclavo que echara continuamente leña para mantener el fuego, le llamábamos «calefactor»; pero ahora hemos introducido un mecanismo automático que introduce en el horno trozos de leña desmenuzada o cáscaras de

almendra sin necesidad de ningún calefactor. Con ello ahorramos peso y el vehículo puede ir más aprisa.

»Queda, ahora, el mecanismo de conducción. No se podía pensar en colocar riendas puesto que no hay caballos que dirigir; por eso hemos ideado un dispositivo que actúa sobre el eje de las ruedas delanteras, manejables desde este mando que también tiene forma de rueda como la que dirige el timón de los barcos. En la parte delantera del automóvil está el asiento del conductor con la rueda de dirección, el control de la velocidad, los frenos, etc.

—¿Qué potencia puede desarrollar este automóvil? —preguntó Fabricio, muy interesado.

Machinio contestó:

—El que ven aquí es un prototipo; tenemos ya en construcción otros automóviles que presentan importantes mejoras respecto al que aquí ven. Hemos desarrollado dos líneas de trabajo: automóviles de potencia, para transportar cargas, y automóviles de velocidad, para trasladar rápidamente una carga ligera. Llegará un momento en que las calzadas del Imperio estarán recorridas por toda una flota de automóviles que transportarán personas y mercancías garantizando nuestra Pax Romana.

»A pesar de ello —prosiguió Machinio— no quiero que se deslumbren con el automóvil. El invento fundamental es el motor de vapor. En nuestro taller experimentamos diferentes modelos para aplicaciones concretas. Este era uno de los temas a tratar con ustedes. De modo que si les parece correcto, digamos adiós al automóvil y sigamos conversando.

Marcos subió ágilmente al asiento delantero y manejó sus palancas. El automóvil comenzó a avanzar majestuosamente. Girando la rueda de dirección, Marcos rodeó de nuevo los seis triclinios y se dirigió hacia la puerta del fondo.

El automóvil desapareció dejando en la atmósfera de la sala pequeñas nubecillas de vapor.

Los asistentes volvieron a la conversación.

2

—Bien, ya estamos todos en el secreto —dijo Denario—. Para unos habrá sido una novedad total. Para otros —señaló a Machinio y Adolfus— sólo parcial, por conocer parte de lo que aquí hemos visto. Pero quiero exponerles ya el proyecto completo.

»Se trata de aplicar progresivamente el motor de vapor a toda la actividad industrial del Imperio, para sustituir la mano de obra humana mal. El motor de vapor

se aplicará a todo: automóviles, barcos, transportes, fábricas, construcción, minería, ejército. No obstante, aún quedan algunos problemas técnicos por resolver, en especial los que llamaríamos de organización de empresa.

»Se necesita construir una sociedad. Una sociedad formada por un grupo de personas que reúnan distintas capacidades y recursos y que lleven adelante la empresa. Pero que sea a la vez lo suficientemente limitada para que todos los integrantes se conozcan personalmente, y lo suficientemente amplia para integrar dentro de ella los distintos aspectos de la investigación y fabricación de los motores de vapor.

»Esta sociedad, señores, la podríamos constituir nosotros. Y aunque no haga falta repetir los motivos de la elección de cada uno, conviene considerar su posible aportación particular al proyecto.

»Por mi parte, y discúlpenme si me menciono el primero, apporto el capital necesario, la idea básica y los estudios y prototipos realizados hasta el momento. Y solicito, en compensación, ser el director de la empresa.

»Fabricio aportaría su enorme conocimiento de las obras públicas. Los motores serán una ayuda inestimable para la construcción, que, no olvidemos, constituye hoy en día la principal actividad económica del Imperio. Y si pensamos en el tráfico mediante automóviles, se requiere el acondicionamiento de las carreteras así como la construcción de depósitos de combustible y de agua. Lo mismo podríamos decir si iniciamos ensayos de navegación a vapor.

»Machinio ya ha desarrollado en su taller los prototipos de los motores y del automóvil, y será el responsable de su ejecución. Un día celebraremos una reunión en su estudio y podremos apreciar los extraordinarios proyectos que bullen en su mente.

»En cuanto a Vegetio, en cuya expresión veo la sorpresa que le produce su adscripción al proyecto, tiene un papel excepcional: la investigación sobre los combustibles más aptos para la alimentación de las máquinas de vapor. Sabemos que el empleo de la madera presenta problemas de suministro; las experiencias con carbón dan mejor resultado, pero lo ideal sería utilizar un combustible líquido. Pensamos que esos estudios que está realizando con los aceites minerales llegados de Arabia, o con el espíritu de vino, conducirán a obtener algún combustible fácil de transportar y de utilizar.

»Adolfus, que conoce parte del proyecto, aunque no todo, es una pieza clave de la sociedad: debe organizar toda la fabricación de los motores y de los automóviles. En anteriores empresas me ha demostrado sus extraordinarias aptitudes de mando; ahora recaerá sobre él la tremenda responsabilidad de un proceso industrial como hasta ahora no ha conocido el Imperio. Porque hasta ahora hemos trabajado de forma artesanal, haciendo pieza a pieza nuestros barcos o nuestras catapultas. Ahora Adolfus ha puesto en marcha un plan que llama de “fabricación en serie”, con lo que

se podrán conseguir cifras de fabricación realmente fabulosas.

»Y finalmente, Plinio, tan respetado por sus conocimientos y por el ejemplo de su vida, debe ser el Presidente de nuestra sociedad. Es, sin ninguna duda, el hombre conoedor de todos los recursos de la naturaleza, que orientará nuestros problemas con su poderosa inteligencia y que unirá nuestros conocimientos científicos y técnicos con el humanismo indispensable para que la pura técnica nunca oprima al hombre, sino que lo perfeccione y lo sublime. Sobre él debe recaer la enorme tarea de orientar las aplicaciones pacíficas de la energía del vapor y evitar que se convierta en patrimonio de grupos que lo utilicen como medio de esclavizar a la humanidad.

Denario calló. Esperó un momento, anhelante. Sus ideas, largamente acariciadas en noches de trabajo y estudio, esperaban en el aire. Los elegidos, las personas más capaces de Roma para la empresa que se proponía, meditaban. Nadie se atrevía a romper el silencio.

Fue finalmente Plinio quien lo hizo.

—Querido Denario... No hace falta que te diga lo que me impresionan tus razonamientos y tus inventos. Es, simplemente, un proyecto fantástico. Doy gracias a los dioses que me han permitido ver este día.

»Sí, en efecto, soy estudioso de la naturaleza y de la historia, pero sobre todo me interesa el hombre. Y estoy convencido de que la maldad humana es consecuencia de la falta de instrucción. El hombre que conoce el bien es incapaz de apartarse del bien. Sólo obra mal el inculto, el que no ha tenido oportunidad de liberar su espíritu para conocer, por la filosofía, cuál es la conducta humana justa, correcta, ética, liberada de las tempestades que las pasiones producen en nuestro ánimo.

»Creo que las máquinas podrán evitar al hombre el yugo del trabajo y permitirle cultivar su espíritu. Por eso estoy contigo, Denario, y me presto a colaborar totalmente con el entusiasmo de haber encontrado una noble causa. Ya estoy en la cincuentena y, la verdad, me resiento de que mi obra sea recopilativa y no creadora. Pues bien, tu oferta me llega en el momento en que quiero dar un sentido creador a mi existencia, haciendo un trabajo útil para los hombres, patricios y plebeyos, libertos y esclavos, romanos y extranjeros. Cuenta conmigo, contad conmigo, queridos compañeros, si es que vosotros aceptáis, y comencemos a trabajar cuanto antes.

Terminó Plinio, con una discreta pose dramática, y los demás aplaudieron fuertemente. Todos proclamaron su identificación con el proyecto y comenzaron a tratar los pasos inmediatos.

—Por mi parte —continuaba Plinio— ya intuía las enormes propiedades expansivas del vapor. Perdonad la pedantería, pero siempre estuve muy interesado por los volcanes, y no cabe duda que la ruptura de la tierra que producen en su cono se debe a la brusca producción de vapores y gases en su interior. Algún día me acercaré a un volcán para comprobar mis teorías.

—En cuanto al combustible —afirmaba Vegetio— hay enormes posibilidades. Se dice que en la lejana China hay una mezcla inflamable, que denominan pólvora, que bien pudiera ser una fuente calorífica de enorme poder.

—¡Lo que podríamos ahorrar! —exclamaba Fabricio—. Para proveer de agua a Roma hemos de construir acueductos de cientos de kilómetros, mientras que si con los motores pudiéramos elevar el agua del Tíber purificada...

—A cientos —indicaba Adolfus—, hay que producirlos a cientos o a miles. Mediante un plan de fabricación intensivo. Hay que comenzar de inmediato.

Comentando, animándose, argumentando, filosofando, volvió la tranquilidad a la reunión. Denario les participó que ya se había iniciado la construcción del gran taller de «fabricación en serie» en un lugar secreto cercano a Roma. Y que allí se situaría la sede de la sociedad, donde celebrarían las próximas reuniones.

—Y ahora, finalmente, una pequeña sorpresa. Sé que ustedes no son amigos ni del exceso del vino, ni de las mujeres livianas. Pero he querido honrar su visita a mi casa haciéndoles participar de una bebida exótica.

Dio unas palmadas y los esclavos, atentos, entraron con unas bandejas llenas de unas jarras humeantes que despedían un estimulante olor.

—Les voy a servir una bebida que es, según creo, la primera vez que se puede saborear en Roma. Se trata de una infusión realizada con los granos tostados de una planta oriental llamada café. Tiene un aroma muy especial y, si al principio les parece amargo, se puede endulzar. Pero tiene propiedades estimulantes muy notables: aguza el entendimiento y proporciona una grata sensación de bienestar.

Los esclavos fueron sirviendo café a los concurrentes, y Denario fue el primero en tomar una taza y explicar cómo se preparaba y endulzaba.

—Nos espera mucho trabajo —dijo—. He preparado para cada uno de ustedes un tarro de estas semillas. Les aconsejo que mientras trabajan para el proyecto tomen de vez en cuando una taza de café; apreciarán el estímulo que les proporciona.

El olor de la infusión dejó por toda la sala su aroma excitante, que acompañó las despedidas de la cena de trabajo, tan distinta a los festines de todo tipo que en aquel momento se celebraban en tantas y tantas residencias romanas.

3. La fábrica de motores

1

La villa localizada en las cercanías de Roma se demostró muy adecuada para el proyecto: situada en un valle, aislada, contaba además con una gran extensión de terreno en torno. Se acotó y se rodeó de una guardia permanente; sólo se permitía el paso de los identificados. Junto a la gran casa de labranza se construyeron naves de fabricación de gran longitud, almacenes, talleres auxiliares, viviendas de obreros y técnicos. Un pequeño mundo rodeado del más absoluto secreto, ya que todos los implicados en la fabricación de motores de vapor y automóviles se encontraban aislados e incomunicados. Siguiendo las normas recomendadas por Columela para obtener el mejor rendimiento de los esclavos, y ampliándolas a los libertos, se cuidó de la comida, los turnos de trabajo, el descanso y las distracciones. Nada faltaba en aquel complejo, excepto la libertad de desplazamiento.

Adolfus, en las oficinas centrales, mostraba una feroz determinación en el cumplimiento del plan de producción. Provisto de tablas de rendimientos calculaba tiempos, hacía confluir cadenas de montaje, repasaba los depósitos de piezas, estaba, omnipotente y omnipresente, en todos los sitios, en los almacenes, en las fraguas, en las salas de comprobación, en los comedores, en los laboratorios de investigación. Parecía un Vulcano sudoroso y agitado cuando cruzaba las salas de pruebas entre martillazos y zumbidos del vapor.

Durante el escaso tiempo de funcionamiento de la fábrica se habían examinado los diversos prototipos de motores de vapor, eligiendo los de mejores características e iniciando los preparativos para su fabricación en serie.

En la sala de reuniones del edificio central, Adolfus concentró a los jefes de sección e impartió sus instrucciones:

—Comenzamos hoy, como saben, la fabricación de nuestro motor de vapor en el más absoluto secreto. La revolución que supone el nuevo motor, que ya han visto funcionar, viene acompañada de una revolución similar en su proceso de fabricación.

Todos asintieron.

—Hasta ahora nuestra industria ha sido artesanal, esto es, cada obrero ha construido el producto del principio al fin. A partir de ahora, sin embargo, trabajaremos en serie. Responsabilizaremos a cada sección de una parte de la fabricación, concebida como un conjunto de pasos de los que cada uno corresponde a un operario concreto. Las piezas así obtenidas se situarán en rampas deslizantes para ir convergiendo en una cadena de montaje, de cuyo final saldrá el motor o el automóvil definitivo.

»Hemos estudiado los tiempos de fabricación, y deben cumplirse. Tengan en

cuenta que no tratamos de agotar a los trabajadores, ni mucho menos. Se trata de producir el máximo de lo que cada cadena de montaje permita. Tenemos mucha mano de obra, y, si fuera preciso, podríamos organizar turnos más cortos. Pero también queremos fabricar lo antes posible el mayor número de motores de vapor. Para ello utilizaremos de modo exhaustivo nuestros medios materiales de producción. Rendimiento máximo. Ésa es la consigna. ¿Entendido?

2

La sala de trabajo de Marcos era amplia, soleada. En ella se veían, arrinconados, algunos de los primeros prototipos del motor de vapor. Uno de ellos mostraba claramente los efectos de la explosión de la caldera. En el centro de la habitación se encontraba el último prototipo de automóvil, sobre el que Marcos trabajaba. En su diseño se apreciaban ya importantes novedades: dos asientos anteriores, motor posterior, menor altura, una rueda de dirección menor que en los modelos anteriores, que permitía con facilidad su manejo con ambas manos. Las ruedas de madera eran menores que en los anteriores prototipos. Daba impresión de ligereza y velocidad.

Con la entrada de Adolfus, Marcos se sobresaltó.

—Bien, bien, veo que esto marcha —dijo Adolfus complacido, pasándole el brazo por el hombro—. Veo grandes progresos desde la semana pasada. ¿Qué problemas hay ahora?

—La suspensión —Marcos señaló las ruedas—. El problema lo constituye ahora la suspensión. Cuando un automóvil circula por las carreteras a pequeña velocidad, apenas se aprecian las irregularidades del terreno; pero si aumenta su velocidad, alcanzando la de una biga o una cuadriga, podremos aplicar el mismo tipo de suspensión que utilizan estos carros. Con ello obtendremos al menos su misma estabilidad, si no más, porque nuestro vehículo es más pesado. Pero con el nuevo motor estamos en condiciones de ir aún más aprisa, y el problema a resolver es cómo mantener esa velocidad sin que cualquier pequeño obstáculo de la carretera vuelque el automóvil.

—Comprendo, y, ¿cómo lo vas a solucionar?

—Pienso que debemos variar el tipo de suspensión. Hasta ahora la hemos centrado en el eje, colocando muelles entre él y la estructura. Ahora estoy dando vueltas a un concepto revolucionario: añadir, aparte de esta suspensión, otro sistema colocado en la propia rueda.

—¿Cómo dices? ¿Suspensión en la propia rueda? —se sorprendió Adolfus.

—Exactamente, señor. Se lo voy a demostrar —tomó una rueda del suelo—. Ésta

es una rueda normal, de las que hasta ahora usamos en los automóviles: de madera, con reborde metálico. Al pasar por encima de un objeto —colocó un ladrillo en el suelo e hizo rodar la rueda hasta sobrepasarlo—, ¿qué ocurre?, un impulso hacia arriba, un golpe que tiene que amortiguar la suspensión que hasta ahora colocamos en el eje. O sea, que la rueda transmite todo el impulso del obstáculo al eje.

—Todo eso está muy claro, pero ¿cómo evitarlo?

—Muy sencillo, señor. Usted, cuando duerme, ¿lo hace sobre un colchón o sobre una tabla?

—¡Qué preguntas haces, Marcos! En mis tiempos de soldado he dormido sobre tabla, sobre jergón o directamente sobre el suelo. Ahora duermo lo más cómodo posible.

—Exacto, señor, y es lo normal. ¿Por qué? Porque al dormir cómodo, sobre un colchón, amortigua el peso del cuerpo, lo que no ocurre si duerme directamente sobre la tabla. O sea, que para que la suspensión sea mayor debemos rodear las ruedas de un colchón.

—Entiendo la idea, pero no cómo aplicarla a las ruedas.

—Muy sencillo: ya está aplicado y comprobado. Mire esta rueda: es también de madera, pero su borde es distinto. Es como un tubo ancho, y tiene en su interior esponjas comprimidas, rodeadas de un lienzo fuerte y engomado. Verá cómo pasa por el mismo obstáculo.

Lanzó la rueda por el suelo, llegó al ladrillo y lo sobrepasó, con una sacudida muy pequeña.

—Vea, señor. La propia rueda ha hecho de amortiguador. Colocando en el automóvil cuatro ruedas de este tipo, podrá aumentar notablemente su velocidad, ya que el motor lo permite sin comprometer su estabilidad.

—Marcos, ¡es una solución extraordinaria! —Adolfus miraba la rueda una y otra vez—, ¡es un invento genial en su sencillez! ¿Se puede pasar ya a la fabricación en serie?

—Quedan algunos detalles, señor. La rueda es eficaz, pero se desgasta mucho. Aún quedan por hacer algunas comprobaciones. Para ello necesito la ayuda de un técnico en tejidos, que conozca la resistencia de todos los lienzos existentes. Y también necesito saber si hay algún material que pueda sustituir a las esponjas.

—Lo tendrás todo, Marcos. Te enviaré al mejor técnico en tejidos que consiga. Y en cuanto al relleno, consultaremos con Plinio qué material es el más adecuado, y lo traeremos de donde sea, aunque tengamos que ir al fin del mundo.

Dirigió una última mirada al prototipo.

—Te felicito, Marcos. Sigue trabajando.

3

En el extremo de la villa se alza un pabellón solitario. Allí se dirigió Adolfus. La vigilancia era aún más extremada que en el resto del recinto. Si dentro de la villa se podía circular con cierta libertad, la entrada a este pabellón estaba rigurosamente prohibida.

Como todas las semanas, Adolfus realizó una detenida inspección. Permaneció más de dos horas, y salió con expresión satisfecha.

Seguidamente pasó a la sala de montajes.

4

Al día siguiente, de mañana, dos mensajeros llamaron a la sala de trabajo de Marcos. Con ellos venía una joven alta, morena, de pelo negrísimo, de cara agradable e inteligente.

—De orden del señor Adolfus —dijo el mensajero— se incorpora, a su laboratorio la técnica en tejidos que había solicitado.

Marcos quedó cohibido. No tenía costumbre de trabajar en equipo, y menos con una mujer como compañera. Contestó, distraído:

—Gracias, pueden retirarse.

La joven quedó en pie, esperando.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Marcos.

—Melania.

—¿Conoces bien los tejidos?

La mirada de Melania brilló, desafiante.

—Conozco todo lo que se puede saber de tejidos. He trabajado desde la infancia en hilaturas y telares, y he manejado las distintas fibras, los tintes, los tejidos resistentes y suaves, la púrpura, los tejidos de oro y plata...

—Lo creo, Melania. Te explicaré el problema. Esto que ves aquí es un automóvil. No habrás visto ninguno hasta ahora, porque lo acabamos de fabricar, pero es un carro que avanza sólo por la fuerza del vapor. Sin embargo, para construir unas ruedas resistentes tenemos un problema. Marcos explicaba con pasión. Melania asentía suavemente.

5

—El proyecto avanza —declaró Adolfus a Denario—. Dentro de poco contaremos con los primeros motores de vapor producidos en serie. A partir de este momento produciremos diez motores grandes y veinte pequeños por semana. Los grandes serán para las aplicaciones industriales, los pequeños, para los automóviles.

—¿Y qué hay de las experiencias de Vegetio?

—Él y Plinio se han encerrado en uno de los pabellones de investigación analizando lo que llaman combustibles líquidos. Han comenzado probando el aceite refinado, luego el espíritu de vino y ahora los destilados del aceite de Arabia. De hecho ya tenemos un motor alimentado con espíritu de vino, que nos permitirá regular perfectamente la velocidad del automóvil.

—Y Fabricio, ¿sigue estudiando las aplicaciones a la construcción?

—En efecto, mediante dos líneas de trabajo. Una, la construcción de un vehículo a vapor con un rodillo pesado para igualar el nivel de la carretera y permitir la libre circulación de los automóviles; le llama apisonadora. Por otra parte ha ideado una máquina de transportar y colocar columnas, aligerando lo que es, sin duda, una de las tareas más pesadas de la construcción.

—¿Cuándo tendremos preparada la demostración para el Emperador?

—Dentro de muy poco. Es preferible mostrar realidades que proyectos. Vespasiano es un hombre muy práctico, sobre todo cuando ve posibilidades de obtener dinero de cualquier negocio. Pero tiene que verlo muy claro: la demostración debe ser un éxito.

6

El trabajo conjunto entre personas de distinto sexo genera compañerismo, y, en ocasiones, el compañerismo se convierte en amor. Marcos y Melania acabaron unidos bajo la tensión de resolver los problemas prácticos planteados por la construcción del automóvil, y, a medida que los iban resolviendo, se creaba en ellos un espíritu de triunfo indicador de la victoria de la técnica sobre la materia.

—¿Dónde aprendiste mecánica, Marcos?

—En realidad, Melania, comencé trabajando en una carpintería. Pero ese trabajo no me gustaba: lo mío eran las máquinas. Así que en cuanto pude pasé a trabajar en el primer taller que encontré relacionado con los metales: el de un fundidor de estatuas de bronce. Allí aprendí a manejar el metal, desde que se encuentra en estado bruto hasta que se le domina con el fuego dándole la forma deseada. Trabajé ayudando a fundir, transportar y montar las principales estatuas que hay en Roma. Pero luego vi otras posibilidades. Yo no soy artista, así que nunca podría ser un creador. Sería

siempre el ayudante, el técnico colaborador.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Seguía muy interesado con las máquinas... Es un mundo fabuloso. En nuestro taller fabricamos unas bombas de agua para un tal Machinio. Él había hecho el diseño, y nosotros fundimos las piezas e hicimos el montaje. Pero cuando estuvieron construidas las bombas vimos que no funcionaban bien: tenían unos escapes y el agua no alcanzaba la presión debida.

—¿Por vuestra culpa?

—No, los planos estaban bien hechos, y la fundición y montaje de las piezas también lo estaban. Pero algo fallaba. Me di cuenta que era un problema de las válvulas y del rozamiento de los émbolos —bueno, no te lo cuento en detalle, no vayas a aburrirte—. Pero el caso es que propuse unas mejoras, se hicieron y la bomba funcionó de maravilla.

—Y entonces fue cuando te llamó Machinio.

—En efecto, parece que le impresionó mi capacidad. Dijo que nunca había visto a nadie con tanta habilidad mecánica. No lo dijo así exactamente, pero...

—¿Cómo lo dijo exactamente? —insistió Melania.

—Oh —Marcos se ruborizó. Dijo—: este chico tiene cortos alcances, pero una habilidad maravillosa. Podrá desarrollar cualquier idea que se le dé, aunque no tenga ideas propias —agachó la vista, mientras se frotaba las manos con un trapo para quitarse la grasa—. Puede que sea así. A veces duele que digan las verdades. Pero, qué remedio. Ése soy yo.

—Mi pobre Marcos... —dijo Melania, con simpatía—. Creo que, en efecto, eres así. Pero no te avergüences. En el mundo hay sitio para todos. Para los inteligentes, para los hábiles y aun para los necios.

—Sí, Melania. Pero a veces me preocupa no saber bien el alcance de lo que estamos haciendo. ¿Te das cuenta de que estamos aquí, encerrados, aislados en esta villa, trabajando en estos motores que dice Machinio que van a revolucionar el Imperio, bajo el control de Adolfus, que está en todos los sitios a la vez con su energía fabulosa? Supongo que trabajamos para el bien de la humanidad, pero a veces me entra miedo de que estemos creando algo tan grande, tan impresionante, que se nos escape de las manos.

—No seas ingenuo, Marcos. Yo soy partidaria del progreso. He visto mucha pobreza y mucha miseria, y creo que hay que hacer algo por remediarla. Se necesita comida, vestidos, casas, transportes. Y todo eso barato, para acabar con la esclavitud. Creo que el progreso nos hará libres, que la técnica nos traerá la felicidad.

—Puede ser, Melania. No te lo niego. Pero lo que yo veo es que cuanto más trabajo por el progreso y la libertad, menos libertad tengo. Cuando hacía estatuas, recorría toda Roma; cuando empecé a trabajar con Machinio en el primer motor de

vapor me impuso una discreta vigilancia para que nuestro trabajo no trascendiera; y eso que estaba seguro de mi discreción. Y ahora, cuando empezamos la fabricación en serie, me encuentro encerrado en esta villa desconocida, con total prohibición de salir, solo, aislado del mundo.

—No totalmente solo —dijo Melania—, me tienes a mí...

4. El taller secreto

1

Al terminar la jornada de trabajo la villa vivía unos momentos de insólita actividad en sus caminos. Esclavos, libertos, técnicos, administrativos, hombres, mujeres, salían de sus naves y se dirigían a los pabellones de viviendas, a las tiendas, a las tabernas, a las termas, a los espectáculos. La organización Adolfus había previsto lo necesario para no dar opción ni al aburrimiento ni a la fatiga. Interesaba un trabajo continuo y eficaz, y para ello los trabajadores debían estar en las mejores condiciones. Por ello el vino era bueno y barato, había artistas de las diversas regiones de Italia, así como de lejanas tierras; las muchachas gaditanas alegraban con sus bailes y su compañía; y había rincones escondidos para los que quisieran gozar la paz del silencio. Los jardines de la antigua villa seguían cuidados; un campo de deportes, situado junto a las termas, permitía a los aficionados la práctica de diversos ejercicios. Los enamorados paseaban y procuraban esconderse de las zonas donde la luna les hiciera demasiado visibles. Los rincones umbríos, con el lejano rumor de las fuentes, eran propicios a la confidencia y al amor.

Marcos y Melania paseaban hablando íntimamente, cariñosamente, alejándose hacia una pequeña colina que dominaba el conjunto de la villa.

Cuando dos personas se miran a los ojos no acostumbran a fijarse en lo que hay en su derredor. Puede suponerse, por tanto, que no observaran la indicación que prohibía el paso. Puede achacarse, igualmente, a la casualidad, que el centinela de la zona estuviera a cierta distancia conversando con su compañero de guardia. Pudo coincidir, igualmente, que la gran nave situada en la zona de acceso prohibido estuviera brillantemente iluminada con profusión de antorchas y que el sendero de acceso a la colina permitiera observar el interior gracias a una ventana abierta. También pudo darse la coincidencia de que en aquel momento, en el interior de la nave estuviera finalizando una interesante demostración.

Lo primero que se podía observar era un automóvil, pero de un tipo muy especial. Las ruedas eran más grandes y más anchas que el prototipo en el que trabajaba Marcos. Su aspecto, pensó éste, no era en conjunto de automóvil de velocidad, sino de potencia. Porque todo el vehículo se encontraba recubierto de placas de hierro, como escudos yuxtapuestos, dejando sólo unas pequeñas rendijas para —era de suponer— que el conductor situado en el interior pudiera dirigirlo correctamente. La parte delantera presentaba dos formidables arietes. Y del centro emergía una pequeña torre, también recubierta de placas de hierro, de donde surgía un cilindro en posición horizontal, de utilidad desconocida pero de amenazador aspecto.

De pronto, en el campo visual de Marcos y Melania se introdujo un grupo de

personas que avanzaban por la nave; todos ellos eran desconocidos excepto Adolfus, que iba en el centro, gesticulando. Tenía el aspecto enérgico y dominador de sus mejores momentos, y se dirigía a unos y otros. Conociéndole se le podía adivinar aclarando, sugiriendo, imponiendo, comentando. Era —como siempre— el alma de cualquier proyecto. Y el proyecto parecía importante.

Un ligero trepidar del extraño automóvil indicó que el motor estaba en marcha. Hubo un escape de vapor, y la impresionante mole comenzó a andar lentamente, saliendo del campo visual de Marcos y Melania. Éstos se miraron, comprendieron, y sigilosamente avanzaron entre las matas bajando por la ladera hasta llegar a un punto donde pudieron volver a observar, ahora con mayor amplitud, la escena.

Dentro de la nave habían construido un pequeño muro de bloques de piedra sólidamente unidos. El automóvil blindado enfiló hacia él, aumentó su velocidad, se lanzó con toda la potencia de su máquina, chocó con sus arietes y demolió la construcción. Los observadores, tras un momento de expectación, mostraron calurosamente su felicitación a Adolfus, que parecía enormemente satisfecho.

Marcos y Melania se dispusieron a irse, pero observaron que la prueba no parecía haber acabado. El automóvil blindado giró. Estirando el cuello pudieron ver que ahora se situaba frente a una torre de ladrillos que imitaba una fortificación. Pensaron que iría a embestirla de nuevo.

Pero no: sucedió algo muy distinto. El automóvil blindado quedó quieto, pero su torre central giró. Y el cilindro alargado ascendió cuidadosamente hasta llegar a cierto ángulo. Y entonces, sonó la explosión.

Del extremo del cilindro surgió un proyectil envuelto en nubes de vapor. El proyectil alcanzó la torre y la destruyó; su parte superior quedó convertida en un conjunto de maderas rotas y ladrillos fragmentados.

Pero a continuación ocurrió otra explosión. Y ésta fue mucho más impresionante. Nacida del interior del automóvil blindado, lo destruyó por completo. Chorros de agua hirviendo se desparramaron, mientras nubes de vapor subían al techo de la nave oscureciendo la iluminación. Los dos conductores salieron despedidos por el aire, y uno de ellos chocó precisamente con la torre mientras el otro caía al lado opuesto de la nave. Todos los asistentes corrían buscando la salida, sin lograr encontrarla entre la bruma del vapor. Algunas antorchas se apagaron, mientras trozos de madera se incendiaban. Se abrieron las puertas, saliendo empavorecidos al exterior.

Los vigilantes se acercaron, corriendo.

Aprovechando la confusión, Marcos y Melania escaparon hacia los pabellones de la villa.

Domiciano, el hijo segundo del Emperador Vespasiano, se encontraba ya ebrio. En la sala del banquete, algunos comensales yacían por el suelo; otros, aún en sus triclinios, roncaban fuertemente. Las odaliscas y bayaderas yacían aquí y allá, entremezclando sus desnudeces con las de los invitados.

En aquellos momentos, Domiciano sentía la cabeza nublada y un principio de pulsaciones en las sienes. Pero sus ideas seguían siendo muy claras: quería ser César, y lo conseguiría, pasando por encima de su padre Vespasiano, actualmente reinante; dechado de justicia y eficacia, según decían; dechado de aburrimiento y tacañería, según él bien conocía. Pasando por encima de su hermano Tito, que si en tiempos fue un buen compañero de juergas —pendenciero, alegre, alborotador— ahora se había entregado con ahínco al conocimiento de la administración del Estado.

Y para eso no valía la pena ser Emperador. Él, Domiciano, quería serlo con toda su alma, pero no para llevar una vida de trabajo y sacrificio, sino para mostrar a sus conciudadanos lo que suponía ser, en todo su esplendor, Emperador de Roma. En los Juegos, en el lujo, en el deslumbramiento, en las pasiones. Y lo conseguiría.

Bebiendo de nuevo recordaba —ahora con rabia— la ingenuidad de sus primeras conjuraciones burdas de aficionado. La clemencia de su padre Vespasiano y del timorato de su hermano Tito le habían perdonado. Y había aprendido la lección. El próximo golpe debía ser perfecto, organizado, total. Una acción rápida, unas ejecuciones controladas —tampoco, claro está, demasiado derramamiento de sangre— y el Imperio sería suyo.

Por eso había ideado nuevos métodos de acción. Y por eso había buscado a Adolfus, el hombre organizador, que tras la capa de sus extrañas fabricaciones iba disponiendo, en la sombra, los medios necesarios para alcanzar el poder.

Como en sombras vio que entraba en la sala el propio Adolfus. Tuvo un hipo y se incorporó. Apartó bruscamente a Cornelia, su último descubrimiento erótico, que aún estaba medio echada sobre su costado y la dejó en el suelo, con cuidado, delicadeza extraña en él. Buscó un recipiente con agua y se lavó la cara cuidadosamente. Algo más despejado, se encaró con Adolfus.

—¿Y bien? —preguntó.

—Los primeros ensayos, perfectos. Tenemos un carro de guerra, de enorme potencia, capaz de derribar cualquier obstáculo.

—¿Y qué más? ¿El tubo lanzador?

—Funcionó perfectamente y destruyó la imitación de torre de fortaleza. Sólo que...

—¿Qué pasó?

—Que con la potencia del disparo reventó la caldera.

—¡Maldición! Y el carro...

Adolfus titubeó un instante. Luego dijo:

—El carro... ha quedado destruido.

Domiciano quedó congestionado por la ira.

—Así pues —dijo finalmente—, estamos meses enteros preparando con el mayor secreto el arma decisiva que os dará la victoria sobre las legiones de mi padre y de mi hermano, y, al final, en el último ensayo, se echa todo a perder.

—Perdón, señor, pero quiero aclararos que aún se trataba de un prototipo; luego debíamos organizar la fabricación en serie. Sólo se nos plantea un pequeño retraso en la fabricación hasta que el mecanismo lanzador esté logrado.

Domiciano lanzó un eructo. Pensó. Preguntó:

—¿Y cuándo crees que se conseguirá?

Adolfus contesto, seguro:

—Muy pronto, señor. Sé cómo hacerlo.

Saludó y se marchó, dejando a Domiciano sentado en el borde del triclinio, meciendo las piernas. En un extremo de la sala un comensal cantaba, en voz baja y desagradable, «cuando las legiones llegaron a Germania», mientras una voz femenina ponía un contrapunto de risas agudas.

Domiciano tomó a Cornelia, que estaba completamente dormida, y cargó con ella a pasos tambaleantes. Pensó que era deseable ser Emperador.

3

Vespasiano se levantó pronto, como solía; antes del amanecer.

Era una costumbre de soldado y no veía por qué el ser Emperador debía cambiar sus hábitos. Observó a su amante Cénides profundamente dormida; ella sí que se quedaba en el lecho hasta bien levantado el sol, cuando comenzaba a ser atendida por sus esclavas. Pero él no podía; sentía la necesidad de trabajar, de actuar, de dominar. Rondando la cincuentena, vivía la plenitud de su capacidad de mando y de organización.

En su despacho, solo, estudió diversas cartas e informes.

Prefería enterarse a conciencia de los asuntos antes que ser informado por sus secretarios. El papel escrito era más objetivo; se podía analizar considerando el doble sentido que presentaban muchos informes y peticiones —porque todo tenía, al menos, un doble sentido, si no triple o cuádruple—. El haber sobrevivido a Emperadores tan quisquillosos como Calígula o Nerón había inculcado a Vespasiano un agudo sentido del detalle, del examen de un matiz, de una sugerencia o de una omisión.

Tomó su copioso desayuno y comenzó a recibir a sus secretarios. Asuntos de Estado, asuntos de la administración, asuntos judiciales, asuntos militares, asuntos

religiosos. Todo como siempre. El Imperio funcionaba como una máquina bien ajustada. La administración proseguía, en Roma, su marcha. El Imperio era un organismo sólido. De Hispania a Siria, de Britania a Cirenaica, había buenas carreteras, buenos gobernantes y buena administración de la justicia. Y el Imperio seguiría funcionando, pensaba Vespasiano, por los siglos de los siglos.

Sin embargo, unos rumores retuvieron brevemente su atención. Se decía. Se susurraba. Se suponía. Un nuevo invento, unos grupos secretos. Cierta relación con su hijo Domiciano —ya está el idiota ese haciendo de las suyas; desde luego salió totalmente a su madre—. Nada preocupante por el momento.

Todo sigue igual en Roma, pensó Vespasiano.

Y siguió despachando con sus secretarios.

4

—¡Mi querido Marcos! —comenzó Adolfus con una sonrisa que quería ser encantadora—. Te he mandado llamar para que nos ayudes en algunos problemas que se nos han presentado en la construcción de los automóviles.

—Sí, señor. Pero los problemas que teníamos ya están prácticamente resueltos. La cuestión de las ruedas...

—No se trata de eso exactamente. Verás... —los dos estaban de pie y Adolfus le pasó la mano por el hombro, así caminaron juntos—. Hay algo que debes conocer. Junto a la línea de fabricación, digamos comercial, hay un proyecto especial. Un proyecto de alto secreto que nos ha encargado el ejército.

—¿El ejército? ¿Por orden del Emperador?

—No, por ahora sin conocimiento del Emperador. El Emperador está muy ocupado con los asuntos normales de la administración, y conocerá el proyecto... en su momento —pareció iniciar una sonrisa irónica, pero se contuvo—. Ya lo creo que conocerá el proyecto. Pero por ahora es un secreto militar. Nadie debe saber lo que estamos haciendo.

—¿Y en qué consiste el proyecto, señor?

—Bien, te lo resumiré. Se trata de hacer un automóvil blindado, que sea invulnerable a los proyectiles (flechas, lanzas, piedras) y que tenga gran capacidad de empuje y de lanzamiento de proyectiles. Puedo decirte que hemos realizado algunas pruebas que han tenido un éxito parcial. Pero aún faltan por resolver ciertos detalles técnicos. Y para ello, Marcos, cuento con tu valiosa ayuda —y la presión del brazo se incrementó en lo que Adolfus estimaba un gesto afectuoso.

—Entonces, ¿ya se han hecho pruebas?

—Sí, alguna, pero parece que la caldera de que disponemos no es lo bastante resistente para obtener la presión necesaria para el lanzamiento de proyectiles. Hay que corregir el defecto donde esté, porque necesitamos disponer muy pronto de estos carros.

—¿Planea el ejército alguna misión especial, señor?

—Es posible. Sabes que las fronteras están siempre amenazadas y que, según los resultados que obtengamos, estos vehículos podrían ser de gran utilidad en Germania o en Britania. Pero antes habrá que probarlos... en Roma.

—En Roma... —repitió Marcos.

—Sí, en Roma, naturalmente —tranquilizó Adolfus—, ¿dónde van a hacerse las pruebas más que en Roma? De modo que te vas a trasladar al pabellón especial, con todo tu equipo, para trabajar en firme.

—¿Al pabellón especial?

—Por supuesto, allí se realiza todo el trabajo relativo a esta arma secreta. Tendrás algún inconveniente, como es lógico, también estarás aislado hasta terminar tu trabajo. Puedes pedir lo que quieras; nos interesa que te encuentres lo más cómodo posible. Pero no podrás salir ni comunicarte con nadie hasta que el automóvil blindado esté completamente terminado. ¿Comprendes?

Marcos comprendía. Un auténtico prisionero.

—¿Y ayudantes?

—El mínimo de los que necesites. Ya sé que querrás llevarte a esa joven experta en tejidos que te envié; no hay ningún inconveniente con tal de que sepa que también se encuentra en régimen de aislamiento. Llévate la joven, llévate material, llévate lo que te dé la gana, pero, por los dioses, trabaja intensamente y consigue lo antes posible el automóvil blindado. Es una orden.

Marcos asintió y se despidió. Comenzó a pensar en su nuevo trabajo.

5

Y Marcos comenzó a trabajar con el mayor interés. Melania constituía ya su auxiliar insustituible. Examinaron los planos, rehicieron los cálculos. Examinaron los restos del prototipo, de su caldera, de su cilindro lanzador. Y comprendieron el problema: hecho por aficionados, por unos completos aficionados. No habían calculado resistencias. El conmutador de paso del vapor era demasiado estrecho. No se había previsto un compresor adecuado. Y sobre todo, ¿a quién se le ocurría?, habían fabricado una caldera sin válvula de seguridad. Y al modificar uno de los motores tomados de la fábrica le habían aumentado el depósito de vapor sin pensar en la

sobrepresión.

Una verdadera chapuza.

Había que comenzar por el principio, y aprisa. Unos planos adecuados. Los cálculos bien hechos. El diseño ágil, útil, funcional.

Y pronto, un nuevo tipo de automóvil blindado fue tomando vida. Más bajo, para adquirir mayor estabilidad en cualquier tipo de terreno. Con ocho ruedas en vez de cuatro, para poder pasar baches y desniveles. Con torre de giro total, para actuar desde cualquier ángulo. Y con una potencia de empuje increíble, para derribar cualquier puerta, muro o empalizada.

Y los disparos... Entre nubes de vapor salían los proyectiles que destruían las torres de prueba. Mucho más demolerían las débiles empalizadas de los campamentos bárbaros, y sus chozas, que según decían eran de piedras y barro.

Adolfus estaba encantado. Sus visitas a la nave secreta eran cada vez más largas. Con alegría infantil conducía él mismo el prototipo; era ya un experto en el disparo, alcanzando los blancos con gran precisión.

Se iniciaron los estudios para la fabricación en serie.

5. Presentación al César

1

—Realmente, no comprendo qué ventajas aporta esta máquina —comentó Vespasiano, levemente molesto.

Le disgustaba que hubieran alterado sus costumbres habituales —la recepción de los secretarios, el sacrificio en el templo de Júpiter, su actuación como magistrado— para llevarlo a la plaza del Foro, donde se construía el templo de Vesta, y donde los soldados habían despejado al público para dejar un amplio espacio descubierto.

—Es de suma importancia, César, que conozcas alguno de los avances de la técnica —explicaba Denario—. Roma tiene hoy una considerable cantidad de trabajadores, que son fundamentalmente esclavos. Pero esto se irá acabando. Y o bien disponemos de máquinas que trabajen, o tendremos que hacer trabajar a todos los ciudadanos romanos.

—Imposible —argüía Vespasiano—. Siempre habrá esclavos; la esclavitud es una de las instituciones más sólidas de la humanidad. Los habrá procedentes de las conquistas, o por impago de deudas, o por delitos políticos. No faltarán, Denario, no te preocupes.

Vespasiano era bajo y achaparrado. De gustos sencillos —demasiado sencillos para muchos—, detestaba los perfumes y los afeites y su cara parecía estar en una permanente contracción, que alguien había definido como si siempre anduviera estreñado. Pero poseía la clara sencillez del hombre simple a quien no enredan argumentos capciosos.

«En fin —pensó—, veamos qué prodigios realiza esa máquina.»

A una señal de Denario apareció una enorme grúa a vapor montada sobre ruedas. Plinio, Vegetio y Adolfus miraban, inquietos. Machinio realizaba gestos con la mano para dirigir al conductor. Fabricio estaba situado junto a un grupo de columnas situadas horizontalmente en tierra. Algo más alejados, Tito y Domiciano, los dos hijos del Emperador, también se interesaban por la demostración.

La máquina se había construido con uno de los más grandes motores de vapor salidos de la fábrica, y era el primer prototipo destinado a la ingeniería civil. Resoplando vapor avanzó, estruendosa, hasta el depósito de columnas. Llegado a él, del extremo de su largo brazo descendió un grueso cable; unos esclavos amarraron a él una de las columnas. A una señal, el brazo de la grúa izó la columna lentamente; la máquina se desplazó hasta el basamento del templo en construcción, donde se detuvo, bajando la columna que quedó situada en posición vertical en el lugar previamente señalado. Unos esclavos la afianzaron.

Vespasiano miraba la escena con cierta socarronería.

—Interesante como curiosidad —dijo—. Pero, ¿qué utilidad tiene el aparato?

Machinio, que se había acercado sonriente para recibir felicitaciones, mientras la máquina seguía transportando y colocando columnas, se encontró frente al escepticismo del César.

—Pero César —indicó—, esta máquina puede ahorrar el trabajo de cientos de personas.

—A las que dejaremos ociosas y conspirando para derribar el Imperio. No me interpretéis mal... Soy partidario del progreso, no soy un inmovilista. Pero del progreso que se realiza paso a paso, no del que hace avanzar leguas en un momento. No podemos desestabilizar la sociedad. Podemos admitir reformas, pero no revoluciones. Y eso —señaló la grúa de vapor—, eso no es un avance, es una revolución.

No atreviéndose a contradecirle, guardaron silencio.

Machinio, al cabo de unos momentos, insistió:

—Pero César, observa cómo sigue trabajando. En unos momentos ha colocado todo el frontal de columnas del templo.

Imagínate esas máquinas trabajando para la ciudad, para el ejército...

Al oír esta palabra el viejo militar se alertó.

—¿Al ejército? ¿Qué utilidad pueden proporcionar estas máquinas para el ejército?

—Numerosa, César: transportes terrestres, barcos, máquinas de asedios.

—Es posible; me cuesta creerlo pero es posible. Claro que también Aníbal introdujo los elefantes cuando nadie lo esperaba.

Se acercaron Tito y Domiciano a saludar a su padre; el primero, de apariencia noble y dispuesta; el segundo, ocultando el efecto de la noche de orgía en sus toscas facciones. Vespasiano les saludó, festivo:

—¡Hombre! ¡Mis queridos hijos interesándose por los asuntos de Estado! ¿Cómo estáis? ¿Habéis madrugado, como todos los días? —como buen madrugador le molestaban los que no compartían este hábito—. ¿Qué os ha parecido la demostración?

Tito se adelantó:

—Extraordinario, padre, extraordinario. Esta máquina supone el inicio de una nueva era, de la que los Flavios seremos introductores.

—Bien, Tito; siempre tan optimista, pero pareces complacido. ¿Y tú, Domiciano? ¿Crees que este invento es de alguna utilidad? ¿Por ejemplo, para el ejército?

Domiciano pareció desconcertado. Sin querer comprometerse, dijo:

—Habría que estudiarlo, padre. En principio no parece verse ninguna aplicación* clara para el ejército.

Pero en su mente se dibujaba un automóvil blindado con un tubo alargado

lanzador de proyectiles.

—De acuerdo, Domiciano. Yo también pienso que aún deben madurarse mucho las aplicaciones de este invento. De todos modos, no lo perderemos de vista.

Tito y Domiciano saludaron y se marcharon a inspeccionar de cerca la máquina. Vespasiano, señalándolos, comentó, con el grupo de Denario.

—Examinemos la opinión de mis hijos. Tito, el más sano, pero también el más infeliz, todo hay que decirlo, muestra apasionamiento. Pero no se fíen; eso le ocurre con cualquier nueva idea que le parece de utilidad para el pueblo. Hace unos meses —rió al recordarlo— quiso tratar con un alquimista que decía convertir los metales en oro... ¡en oro, nada menos! No se le ocurre al infeliz que si alguien consiguiera, realmente, convertir los metales en oro, lo mejor que podía hacer era callarse y no decirlo a nadie, y menos que a nadie, al hijo del César para que lo comunique a su padre.

»Claro, que yo he conseguido algo más difícil que lo que proponía el alquimista, que es convertir la orina en oro, ¡eso sí que es difícil!; más que la máquina de vapor.

En el rostro de todos se dibujó el estupor. Vespasiano parecía gozar intensamente.

—Claro, claro; ya sé lo que piensan, que este viejo chocho está desvariando. Pues no; se puede convertir la orina en oro mediante una palabra mágica, y esa palabra es... impuesto. Hace poco hice establecer un impuesto de utilización de todos los urinarios públicos; mi hijo Tito me lo recriminó. Pero cuando recaudé el primer tributo le llamé y le di a oler las monedas; le pregunté ¿huele a algo este dinero?; no, me contestó. Y yo le dije: y sin embargo, procede de la orina... ja, ja, ¿qué les parece?

Cuando comenzaba a hablar, Vespasiano era imparable.

—Y en cuanto a Domiciano, ahí lo tienen. Sin decir nada, sin comprometerse, pero sin duda urdiendo alguna conspiración. Ya le sacaré algún partido a su invento para incorporarlo a su grupo de revanchistas y visionarios. Pobres, le están empujando para que sea César y no se pueden imaginar qué César tendrían.

Con decirles que cuando era pequeño su distracción preferida era cazar moscas y pincharlas en un largo alfiler.

Tito y Domiciano volvían ya de ver la máquina.

—Sé que muchos desean que mi mandato termine —seguía Vespasiano— pero estoy seguro que lo sentirán. No he sido cruel ni vengativo; he sido, simplemente, un funcionario del Estado, al que, dicho sea de paso, he puesto un poco en orden. ¡Si hubieran visto el Tesoro Imperial a mi llegada! No quedaba un céntimo. Hubo que comenzar a llenar las arcas, y claro, estas medidas son impopulares. Pero ahora tenemos una economía estabilizada, y, según me dicen mis expertos, hemos sorteado el peligro de la inflación.

»Pero volvamos a la máquina, ya que es a lo que he venido. Les voy a ser

totalmente sincero: no veo, por parte del Estado, ninguna posibilidad de utilización. Mientras tengamos mano de obra barata, cualquier máquina resultará siempre más cara. Esto no supone ninguna prohibición de fabricación, ni mucho menos. Sólo supone indicarles que el Estado no adquirirá ninguna.

»No obstante, os quiero ayudar, y por eso os prometo una cosa: que el impuesto que ponga sobre su venta no será muy grande.

Los del grupo se miraron, confusos. Nadie había pensado en ningún tipo de impuesto por la venta de las máquinas.

—Bien, señores, les agradezco mucho la exhibición. Tenedme al corriente de vuestros avances y no olvidéis, en el momento preciso, tratar con el Tesorero Imperial.

Saludó, dio la vuelta y marchó hacia su carro. Pensándolo bien, se dijo, antes de acudir al Tribunal pasaría un rato en las Termas.

2

En el pabellón secreto Marcos y un pequeño equipo de ayudantes esperaban, inquietos. Adolfus había ordenado que lo tuvieran todo preparado para el atardecer. Y el segundo prototipo de automóvil blindado esperaba, el motor en marcha, el cilindro lanzador a punto, para iniciar su demostración.

Un ruido de caballos en la puerta y entró, envuelto en una capa oscura, un personaje con aire autoritario; tras él algunos ayudantes y entre ellos el propio Adolfus, que se adelantó y comenzó a explicar.

—Señor, vamos a ver la demostración del automóvil blindado. Como ya os indiqué, el primer prototipo realizó las pruebas perfectamente; pero tuvo un percance con la caldera que le impidió seguir funcionando.

«Qué tontería —pensó Marcos—, sencillamente, explotó.»

—Pero el actual —siguió Adolfus— puede decirse que reúne todas las garantías. Gracias al equipo de trabajo, y en especial a su jefe, Marcos, aquí presente.

El hombre importante se acercó a Marcos y le estrechó fuertemente la mano. Sus ojos brillaban, malévolos.

—Marcos —dijo Adolfus— te presento a nuestro príncipe, Domiciano.

Marcos quedó mudo de asombro. No comprendía por qué uno de los hijos del Emperador tenía que desplazarse hasta allí, si, según le dijera Adolfus, el propio Emperador ignoraba la fabricación.

—Bien, vayamos a la demostración —mandó Adolfus.

El automóvil blindado realizó con éxito las diversas pruebas a que fue sometido.

Ejercicios de marcha sobre terreno normal, sobre terreno accidentado, remontando una pequeña cuesta. Se hicieron las pruebas de ariete, lanzando el automóvil a toda velocidad sobre puertas de distintos tamaños y sobre un muro que imitaba el de una fortaleza indígena. Se hicieron pruebas de resistencia, lanzándole flechas e incluso piedras de regular tamaño que rebotaban sobre el blindaje con ruido metálico. Y por último se realizaron las pruebas de lanzamiento de proyectiles que dirigió Marcos personalmente, consiguiendo notables impactos.

Al terminar, Domiciano pareció complacido. Marcos le vio hablar excitadamente con Adolfus. Por los gestos, parecían contar algo. Quizá el número de unidades que iba a necesitar el ejército.

Finalmente todo el grupo se marchó menos Adolfus, que quedó en la puerta hasta la salida del último visitante. Entonces, llamó a Marcos:

—Marcos, te felicito. Sabía mi acierto al contar contigo. La prueba ha sido un completo éxito. Vamos a comenzar pronto la fabricación en serie.

—¿Con destino al ejército, señor?

—¿Eh? —Adolfus le miró, suspicaz—. Sí, desde luego —aclaró rápidamente—, por supuesto que para el ejército.

Pero a Marcos le extrañó el tono de la respuesta. Quedó preocupado.

3

—Marcos, no puedo creer tus suposiciones; es demasiado monstruoso —decía Melania—, ¿cómo van a destinarse los blindados para combatir al propio Emperador?

—Melania, aunque sea torpe, aún tengo algún dedo de frente. Los hechos quizá no sean muy demostrativos vistos aislados. Pero cuando juntas uno, y otro, y otro, el conjunto empieza a tomar forma.

»Primero, la existencia de una nave de fabricación especial para el automóvil blindado, a la que nadie tiene acceso y cuyos trabajadores están aislados y vigilados. Ya se nos dijo que no podríamos salir de aquí hasta la conclusión del proyecto.

»Segundo, los extraños visitantes. Viene Domiciano, que ya en alguna ocasión ha dirigido algún complot contra su padre y su hermano; aparece en secreto, ve las pruebas del automóvil blindado y desaparece.

»Tercero: vamos a iniciar la fabricación en serie. No sé de cuántas unidades ni en cuánto tiempo. Pero te puedo decir una cosa; por los preparativos que se están haciendo, la fabricación va a ser masiva.

»Y cuarto y último: de la asociación que dio origen a la construcción del motor de vapor, conocemos la vida y milagros de cada uno —Denario, Plinio, Machinio,

Fabricio, Vegetio— excepto de Adolfus. ¿Te das cuenta? No sabemos nada de él. Ni de su pasado ni de sus propósitos.

Calló. Melania confirmó sus opiniones.

—Sabes, Marcos, es posible que tengas razón. Y que hayas apuntado al núcleo del problema. Porque se da la paradoja que la persona más visible es precisamente la persona de quien menos se sabe.

Y concretó:

—Y es la clave de todo. Tenemos que conocerle bien para averiguar lo que se propone.

—Y creo —confirmó Marcos— que sus propósitos son muy ambiciosos. Y muy peligrosos.

4

La persona clave, Adolfus, había concluido su jornada. Durante el día había presidido varias reuniones, había controlado procesos de fabricación y examinado los prototipos de motor para aspiración de agua y para mover embarcaciones. Había dado sugerencias, órdenes, consejos. En dos ocasiones había enviado hombres de confianza a Roma; para recoger ciertos fondos y para enviar informes secretos a Domiciano. Había trabajado durante un par de horas con el administrador general del proyecto: varios secretarios, manejando ábacos, calculaban las inversiones realizadas y las provisiones de fondos necesarias. Durante un rato había nadado y luego jugado él solo a pelota en un pequeño frontón. Las comidas fueron rápidas, y por la tarde aún tuvo tiempo de desplazarse brevemente a una villa vecina donde había aposentado a una querida compañera. Nuevas pruebas y órdenes y, al fin, el descanso en sus habitaciones particulares cercanas al pabellón especial.

Y allí, sentado ante su mesa, Adolfus escribía. Su estilo era breve, conciso. Enumeraba los desastres de Roma y la corrupción del Imperio. La necesidad de un Imperio nuevo, continuidad y novedad respecto del antiguo. La renovación de la raza latina, que ya había cumplido su papel histórico, y su resurgimiento gracias a la nueva savia aportada por las razas germanas.

Y la necesidad de un caudillo indiscutible que fusionara en su persona la historia y el futuro, la tradición y la renovación, y que creara, por fin, el Imperio de los mil años.

Quedó pensativo mirando al vacío. Consideró su constante batallar por lo que algunos llamarían ambición personal, pero que en realidad era el cumplimiento de una misión histórica que sentía dentro de sí.

Repasó el manuscrito. Buscó el comienzo, donde aún estaba virgen el espacio destinado al título. Pero ya lo tenía decidido.

Con trazo firme escribió, encabezando el original: *De pugna mea* (Mi lucha).

6. Los planes de Adolfus

1

Hay ocasiones en que una persona se convierte en el centro de la atención de otra que, a su vez, ocupada en este seguimiento, no advierte que un tercero le va siguiendo los pasos, formando así, entre todos, una auténtica cadena. De este modo Vespasiano se convertía en el objetivo de Domiciano, su hijo, cuyas ideas, planes y propósitos tendían a sustituirle como Emperador. Por su parte Adolfus se centraba en el control de Domiciano, que constituía a la vez un apoyo y un obstáculo en su camino. Por su parte Marcos y Melania veían en Adolfus la clave explicativa de muchos de los extraños sucesos de la villa. Con ello, estudiando cada uno a su perseguido, no reparaban en que tenían a su vez un perseguidor que les analizaba tan fríamente como él a su precedente.

Pero para seguir a Adolfus era preciso salir de la nave secreta, y esto sólo era posible con una excusa plausible. Marcos y Melania buscaron una explicación convincente, sin lograrlo. Algún suministro que hiciera falta —había de todo en el almacén—, alguna atención médica —el médico visitaba inmediatamente el pabellón, con todo secreto—, la necesidad de consultar algún documento o algún texto —eran rápidamente conducidos a la nave—. Pensaron que, para algunos problemas técnicos de los combustibles, precisarían consultar a Vegetio. También Adolfus había sugerido que los proyectiles macizos se sustituyeran por proyectiles incendiarios basados en el fuego griego, y, en efecto, se estaba perfeccionando la mezcla incendiaria. Pero, según Marcos, se precisarían algunos detalles adicionales hasta conseguir la ignición espontánea en el momento del blanco. La excusa era muy plausible y debía convencer a Adolfus.

Pero cuando entró éste, se dirigió directamente a Marcos y le dijo:

—Tenéis que salir inmediatamente. Vamos a hacer la prueba del automóvil ligero, el de las ruedas con suspensión, que ya está totalmente fabricado. Vamos, de prisa.

Y advirtió con suspicacia.

—Y ni una palabra de lo que se hace aquí dentro, ¿entendido?

Salieron y se acercaron a la pista de pruebas. Gran cantidad de los trabajadores observaban. Machinio miraba, admirativo, el automóvil. Saludó a Marcos:

—Marcos, cuánto tiempo sin verte... No sales del laboratorio por lo que veo. Te tomas muy a pecho el trabajo.

Marcos prefirió no contestar y se acercó al automóvil, al que tantas horas había dedicado. Adolfus también estaba orgulloso de la creación. Le dijo a Marcos:

—¿Quieres probarlo tú mismo? Después de todo, es obra tuya.

Marcos asintió. Controló la calefacción del motor y la presión de vapor. Cuando

la consideró suficiente, subió y manejó los mandos. El automóvil arrancó.

La prueba fue un completo éxito. El automóvil tomó velocidad, dio vueltas perfectamente, deceleró, cruzó con suavidad un terreno accidentado sin oscilar demasiado, volvió al terreno llano y finalmente frenó en el punto de partida. Se notaba una conducción suave, una gran suspensión y una notable velocidad.

Una gigantesca ovación surgió de los espectadores. Los de la división de automóviles, sobre todo, celebraban con orgullo su triunfo, aunque los de la división de motores argumentaban que todo se debía a su trabajo. Los de otras secciones —motores marinos, grúas a vapor, motores para extracción del agua— deseaban que llegara el momento en que ellos pudieran también festejar la exhibición pública de sus prototipos.

Se dirigieron todos a unas mesas dispuestas en la sombra con abundante comida y bebida. Adolfus quedó encerrado entre un grupo de directivos y técnicos que le felicitaban. Marcos se acercó a Melania.

—Ahora es el momento —dijo a ésta—, escondámonos.

Con disimulo se acercaron a la puerta de un pabellón y se introdujeron en él. Era un almacén. Caminaron sigilosamente entre los fardos acumulados hasta alcanzar la puerta del lado opuesto. Descorrieron el cerrojo y abrieron lentamente.

Por las cercanías paseaba un soldado, haciendo guardia. Más allá se veía el muro que circundaba la villa.

—Melania —dijo Marcos—, acércate a las mesas y trae una jarra grande de vino y algo de comida. Yo voy a buscar una escalera por el almacén. Date prisa.

Momentos después salían Marcos y Melania por la puerta y llamaban al soldado.

—¿Eh? El de la guardia... ¿Cómo te llamas? Nos encargan que te traigamos bebida y comida, ya que no puedes abandonar el puesto.

El soldado miró con agrado la jarra y los alimentos.

—Pero según el centurión cuando estamos de servicio no podemos beber.

—¡Caramba con el centurión! ¿No te hemos dicho que es él quien nos envía con la jarra? Si lo vieras beber, no tendrías tanto problema. Y eso que es el jefe de la guardia.

—Sí, eso es verdad. El centurión, puesto a beber, se infla como un odre. Bien, me sentaré un rato para despachar todo esto.

—Pasa al almacén, si quieres. Te haremos compañía. Y vigilarás igual. Además, para lo que hay que vigilar...

Un rato después, el soldado dormía profundamente y Marcos y Melania saltaban el muro escondiendo la escalera para la vuelta. Comenzaba la labor de espionaje.

Una charla con el cochero de Adolfus en sus visitas al pabellón secreto había proporcionado una información interesante. Adolfus visitaba con frecuencia una villa cercana, donde pasaba algunos ratos. El cochero no había visto más que al esclavo

silencioso que le abría la puerta a la entrada y a la salida, pero les había informado cómo se llegaba a la villa.

La amabilidad del campesino que les transportó en su carro les permitió llegar a ella. Tras un rodeo encontraron un sitio donde parecía fácil escalar el pequeño muro, algo derruido. La casa no tenía vigilancia; se notaba que no era una vivienda fija, sino una casa ocupada sólo por breve tiempo. El jardín estaba descuidado y con maleza. A lo lejos se oían unas gallinas.

Se introdujeron por la parte posterior. Evitaron la cocina, donde se oían chillidos de mujeres. En una mesa de un gran cuarto de distribución se apilaba vajilla. Marcos y Melania tomaron algunos platos, para fingir una excusa en cualquier momento. Con aire humilde, como servidores de la casa, subieron las escaleras.

Decididamente, o era día de suerte, o realmente había muy poco servicio. En el atrio de la primera planta miraron las puertas cerradas que confluían a él, sin saber qué hacer. Oyeron un rumor de pasos que proveniente de la planta baja, se acercaba a la escalera. Empujaron la puerta más próxima y se introdujeron: era una habitación casi vacía, pintada a la moda pompeyana, pero con sólo un viejo triclinio y un arcón.

Cerraron, dejando una pequeña rendija para atisbar. Una espléndida mujer pasó ante ellos. Alta, bellísima, aristocrática, con largos cabellos rubios. Unía a un aire majestuoso un tono extrañamente sensual, como de una fruta demasiado madura y demasiado aromática. Tras ella iba una esclava joven con un estuche de aseo. Ambas se introdujeron en la habitación contigua y cerraron la puerta.

Marcos y Melania se aproximaron al balcón de la habitación donde estaban. Se podía abrir, y daba a una galería corrida y parcialmente oculta del exterior por ramas de hiedra faltas de poda. La suerte seguía protegiendo: sería sumamente fácil acercarse agachados al balcón de la habitación contigua y ver o escuchar lo que allí ocurriera.

Lo normal era que Adolfus, cuando pudiera, se acercara a la casa. Sólo era cuestión de esperar.

Marcos hizo una prueba: se acercó a gatas por la galería y se asomó cuidadosamente a la habitación por las puertas del balcón, semiabiertas a causa del calor.

La mujer esbelta estaba sentada frente a un espejo bruñido. La joven esclava peinaba cuidadosamente los largos cabellos rubios. Como en un ritual, cadenciosamente, pasaba el peine una y otra vez por la larga cabellera. La mujer esbelta estaba en silencio, pensativa.

Marcos volvió atrás. De nuevo en la habitación, sentados en el viejo triclinio, juntas las manos, esperaron.

2

Y Adolfus llegó. Oyeron su carro, rápido, parando en la puerta. La llamada, y el esclavo silencioso que abría la puerta del jardín. Y poco después, los conocidos pasos de Adolfus en el rellano y, tras leve toque de aviso en la puerta, su entrada directa en la habitación contigua.

Marcos y Melania se deslizaron por la galería. Comenzaban a caer las primeras sombras de la tarde, lo que favorecía sus propósitos. Entre la hiedra, observaron.

Adolfus entró y besó apasionadamente a la mujer del largo pelo, ahora peinado en una hermosa y complicada estructura.

—¡Celia! —exclamó—, ¡qué ganas tenía de verte!

—Y yo, Adolfus... siempre esperando tus noticias.

Con un gesto despidió a la esclava. Quedaron solos.

—¿Cómo han ido las pruebas? ¿Éxito completo?

—Desde luego, éxito completo.

—Sabía que lo conseguirías. Estaba segura.

Tomó, de una mesa cercana, una jarra de vino y unas copas de plata. Acercó un cuenco de frutas. Adolfus rechazó.

—No, Celia. Acabo de beber un poco y necesito tener la cabeza despejada.

—¿Algo malo?

—No, o por lo menos no para nosotros. Celia, debo informarte. Se avecinan acontecimientos muy importantes.

Celia calló, esperando.

—Mira, Celia. Sabes que hay momentos que pueden ser decisivos en la vida de una persona. También existen esos momentos en la vida de los pueblos. Y ahora estamos en uno de los momentos cruciales de la historia de Roma.

Se había levantado, y comenzaba a recorrer la habitación a grandes pasos.

—Te he dicho muchas veces, Celia, que me siento llamado para grandes hazañas. Tuve buenos presagios en mi nacimiento; en mi horóscopo hay una conjunción de Marte y Júpiter. Ya sabes lo que significan: la guerra y el poder. En la guerra contra los britanos estuve dos veces a punto de morir, y, en ambas ocasiones, cuando volví a recuperar el sentido, lo primero que vi fue un águila volando hacia lo alto. ¿Lo comprendes?

Celia miraba con sus grandes ojos. Su pelo dorado, con la luz del crepúsculo, le daba una aureola de fuego. Su pecho se agitaba con la respiración.

—Sí, Celia; siempre lo he sabido, y por ello busqué mi oportunidad. Cuando conocí a Denario y me habló de la puesta en marcha de la fábrica, comprendí que allí estaba la ocasión. Hay que transformar el Imperio, pero no por las conquistas, sino por el poder de las máquinas. Las guerras, en el futuro, no se decidirán por el valor

humano, sino por quien posea las mejores técnicas de armamento; y quien las tenga en su poder será el vencedor indudable de todas las batallas y el amo del mundo.

»Por eso monté un pabellón secreto en el que he fabricado las mejores máquinas de guerra que existen. Dentro de poco dispondré de veinte, de cuarenta, de cien carros de combate extraordinarios que arrollarán cualquier ejército que se les oponga. Vamos a comenzar el reclutamiento y preparación de un cuerpo escogido.

—¿Vamos? Luego sois varios... ¿Quiénes son los otros?

—El otro. Sólo hay uno más. Domiciano, el hijo del Emperador.

—¿Ese monstruo? De modo que para salvar a Roma, según dices, te alias con ese pependenciero, creído y orgulloso de Domiciano. ¿Y crees que a sus órdenes vas a cambiar Roma?

Adolfus quedó inmóvil de pie, dudando. En la semioscuridad sus ojos brillaban. Dijo lentamente.

—La alianza con Domiciano es un paso necesario, pero sólo un paso.

—¡Oh, Adolfus! —Celia se levantó y le abrazó—. Me das miedo... ¿Qué planeas?

—Planeo —dijo Adolfus con firmeza— dar los pasos necesarios para ser Emperador, y para que tú seas Emperatriz conmigo. Que utilices tus talentos como una nueva Julia, una nueva Livia, una nueva Calpurnia. Que nuestros nombres se recuerden unidos como los restauradores de la grandeza de Roma y fundadores del Tercer Imperio. El Primero correspondió a la República, el Segundo, a los Emperadores, y el Tercero, será el que ahora se iniciará, regido por mí, y que no terminará nunca. El Imperio de los mil años.

—Adolfus, tú sabes que te quiero, que siempre estaré contigo. Pero prefiero permanecer en la sombra, ser tu compañera, tenerte, como ahora, cuando acabas tu trabajo y te encuentras agotado. Seré tu confidente, pero no actuaré en público. Prefiero seguir como ahora; te aseguro que cumpliré mi papel con discreción.

Pasaron unos instantes silenciosos.

—Voy a pedir unas luces a los esclavos —dijo Celia.

—No lo hagas —dijo Adolfus—. Estoy todo el día con ruidos, conversaciones, viajes... Me gusta este silencio, esta quietud. Esta oscuridad.

Se sentó junto a Celia, que comenzó a acariciarle la cabeza.

A pesar de lo dicho, se sirvió una copa y bebió unos sorbos de vino.

—Roma me necesita en este momento —dijo Adolfus—. El Imperio está anquilosado; Vespasiano restablece las prerrogativas del Senado, como si ese grupo de viejos ineptos pudiera volver a gobernar el Imperio. Esa dualidad de poderes es ineficaz. Hace falta concentrar todas las decisiones en una sola mano, para poder aplicar los recursos del Imperio a su desarrollo. Pero eso sólo se conseguirá cuando una persona preparada obtenga el poder absoluto.

Y lentamente sonaron sus palabras en la casi completa oscuridad:

—Y esa persona soy yo.

Marcos sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

7. Escapatoria

1

Todo es terrible —dijo Marcos—. Sencillamente terrible.

Habían vuelto sin tropiezos. Tras la fiesta, la T guardia estaba relajada, incluso los saludaron al entrar en la villa y en el pabellón; la vigilancia era más para obstaculizar la salida que para vigilar la entrada de los conocidos.

—Ese hombre es muy peligroso —reflexionó Melania—. Sabe muy bien dónde quiere llegar, y tiene la voluntad y la astucia necesarias para conseguirlo.

—Tenemos que hacer algo.

—Sí, Marcos, pero ¿qué podemos hacer?

—Pensemos, Melania; algún recurso tendremos. Y no me digas que sólo soy una mente simple, porque supongo que si una mente simple enfoca un problema, le encontrará una solución simple.

—No te enojés, Marcos. Pensemos.

—Podríamos asesinarle.

—Marcos, eso no es posible. No creo que tuviéramos la sangre fría para hacerlo. Pero además, no podemos matar a una persona así como así. No es moral. No tenemos derecho a matar.

—¿Cómo que no? ¿No podemos matar a quien sabemos que va a derrocar al Emperador y establecer una tiranía? Y sabemos también que eso costará miles de muertes, en Roma y en las provincias. Debemos impedirlo como sea, aun asesinándole, si fuera preciso.

—Te comprendo muy bien, Marcos, pero sigo pensando que no podemos hacerlo. La vida humana, incluso la de un posible tirano, como Adolfus, es algo sagrado. No, no tenemos derecho a hacerlo.

—Melania, no estoy de acuerdo contigo. Si alguien me quiere matar directamente, porque empuña la daga, porque desenvaina la espada, me puedo defender. Si alguien amenaza matar miles de personas, también la sociedad se podrá defender contra él, aunque en este caso la sociedad sólo seamos tú y yo, los únicos que conocemos el plan.

—Marcos —Melania le tomó las manos—, no lo hagamos. Busquemos otra solución. Apelemos al César.

—¿Qué dices? ¿Llegar hasta Vespasiano? ¿Nosotros? Eso es imposible.

—No es imposible; sí nos empeñamos lo conseguiremos. Ya hemos salido de la villa en una ocasión y ha resultado sencillo. Podemos buscarlo, interesar a sus consejeros, conseguir una audiencia. ¿No has oído que el Emperador es comprensivo, que acude él mismo a los juicios, que atiende personalmente a los que reclaman sobre

alguna injusticia? Debemos llegar al César y explicárselo todo.

—Quizá tengas razón. Pero eso nos puede llevar tiempo.

Marcos quedó en suspenso.

—Mira, Melania. Vamos a seguir tu plan, pero antes hay que impedir que la fabricación continúe. Hoy han salido los dos primeros automóviles blindados y en las cadenas hay veinte, en distintos grados de montaje. Tenemos que destruir todo ese armamento. No digo que con él Adolfus sea invencible, pero podría producir muchas bajas.

—Pues ése es tu problema, Marcos. Ingéníatelas para destruir los blindados y luego escapémonos para ver al César.

2

Adolfus observó distraídamente cómo Marcos entraba en la nave. «Este muchacho sigue trabajando —pensó—. Desde luego fue una revelación; gracias a él pudimos desarrollar el proyecto de los automóviles blindados. Y ahora disponemos ya del proyectil incendiario, hecho según las indicaciones de Vegetio. El antiguo fuego griego que ahora prende cuando cae sobre el objetivo.

»Veamos: el empleo de los automóviles blindados presenta algunos problemas tácticos: ¿les hacemos actuar individualmente o con el apoyo de la infantería? Tendré que tratarlo con Domiciano. Él opina que la base de toda conquista sigue siendo la infantería, por lo que los carros sólo deben abrir camino y disgregar al enemigo. Puede ser. Pero en mi opinión, empleados en grupo y con autonomía propia, constituirían una táctica revolucionaria. Daremos orden de que salgan los dos carros terminados y que hagan conjuntamente ejercicios de maniobra y tiro. Y mientras, consideraremos el asunto.

Además, tenemos el problema de las tripulaciones: hay que comenzar a adiestrarlas.

»Y el automóvil ligero ya está reformado, con el nuevo motor de espíritu de vino. Con el depósito lleno tiene una autonomía notable. Qué curioso, que el vino sirva para que funcionen las personas y los automóviles. Debería revisarlo con Marcos.

—Marcos —llamó—, ven conmigo para ver funcionar el nuevo motor.

Marcos terminó de repasar el motor del segundo automóvil blindado. Bajó la coraza y caminó por el borde de la nave. Hizo ver que iba a lavarse las manos.

—Voy en seguida —dijo—, recogeré a Melania para que también vea la prueba.

En el extremo de la nave se encontraban los toneles que contenían la resina inflamable para preparar los proyectiles incendiarios. Con disimulo, Marcos empujó

con el pie los tapones situados en su parte inferior hasta sacarlos completamente. Esperó hasta que la espesa resina comenzó a esparcirse por el suelo. Luego salió a buscar a Melania. Momentos después admiraban el nuevo automóvil.

Al verlo, ya supo cómo iban a escapar.

3

—Melania —susurró—, todo está preparado. Nos vamos.

Melania abrió los ojos, con asombro.

—¿Cómo lo has organizado tan pronto?

—Muy sencillo. La nave de fabricación debe estar en este momento inundándose lentamente de la resina inflamable; basta echar un paño ardiendo para que todo se inflame. Así se incendiará rápidamente el pabellón, y se inutilizarán los dos carros blindados construidos y todos los que están en fabricación. Cuando vean las llamas, sonará la alarma general y todos acudirán a sofocar el incendio; nosotros tomaremos el nuevo automóvil, que está completamente preparado, y nos iremos.

—Tengo miedo, Marcos. Presiento que algo va a salir mal.

—Es necesario, Melania. No tenemos otra solución. Vamos.

Se acercaron a la nave de fabricación, tomaron un trapo y le prendieron fuego. Llegaron al extremo de la nave, donde estaban situados los barriles de resina inflamable, y Marcos observó que la mancha de resina ya se había extendido considerablemente por el suelo. Arrojó sobre ella la tea.

Primero fue una débil llamarada. Luego, unas pequeñas llamas que parpadeaban y se extendían sobre la mancha oscura de la resina. Finalmente las llamas fueron tomando más fuerza y comenzaron a devorar lo que encontraban. Producían un humo espeso y asfixiante.

Marcos y Melania salieron sigilosamente y se escondieron en las cercanías del automóvil.

Sólo quien prestara cierta atención hubiera podido ver desde fuera, un ligerísimo humo que ascendía por el reborde del tejado de la nave. Pronto aumentó su cantidad. Alguien se dio cuenta y dio la alarma. Sonó una campana, y hombres y carros se pusieron en movimiento. Mientras, junto con el humo se veían ya algunas llamas sobre la estructura. Se formaron cadenas de esclavos para pasar el agua, pero no se conseguía nada: la fuerza del fuego era ya demasiado grande.

Adolfus surgió entre la multitud. Se acercó corriendo a la nave y la miró, lleno de rabia. Comenzó a dar órdenes.

—¡Aprisa! ¡Avisad a todo el mundo! ¡Que no quede ningún brazo parado! ¡Haced

varias cadenas para traer agua! ¡Que se acerquen los carros cisterna! ¡Vosotros, aprisa, traed los sacos de arena!

De pronto preguntó:

—¿Y Marcos? ¿Dónde está Marcos? Búsquenle en seguida y que acuda inmediatamente. Él conoce el almacén como nadie.

Subió a un tonel, para dar mejor las órdenes. La masa pareció organizarse bajo su influjo. Se formaron grupos, realizando cada uno la misión encomendada.

—¿Y Marcos? —seguía preguntando Adolfus—, ¿aún no lo han encontrado? ¡Que venga inmediatamente!

Y fue entonces cuando, al mirar hacia la avenida central, pudo ver la parte trasera del automóvil de esencia de vino que enfocaba el camino de salida.

Sintió que le invadía una ola de cólera. Gritó como un poseso:

—¡Es Marcos que escapa! ¡Detenedlo! Lo quiero vivo o muerto, pero no debe salir, no debe escaparse.

Algunos comenzaron a correr; otros fueron a buscar los caballos para perseguirle.

—¡Aprisa, aprisa! ¡No debe escapar!

El rostro de Adolfus estaba congestionado; el calor del incendio y de la ira le producía chorros de sudor que resbalaban por su frente.

—¡No escapará! ¡Dad orden a los carros blindados que disparen contra el automóvil!

Marcos y Melania corrían a toda la velocidad posible. De pronto, ante ellos, en el camino de salida, vieron la parte posterior de los dos carros blindados que circulaban lentamente. Marcos se inquietó. ¡Así que habían salido! Debió ser en el intervalo entre el repaso de los motores y el examen del nuevo coche. Por lo tanto sólo quedaron destruidos por el incendio los blindados en construcción, pero no los dos prototipos.

—Marcos, ¿qué hacemos? —dijo Melania, gritando, para oírse entre el estruendo del vehículo.

—Tenemos que seguir; debemos ir a ver al César. Déjame y verás.

Apretó al máximo el mando del acelerador y se fue aproximando a los vehículos blindados, que iban a marcha lenta. Encontrando espacio suficiente, pasó entre ambos, haciendo una ágil maniobra, y comenzó a dejarlos atrás con gran estruendo de vapor.

Los conductores de ambos vehículos se miraron asombrados sin saber qué hacer. Marcos seguía ganando distancia.

—Les ganamos terreno —dijo Marcos—, un poco más y llegamos a la carretera general.

Pero por detrás de los coches blindados llegó un mensajero sudoroso, a caballo. Gritó a los tripulantes.

—¡Disparad contra el automóvil!

—¿Cómo? ¿Que disparemos? —repitieron, incrédulos.

—Sí, inmediatamente. Órdenes directas de Adolfus. Hay que destruirlos.

Los conductores detuvieron los dos vehículos. Apuntaron el cilindro lanzador. Estaban ya equipados con los nuevos proyectiles incendiarios. Y el blanco era muy fácil: la senda de salida era recta hasta la carretera general.

Melania miraba hacia atrás e informaba a Marcos:

—Marcos, se han parado. Están moviendo la torreta. ¡Nos están apuntando!

Marcos apretaba más aún el mando de velocidad. La caldera se ponía al rojo. El escape de vapor dibujaba fibras blanquecinas sobre el motor.

—¡Marcos! ¡Van a disparar!

Se oyó un fuerte ruido, y a continuación otro. Melania cerró los ojos. Marcos seguía conduciendo. Esperaron un momento.

«¡Ahora llega! —pensó Melania—, el proyectil con resina inflamable, el incendio volante, la muerte abrasadora.»

Pero el proyectil no llegó. Y pasaron unos instantes, y siguió sin llegar, y Marcos ya alcanzaba la puerta de entrada, sin guardias, por haber acudido todos a sofocar el incendio.

Melania se atrevió a volver la cabeza hacia atrás y se giró de nuevo hacia Marcos, llorando.

—¡Marcos, es maravilloso! ¡Están ardiendo los dos carros, y la tripulación ha saltado! ¡Están ya casi destruidos...!

Y ya con una clara sospecha le preguntó:

—Marcos, ¿cómo lo has hecho? Porque no me niegues que esto es obra tuya.

Marcos sonrió. Con una mano sacó de su bolsillo dos pequeños tubos de metal con unas bolitas en su extremo.

—Aquí tienes la clave, Melania.

—¿Y eso qué es?

—Son los reguladores de la presión de la caldera. Funcionan para que no se produzca una sobrepresión al disparar los proyectiles con el vapor. Al quitarlos, el vapor ha entrado en el tubo lanzador a una presión excesiva, lo ha reventado y ha hecho explotar los proyectiles.

—Y todo eso...

—Todo esto gracias al caballero —hizo una irónica reverencia— que conduce a su adorada Melania a Roma para dar al César algunos informes que le van a interesar enormemente.

Melania se estremeció de gusto.

—¡Marcos! —dijo—, ¡te quiero! Qué absurdo que nos hayamos conocido en estas circunstancias...

El coche enfiló la Vía Apia, pasando de vez en cuando carros, campesinos, grupos de niños, que quedaban embobados mirando el automóvil de vapor.

A lo lejos aparecieron las cúpulas de Roma recortadas por el sol del atardecer.

—Mira, Melania, qué espectáculo, Roma en todo su esplendor... ¿No es maravilloso?

Melania miró la Ciudad Imperial. Por encima de los hombres y de los dioses, de los Emperadores y de los conspiradores, Roma brillaba al atardecer con todo su esplendor eterno.

—En efecto, Marcos —dijo Melania—, Roma es maravillosa.

4

La granja de Vitelio era una típica granja de labor romana. Constaba de un pabellón central, con la zona residencial, unas pequeñas termas adosadas y un pabellón accesorio que en ocasiones se alquilaba, a escaso precio, a parejas dudosas llegadas de Roma.

Marcos conocía a Vitelio hacía tiempo, y por eso se desvió de la Vía Apia y condujo, con cuidado, por los difíciles caminos de acceso. Tras los habituales comentarios de sorpresa —no todos los días se ven automóviles de vapor, aunque Vitelio había visto hacía poco en el circo elefantes y jirafas, y hasta enanos negros que hacían volantines— se abrazaron, como viejos amigos que eran y que no se veían hacía años.

—Podrás dejar tu automóvil, como le llamas, en la cuadra desocupada. Esta granja ya no es lo que era. ¡Si te contara!

Marcos le cortó —él también tenía sus propias preocupaciones— y le explicó su urgencia en hablar con el Emperador.

—Entonces, quieres hablar con Vespasiano —consideró Vitelio—. No será fácil acudir a él por los cauces normales. Es cierto que es abierto y afable, y por eso mismo tiene muchísimas audiencias, y los secretarios informan antes sobre cada caso. De modo que veo casi imposible que obtengas con él una conversación completamente privada.

»Sin embargo, hay un recurso. Como sabes, los romanos conocemos pronto las manías y aficiones de cada emperador. Aunque vivan en el Palacio Imperial, pronto se filtran sus intimidades. Y pronto sabemos, también, si los hemos de apreciar, de amar o de temer. Para hablar con Octavio había que ser funcionario. Con Tiberio, militar. Con Claudio, historiador. Con Nerón, poeta —siempre, por supuesto, inferior a él mismo—. Y ahora, con Vespasiano, tienes dos recursos: o presentarte como

literato, o proporcionarle algún negocio que le produzca ganancias para él o para el Tesoro.

—Me temo que no le puedo proporcionar ningún negocio. Y en cuanto a literato, mis habilidades son más bien escasas.

—Pues tú verás lo que haces, Marcos. Vespasiano es un militar que de pronto ha descubierto el mundo de las letras. Le encanta ejercer de protector de artistas, iniciador de nuevos valores o padrino de los ya consagrados. Conoce las principales obras griegas y latinas, cita con oportunidad y frecuenta la compañía de los artistas, a los que invita a Palacio o bien acude él mismo a sus reuniones.

Marcos consideró esta posibilidad.

—¿Podrías enterarte de si hay alguna reunión estos días?

—Desde luego. Te lo puedo decir ahora mismo. Hay una reunión mañana por la tarde, organizada por un patricio llamado Alodio, y se espera que acuda el Emperador.

Y ante la extrañeza de Marcos, Vitelio aclaró:

—No temas; ni soy un espía ni soy un mago. Soy, simplemente, un granjero que provee de buenos comestibles las mejores cocinas de Roma. Por eso conozco bien el mundo de los banquetes. Piensa que en ellos no sólo hay literatura...

»Y basta de hablar, muchachos. Se os nota cansados. Necesitáis una buena cena, que os voy a pasar inmediatamente, y una noche de amor y de reposo. Mañana os procuraré la entrada en casa de Alodio. Así que a descansar.

Marcos y Melania se despidieron y marcharon a su habitación.

8. Reunión de literatos

1

Cuando se está algún tiempo fuera de Roma, al volver se descubre, de nuevo, su personalidad. Es cierto que se re vive la grandiosidad de sus monumentos —el Foro, el Mausoleo de Augusto, las Termas, el Campo de Marte—. Pero quizá el mayor encanto resida en visitar los barrios populares, los mercados, las tiendas. Las calles, estrechas, están repletas de transeúntes. Y como Roma es a la vez capital de provincia y capital de un Imperio, el observar el ir y venir de las diversas gentes es todo un espectáculo. Ciudadanos togados que se dirigen a realizar el homenaje de mañana a su protector; campesinos que han traído, como todos los días, sus víveres para el inmenso estómago de la ciudad; mujeres que van a la compra; esclavos que realizan diversos menesteres para sus amos. Pasan soldados, de servicio o de permiso. Se hacen grupos; se comentan las noticias políticas, pero también —sobre todo— los rumores a nivel de calle, de barrio. En Roma hay mucho ocio, y la ociosidad engendra el cotilleo, el comentario mordaz.

Hay, en las calles, puestos de vendedores ambulantes, y se vende prácticamente de todo: frutas, dulces, collares y pendientes, estatuillas, telas de todo tipo, esencias. En ocasiones hay que empujar, que apretarse, que detenerse, porque la muchedumbre aprieta, detiene o arrastra. Todo matizado por las incidencias del espectáculo diario. Hay un vendedor de aves tropicales —de aves que hablan— y la gente le rodea y escucha cómo el pájaro, cuando quiere, dice unas palabras y recibe unos granos de premio. Hay soldados, viejos, sentados o apoyados en una pared, que muestran sus heridas de guerra o sus muñones y cuentan cómo escaparon a la matanza de Varo en Germania, o cómo combatieron a las órdenes de Germánico o en la campaña de Britania. Ahora, en su vejez, desamparados —no quisieron, en su momento, ir a las colonias de veteranos— piden, en la Roma por la que expusieron su vida, unas monedas para subsistir. Hay también un negro que hace equilibrios con objetos: lanza varios vasos al aire y los va recogiendo hábilmente. Y cuando reúne un grupo en torno realiza peligrosos ejercicios con fuego, introduciéndose en la boca una tea ardiendo y sacándola sin que se haya apagado.

En las calles céntricas el público es más selecto. Aquí ya se trata de la venta de cosechas, de esclavos o de terrenos. Es cierto que el trato podría realizarse en unas termas, o en el domicilio del comprador o del vendedor, pero el romano ama la calle, la discusión pública con grandes gestos, lamentándose porque le obligan a vender a un precio bajísimo o porque debe comprar a cantidades exorbitantes que le van a arruinar. Pero después, llegados a un acuerdo, apretadas las manos, puede concluirse la conversación en la taberna más cercana ante unas jarras rebosantes. En las calles

pueden verse funcionarios públicos, magistrados, sacerdotes que se dirigen al templo acompañados de sus ayudantes. Y puede admirarse el espectáculo de la circulación. Sillas de manos, carros, bigas y hasta cuadrigas intentan evolucionar en un espacio que, aunque es amplio, resulta demasiado pequeño para toda esta circulación. En ocasiones se deben colocar soldados que a toque de trompeta dan paso en una u otra dirección. El calor, en verano, llega a ser sofocante, y el polvo que levanta toda esta circulación hace que el paso por las calles romanas en las horas de mayor tráfico sea auténticamente difícil.

Marcos y Melania absorbían por todos sus poros la vida de la ciudad. La mañana era extraordinariamente luminosa, las gentes eran amables y la alegría de vivir se irradiaba en todos los rostros. Al pasar por el templo de Venus depositaron una pequeña ofrenda. En las calles comieron dulces y frutas. Llegaron hasta el Tíber, y durante largo rato estuvieron viendo el pausado fluir del agua, lanzando una moneda para volver a verlo una vez más. Apartaron a vendedores que ofrecían de todo, y finalmente entraron en una pequeña taberna, El laurel de Baco, que Marcos conocía. Allí pudieron tomar, junto con un selecto vino de Campania, una admirable minestrone, un extraordinario estofado y unos maravillosos postres confeccionados con nata y miel.

Con la tarde por delante, Marcos y Melania se dispusieron a realizar el programa trazado. Según el informe de Vitelio, el Emperador iba a asistir a una cena de escritores y artistas ofrecida por Alodio en su villa. Alodio era un mecenas que periódicamente organizaba reuniones literarias donde a una conversación aguda y ágil se unía una comida y bebida de gran calidad. Es cierto que en ocasiones los invitados se iban de la lengua más de la cuenta —lo que estuvo a punto de costar la cabeza a Alodio en tiempos de Calígula y Nerón—, pero también es cierto que Vespasiano favorecía todo lo que significara cultura y aguantaba con aire de campesino socarrón todas las críticas que se le hacían, y que se relacionaban casi siempre con su proverbial tacañería.

La reunión se iniciaría al atardecer. Marcos y Melania podrían entrar en complicidad con un amigo de Vitelio, proveedor de la cocina, que les llevaría como ayudantes suyos y colaboradores del servicio.

Así pues, Marcos y Melania se dirigieron, lentamente, viviendo la plenitud de la atmósfera romana, hacia la villa de Alodio.

2

—No es una cena como las que tú frecuentas, querido Marcial —decía Alodio—.

Primero las hicimos al estilo habitual, reclinados en los triclinios y tomando allí plato tras plato y copa tras copa. Pero esto sólo conviene a los convites familiares y a los de los nuevos ricos. No permite la conversación, el intercambio de ideas, el contacto mutuo. Por eso ahora las realizamos como ves.

La cena se celebraba en la gran sala de Alodio, que comunicaba con una amplísima terraza que daba a los jardines. Los laterales se encontraban bordeados con mesas alargadas repletas de las más exquisitas comidas y bebidas. Los servidores atendían rápidamente a los invitados, ya desde las propias mesas, ya pasando continuamente fuentes entre los grupos.

Cada vez llegaban más invitados. Alodio, en la plenitud de los sesenta, cabellos blancos, rostro sereno, túnica impecable y una cierta aureola vital permisible en quien había pasado con vida los tres últimos emperadores, saludaba a los que iban entrando y aludía con habilidad al último poema, obra histórica o pensamiento filosófico de quien saludaba.

Marcial examinaba el conjunto con ojo crítico: sabía muy bien qué pasiones humanas se ocultaban tras cada gesto, tras cada afeitado, y estaba dispuesto a retratarlas en versos acerados.

—¡Mi querido Quintiliano! —exclamaba en aquel momento Alodio, dirigiéndose a una persona alta, discretamente obesa, cercana a los cuarenta, que en aquel momento entraba—. ¡Qué alegría verte por aquí! ¡No sabes lo que he disfrutado con tus *Instituciones*!

—¿De verdad? —decía Quintiliano, complacido—. No es más que una breve síntesis de mis clases, pero he intentado recoger lo fundamental para la formación del orador.

—Un resumen sencillamente genial —insistía Alodio—. Esa teoría de corregir con humor es de lo más sensato que he leído últimamente. ¡Qué lejos estamos ya del viejo Catón! Desde luego, tu resumen *castigat ridendo mores*, es de lo más eficaz —y bajando la voz le susurró al oído—, aunque te diré que yo, a mi vez, tenía un aforismo parecido: «perdona a tu enemigo... no hay nada que más rabia le dé».

Se introdujeron, sonrientes, en la sala, mientras Alodio, a la vez que hablaba, espiaba con el rabillo del ojo para atender a cualquier nuevo invitado.

Marcos y Melania, en la cocina, ayudaban a transportar unos grandes cestos de frutas. En la cocina el ambiente era de trabajo intenso, pero ordenado. Bajo las férreas órdenes del cocinero jefe, se cocía, se freía, se asaba, se trinchaba, se preparaba y así salían finalmente las bandejas hacia las mesas del salón. Marcos y Melania vieron que en el extremo de la cocina se situaban los portadores de las bandejas, y allí se fueron acercando. El encargado de la distribución les llamó:

—A ver, vosotros, no estéis ociosos. No os había visto antes. ¿Cómo os llamáis?

—Marcos.

—Melania.

—Está bien. Llevad estas bandejas a las mesas de la sala y volved en seguida.

Llegados a las mesas, se quedaron tras ellas para ayudar a servir. Llegaban cada vez más personas, pero el tono de la fiesta era distinto a las típicas orgías. Los invitados se reunían en grupos, hablaban, más o menos apasionadamente. En ocasiones alguno sacaba del bolsillo de la toga un rollo de pergamino y leía algún párrafo que los del grupo comentaban, según parecía, con benevolencia. En un extremo del jardín unos músicos griegos colocaban una iluminación de antorchas sobre una gruta artificial donde se preparaba un recital de música y baile.

Alodio seguía, incansable, en su papel de anfitrión, recibiendo, presentando, agrupando. Era el relaciones públicas nato. Aunque no tenía obra literaria propia, parecía brillar con el esplendor de la realizada por los demás.

—¡Qué honor para nosotros, Tácito! —y abrazaba a un joven que había entrado con el desconcierto de quien se encuentra más a gusto en las bibliotecas que en las reuniones—. Tienes mucho que contarme, muchacho. Ya he leído los últimos tomos de tus *Anales*. Cada vez te superas.

—Muy amable, Alodio. Siempre tan exagerado en tus afectos...

—Nada de eso, Tácito. Sólo tengo el disgusto de que no confíes a tu viejo amigo todos tus proyectos. Porque me han dicho que estás preparando una recopilación sobre los germanos que va a ser, sencillamente, sensacional.

—Pero si sólo estoy reuniendo el material... —se defendía Tácito—. Tengo intención de comenzarla pronto, eso es verdad, porque hay mucho de leyenda y poco de historia veraz sobre las tribus germánicas, pero veo que es un trabajo difícil, sobre todo desde el punto de vista crítico.

—Pero tú eres la persona idónea, sin duda. Pasa, Tácito, y no dejes de comunicarme cómo va tu trabajo. Puedo relacionarte con quien necesites. Sin ir más lejos, Silio Itálico ha dicho que quizá vendría esta noche.

El proyecto de Marcos era contar a Vespasiano todo lo relacionado con la conjura. Para ello tenía que estar al tanto de la llegada del Emperador y poder acercarse a él sin dificultad. Luego estaba seguro que el Emperador le oiría y comprendería. Automáticamente iba cortando lonchas de carne asada y colocándola, con gelatina, en los platos que se le tendían. Melania, a su lado, llenaba los vasos vacíos con un exquisito vino de Falerno.

Cerca de ellos se oía una animada conversación.

—No, Quintiliano —le decía Marcial, en un pequeño grupo—. Lo tuyo nunca será arte. Escribir un libro con instrucciones para ser orador es como hacer arte del oficio de trinchador de bueyes o del calafateador de naves. Entrará, si quieres, en la categoría de los manuales, pero no en el de las obras literarias.

—Pero Marcial —intervino un defensor de Quintiliano—, también han quedado

como clásicas las obras de Columela sobre agricultura, o de Vitrubio sobre arquitectura, o incluso las de Celso sobre medicina.

—Exacto: son clásicos, son manuales clásicos de su especialidad, pero no literatura —remachaba Marcial—. Lo que pasa es que nuestro amigo Quintiliano ya ha conseguido un puesto de profesor oficial, ha llegado al funcionariado, y escribe ya como un perfecto funcionario —Quintiliano iba incomodándose progresivamente—. ¿Habéis visto escritos de funcionarios? ¿Habéis leído las cartas de un gobernador de provincias? Pues ése es exactamente el tono que adopta nuestro querido Quintiliano.

Éste, enrojecido, iba a contestar, cuando un joven se introdujo en el grupo.

—¿Alguien me ha aludido? —comentó con desparpajo. Se trataba de un muchacho de unos veinte años, de aspecto deportivo, rostro inteligente y mirada bondadosa—. Permítanme que me presente: me llamo Plinio, igual que mi tío, tan conocido entre todos ustedes, pero para distinguirme de él algunos han dado en llamarme Plinio el Joven, y a él Plinio el Viejo. Por supuesto, no escribo tanto como mi tío. Mi función es administrar —esto es, ser funcionario del Estado, como se decía aquí hace un momento— y sólo escribo informes oficiales.

—Pero —indicó Marcial—, no pretenderéis hacer una obra literaria...

—De ninguna manera; sólo pretendo informar al Emperador, lo más lealmente posible, de los acontecimientos, costumbres, sucesos, recursos; en fin, de todo lo observable en los territorios bajo mi mando para que sus leyes y decretos sean lo más justos posibles, porque justicia es acomodar los mandatos a la realidad.

»Pero permítanme que pregunte; acudo con gran curiosidad y tengo ciertas dudas sobre lo que ustedes llaman literatura, obra de arte. ¿Qué es para ti, Marcial, y permíteme que te tutee, el escribir, ya que no calificas de literaria la obra de Quintiliano que para mí, pobre aficionado a las letras, me ha sido de gran utilidad, y que considero de enorme calidad literaria?

Marcial quedó un momento en silencio. Se le notaba más apto para aguijonear que para precisar.

—Es muy difícil definir, Plinio, qué es la obra literaria. Te voy a responder personalmente, diciéndote lo que es mi obra literaria, lo que yo siento, lo que me acontece al escribir. Veo la realidad ante mí, pero mis ojos, mi mente, traspasan esta realidad y penetran en las intenciones de las personas. Y estas intenciones son malas, retorcidas. En ocasiones, incluso siniestras. En el homenaje de la mañana se encuentra el deseo del heredero de que muera el testador para recibir la herencia. En el rostro empolvado de la mujer de edad se ve el esfuerzo por disfrazar las arrugas y el paso de los años. En el fuerte perfume de la boca se esconde la traicionera podredumbre de unos flatos putrefactos.

Los asistentes le miraban en silencio. Marcial bebió profundamente de su copa y comentó, con pesar.

—Vivimos en un mundo en descomposición y no nos damos cuenta. Dicen que el Imperio es sólido, pero ¿quién lo dice? Las autoridades, los generales, los gobernadores. El Imperio está agonizante, porque el Imperio se debe basar en las personas, y los ciudadanos de este Imperio son unos degenerados.

»Mirad las termas: gruesos comerciantes sebosos se hacen manosear sus rodajas de grasa por esbeltas esclavas a las que luego obligan a acostarse con ellos. Mirad las viudas: si son pobres, cómo acechan a algún rico para poder casarse con él, para luego matarle lo antes posible y disfrutar de su fortuna. Y si son ricas y viejas, cómo van rodeadas de una corte de jovencitos que huelen a perfume y recitan los últimos versos griegos del comediante de moda, todos con la esperanza de casarse con ella y conseguir en el lecho la fortuna que no han podido conseguir en la guerra.

»Mirad las vestales consagradas, si es que queda alguna virgen entre ellas. Mirad los comerciantes, si alguno da la calidad debida y el peso justo. Mirad los gladiadores, si alguno pelea de verdad y no hace farsa. Mirad los ecónomos, si alguno da las cuentas justas a su dueño y no se queda con la parte más sustanciosa de los productos de la finca. Miradlo todo: nuestro mundo se resquebraja, se hunde, está podrido...

»Y yo, Marcial, poeta a pesar mío, porque ser poeta es nacer con una llama que no se puede apagar, lo veo, lo retrato, lo escribo en versos jocosos e hirientes, y noto que mis poemas son aceptados, que se repiten, que se recopilan, que se recitan en las tabernas, en las calles y en el Foro, pero tengo la tremenda pesadumbre de que no se profundiza en ellos. Creen que soy un satírico, pero dentro de todo satírico hay un trágico.

»Yo os digo: leed, recitad, declamad. Reíros, reíros primero.

Con el agudo Marcial, con el divertido Marcial. Os reís porque aceptáis lo que os digo, porque comprendéis que es así. Pero ahora dad el paso siguiente: si de veras aceptáis que esto es Roma, y que así está el Imperio, llorad de rabia como yo lo hago.

Calló un momento y seguidamente se dirigió de nuevo a los asistentes.

—Perdonad —dijo— estas confesiones, propiciadas por el vino y por la pregunta de un hombre honesto, y permitidme que pasee un poco por los jardines hasta que recupere lo que se supone debe ser mi actitud oficial, una ironía aguda y displicente.

Bebió de nuevo un gran trago de vino y se dirigió, solo, hacia el jardín.

—¡Qué extraño está Marcial esta temporada! —comentó alguien.

—Sí —afirmó otro contertulio—, creo que sufre una crisis. El primer deseo de un escritor es ser conocido, como sea. Pero quizá sea más triste sentir que se tiene sobre él un conocimiento deformado. Y es cierto que muchos le consideran una especie de payaso oficial y consentido, sin penetrar en su profundidad.

Quien así hablaba era un joven de unos veinte años que había escuchado con gran atención la extensa confesión de Marcial. Quiso ir tras él, pero se contuvo y esperó

para hacerlo más tarde.

Se llamaba Juvenal.

Los grupos se iban animando, y los servidores pasaban continuamente bandejas de copas y comida. Marcos, interviniendo en el reparto, iba recogiendo retazos de frases en su recorrido.

—Por supuesto, Estado es un plomo. Es totalmente insufrible.

—¿Un médico que cura el reuma aplicando agua?, pero ¿no dicen que el reuma proviene precisamente de la humedad?

—Los germanos, he ahí el verdadero problema. Los hispanos y los britanos ya están completamente romanizados. Pero esos germanos...

—Sí, un ligero retraso de la flota de Egipto que trae el trigo, pero no supondrá muchos problemas...

—Una auténtica belleza, en la casa de Apolodoro. La habitación es limpia y confortable.

—Por supuesto, la circulación está insufrible. Yo voy al Foro andando, porque se organizan unos atascos...

—Sí, he visto los planos del Coliseo. Una obra increíble. Va a costar una millonada.

—¿El Emperador? Dijeron que vendría, pero parece que unos asuntos urgentes.

Marco dio la vuelta al grupo con la bandeja. Procuró oír más detalles.

—Sí, ha salido urgentemente hacia el puerto. Parece que en Ostia han chocado dos grandes barcos, y hay muchos muertos.

—Pues habrá sentido no poder acudir hoy, porque hay que ver lo que disfruta en estas reuniones.

—Sí, parece mentira. Un viejo militar como él, y tiene un gusto literario bastante afinado.

—Incluso tiene gracia para citar. ¿Os acordáis lo que le dijo a aquel militar que se preciaba de ser tan alto y fuerte? Aquellos versos de la Ilíada: «marcha a grandes pasos, blandiendo su lanza de larga sombra»... Muy apropiado.

—Sí, pero lo que le dijo a su hijo Tito sobre los impuestos de los urinarios...

Conociendo ya lo que le interesaba, Marcos volvió con la bandeja hacia la mesa de servicio, cuando sintió una mano que le empujaba.

—Ven conmigo, muchacho —sintió susurrar.

Preso de pánico, giró la cabeza. Era Marcial, que le empujaba hacia el jardín.

—¿Cómo, señor?

—Deja esa bandeja y ven conmigo.

Dejó la bandeja en un banco y se sintió empujado por Marcial hacia una zona oscura. Comenzaron a oírse, a corta distancia, las melodías del coro griego.

—Nunca te había visto, muchacho, y conste que me fijo bien en los jóvenes,

sobre todo en los de buena presencia como tú.

Marcos sintió unas palpitaciones de terror.

—Ya sé... Pensarás que soy un viejo poeta borracho, un parásito, que podría estar forrado de oro si se hubiera manejado hábilmente en la vida, pero que ahora no tiene donde caerse muerto.

—Yo no... —comenzó Marcos.

—Te comprendo, no hace falta que te excuses. Ven, siéntate a mi lado. Te ilustraré en algunas cosas de la vida. Tú aún eres joven e inexperto.

Marcos resistió, pero ante la presión de Marcial tuvo que acomodarse a él.

—Así está mejor. Mira, hay momentos en la vida en que se llega a un profundo escepticismo sobre todo. No se cree en nada. Ni en la sociedad, ni en la autoridad, ni en las artes, ni en el amor, ni en los dioses...

—¿Cómo, señor...! ¿Ni en los dioses...? —Marcos intentaba alargar la conversación.

—Ni en los dioses, ni en los hombres. ¿Cómo vas a creer en los dioses, si hemos hecho dios a un monstruo como Calígula o a un necio como Claudio? Ya Séneca le dio una buena tunda, je, je, «transformación de Claudio en una calabaza». Realmente ingenioso —exhaló un fuerte aliento a vino y se apoyó sobre el cuerpo de Marcos—, ¿qué te decía? ¡Ah, sí! Te iba a decir que también llegará un momento en que te hartarás de las cosas grandes y sólo hallarás placer en las pequeñas, en las inmediatas: dormir bien, darte un buen baño en las termas, disfrutar de una buena comida y acogerte a un cuerpo joven y bien proporcionado.

Marcos intentó escabullirse, pero la presión de Marcial era fuerte.

—Debo irme, señor. Me estarán buscando.

—Nada de eso. Ven conmigo: debo instruirte en la vida —repetía con pesadez de borracho—. Me da la impresión de que aún eres uno de esos jóvenes inocentes expuestos a cualquier malvado. Ven, ven conmigo. Nos espera un lecho para contarnos intimidades.

Se levantó, y con ello aflojó la presión sobre Marcos.

—Mis mejores versos, que aún están ocultos... —siguió. Pero Marcos dio un estirón y se liberó de su mano. Marcial cayó sobre la hierba.

Comenzó a vomitar agrio.

3

Alodio hablaba con el Secretario de Vespasiano.

—¿Qué pena que no haya podido acudir el Emperador! Ya sabe lo que gozamos

todos con su presencia, que no es sino una expresión más de su constante protección a las artes.

Escuchaba la explicación completa del Secretario.

—Lo comprendo... asuntos urgentes... algo me habían adelantado, por supuesto... espero que no sea una catástrofe.

Pero inmediatamente se recuperó, mirando hacia la puerta.

—¡Mi querido Denario! ¡Qué alegría que hayas podido acudir a esta reunión! Es preciso que los hombres de negocios comencéis a interesaros por la literatura... Pasa, te presentaré a unos buenos amigos...

4

—¡No va a venir! —dijo, desesperanzado, Marcos, al encontrar de nuevo a Melania.

—¡No viene! —comentó, contristada, Melania, al ver a Marcos.

—Lo han comentado junto a la mesa...

—Lo decían en un grupo...

—Salió hacia el puerto de Ostia.

—Dos barcos, que chocaron y se hundieron.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Tenemos que ir a Ostia como sea.

—Pero, ¿cómo vamos allá?

—Pensemos —dijo Marcos— alguna forma habrá de solucionarlo.

Situados junto a la mesa, vieron de pronto aproximarse a Alodio y Denario. Marcos y Melania quedaron aterrados. Antes de que les vieran, Marcos empujó hacia abajo a Melania:

—Bajo la mesa —murmuró—, que no nos vea.

Se situaron bajo la mesa, cubiertos por el mantel. Vieron acercarse las elegantes botas de Denario, y las no menos elegantes sandalias plateadas de Alodio, que se situaron ante ellos, por debajo del mantel. Se oyó ruido de platos y de servicio.

—Una auténtica conjuración —decía Denario— y bajo mis propios auspicios. Menos mal que se ha descubierto todo a tiempo.

—Algo he oído —respondía Alodio—. Todo organizado por un tal Adolfus, que tenías a tu servicio.

—En efecto —riquísimo el salmón, Alodio—. Se tramaba algo muy peligroso. Te puedo decir, con las mayores reservas, que parece implicado el hijo del Emperador, Domiciano.

—No me extraña; Domiciano conjura día sí y día también. Quieran los dioses proporcionar larga vida a Vespasiano y a su hijo Tito.

—Por supuesto; de lo único que se puede acusar al Emperador es de mostrar tanta blandura para con su hijo. Pero la conjura ha sido totalmente desmontada. La fábrica de ingenios bélicos con los que querían dar el golpe ha quedado completamente destruida.

—¿Y Adolfus?

—No se conoce su paradero. La última vez que se le vio fue durante el incendio de la fábrica. Primero organizando la extinción, dando órdenes, como siempre. Luego, cuando comprendió que todo estaba perdido, gesticulaba como un poseso, parecía un auténtico demonio. Desapareció entre las llamas y el humo y no ha vuelto a saberse nada de él. Por supuesto, se rastreó toda la zona incendiada sin que apareciera su cadáver.

Marcos y Melania se miraron inquietos. Las botas de Denario cambiaban de postura, y en las sandalias de Alodio los dedos se movían, peludos.

—Aún andan buscando algunos de los integrantes de la conjura. Por supuesto, ha quedado clara la buena fe de todo el grupo fabricante de los motores de vapor y de los automóviles. El mismo Emperador presencié una exhibición de una de nuestras máquinas sin concederle, por otra parte, demasiada importancia. Falta aún atrapar al artífice de los modelos, un tal Marcos —y Marcos sintió, bajo la mesa, un enorme vacío en el estómago—. Parece claro que estaba en total connivencia con Adolfus para la realización de sus máquinas de guerra.

Marcos hizo ademán de levantarse, para explicarse, pero Melania le contuvo violentamente y le indicó silencio.

—Hay algunas patrullas buscándole —seguía Denario—. Personalmente no sé qué pensar; era un buen muchacho, pero extremadamente influenciable. Adolfus pudo hacerle fácilmente uno de los suyos. Pero el Emperador lo ha tomado como cuestión de honor: hay que ajusticiarlo para acabar con cualquier posibilidad de que ese formidable instrumental bélico pueda volver a fabricarse.

—Y nuestro querido Plinio, ¿qué piensa de todo eso?

—Acabo de visitarle; precisamente llego de su quinta, que está en este mismo barrio. Plinio mantiene una resignación filosófica y da por terminada la experiencia. Yo estoy llegando a la misma conclusión. No podemos adelantarnos a los acontecimientos.

—Perdona, Denario —cortó Alodio de repente—, veo entrar a uno de los Sénecas y ya sabes lo quisquillosos que son si no se les hace la debida acogida —y dirigiéndose al atrio—. ¡Mi querido Séneca!, ¡qué alegría verte de nuevo por aquí!, ¡un poco de olvido del Foro no te sentará mal!

Tras ver alejarse las sandalias plateadas de Alodio, Marcos y Melania observaron

cómo las botas de Denario, giraban, inquietas. Imaginaron que miraba a una y otra parte mientras mordisqueaba algo, calculando a qué grupo sumarse. Por fin, tomada una decisión, las vieron alejarse lentamente de la mesa.

—Salgamos, Melania. Tenemos que cambiar nuestros planes.

—Sí. No podemos ir a ver directamente al Emperador.

—Desde luego. Nos atraparían antes de llegar a él, y perderíamos toda posibilidad de explicarnos.

—Lo mejor sería tratar de ver a Plinio, que vive aquí cerca. Vamos a su casa lo antes posible.

—Buena idea. Hablemos con él; siempre fue muy comprensivo. Él nos indicará cómo salir de este embrollo.

Se deslizaron al extremo de la mesa y se pusieron en pie. La sala estaba en su mayor esplendor. Los aromas de los alimentos y de las bebidas que se pasaban constantemente entre los grupos daban un agradable acompañamiento a las conversaciones. Se iba de un lado a otro, se comentaba, se criticaba. Algunos declamaban, otros parodiaban. Alodio atento, feliz, sonriente, amable, anfitrión perfecto, el-que-disfruta-cuando-los-invitados-están-a-gusto, era el alma de la reunión. A lo lejos la orquesta griega del jardín reunía grupos más animados que subrayaban el ritmo con palmadas.

Marcos y Melania se deslizaron junto a la pared en dirección a las cocinas. Justo en aquel momento, Denario giró y los vio. Primero quedó atónito. Luego murmuró un ¡eh! Inmediatamente gritó:

—Es él, es él, detenedlo...

—¡Corramos! —empujó Marcos a Melania—. Por las cocinas, a la calle.

—¡Los guardias!, ¡qué vengan los de la guardia! —gritaba Denario—. Le necesito, vivo o muerto. Necesito que lo detengan.

Los soldados, que habían acompañado al Secretario del Emperador y que aún se encontraban en la puerta, corrieron tras ellos. Todas las conversaciones habían cesado y los asistentes miraban fijamente a la pareja que corría hacia la puerta de la cocina y a los soldados que comenzaban a comprender lo que se les pedía e iniciaban la persecución.

Atravesaron rápidamente las cocinas. En la huida tiraron fuentes, chocaron con esclavos y esclavas portadores de bandejas, de jarras, de platos. Se hizo un estrépito infernal. Tras ellos los soldados pisaban las vasijas caídas, resbalaban, caían. Marcos y Melania llegaron a la puerta exterior y se sumergieron en la oscuridad de las calles romanas.

—Los hemos perdido —dijo uno de los soldados.

—Busquémosles. No puede estar lejos. Y si no les encontramos, alertaremos más patrullas.

En el quicio de una puerta, apretados uno junto al otro, Marcos y Melania intentaban orientarse para llegar a la quinta de Plinio.

9. Sobre la técnica

1

—Sabía que vendrías —les dijo Plinio, desde su sillón.

La sala de trabajo era amplia, con las S paredes ocupadas por estanterías hasta el techo, llenas de numerosos volúmenes. Los rollos de papiro mostraban en su extremo la localización por título y autor. Pero, entremezclados con ellos se percibían multitud de muy diversos objetos: conchas marinas, grandes trozos de minerales, algún animal disecado —aves de extraño plumaje— troncos de plantas, herbarios, cajas con escarabajos y mariposas. Unas luces discretas alumbraban la mesa del infatigable trabajador, sí como los sillones que ocupaban Marcos y Melania.

—Os esperaba —prosiguió—. Desde que se incendió la fábrica y se descubrieron los planes de Adolfus, sabía que vendrías. Y que me colocarías en una situación muy difícil.

—Es nuestra última esperanza —apuntó Marcos.

—Lo sé, y ése es el problema. Marcos, te encuentras en una situación muy crítica. No me cabe duda de tu inocencia, pero todos los indicios están contra ti. Y el Emperador no entiende de sutilezas.

—Pero su intercesión...

—Es lo único en que podemos confiar, que haga caso de mi intercesión. Escribiré una carta personal para que se la entregues en mano. Sé que gozo de su confianza.

Tomó un trozo de papiro y comenzó a escribir. Se oía, en el silencio, el raspar del cálamo. En la noche, a lo lejos, graznaron unos cuervos. Unas rachas de aire fresco movieron las copas de los árboles.

Plinio entregó la carta a Marcos.

—Aquí la tienes. Le explico al Emperador que no tienes culpa de nada, que fuiste un mero artífice en manos de Adolfus y que no has tenido la menor intervención política en la conjura. Y por último, que tus conocimientos podrían ser de gran interés para el Estado, aunque en esto ya no tengo tanta confianza de que te atiendan.

—Iremos hasta el Emperador y le suplicaremos clemencia.

—Tenéis que llegar a él. Es vuestro único recurso.

Se hizo una pausa. El amarillo de la luz resaltaba la palidez del rostro de Plinio frente a la morenez juvenil de Marcos y Melania. Éstos se miraron, como preguntándose si ya deberían irse.

—Ha sido una curiosa experiencia —dijo Plinio—. Curiosa y desastrosa experiencia.

Parecía querer monologar. El encontrarse con un auditorio atento le ayudaba a concretar sus propios pensamientos.

—Durante toda mi vida me ocupé en recoger datos. He escrito la Historia de Roma, la Historia del Mundo y la Historia Natural. He catalogado los hombres y los hechos con la misma curiosidad que empleé en catalogar los minerales, los vegetales y las plantas. Y he llegado a la conclusión de que me he quedado en la mera superficie, que no he podido profundizar en las fuerzas ocultas que existen dentro de la naturaleza, dentro de los seres vivos, dentro de la historia.

»En efecto, conocemos ya bastante sobre las apariencias de las cosas, pero conocemos aún muy poco sobre su esencia, sobre su dinámica interna. Disponemos de grandes catálogos, pero de pocas explicaciones.

»Y la ciencia debe ser más que una pura descripción. Cuanto más me alaban mis libros, menos satisfecho me encuentro de ellos. Se habla de la humildad del científico. Yo te puedo decir, Marcos, que la humildad es algo connatural del científico. Cuanto más cree la gente que sabe, más fútil, más superficial encuentra su conocimiento, y mayores son sus deseos de conocer realmente en profundidad.

»Pero también llega un momento en que un científico como yo se hace una pregunta clave: todo este saber, ¿para qué? ¿No se puede aplicar en beneficio de la humanidad? ¿No podemos revolucionar la agricultura, la metalurgia, la medicina, la tecnología? En suma, ¿podemos aplicar a la práctica los conocimientos que poseemos?

—Comprendo —Marcos seguía atentamente el rectilíneo razonamiento de Plinio—. Y entonces le hablaron de la posibilidad de fabricar motores de vapor.

—En efecto. Fue una posibilidad como cualquier otra. De hecho disponemos ya, Marcos, de conocimientos capaces de revolucionar nuestra sociedad con tal de aplicarlos con cordura. Hay energía en el viento, en los ríos y en los mares; hay energía en el vapor, en las combinaciones explosivas de los minerales, en los aceites pétreos de Arabia y en los destilados etéreos del vino. Hay energía en los peces eléctricos y en la piedra ámbar, que atrae la pelusa cuando se la frota. Por una serie de coincidencias se me planteó la posibilidad de colaborar en la fabricación de motores de vapor, y acepté con gusto.

»No te niego que lo hice algo forzado. Un científico se encuentra más a gusto en su gabinete de trabajo o en su laboratorio que en una fábrica. Pero sentí una cierta responsabilidad sobre la aplicación práctica de mis conocimientos. Pensé que si había dedicado muchos años a estudiar la naturaleza, bien podía dedicar algo de mi tiempo a la aplicación práctica de parte de lo que conocía. En suma, me quise transformar de científico en técnico.

—Pero la idea era buena. Los motores funcionaron. Los automóviles también. Los carros de guerra eran eficaces; destruían puertas y muros.

—Sí, Marcos. En efecto, el motor era bueno, y los vehículos también. También funcionó el órgano de agua de Herón, y el fuego griego, y la máquina de abrir puertas

de los templos, y los espejos incendiarios de Arquímedes. Pero hay inventos que sólo pueden fructificar en ciertas sociedades, y la nuestra no está madura para aplicar el motor de vapor.

»Oye esto, Marcos. El problema fundamental de la historia de la ciencia no será tanto describir los inventos que en cada momento se hicieron, sino razonar por qué algunos inventos no se realizaron. Un invento, un descubrimiento tiene que cuajar en su ambiente. Como la semilla del ser humano en la matriz, como la simiente en la tierra. De nada sirve un descubridor aislado, un inventor solitario, si la sociedad no ampara su descubrimiento, no lo desarrolla, no confía en él, no lo acuna. La ciencia no tiene una historia individual, tiene una historia social.

»He pensado mucho durante estos días si vale la pena volver a poner en marcha la fabricación del motor de vapor. Y he decidido que no.

—¿Que no? ¿Va a despreciar esta posibilidad? —Marcos casi lloraba de rabia recordando los días dedicados a la investigación y fabricación de los prototipos—. Pero si los motores son una maravilla, si suponen el fin del esfuerzo humano, si es el camino a la sociedad del futuro...

—Eso piensas, Marcos, porque confías en la bondad humana. Pero créeme: no estamos preparados aún para un descubrimiento semejante. El Imperio no tiene estructuras sociales para asumir la máquina de vapor: está basado en la mano de obra esclava, e introducir esta forma de energía supondría tal cambio social, que labraría su propia ruina.

Quedó en silencio, meditando.

—Este invento, como Cartago, debe ser destruido en bien del Imperio. No debe consignarse en libros de científicos ni de historiadores; lo que quede de los prototipos debe desaparecer, y todos nos debemos olvidar de este intento fallido. No se puede luchar contra la historia.

»Llegará algún momento en que exista una sociedad libre y abierta, no sólo para las clases dominantes, sino para todo el género humano; donde no exista la esclavitud; donde todos los hombres tengan derecho al disfrute de la plenitud de la ciudadanía. Entonces alguien repetirá nuestro invento. Y entonces sí que encontrará su cauce. La máquina de vapor trabajará las minas y las fábricas, impulsará los medios de locomoción de tierra y mar, y la humanidad podrá progresar en paz y armonía. Y algún historiador, recordando los antiguos romanos, pensará: ¿cómo, teniendo en su mano todos los medios, no fabricaron algo tan sencillo como el motor de vapor?

Se emocionaba mientras él mismo contestaba:

—Y la respuesta es: el Imperio no quiso albergar el germen de su propia destrucción. Mató los huevos de la serpiente antes que se desarrollasen en su seno y le emponzoñasen.

»Créelo, Marcos. Hay inventos terribles que pueden destruir la humanidad. Y hay que acabar con ellos antes de que ellos acaben con nosotros.

Plinio calló. Marcos jugueteaba con el mensaje. Melania contemplaba extasiada al noble anciano en el que, por encima de los acontecimientos, parecía hablar la historia.

—Entonces —preguntó Melania, descendiendo a la realidad— ¿qué piensa hacer ahora?

Plinio la miró con cariño.

—¿Quién? ¿Yo? Eso no tiene importancia —señaló la habitación—. Tengo mucho trabajo: debo revisar y terminar algunos libros. Créeme, es muy pesado catalogar el mundo y la historia. Comienza a pesarme tener que hacerlo todo yo solo.

»Os he dicho que tengo cierta influencia sobre el Emperador, y es verdad. Me ha propuesto para el cargo de Almirante Jefe de la flota del Sur. No es que yo entienda mucho de barcos, pero confía en mi capacidad de organizador, yo creo que en demasía.

—¿Y va a aceptar? —preguntó ahora Marcos.

—Tengo serias dudas. Siempre me cuesta separarme de mi trabajo. Pero por otra parte ese puesto tiene un enorme atractivo: podré seguir investigando.

—¿Sobre los animales marinos?

—No, no. Dejemos a los peces, que ya están suficientemente catalogados. Sobre algo más tremendo que ya hace tiempo me apasiona: las fuerzas ocultas de la naturaleza. Pienso acercarme al Vesubio e introducirme en su cráter. Y estudiar allí el porqué de las erupciones y la tremenda fuerza del vapor que se genera en el centro de la Tierra. Estuve allí alguna vez, pero sólo pude asistir a pequeñas humaredas y algún ligero temblor. Tengo la esperanza de poder estudiar una auténtica erupción desde cerca.

—Pero —dijo Melania aterrada— eso puede costarle la vida.

—Puede haber cierto peligro, por supuesto, pero no mayor que el del militar que asalta una fortaleza o que el del marino que navega con tempestades. Hay, en todo caso, un riesgo, y los riesgos hay que aceptarlos. Y además, ¡qué compensación!, ¡ver la potencia de la naturaleza en toda su plenitud de fuegos, humaredas, vapores, lavas!, ¡llegar a conocer el secreto que reside en el corazón de la Tierra!, ¿no es un premio extraordinario para intentar afrontar cualquier peligro?

De pronto Plinio, como un niño pillado en falta, se dirigió otra vez a ambos:

—Pero perdonadme. Ya conocéis lo que somos los científicos. Nos gusta hablar y hablar de nuestros temas y nos abstraemos. No os he ofrecido nada; yo trasnocho, y la verdad es que me olvido de comer o de beber, pero puedo llamar a algún esclavo para que os prepare algo.

Marcos y Melania aseguraron que no necesitaban nada, que prácticamente venían

de una cena.

—Es verdad, me lo dijisteis al llegar. Ahora creo que para vosotros lo fundamental es ganar tiempo. Dentro de poco amanecerá, podréis encontrar cualquier combinación para acercaros a Ostia. El tráfico con el puerto es muy intenso. Mostrad esta carta al oficial de guardia del cuartel donde reside el Emperador y os facilitará la entrevista. Y ¡buena suerte!

Les acompañó a la puerta de la casa. Un esclavo silencioso, con una antorcha, les acompañó por el jardín hasta la cancela exterior.

2

Marcos y Melania avanzaron lentamente por la calle. El cielo mostraba una levísima claridad, preludio del amanecer.

—¡Qué persona tan extraordinaria! —comentaba Melania—. Tan atento, tan paternal. Y a la vez tan profundo.

—Cuando habla —añadió Marcos— parece que se comprende el mundo y la historia. Estaría horas escuchándole. Es un verdadero sabio; une el conocimiento de todas las ciencias a la preocupación por la humanidad y por cada persona concreta que conoce.

—Pero sus planteamientos dan miedo. Marcos, ¿tú crees de veras que hemos trabajado en algo que pudo cambiar el curso de la historia?

... Y de pronto se hizo la noche súbita. Un enorme golpe en la cabeza, un sentir zumbidos, estrellas, vértigos y de pronto la oscuridad profunda, la inconsciencia, la caída.

Los agresores tomaron los dos cuerpos y los introdujeron a toda prisa en un carro cerrado. Subieron y se dirigieron rápidamente a una villa situada en las afueras de Roma.

10. El fin de un sueño

1

Marcos despertó cuando sintió que le echaban un cubo de agua fría por la cabeza y le abofeteaban las mejillas. Cuando se quiso mover, se sintió atado a la silla. Abrió los ojos y se encontró en una habitación no muy grande, por cuyas ventanas se vislumbraban los árboles de un jardín. La intensidad del sol hacía suponer que era media mañana.

—¡Despierta! ¡Despierta de una vez!

Era un hombre alto, fuerte, de aspecto rudo, que aún tenía en la mano el cubo de agua. Miró a su lado y vio a Melania, atada en una silla de igual forma que él, que también comenzaba a despertarse. Vio que estaba amordazada. Quiso llamarla, gritar, pero se dio cuenta de que también él estaba amordazado. Era curioso; el dolor de cabeza no le permitía darse cuenta de nada.

—Bien, ya has dormido bastante, ¿no? ¿La chica también? Despertaos, que viene el Jefe.

Salió de la habitación. Marcos y Melania se miraron: atados, los pies a las patas delanteras de la silla y las manos a la espalda, amordazados, chorreando ambos el agua que acababan de recibir, sucios, con el cabello revuelto, constituían la imagen misma de la impotencia. Y además, sin comprender en absoluto lo que ocurría.

«¿Quién será el Jefe?» —se preguntó Marcos.

Se abrió la puerta. Y enérgico —como nunca—, altivo —como nunca—, suficiente —como nunca—, mesiánico —como nunca— apareció, en brillante y extraño uniforme militar, el mismísimo Adolfus, seguido de dos ayudantes y varios soldados.

—Vaya, vaya —Adolfus se había situado de pie, imponente, ante los prisioneros—. Los viejos amigos se encuentran, ¿no es eso? —E imperioso, a los ayudantes— ¡quítenles la mordaza!

Lo hicieron. Adolfus comenzó a recorrer la estancia a grandes pasos.

—Así que creíais poder vencer a Adolfus, ¿eh? ¿Aniquilar mi trabajo de años? ¿Destruir la fabricación de mis blindados? —se iba exaltando progresivamente—. ¿Impedir mis planes para la renovación del Estado? ¡No! ¡De ninguna manera! ¡A Adolfus no se le vence tan fácilmente!

Marcos comprendió de pronto lo apurado de su situación. Si hasta ahora el problema había sido su persecución por los soldados del Emperador, ahora tenía ante él, tangible, terrible, la venganza de Adolfus, que hablaba, colérico, a grandes gritos.

—Pero perder una batalla no significa perder la guerra. Ahora se han clarificado posiciones y sabemos quiénes son amigos y quiénes son enemigos. Y nos vamos a

lanzar a fondo.

»Tú, Marcos —y le señaló con el dedo— tienes suerte porque te necesito. Te tomo como prisionero de guerra. Trabajarás vigilado y encadenado, pero trabajarás para mí. Vamos a partir a nuestras nuevas instalaciones en Germania.

Marcos sintió un respiro: la muerte ya no parecía tan inmediata. Pero seguía aterrado. Preguntó:

—¿Partir... a Germania?

—En efecto. La situación en Roma ya es demasiado peligrosa. Pero los generales de Germania se han interesado en mi proyecto y en mis armas, y hemos establecido una base secreta. Desarrollaremos las armas bélicas hasta su máximo grado de perfección y dotaremos las legiones del Rin con el mejor armamento que hayan tenido en su historia. Luego invadiremos Roma y, ya no hace falta disimularlo, Adolfus será Emperador. Y al fin comenzará el Tercer Imperio, el Imperio de los Mil Años.

Se dirigió a uno de los ayudantes grueso, con aspecto bárbaro.

—Hermann —dijo— tú te encargarás del transporte y custodia de Marcos durante la expedición. En cuanto a la chica, debe desaparecer. Sabe demasiado. Que se encargue Heinrich: algo discreto, que parezca una muerte natural... No quiero complicaciones.

—Si, *mein Jefe* —dijo el llamado Hermann, con marcado acento extranjero— se hará con toda discreción.

—Felizmente —dijo Adolfus, dirigiéndose a todos en general y a nadie en particular— los llamados bárbaros germanos han demostrado poseer lo esencial para la organización de un Imperio: la fidelidad al Jefe. Entregarían la vida por él. Y además han comprendido que su Jefe, su señor natural, soy yo.

¿Verdad, Hermann?

Los ojos de Hermann brillaban de admiración. Asintió con la cabeza.

—Los germanos, además, necesitan espacio vital; se encuentran demasiado apretados en sus fronteras naturales. Y ese espacio vital lo conseguirán a expensas del caduco y carcomido Imperio Romano.

Marcos se sintió irritado. Con su ímpetu que nunca hubiera imaginado, atado en su silla, gritó a Adolfus:

—¡Nunca lo conseguiréis! ¡Un grupo de bárbaros nunca conseguirá acabar con el Imperio Romano! ¡Sois unos aventureros, unos conspiradores, una pandilla de asesinos!

Adolfus se acercó iracundo a Marcos y le dio una violenta bofetada.

—¡Somos —dijo Adolfus— los señores naturales del mundo! ¡Entre las tribus germanas se encuentra más nobleza natural que en las más linajudas dinastías romanas! Estableceremos nuestro derecho de propiedad sobre todo el mundo

conocido; un gobierno de dominadores que pondrán orden y disciplina en este Imperio decadente...

En aquel momento entró, presuroso, uno de los soldados de la guardia. Sin solicitar permiso se acercó a Adolfus y le murmuró unas palabras al oído. Éste se puso serio de repente.

Y se dirigió a Hermann:

—Hermann: organiza la defensa de la casa. Estamos sitiados por tropas romanas. No intervengáis hasta que yo lo ordene personalmente, a menos que intenten penetrar en el recinto.

Hermann salió a cumplir las órdenes dadas. Adolfus se asomó al balcón.

Al abrirlo, Marcos pudo reconocer dónde se encontraban: era la misma villa romana donde residía Celia y donde habían espiado su entrevista con Adolfus. La balaustrada frente al jardín descuidado, semicubierta por la hiedra, era idéntica; sólo que debían estar en otro ángulo de la casa porque su visión del jardín era algo distinta. Comprendió que tras el incendio Adolfus se había refugiado en la villa, donde había enlazado con sus partidarios en Germania.

—Estamos cercados —informó Adolfus al otro germano—. No son muchos soldados; quizás alguien les informó que yo estaba en la villa y quieren capturarme. Creerán que estoy solo, o con algunos esclavos.

—¿Les atacamos, Jefe? —preguntó el germano, deseoso.

—No. Prepararemos la salida para escapar a través de ellos. Realizaremos una maniobra de diversión por la puerta sur, para concentrarlos allí, y mientras escaparemos con los carros por la parte norte. Prepáralo para el anochecer. Tenemos fuerzas suficientes.

El germano dio un taconazo y salió a cumplir las órdenes.

—En cuanto a ti, Marcos, te tengo preparada una pequeña sorpresa. Desatadle.

Uno de los soldados sacó un pequeño puñal y cortó las cuerdas de las muñecas y los tobillos; Marcos sintió fluir de nuevo la sangre a las manos y los pies, y se frotó muñecas y tobillos.

—Ven conmigo, y no intentes escaparte, Marcos. En la casa están los soldados germanos, y en torno, los del Emperador.

Salieron, dejando a Melania atada en su silla. Adolfus bajó unas escaleras. Marcos iba detrás, sintiendo en la nuca el rítmico resoplido de la respiración de su guardián. Llegaron a un sótano iluminado por antorchas. En el centro, brillante, refulgente, se encontraba el automóvil a espíritu de vino utilizado por Marcos y Melania en su fuga. A su lado, un carro grande del tipo de arrastre por bueyes presentaba una rampa de subida preparada. Montones de fardos de paja se apilaban a un lado de la pared.

—¿Qué te parece? —dijo Adolfus, ante el asombro de Marcos— ¿eh?, ¿eres tan

imbécil que crees que puede pasar desapercibida una pareja que pasea por las carreteras con un vehículo nunca visto y que, por supuesto, todos recuerdan? Una somera investigación nos ha permitido recuperarlo en una granja cercana a Roma.

—¿Y Vitelio? ¿Qué ha sido de Vitelio?

—¿Quién es Vitelio?

—El dueño de la venta.

—¡Ah! Tu amigo. No te preocupes, está bien. Un pequeño golpe en la cabeza y asunto liquidado. No queremos complicaciones. Los asesinatos o, mejor dicho, las desapariciones oportunas, sólo deben hacerse en caso de necesidad. En su momento ya lo organizaremos todo de otra forma.

—¿Funciona el automóvil?

—Perfectamente. Lo probamos esta mañana y sólo tuvimos que hacer unos pequeños ajustes. Lo meteremos en este carro, disimulado entre la paja, y lo trasladaremos a nuestra fábrica secreta de Germania, donde trabajarás.

—¡No trabajaré! —dijo Marcos.

—¡Trabajarás! —afirmó Adolfus— ¡trabajarás para mí!

Una sonrisa cruel asomó a su rostro.

—Trabajarás para mí o te proporcionaré un agradable espectáculo. ¿Has oído cómo matan los germanos a sus prisioneros? Te lo voy a explicar. Supongamos que se les entrega una joven, ayudante de taller, llamada Melania. La necesitan para el sacrificio ritual a los dioses.

Marcos comenzó a palidecer.

—Son muy primitivos, lo reconozco, pero muy eficaces. Primero la introducirán en un cesto de mimbre, una especie de pajarera. Allí está agachada, encorvada, temblando de hambre y de frío, mientras se hacen las invocaciones de rigor.

—¡Basta! —exclamó Marcos.

—No, Marcos. Debes saberlo todo. Si tomas una decisión debes ser consecuente con las responsabilidades. Luego, encienden una gran hoguera y penden la jaula sobre ella, a distancia. Llega el calor y el humo, pero aún no quema. Luego, lentamente, la van descendiendo sobre las llamas.

—¡Basta! —Marcos sudaba, nervioso— ¡trabajaré!, ¡trabajaré en lo que sea!, ¡pero respetad su vida!

—Así me gusta, Marcos, que seas razonable. Si quieres te cuento también el final: cuando la carne comienza a humear y los chillidos...

—¡Trabajaré! ¡He dicho que trabajaré en lo que sea, pero que no la toquen!

—Está bien, luego trataremos el tema. Pero...

De nuevo otro mensajero se acercó, congestionado. Volvió a murmurar otras palabras en el oído de Adolfus. Su cara expresó la mayor perplejidad.

—¿Otros soldados romanos rodeando a los primeros? —repitió, sorprendido—

¿una legión entera rodeándonos a todos nosotros?

Y después de un momento de indecisión.

—Subamos a la azotea a conocer la situación. Llama a Hermann, que acuda inmediatamente.

Subió las escaleras a grandes zancadas. Marcos y su vigilante, sin órdenes concretas, subieron tras él. En la azotea ya se encontraban Hermann con otros germanos.

Observaron las posiciones.

La villa y el jardín se encontraban rodeados por un muro, tal como Marcos conocía desde su primera incursión.

En torno al muro se vislumbraba un primer grupo de soldados, rodeándolo. Parecían cumplir una orden de vigilancia rutinaria, como esperando que alguien diera órdenes complementarias. Como sabían por el primer informe, no eran muchos. Con un hábil golpe de mano se les podía esquivar.

Pero a cierta distancia se veía ya una considerable cantidad de nuevos soldados romanos; al menos una legión. Montaban un cerco más amplio, pero más compacto, sobre los primeros soldados y sobre la casa. Y estos últimos parecían no haberse dado cuenta de que estaban cercados.

—¿Cómo es esto? —comentó Adolfus— ¿cómo estamos cercados *dos veces* por el mismo ejército? Esto es absurdo por completo.

Un lugarteniente se acercó.

—Jefe, uno de nuestros espías nos ha informado de la situación. Al parecer los primeros soldados que rodearon la casa son tropas al mando directo de Domiciano, el hijo del Emperador, con órdenes de impedir la salida de nadie de la casa hasta su llegada. Parece que tenía el propósito de asesinaros personalmente.

Adolfus lanzó una risotada.

—¡Ese imbécil! ¡Qué poco me conoce! ¡Creer que le esperaría aquí yo solo, todo lo más con una espada y un escudo!

—Y en cuanto a las otras —prosiguió— son las tropas del Emperador Vespasiano, que al ser informado de la primera concentración a las ordenes de Domiciano, temen que se inicie aquí una rebelión y tienen orden de exterminar a todos los traidores, menos, por supuesto, al propio hijo del Emperador.

—Bien, así ya es comprensible. Tendremos que planear la huida. En principio será con las primeras sombras de la noche.

Preparad los carros y aligerad los preparativos lo más posible.

Bajó la escalera rápidamente. Marcos pensó que se había olvidado de él. Pero Adolfus gritó, ya desde la planta baja:

—En cuanto a Marcos, que ayude a disimular el automóvil en el carro de paja...

Sintió un empujón, y de nuevo el aliento cálido en la nuca. Bajó también hacia el

sótano.

2

Melania se retorció en el asiento, intentando liberarse de sus ligaduras. Se habían olvidado de ella completamente. La villa resonaba de pisadas y golpes, pero la habitación seguía vacía. Agotada, dejó de moverse y procuró concentrar sus fuerzas en un nuevo intento. No veía el menor objeto cortante al que intentar acercarse para librarse de las ligaduras.

Sintió un ruido tras ella, intentó volver la cabeza, pero no pudo. Un perfume delicado la alcanzó. Sintió que cortaban primero las ligaduras de las manos. Pasó ahora delante de ella, y la reconoció, espléndida en su delicado traje, sus rasgos aristocráticos, su complicado peinado, era Celia, la amante de Adolfus, que ahora se agachaba para cortarle las ligaduras que le aprisionaban los pies.

Liberada, se frotó las muñecas con fruición.

—Ven conmigo. Te llamas Melania, ¿no es cierto?

Salieron y pasaron a otra habitación. Era la misma donde Celia recibiera a Adolfus.

Le pareció pasar a otro mundo. Como en la visita anterior, aunque la casa estaba escasamente amueblada, la habitación de Celia era la única que presentaba una suntuosidad y un lujo difícil de describir.

—Sí, esta es mi habitación —respondió a la muda pregunta de Melania—. No sé quién eres, Melania, ni por qué estás aquí, pero te necesito. Ponte cómoda.

En medio de lo complicado de la situación, con ruidos de órdenes, taconazos y transportes de objetos, parecía totalmente absurdo estar tranquilamente sentada con Celia como si fueran a tratar de nimiedades.

—¿Quieres un poco de vino dulce, un poco de hidromiel? —se interesó Celia.

—No, gracias —dijo Melania, aturdida—. No comprendo absolutamente nada. Me dicen fríamente que me van a eliminar de un modo discreto; se llevan a Marcos no sé dónde; oigo que la casa está rodeada de soldados romanos que nos van a exterminar a todos; me dejan atada en la silla sin saber nada de lo que ocurre, y ahora me encuentro en un sillón, me ofrecen hidromiel y supongo que sólo falta que salga una esclava y nos haga la manicura y los rizos del pelo.

—No te enfades, Melania. Tienes el arrojito de la juventud, pero te falta la serenidad que da el tiempo y la nobleza. Sí, no te enfades. Siempre hay una diferencia entre la forma de comportarse un patricio y un plebeyo. Y yo soy de familia patricia.

—¿Y qué tiene que ver eso en este momento? —exclamó ya Melania, irritada—

pero ¿no se da cuenta de que todos nosotros estamos en peligro de muerte?

Celia la miró con compasión.

—Ésa es la cuestión, Melania. Que vamos a morir dentro de unos momentos. Todos nosotros. Y debemos afrontar la muerte con la mayor serenidad.

Melania palideció y comenzó a temblar. Sintió un sudor frío en la frente. Pero Celia seguía hablando con una tranquilidad absoluta, como quien expone a un niño rebelde por qué hay que ir a la escuela.

—Sí, Melania. Los nobles romanos recibimos una educación especial, y sabemos que una de nuestras misiones fundamentales es saber morir con dignidad en el momento preciso, ni antes, ni después.

—Y entonces, Adolfus, ¿también se va a suicidar?

—Mi querido Adolfus... Él es otro tipo de hombre. Ni es romano, ni es noble. Yo le he amado mucho, y le sigo amando. Sabes, para las mujeres romanas los hombres de ascendencia bárbara tienen un atractivo especial. Frente a nuestros romanos actuales, tan sutiles, tan civilizados, tan decadentes, nos aportan la pasión, la fuerza, la potencia de sus bosques salvajes. Sí, Melania, le amo muchísimo aun sabiendo que él no me ama.

—¿Que no le ama? —preguntó Melania—. Entonces cada vez entiendo menos las cosas. Pero, ¿esta casa, estas entrevistas, esta cercanía a la fábrica?

—Melania, veo que sabes de mí más cosas de las que creía.

Pero no hay tiempo para aclaraciones. Sí, yo le amo, pero él buscó en mí algo distinto al amor. Yo he supuesto para él la posesión de la aristocracia romana, el sentimiento de un dominado que se hace con su dominador. Ha encontrado en mí un refinamiento, una educación, una conducta que le han hecho acomodarse a los patricios y ser aceptado por ellos. Ha tenido en mí un auditorio constante, que ha fingido creer sus sueños de dominación de Roma, del Imperio y del mundo.

—Pero esos planes monstruosos...

—Son monstruosos e irrealizables. Soy romana, y sé que el Imperio es indestructible. Podrá flaquear, se perderán algunas provincias o se fomentará o reducirá la corrupción. Pero los bárbaros no podrán nunca dominar Roma.

Entró una esclava —la misma que viera Melania en la anterior ocasión— por una puerta lateral.

—¿Todo está preparado? —preguntó Celia.

—Sí, todo —dijo ella, con voz apenas audible, bajando la cabeza.

—Pasa, Melania —se levantó y entraron al cuarto adjunto. En él había una gran bañera de mármol rosa llena de agua caliente. Ante el estupor de Melania, Celia se comenzó a desnudar, dejando ver su cuerpo maravilloso, modelado en la plenitud de la vida. Seguidamente se introdujo lentamente en el agua tibia de la bañera.

—Dicen que es la muerte más dulce —comentó con Melania— cortarse las venas

y desangrarse lentamente...

—Pero ¡no puede hacer eso!

—¿Por qué, Melania? —tomó el estilete afilado que le tendía la esclava y se dio un corte en la muñeca. Introdujo la mano en el agua—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que huya, que me persigan, que me delaten por traición al Emperador y muera de cualquier forma horrible y afrentosa? No, Melania, amiga mía. Hay que afrontar la muerte con dignidad.

La esclava se arrodilló a su lado y le besó la mano.

—Mi buena Euterpe... —comentó Celia— Melania, te voy a confiar un secreto. Esta casa tiene un pasadizo oculto que te permitirá escapar. Euterpe lo conoce. Quiero que te vayas con ella, que escapes. Tú no tienes problema. No eres noble. No eres conocida. Puedes trabajar, ocultarte en cualquier parte. Euterpe te dará algunas de mis joyas. Ahora cuando muera, huye, escápate.

—Mi querida Celia.

La sangre enrojecía progresivamente el agua. Celia hablaba con voz cada vez más apagada.

—No me puedo quejar, Melania. Tuve una infancia feliz con unos padres amantísimos. He viajado, he vivido en la ciudad y en el campo, he conocido el amor juvenil y el amor intenso de la edad madura. He amado intensamente a Adolfus...

Celia se debilitaba por momentos.

—Un amor imposible, pero hermoso. Y qué hermosa es esta sensación. Es un dejarse llevar, un debilitarse lentamente...

—Mi señora... —decía Euterpe, afligida.

—Habládme, que yo no tengo fuerzas... Voy al otro mundo, donde espero... que la vida transcurra... plácida... y feliz...

Inclinó la cabeza a un lado, desfallecida. Su respiración era cada vez más débil.

Comenzaba a caer la tarde. Por el balcón se veía el sol ocultándose entre un esplendor de rojos y violetas.

Euterpe tomó a Melania de la mano.

—Vámonos, señora —dijo— cuanto antes mejor.

Melania miró por última vez el maravilloso cuerpo de Celia, envuelto en el agua rojiza como en un manto de púrpura, y lloró.

—Aprisa, señora, aprisa.

La tomó de la mano y salieron de la habitación. Fueron hacia la cocina. Estaba desierta. Se aproximaron a la chimenea.

La leña estaba apilada en una oquedad. Euterpe apartó los troncos y apareció una pequeña puerta. La abrió.

—Vamos, vamos... —y empujó a Melania.

Ésta, sin saber lo que hacía, como un autómatas, se aventuró por el pasadizo. Al

final se veía un débil punto de luz.

Pronto estuvieron fuera. Las sombras de la noche comenzaban a invadirlo todo.

3

Un nuevo emisario se acercó a Adolfus.

—Los soldados del cerco exterior han comenzado a aproximarse hacia la casa. Dentro de poco se encontrarán con los del cerco interior. No sabemos qué pasará, puede ser que haya lucha entre ellos.

—Ése sería el momento de salir —comentó Adolfus— estad atentos y avisad cuando ocurra.

No obstante, era difícil afirmar nada. Comenzaba a caer la noche y sólo se veían siluetas en la oscuridad; aguzando el oído se percibía algún sonido de armas metálicas, y alguna voz de mando. Se presentía el enfrentamiento. Los del cerco interior ya debían saber que estaban rodeados, y estarían dispuestos a la lucha.

Fue repentinamente. La oscuridad, llena de rumores estalló en un auténtico infierno. La lucha —romanos contra romanos, legionarios contra legionarios— llenó la noche de gritos, carreras, bramidos, lamentos, persecuciones.

—¡Ahora! —gritó Adolfus— ¡un grupo de germanos con armas por la puerta sur! ¡Los carros, con el mayor sigilo posible, por la puerta norte, hacia la carretera!

Los grupos indicados salieron presurosos a la lucha o a la huida; por un lado, los germanos, por otro, cinco carros con débil protección. Adolfus esperaba, nervioso, apretando los puños, el éxito de la operación.

Esperaron un buen rato, comidos de impaciencia.

Siguieron esperando.

Al perímetro de la villa no se acercaba nadie. La lucha continuaba entre los dos grupos de legionarios. No se sabía nada del éxito o fracaso de la salida.

Y de pronto se supo, de forma espectacular: uno, dos, tres, cuatro, los grandes carros cargados de armas, de víveres, de planos, de documentos, comenzaron a arder. Primero fueron pequeños puntos luminosos; luego cuatro enormes antorchas que iluminaban la noche. Desde el balcón se podían distinguir los soldados en torno de los carros, avivando el fuego y rodeando a los conductores.

—¡Idiotas! —exclamó Adolfus, con una tremenda ira—. ¡No he podido confiar en nadie, siempre han cumplido mal mis órdenes! ¡Estoy rodeado de ineptos! ¡Así es imposible crear un Imperio mundial! He sido traicionado siempre por todos mis colaboradores.

Las llamas de los carros comenzaron a bajar de intensidad.

De pronto, como si recordase, exclamó:

—Pero, ¿no eran cinco los carros? Han incendiado cuatro, pero ¿dónde está el que falta?

Un asustado ayudante le informó.

—Era el destinado a cargar el automóvil, pero no dio tiempo de prepararlo. Aún está en el sótano.

—¿El automóvil? ¿Qué aún se encuentra en el sótano? Que no lo suban al carro. Díganle a Marcos que lo prepare inmediatamente para la marcha.

Ordenó unas últimas disposiciones y bajó hacia el sótano.

Marcos estaba ya calentando el motor.

—Marcos —le dijo Adolfus, imperioso— tengo que salir de aquí y voy a hacerlo en el automóvil. Y tú vas a venir conmigo.

—¿En el automóvil? ¿De noche? ¿Entre los soldados? Pero eso es una locura...

—Locura o no, es la única forma de salir de este infierno. No permito que me cojan prisionero para ser la burla del César y de toda su pandilla de cortesanos.

El motor de esencia de vino ronroneaba. Adolfus indicó unas ánforas cercanas:

—Cargadlas en el automóvil. Necesitaremos combustible de repuesto.

Marcos se horrorizó.

—No podemos viajar así —dijo— con el calor que produce el motor no podemos llevar una carga adicional de combustible; basta con la que hay en el depósito.

—Tonterías; tenemos que exponernos. Sube conmigo.

Adolfus se sentó en el asiento del conductor, y Marcos a su lado. Adolfus ordenó abrir la puerta del sótano y la cancela exterior. Se oían rumores cada vez más cercanos de soldados que se acercaban a la casa.

—Y ahora, ¡adelante!

La luna iluminaba débilmente el camino. El automóvil rugió, como un poderoso monstruo en la oscuridad, y avanzó lentamente. Fue tomando impulso y alcanzó cada vez más velocidad. Adolfus y Marcos avanzaron por la avenida interna de la villa y llegaron a la cancela exterior, que ya estaba abierta.

Siguieron hacia la carretera. Adolfus, que conocía el camino al detalle, conducía hábilmente. De pronto vieron un grupo de soldados que les obstaculizaba el paso.

—¡Adelante! —dijo Adolfus— ¡vamos a por ellos!

Aceleró la marcha del automóvil y Marcos pudo ver, como en una sucesión de movimientos perfectamente encadenada, las fases de la reacción: primero, la mirada inquieta a la oscuridad para distinguir el ruido procedente de la casa; luego, asombro e incredulidad al ver el vehículo a gran velocidad, rodeado de vapor; por último, el apartarse rápidamente del camino tirándose al suelo lateralmente para no ser atropellados. Al volver la cara Marcos aún pudo verles desconcertados, mientras uno de ellos intentaba levantarse y dar órdenes.

—Nos van a perseguir —comentó Marcos.

—Procuraremos tomar una buena delantera —dijo Adolfus—. Acelera más el motor.

—Es peligroso. Puede reventar la caldera.

—Tonterías. Más peligroso es que nos alcancen. Acelera, te digo.

Marcos aceleró. El automóvil ya había alcanzado la Vía Apia y se alejaba de Roma. Había muy poca circulación en aquellos momentos.

Por detrás, a lo lejos, oyeron cascos de caballos.

—Y vienen —dijo Marcos.

Mirando hacia atrás, a lo lejos, a la débil luz de la luna, le pareció ver una polvareda que se aproximaba.

—Sigamos corriendo —dijo Adolfus— dudo que nos alcancen.

Pero de pronto el motor comenzó a fallar. Fueron pequeñas trepidaciones, explosiones falsas, un chorro de vapor salido a destiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó Adolfus, intranquilo, mientras conducía.

Marcos gritó, entre el ruido del motor y del aire:

—Un escape de vapor por una de las juntas. Nos rebaja la presión.

—Pues aumenta la intensidad del fuego, echa más combustible.

—Es peligrosísimo.

Al disminuir la velocidad del vehículo Marcos pudo ya distinguir el grupo de jinetes que se aproximaba. Iban reduciendo la distancia.

—¿Se siguen acercando?

—Sí.

—Bien, vamos a prepararles una sorpresa —dijo Adolfus— rasga un trozo de tu traje.

—¿Cómo? —Marcos creía no haber oído bien.

—Que cortes un trozo de tu traje, aprisa. No estamos para explicaciones.

Marcos se arrancó un trozo de tela.

—Ahora quema el extremo en el hogar del motor.

Incorporándose hacia atrás, Marcos extendió el brazo; alcanzaba las llamas que calentaban la caldera. Quemó el extremo de la tela.

—Ya está ardiendo.

—Ahora coloca el extremo que no arde pegado a la brea que taponan el corcho de una de las ánforas de espíritu de vino.

Marcos sintió de pronto una indefinible admiración por Adolfus: en un momento habían confeccionado una auténtica bomba. No se podía negar que tenía recursos para todo.

—Ya comprendo. Y ahora lo lanzo a la carretera, ¿no es eso?

—En efecto, Marcos. Veo que has comprendido.

El galope de los caballos se oía cada vez más cercano. Ya se podían distinguir los rostros de los soldados, azuzando a los animales.

Marcos lanzó al aire con fuerza el ánfora llena de espíritu de vino con su mecha en la boca; el ánfora cayó con estrépito, y una enorme llamarada azul se extendió por toda la anchura de la carretera. Los jinetes, ante el obstáculo imprevisto, intentaron parar las cabalgaduras, pero sólo consiguieron reducir algo su marcha, sin impedir su entrada en aquel mar de llamas azuladas. Hubo un entrechocar de cuerpos, relinchos, gritos, intentos de salir del infierno azulado, mientras el automóvil se alejaba cada vez más del diabólico escenario.

—Ha resultado —comentó Adolfus— espero que ya no tengamos más perseguidores.

Marcos se dejó caer, agotado, en el asiento. De pronto sintió una extraña reacción afectiva hacia Adolfus, entre compañerismo y amistad. Se lo recriminó a sí mismo — ¡cómo simpatizar con ese monstruo!— pero la convivencia del peligro, la sensación de persecución, el ingenio para esquivar lo inmediato, parecían unirle a Adolfus con un lazo del que en el fondo se sentía culpable.

Pudo ser el relajamiento de la tensión de la persecución, la sensación de haber superado el peligro, el contento de encontrarse ya libres. Lo cierto es que Adolfus, de pronto, comenzó a reír. Era una risa fuerte, potente, con carcajadas que brotaban como chorros. Marcos, por su parte, también rió, primero con risas breves, sueltas, casi nerviosas, luego relajadas, intensas, resonantes. Uno y otro se miraron y siguieron riendo. Adolfus conducía como congestionado por las carcajadas; de ambos ojos le brotaban lágrimas que apartaba con rápidos pases del dorso de la mano. Y Marcos reía, reía, recordando la persecución, el ánfora, la explosión, y sintiendo la noche, el aire, la velocidad.

Y entonces ocurrió todo. Entre las risas vieron, a lo lejos, una vaca lenta, pacífica, tranquilísima, que comenzaba a cruzar la carretera.

—Una vaca —avisó Marcos.

No se sabe por qué, el aviso provocó en Adolfus un nuevo ataque de risa.

Ya estaba situada en el mismo centro de la carretera. A ambos lados, los árboles bordeaban el camino.

Adolfus intentó reducir la marcha, pero el automóvil no respondía. Se acercaba al animal a toda velocidad.

—Por Júpiter —murmuró, súbitamente serio— ¿no se apartará del camino ese maldito animal?

Pero la vaca no se movía. Estaba completamente parada, cual una estatua, mirándolos con curiosidad.

—Frena, frena —gritó Adolfus angustiado—. Frena este condenado chisme.

Marcos estiró el freno con todas sus fuerzas; la manivela saltó con un chasquido y

quedó con la empuñadura en la mano.

La vaca se veía casi inmediata.

Y para evitar el choque, Adolfus se desvió lateralmente, en un intento de pasar entre la vaca y los árboles.

El choque contra el árbol fue violentísimo, e inmediatamente sobrevino la explosión. Las ánforas que quedaban repletas de espíritu de vino actuaron como nuevas bombas incendiarias sobre toda la zona. El vapor escapó de la caldera en enormes chorros. Piezas incandescentes saltaron aquí y allá, golpeando los árboles y las losas de la calzada.

Marcos y Adolfus fueron proyectados a lo alto. Al caer, murieron instantáneamente. Ambos se fracturaron el cráneo.

Adolfus aún alcanzó a ver, antes de morir, la vaca causante del accidente que huía empavorecida, mugiendo. Y el hecho le pareció una tremenda ironía del destino.

4

Les sepultaron en las cercanías. Denario abonó los gastos, cerrando así un capítulo de su vida. Melania, escapada con vida gracias al pasadizo secreto, se encargó de la ejecución de las obras.

En la tumba de Marcos pusieron un lacónico epitafio. Decía así:

Quisiste mover máquinas con la fuerza de Eolo y del vapor que asciende presuroso a los cielos. Cual la ligera nube que escapó de tus manos sea para ti leve el peso de la tierra.

En la tumba de Adolfus no se puso ninguna inscripción.

Pero por toda Roma circuló, con enorme éxito, un epigrama que se atribuyó, sin datos ciertos, a Marcial. Decía así:

Quisiste, lobo ilustre, dominar otra Loba pero fuiste vencido por pacífica vaca. Más pueden los romanos animales de granja que el estúpido orgullo de bestias extranjeras.

Sin embargo...

Intermedio

Los Espíritus se reunieron para juzgar el comportamiento de Marcos en su trayectoria vital. En el centro se veía una pesada balanza romana, de bronce. Sus dos platillos esperaban amenazadoramente su carga de buenas y malas acciones.

—Comencemos a valorar —dijo el Espíritu Decisor—. Tiene la palabra el Espíritu Fiscal.

—No hay duda —dijo el Espíritu Fiscal— que Marcos trabajó intensamente para las fuerzas del mal. Sólo él hizo posible la fabricación de las máquinas de vapor y, en especial, de los automóviles blindados, que iban a ser el arma decisiva para establecer una dictadura sangrienta.

—¡Protesto! —dijo el Espíritu Defensor—. Lo hizo, primero, engañado, y luego, obligado. Sus primeras experiencias se dirigieron a construir una máquina que aliviase el trabajo de la humanidad y limitase el esfuerzo físico de los esclavos.

—Pero no supo rebelarse a tiempo —insistió el Espíritu Fiscal—. Cuando supo claramente que estaba trabajando para el mal, debió cesar inmediatamente, aun a riesgo de la propia vida.

A medida que se manejaban los argumentos, la balanza oscilaba suavemente hacia el lado de las buenas o hacia el de las malas obras.

—Sí, pero ¿cuándo es el momento de la rebelión? —apuntó el Espíritu Defensor—. Es cierto que durante algún tiempo colaboró en la fabricación de los automóviles blindados, pero también es cierto que los sabotó y que, finalmente, quedaron destruidos.

—Pero al final, en su huida, se sintió identificado con Adolfus.

—Eso es injusto. Fue sólo un momento, cuando se salvaron del peligro de la persecución.

—Lo que yo digo es...

La balanza seguía moviendo pesadamente sus brazos en uno y otro sentido a medida que se aportaban nuevos hechos.

—¡Señores! —intervino el Espíritu Decisor—. Hemos oído sus argumentos, todos ellos muy correctos. Como ocurre en todo juicio, expresan una parte de la verdad, pero no toda la verdad. Podría prolongarse la sesión interminablemente. Por eso les sugiero que procedamos objetivamente: acabemos de poner todos los hechos de la

vida de Marcos en la balanza y atengámonos al resultado.

Respondiendo a esta sugerencia, volaron a ambos platillos todas las acciones positivas y negativas de la vida de Marcos. Éste miraba, intranquilo, el proceso.

La pesada balanza inició una serie de lentas oscilaciones.

—Está muy equilibrada —comentó el Espíritu Decisor—. Tendremos un veredicto difícil.

Y, finalmente, paró. El fiel marcaba, exactamente, el punto medio.

—¡No puede ser! —comentó el Espíritu Secretario— ¡nunca hemos tenido un caso así!

—Y sin embargo, aquí lo tenemos —comentó objetivamente el Espíritu Decisor—. Es, realmente, un caso límite. Habrá que tomar una decisión.

Todos quedaron pensativos.

El Espíritu Secretario se atrevió a apuntar:

—¿Y si hiciéramos una nueva prueba?

—¿Otra vez? —dijo el Espíritu Decisor—. No existen precedentes.

—Puesto que no hay una prisa excesiva, y tratándose de un caso límite... —insistió el Espíritu Secretario—. Después de todo, tenemos todo el tiempo del mundo.

—Eso es cierto.

—Veamos —resumió el Espíritu Decisor—. Quizá el fallo de Marcos fue nacer antes de su tiempo. Se trata de una persona hábil, de un técnico, y le hemos hecho vivir en una época en que la técnica aún no tenía una consistencia social. Por eso fue utilizado por grupos que querían manejar la técnica en su provecho.

»Pues bien, vamos a probar cuál será su actuación en un mundo plenamente tecnificado. Podemos probar —eras y civilizaciones dieron vueltas en su mente— ¡ya está!, en los Estados Unidos, en el siglo XXI. Allí, estoy seguro, podrá desarrollar plenamente sus capacidades.

—Esperémoslo —deseó piadosamente el Espíritu Secretario, mientras anotaba en el libro-en-el-que-todo-se-escribe. Y esperemos también que tengamos elementos de juicio suficientes para poder decidir.

De esta forma Marcos inició su segunda experiencia vital en Washington, capital federal de los Estados Unidos en el siglo XXI. Se suponía que esta vez iba a ser decisiva.

Segunda parte Washington, año 2016

El Congreso, preocupado ante lo que interpreta como un exceso de poder de los últimos Presidentes, ha dictado numerosas leyes que limitan el intervencionismo del Gobierno y exaltan la libertad individual y colectiva. Una ola de irresponsabilidad e ineficacia se ha extendido por el país. El Presidente Samuel Donovan ha intentado gobernar durante su primer período con enormes limitaciones legales, y se presenta a la reelección pretendiendo que su partido obtenga una gran mayoría que le permita una legislación favorable hacia medidas de orden y disciplina. Un partido recientemente creado, la Nacional Democracia, pretende a su vez resolver esta situación ganando masivamente las elecciones e implantando un nuevo estilo de vida en el país.

1. Conferencia electoral

1

EL Vicepresidente del Club «Democracia Abierta» excusó la incomparecencia del Presidente del Club, por causas, desde luego, ajenas a su voluntad, y presentó brevemente —no necesitaba presentación, por supuesto— al conferenciante invitado, Adolf Sturm, Jefe del Partido de la Nacional Democracia y candidato a las elecciones presidenciales de los Estados Unidos.

A lo lejos se oía aún el dístico «¡A-dolf! ¡A-dolf!», de los seguidores que habían aguardado pacientemente en la calle la llegada de su Jefe de Partido y Líder indiscutible.

Adolf Sturm se puso en pie, se acercó al podio y miró desafiante la sala.

—Nos encontramos —comenzó— en uno de los momentos más críticos de nuestra historia. En plena degeneración. En plena corrupción. No se puede definir de otra forma nuestra situación actual.

Hizo una pausa muy efectista.

—Y hace falta una política decidida y enérgica para salvar el país, para salvar la nación. En suma, para salvarnos a nosotros mismos. Esa es la línea de acción que propugna nuestro partido.

Los monitores de televisión le enfocaron la cara en un plano de progresiva aproximación. Los espectadores de todo el país —se calculaba la audiencia en el 80% de la población— pudieron apreciar con todo detalle, en sus pantallas murales, el rostro de mandíbula desafiante, que los psicólogos de la campaña procuraban disimular con el maquillaje (demasiada impresión de energía podría resultar contraproducente).

Adolf Sturm insistió en el tema.

—Resulta interesante repasar lo que nuestros inmediatos antecesores, los hombres del siglo xx, predecían sobre la ciudad de nuestro siglo xxi. Hay un filón inagotable en lo que se llamaron obras de Ciencia Ficción. Y bien, ¿qué imaginaban? Un mundo estructurado, disciplinado y trabajador, con un socialismo de estado avanzado e incluso —ahí estaba su crítica— con un control absoluto de todas las actividades humanas. Un mundo donde la técnica privaría al hombre de libertad.

De uno de los monitores de televisión cayó una torreta de objetivos que se estrelló en el suelo con gran estrépito. El cámara se agachó a recogerla y desconectó unos focos. Los telespectadores vieron oscurecerse momentáneamente la imagen de Adolf Sturm y escucharon su voz, ahora distorsionada, extraña, con un fondo de zumbidos.

—Es importante que nos demos cuenta —proseguía éste— de la progresiva sensación de temor que la humanidad ha adquirido frente a la técnica. En el siglo

XVIII se piensa en ella como liberadora de las tareas más pesadas de la humanidad y prometedora de un mundo sin fatiga y sin trabajos rudos. En el XIX, al descubrirse nuevas formas de energía —el vapor, la electricidad— se va alcanzando este sueño, pero se ve que no proporciona la supuesta felicidad. En el siglo XX, con la introducción masiva del petróleo, así como los inicios de la energía atómica y de la solar, el hombre comienza a asustarse al pensar que la técnica le va a dominar a él en vez de ser él el dominador de la técnica. Este hecho genera unos movimientos de protesta —naturalistas, ecologistas y similares— que pretenden imponer sus ideas al poder político.

»Y en suma, ¿qué ha ocurrido en lo que llevamos de siglo XXI? Que el miedo a la tiranía de la técnica ha producido, como contrapartida, la tiranía de la libertad. Frente a todas las predicciones pasadas, hemos llegado a tal desarrollo de las libertades individuales que se ha producido el colapso de la vida social y ciudadana. La productividad ha descendido, así como la calidad de los productos; constantemente oímos quejas de automóviles que no funcionan al mes de estrenados; de casas con tabiques que se agrietan; de alimentos conservados que provocan intoxicaciones; de televisores que distorsionan la imagen...

(Millones de espectadores asentían a estas afirmaciones. Como confirmándolo, la imagen de Adolf Sturm transmitida por los televisores viró bruscamente a un tono verdoso —parecía Adolf en marciano—. Luego se estiró hacia arriba, como un asombroso De Gaulle, redivivo, e inmediatamente se esfumó. «Rogamos a los televidentes que permanezcan atentos a la pantalla.» Música de fondo de circunstancias. Minutos después reapareció la imagen de Adolf Sturm, ahora en un tono rojo subido, mientras su voz sonaba extrañamente baja y profunda, como grabada en un disco antiguo.)

—... Nuestra sociedad está inerte, la dejadez es general, el gobierno no actúa. Este país, que ha sido un ejemplo de orden y eficacia, se encuentra corrompido por el exceso de libertad. Hace falta, en suma, la política que yo y mi partido, la Nacional Democracia, propugnamos.

El tono era cada vez más enérgico; el mentón se acentuó. El psicólogo de la campaña, sentado en primera fila, sintió una punzada de preocupación: no era conveniente. Demostrar energía, sí; pero no excesiva. Ninguna impresión dictatorial. Podría restar votos.

Cuando Adolf abordó el párrafo final, el psicólogo pudo dar un respiro. Había escrito al margen, muy destacado, «tono persuasivo». Y Adolf, cuando quería, se mostraba extrañamente seductor.

—Por todo ello, repito, por una política de orden, de trabajo, de producción; en suma, por una política de paz, os pido vuestro voto. Es más, en nombre del presente y sobre todo del porvenir de nuestro país, de nuestra sociedad, os exijo, os reclamo

vuestro voto.

La imagen mostró a Adolf Sturm en alejamiento mientras el público de la sala aplaudía fuertemente. Unas rayas onduladas produjeron un fuerte parpadeo en las pantallas hasta que la imagen finalmente se eclipsó.

Por la puerta de la sala de conferencias entró, decidido e indignado, un caballero de traje elegante, pero arrugado y sucio. Sudaba copiosamente. Se acercó a Adolf:

—¡Señor Presidente! —le saludó éste—. Ya me informó el Vicepresidente de su percance y de la imposibilidad de realizar la presentación...

—El ascensor, el maldito ascensor. Parado entre dos pisos. Tuvieron que avisar a los bomberos, y luego volverlos a avisar porque al parecer alguien dio mal la dirección y se presentaron en el Ayuntamiento. Luego parece que en vez de la escalera trajeron la motobomba...

Salieron unos electricistas que intentaban arreglar una deficiencia en la iluminación del pasillo. Habían terminado los últimos empalmes y conectaron para realizar una prueba. Súbitamente se apagaron todas las luces quedando sólo encendidas las de emergencia.

Hubo que salir casi a tientas, pisando los cables.

—Como usted bien decía —comentaba adulator el Vicepresidente a Adolf Sturm — ni Veme, ni Wells, ni Huxley, ni Asimov previeron un desastre semejante...

En la acera inmediata a la entrada, un grupo de jóvenes, con el uniforme paramilitar de las juventudes adolfianas y las letras N.D, en el brazalete vitorearon de nuevo —«¡A-dolf! ¡A-dolf!»— a su Jefe. Éste los saludó, antes de subir al coche, con la V de la victoria. A lo lejos, grupos aislados de oponentes políticos silbaron a Adolf, quien les hizo un gesto despectivo.

—¡Por la Presidencia! —gritó a los suyos—. ¡Por una política de Nacional Democracia!

Se alejó, veloz, en su coche.

2

Llegó al edificio central del Partido. Sobre la puerta campeaba la inscripción «Nacional Democracia». Los guardianes paramilitares saludaron marcialmente. En la Sala de Juntas le esperaba el Consejo de la campaña electoral. Al entrar Adolf, los integrantes se pusieron en pie. Adolf se sentó y, mientras los demás lo hacían, consultó sus notas.

—Les he reunido —comenzó— para ultimar los detalles de nuestra campaña electoral. Todos ustedes fueron elegidos tanto por su demostrada capacidad

profesional como por su identificación con las ideas que sobre la nueva democracia propugna el partido. Queremos acabar con esta situación de anarquía, de libertinaje, de desorden. No creo preciso extenderme en detalles.

»Bien, vamos a concretar. Estamos ya a pocos días de las elecciones. En su momento preparamos la campaña con todo cuidado, y ahora las circunstancias nos son singularmente propicias. El partido del poder está totalmente debilitado, y la oposición mayoritaria no goza de credibilidad. Aunque nosotros seamos un grupo minoritario defendemos lo que en este momento quiere la mayoría del país. Por eso yo les prometo —subrayó— que en estas elecciones barreremos, que ganaremos mayoritariamente.

Y miró desafiante a los congregados.

Estos se mostraron perplejos. ¿Cómo podía estar el Jefe tan seguro de lo que decía? Se atrevieron a preguntar.

—Pero Jefe, tal suposición es imposible. En las pasadas elecciones sólo obtuvimos el cinco por ciento de los votos.

Adolf parecía encantado con la objeción.

—Siga, siga —animó—. Un cinco por ciento...

—Y nuestras mejores perspectivas consisten en formar un grupo parlamentario pequeño, pero necesario para las decisiones a tomar por cualquiera de los grandes bloques. Ése era nuestro objetivo para la campaña.

—Si sólo consiguiéramos eso —añadió otro— nuestra capacidad de actuación política sería ya muy grande.

—En efecto —indicó Adolf— eso pensábamos hasta ahora.

Pero les he reunido para cambiar inmediatamente los objetivos de la campaña. Es cierto que planeábamos conseguir un grupo minoritario importante. Pero ahora es distinto: *vamos a ganar las elecciones*. Tal como suena: a ganar. A obtener la mayoría parlamentaria. Y, además, abrumadoramente.

Los gestos de los asistentes denotaban, a pesar suyo, su incredulidad. Por mucho que admiraran, respetaran y veneraran al Jefe, y aun admitiendo su obediencia ciega a los postulados de la Nacional Democracia, ¿cómo se podían hacer semejantes afirmaciones? En algunos se inició una aguda sospecha: ¿estaría trastornándose? ¿Le habría afectado la tensión de los últimos meses, la excesiva prueba a que había sometido su vitalidad, organizándolo y controlándolo todo personalmente?

—Comprendo —seguía Adolf— que les parecerá, por mi parte, una afirmación terriblemente comprometida. Pero recuerden que nunca, en nuestro pasado político, prometí nada de una manera tan rotunda. Si lo hago, es porque tengo razones suficientes para hacerlo.

La mirada y la actitud de Adolf (Jefe, Líder, Caudillo, Conductor, César, Kaiser) era tan extraordinariamente persuasiva que sus partidarios sintieron renacer aquella

confianza generada en las conversaciones privadas, en las reuniones del pequeño grupo inicial de la Nacional Democracia, en su indiscutible carisma de Líder en los momentos de crisis.

—Para ello —continuaba Adolf— debemos considerar el cambio de la situación nacional. Es cierto que en las pasadas elecciones obtuvimos un porcentaje de votos digamos... minoritario. Pero desde entonces la situación del país ha empeorado considerablemente, las continuas huelgas paralizan la producción, los servicios públicos no funcionan, los accidentes se multiplican, la inseguridad ciudadana aumenta.

Esto ha hecho aumentar el número de nuestros afiliados. El partido Nacional Democracia es conocido, admirado y respetado. En las Juventudes Adolfianas se gestan las generaciones futuras.

»Pero, por otra parte, disponemos de nuevos recursos. No puedo decirles más sobre el tema —abrió los brazos con pesar—; no, no puedo. Quisiera hacerlo, pero aún es un alto secreto. Sólo puedo indicarles las consecuencias: vamos a ganar las elecciones mayoritariamente. Y con esta afirmación mía deben ustedes trabajar intensamente y dar a la campaña electoral el giro necesario. Sabiendo por anticipado que vamos a ganar, y que lo único que harán las votaciones será darnos la confirmación a esta noticia, multipliquen la publicidad, gasten lo que quieran, prometan lo imposible. Porque —y esto es lo único importante— tengan la absoluta seguridad de que vamos a ganar.

Sin embargo, el Jefe de Propaganda insistió.

—Díganos algo, Jefe. Adelántenos algo de su nueva arma para este refuerzo final de la campaña. Necesitamos el impulso de última hora para captar los votos indecisos.

—No, lo siento pero no puedo dar detalles. Lo que les he dicho, además, debe quedar limitado a ustedes. Redoblen sus esfuerzos sobre los defectos y la debilidad del actual Presidente Donovan, así como sobre las incongruencias de la oposición mayoritaria. Den un toque de mesianismo a nuestras promesas, muéstrenos como los únicos capaces de salvar el país. Prometan lo que quieran.

»Porque yo les aseguro de nuevo, señores, que ganaremos, y de forma aplastante.

Se levantó, recogiendo los papeles en el portafolios. Miró de nuevo los rostros, en los que aún se manifestaba el asombro, y les repitió:

—Una victoria aplastante. Y dentro de un mes, a gobernar.

Salió murmurando:

—Por fin, dentro de un mes...

Fuera, las Juventudes Adolfianas aclamaron a su Jefe cantando la canción de la campaña: *La victoria está segura*. Comenzó a caer una ligera llovizna.

3

Sobre la mesa del Presidente de los Estados Unidos, Samuel Donovan, se amontonaban los informes y los telegramas. A aquella hora de la tarde ya se encontraba cansado. De todo el país sólo llegaban noticias conflictivas.

«Pensilvania: Huelga indefinida de la industria maderera. Exigencia: reducción de veinticuatro a veinte horas de trabajo semanal. Tres meses completos vacaciones. Mejoras sociales.»

«Ohio: Fallo simultáneo de dos motores reactor Jumbo. Muerte doscientos pasajeros. Se supone debido a errores equipo revisión. Comisión investigadora declarada en huelga.»

«Houston, Texas: Intoxicación masiva cien niños por contaminación alimentos infantiles con insecticidas. Fallo controles en fábrica por huelga de celo.»

«California: Declaración numerosos embarazos. Confusión envasadora fábrica píldoras anticonceptivas con tranquilizantes.»

—Al menos no se lo tomarán demasiado a mal —pensó el Presidente—. Sigamos.

«Indiana: Avería total instalaciones distribución eléctrica todo el Estado. Presunta duración: dos semanas.»

«Nevada: Choque múltiple autopista nacional por descontrol semáforos.

Más de cien muertos y heridos.»

La secretaria, una joven y esbelta negra, pasó al despacho del Presidente y le dejó sobre la mesa otro montón de telegramas. El Presidente los repasó rápidamente: todos contenían noticias semejantes.

—¿Pero es que nada funciona bien en este país? —preguntó.

—No, señor —afirmó con desparpajo la secretaria, saliendo.

El Presidente recordó que en la solapa de la blusa llevaba prendida la insignia de Nacional Democracia.

4

Adolf llegó a su villa de las afueras de Washington. La guardia paramilitar de la puerta le saludó. El automóvil recorrió el sendero enarenado.

Subió a sus habitaciones privadas, en el primer piso. Era su refugio secreto, al que prácticamente nadie tenía acceso, y del que poquísimas personas sabían siquiera que existía.

—¡Celia! —llamó— ¡Celia!

Celia se encontraba en un sillón, frente al televisor mural. En aquel momento estaba contemplando el final de una película romántica que se había programado en el *video-tape*. La princesa Sissí paseaba por los jardines de los maravillosos palacios bávaros, en un derroche de color, hermosura y sentimentalismo.

—Hola, Adolf —dijo, y le ofreció un bombón—. Es maravilloso, me he pasado llorando toda la tarde.

—Pero, ¿sigues romántica? Ven Celia, acércate.

Celia se levantó. Su espléndida belleza rubia se realzaba con el traje estilo Imperio. Llevaba un diminuto ramillete de violetas y, en la mano, un delicado pañuelo de encaje aún empapado por las lágrimas. Una mujer de otra época recreada en las habitaciones privadas de Adolf. Se acercó a él.

—Estás preciosa, Celia. Sencillamente preciosa.

—¿De verdad? —se le iluminó la cara—. ¡Cómo me alegra que me lo digas, Adolf!. ¿No es verdad que el amor es lo fundamental de la vida? ¿No es un sentimiento maravilloso?

Adolf la besó apasionadamente. Ella se dejó, pasiva, con aire de Margarita Gautier, de amante abandonada al abrazo del seductor. Adolf aspiró el perfume de las violetas. Y pensó en las elecciones.

La besó otra vez. Su pulgar tocó levemente el cuello de Celia.

De improviso, ésta cambió completamente.

—Adolf —exclamó, dinámica—, ¿qué tal tu trabajo?, ¿cómo va la campaña?

Él la miró con orgullo.

—De eso quería hablarte. Aún queda mucho por organizar.

Celia se miró, de pronto, el traje con disgusto. Parecía una secretaria eficaz que se diera cuenta de que estaba haciendo el ridículo en un baile de disfraces.

—Perdona, Adolf. Quisiera cambiarme. No sé lo que hago con estas ropas.

—Como quieras, querida. Espero. Iré tomando una copa.

Celia desapareció en el dormitorio. Adolf se preparó un whisky. Se sentó, abrió el portafolios y buscó entre los papeles.

Sacó el telegrama recibido por la mañana:

«Industrias Para a Adolf Sturm. Experiencia Santa Clara obtuvo éxito completo. Total seguridad plan trazado. Niedrig.»

—El eficaz Niedrig —pensó Adolf— hemos conseguido la clave para el triunfo

en las elecciones, y para el dominio del país. Gracias a Niedrig y gracias a Marcos.

Celia salió del dormitorio. Parecía otra. Era ahora la profesora de instituto, o la secretaria eficiente. Traje sencillo, oscuro, gafas de montura discreta, pelo liso, sin maquillaje, zapatos planos. Sólo un discreto broche. Llevaba block de notas y bolígrafo preparado. Se sentó.

—Cuéntame, querido —dijo—. En nuestra última conversación hablamos de un posible acontecimiento que daría un giro inesperado a la campaña.

—En efecto —dijo Adolf— y el acontecimiento se ha producido. Tenemos ya la posibilidad de obtener la mayoría absoluta de modo arrollador.

—¿De veras? —Celia le creía a pie juntillas, pero comenzó a repasar datos—. Sin embargo, en las últimas elecciones no ganamos en ningún estado; y la media de votos obtenidos...

—En efecto, Celia; no dejan de repetírmelo todo el día. Apenas un cinco por ciento...

—Entonces, ¿qué posibilidades...?

—Te lo explicaré, querida. Siempre es bueno contárselo a alguien.

Tomó un largo sorbo y comenzó a encender un habano. Aspiró una larga bocanada. Se sentía muy bien.

Y en tono profesoral, mientras Celia anotaba, comenzó a repasar toda la historia.

2. Meses atrás

1

Las afirmaciones del Líder de Nacional Democracia derivaban del éxito de una operación secreta, iniciada hace unos años dentro de la permisiva y democrática estructura de los Estados Unidos, y centrada en los laboratorios secretos de las Industrias Para, propiedad absoluta de Adolf Sturm. Es cierto que los periódicos y revistas siempre habían mencionado su relación con las Industrias Para; es cierto que muchos de sus productos, con diversos nombres comerciales eran adquiridos por millones de ciudadanos. Y es cierto, por último, que fueron las enormes ganancias obtenidas con su empresa lo que había permitido a Adolf Sturm costear los cuantiosos gastos de fundar y mantener un partido político hecho a su imagen y semejanza. Pero también era cierto que bajo la apariencia general de las Industrias Para —aparatos eléctricos en general, aplicaciones de la energía solar y electrónica para el hogar— se escondía una realidad intrigante y misteriosa.

No existían datos concretos, por supuesto, pero meses atrás la señorita Patricia O'Malley, periodista experta en electrónica, se había introducido como operaria especializada en las fábricas Para y había podido ascender hasta poder husmear algo de lo que le intrigaba, las investigaciones realizadas en el laboratorio secreto. Curiosamente fue encontrada poco después con el pelo en desorden, semidesnuda y sucia, paseando por un jardín público cercano a su apartamento, con la mirada en el vacío y recitando por lo bajo canciones infantiles y poemas de Shakespeare aprendidos en su juventud. No recordaba nada excepto su nombre y vagos recuerdos aislados de la niñez. Los esfuerzos de los más famosos psiquiatras para restablecer algún orden en esta cabeza vacía no habían dado ningún resultado. Era un caso de amnesia completa, como el de la cinta magnética a la que se borra la grabación.

Otro periodista aún fue más osado. Sin los trámites previos de un trabajo regular en la fábrica quiso sobornar a alguno de los responsables del laboratorio secreto, tras contactos conseguidos durante meses de complicado trabajo. Se le encontró hundido, en su coche, en uno de los acantilados de la costa. El hecho de que fuera un conductor excelente, y de que habitualmente nunca circulara por aquella carretera no fue obstáculo para que la policía enterrara el caso con cierta rapidez con el calificativo de «muerte por imprudencia».

Finalmente, un intento de interpelación en el Congreso fue cortado de raíz al presentar la empresa justificaciones de trabajar para el Departamento de Defensa en el desarrollo de armas secretas. Con ello cesaron las interpelaciones, los periodistas se olvidaron cautamente de las Industrias Para y la empresa prosiguió su brillante política comercial sin mencionar para nada sus laboratorios secretos.

Marcos había seguido con enorme interés todo lo referente a las Industrias Para. Como ingeniero de telecomunicaciones al servicio del Estado —su actual puesto, en la Coordinación de la Televisión Estatal— se consideraba más un funcionario que un verdadero técnico. Aunque pudiera trabajar esporádicamente en el laboratorio de investigación, su verdadera vocación era dedicar todo su tiempo a los problemas de las telecomunicaciones; al no poder hacerlo se consideraba frustrado.

Por eso examinó con enorme interés la invitación recibida para la presentación pública de uno de los nuevos productos de las Industrias Para, denominado «Somnus-Uno». Se trataba, informaba la tarjeta, de un programador electrónico de sueños. El acto tendría lugar unos días más tarde, en la sala de convenciones del Sheraton.

Y acudió, por supuesto. A la hora anunciada la sala estaba rebosante. Y aunque la distribución de invitaciones había sido estricta, compromisos de última hora habían obligado a admitir más personas que asientos contaba el local, por lo que tanto al final del mismo como en sus laterales se apiñaban invitados. Provenientes de la sala vecina se oían los preparativos de la copa con la que serían obsequiados.

Marcos había acudido con antelación y se había sentado en la tercera fila. «Una presentación por todo lo alto» —pensó, volviéndose y mirando la concurrencia—. Políticos, periodistas, artistas, industriales, banqueros, universitarios, el «todo Washington» estaba allí, como dirían los periódicos al comentar el acto. Unas atractivas azafatas informaban y colocaban a las autoridades.

Se encendieron las luces de la mesa central, y las de la sala disminuyeron de intensidad. El Director-Gerente de las Industrias Para se levantó y rogó silencio.

—Señores, quiero agradecerles su asistencia en nombre de Industrias Para y de su Presidente, Adolf Sturm, que por razones de su actuación política no se encuentra entre nosotros...

(No era una novedad. Adolf Sturm delegaba siempre las presentaciones en la División Comercial, y el público lo sabía. Lo que no obstaba para que siempre se diera una u otra excusa por su inasistencia.)

—Queremos presentarles hoy uno de nuestros últimos productos, fruto de la constante línea de investigación de nuestras empresas. (Marcos sintió el consabido hormigueo de frustración.)

»Sin entrar en demasiados detalles técnicos, que les proporcionaremos en la información complementaria, vamos a tratar de exponerles lo que consigue nuestra unidad. Con ella obtendrán, o bien un sueño profundo, relajante y confortador, o un ensueño programado con el que podrán soñar agradablemente lo que quieran y en el momento que quieran.

»Escuchemos, en primer lugar, el informe del doctor Schlaff, que ha dirigido los

aspectos psicológicos de nuestra investigación. Doctor Schlaff, si es tan amable...

El aludido se levantó. Era alto, delgado, moreno, con aspecto nervioso y como ligeramente cohibido de tener que hablar ante un auditorio importante. Se le suponía más a gusto en su laboratorio que en actos sociales.

—Ejem... —comprobó el micrófono y comenzó—. Bien, perdonen que exponga a un nivel ligeramente elemental, pero así podré acomodarme a los conocimientos de todos los presentes. Ya conocen ustedes la distinción médica entre sueño y ensueño. El sueño, o «sueño profundo» para algunos, se caracteriza por una relajación orgánica completa, con enlentecimiento de la respiración y del ritmo cardíaco así como con una notable disminución de la actividad cerebral. Si una persona se despierta en este tipo de sueño, no recuerda haber soñado nada.

Bebió un sorbo de agua y se aclaró la garganta.

—En cambio, en la fase llamada de «ensueño», el grado de relajación es menor, existe mayor actividad corporal así como cierta actividad cerebral, caracterizadas entre otras cosas por la aparición de esta serie de imágenes sucesivas, con o sin ilación, que denominamos «soñar», aunque más correctamente deberíamos definir como «estado de ensueño». Si despertamos a una persona en el momento del ensueño, nos podrá relatar lo que estaba soñando.

»Durante el pasado siglo xx se realizaron grandes avances en la investigación del ensueño. Por un lado, se descubrió que en esta fase se producían movimientos oculares rápidos, lo que permitió fabricar un sencillo dispositivo de detección que mostraba fácilmente cuando un sujeto durmiente se encontraba en sueño profundo o en ensueño, lo que facilitaba mucho la investigación. Por otra parte, se comenzó a estudiar la transmisión de información durante el ensueño, verificándose que entre personas dotadas, el sujeto emisor podía transmitir al receptor imágenes visuales, estáticas o de movimiento, que el receptor podía recordar si se le despertaba inmediatamente a la recepción, es decir, cuando aún no había pasado el estado de ensueño en que se encontraba.

La atención del público de la sala aumentaba a medida que transcurría la explicación; no se oía una conversación ni un susurro. A su vez, el doctor Schlaff iba tomando más confianza en sí mismo.

—Pues bien, partiendo de estas bases científicas comenzamos a experimentar en nuestros laboratorios de las Industrias Para. Si es posible detectar el momento del ensueño, y es posible transmitir información al durmiente, sería posible, pensamos, programar el sueño, es decir, soñar lo que quisiéramos y cuando quisiéramos.

»No vamos a exponerles todo el proceso de investigación. Permítannos que, simplemente, les mostremos el producto final.

Acercó una caja cercana y sacó, espectacularmente, el Somnus-Uno, que expuso al público, mientras lo describía.

—Como ven ustedes la unidad consta, por un lado, de esta especie de gafas de goma negra que cubren los ojos y se ajustan por detrás de la cabeza. Tienen unos pequeños electrodos de silicona conductora que establecen contacto con la piel de los párpados y de las sienes. Hay un pequeño resalte situado a nivel de la frente, que es el circuito receptor sintonizado con la caja de mandos; con ello hemos suprimido la conducción por cable que siempre resulta enojosa. El otro elemento es la caja de mandos, donde se incluyen los circuitos propios y la conexión a *cassette* para programaciones especiales.

»¿Cómo se maneja el Somnus-Uno? Muy sencillo. Ustedes se acuestan, quieren descansar de modo profundo y relajado.

Conectan el aparato en la posición «sueño profundo» y les asegura un sueño completo y reparador de la duración que deseen; basta programar el reloj con antelación.

«¿Quieren soñar? Pues conecten la posición dos, “ensueño”. De este modo tendrán sus sueños normales, los que habitualmente tendrían, con sus propias asociaciones de imágenes. Pero si quieren un ensueño dirigido, también lo podrán programar por alguno de los controles de que va provisto el aparato. Vean algunos de los existentes: “acción”, “viajes”, “erotismo”, “deportes”, “historia”, “amistad”, “conducción de vehículos”. Con unos subcontroles se puede incluso matizar la duración y actividad referente al sueño (sujeto activo, sujeto pasivo, por ejemplo). Finalmente, la adaptación de una pequeña cinta magnética permite programaciones especiales por deseo propio o por consejo médico...

»Porque los estudios realizados por un grupo de psiquiatras nos han demostrado la importancia de esta nueva técnica del ensueño dirigido para el tratamiento de numerosas neurosis y psicosis. No obstante, y como ahora sólo tratamos de su uso general y no de su empleo clínico, no entraremos en detalles sobre esta faceta.

El doctor Schlaff se sentó, entre una salva de aplausos. Marcos también aplaudió, emocionado. ¡Caramba con las Industrias Para! Jugaban fuerte. Se trataba de una completa innovación, de un producto totalmente original. Y la verdad, lo habían trabajado bien en secreto.

A continuación, uno de los ingenieros electrónicos comentó brevemente los principios técnicos del aparato, y finalmente una azafata demostró cómo se colocaban las gafas de goma y cómo se manejaba el aparato para inducir al sueño. La experiencia —se recalcó— era simulada. Lo cual era comprensible porque el aparato estaba diseñado para aplicar en privado —habitación propia, silencio, semioscuridad, hora habitual— y no en el centro de una exhibición pública.

Finalmente se apagaron las luces y se proyectó una película donde se veía con más detalle el aparato, su aplicación y una simulación cinematográfica de algunos de los ensueños que el aparato proporcionaba: un viaje a Bali, un campeonato de

carreras de automóvil, una paradisíaca escena de playa, una acción guerrera con rasgos personales de heroísmo, etc. Terminaba la proyección con el despertar del sujeto, quitándose las gafas con aire de absoluta felicidad.

Otro enorme aplauso subrayó el fin de la proyección. Inmediatamente comenzó la salida hacia la sala adjunta mientras empresarios y periodistas se abalanzaban hacia el Director Gerente de las Industrias Para solicitando precios y condiciones de distribución.

—En la carpeta —decía éste, agobiado—, en la carpeta informativa que se les entregará a la salida lo encontrarán todo: informes, estudios, condiciones de venta... Por favor, señores, pasemos al salón y hablaremos más cómodamente.

Marcos, ya en él, tomó una copa de cóctel de champán y comenzó a beber distraídamente.

Los asistentes comentaban entusiasmados las posibilidades del aparato. En la puerta de la sala de conferencias aún se veía al Director Gerente entre un grupo de periodistas, con sus *cassettes* portátiles y sus flashes, fotografiándole desde todos los ángulos.

Una mano se posó en el hombro de Marcos. Notó un aroma ligeramente insinuante.

—¡Marcos! ¡Cuánto tiempo sin verte!

La frase era convencional, pero cierta. ¡Cuánto tiempo! Y ¡qué distinta estaba Melania! Había dado un cambio total en los varios años —desde las últimas clases de la secundaria— en que no se habían visto.

Y ahora la encontraba tan atractiva —alta, morena, con un traje de sencilla elegancia, zapatos y bolso a tono— que le parecía imposible recordar a aquella compañera traviesa que le zahería por su timidez.

—Melania, eres tú. ¡Cómo me alegro de verte! Ven, háblame de tu vida.

Sonrieron, recordando sus tiempos colegiales.

—Querías estudiar periodismo, ¿no es eso, Melania? Ser la gran escudriñadora de vidas y ambientes, conocer la intimidad de los políticos y las ideas de los grandes genios.

—En efecto, Marcos... qué bien lo recuerdas. Y soy periodista. Pero por ahora ni grandes políticos, ni grandes genios. Estoy en lo que llamamos el grupo de noticias varias.

—Caramba —dijo Marcos admirado—, eso requerirá una cultura tremenda, para que te puedan confiar reportajes de cualquier tipo.

—Mi querido Marcos, tú siempre en las nubes —y Melania rió alegremente—. Noticias varias significa en una redacción hacer lo que nadie quiere hacer. Cuando el redactor artístico tiene la gripe, yo me encargo de visitar la nueva exposición de cuadros. Cuando el de sucesos tiene que desplazarse al entierro de su abuela, la

redactara de noticias varias, aquí presente, visita el hospital para entrevistar a los heridos del accidente. Cuando el crítico de cine se va una semana de vacaciones, la redactara de noticias varias hace la crítica de los estrenos.

—Vaya, no conocía ese polifacetismo... impuesto. Entonces, vienes aquí...

—Sí, vengo aquí a hacer la reseña de la presentación del Somnus-Uno porque el redactor científico está en Cabo Cañaveral esperando las primeras fotografías de la sonda de Saturno. Pero hoy no vengo sólo haciendo una sustitución. Tenía un interés extraordinario en el tema, y en todo lo que se refiera a las Industrias Para.

Los grandes ojos de Melania reflejaron un momento de inquietud, pero se normalizaron inmediatamente.

—En cuanto a ti, Marcos, creo que te has convertido en el genio de la telecomunicación...

—No tanto, Melania.

—Y que ocupas un puesto importante en la red nacional de televisión...

—¿Cómo sabes eso, Melania?

—No olvides que soy periodista... y que voy para gran periodista.

Ahogó una risa. Pidieron más cóctel de champán.

—Me defiendo —se excusó Marcos—. En cierto sentido, me va mucho mejor de lo que esperaba. No me puedo quejar de mi sueldo, ni de mis posibilidades de promoción. Pero tampoco soy el que había soñado. El gran genio de las telecomunicaciones, que iba a revolucionar al mundo con sus inventos, ¿te acuerdas, Melania, que siempre estaba estudiando?; bueno, pues el nuevo Edison ha quedado convertido en un funcionario del control técnico de las emisiones y de la aplicación de las normas de seguridad.

—En cuanto a la transmisión, bastante mal, por cierto. Las últimas emisiones...

—Dejemos eso ahora, Melania. Hay un conjunto de factores laborales difíciles de controlar: los horarios, los sindicatos, las guardias, el repaso del material... Si algún día quieres un gran reportaje, te lo contaré con calma.

—Bien, te cojo la palabra. Oye, y ¿qué opinas del nuevo aparato?

—No sé qué decirte. La idea es buena y, aunque no es mi campo de trabajo, la encuentro totalmente original. Me gustaría conocer el circuito. Por otra parte, no han dicho nada de si a la larga este tipo de ensueños podrá producir hábito.

—¿Te refieres a que actúe como una especie de droga?

—Eso es, que a fuerza de introducirnos en el mundo de los sueños no podamos salir de él. Tendremos que esperar al menos unos meses para ver sus efectos.

—Oye, eso es muy interesante para mi reseña. A lo mejor me felicitan y todo. Y en relación con el tema, ¿qué opinas de las Industrias Para?

Marcos meditó la respuesta, cautamente.

—Creo que llevan su investigación en el mayor secreto. Lo cual, industrialmente,

es correcto: evitan el espionaje y sorprenden al mercado, periódicamente, con un aparato totalmente original. Sin embargo, se comenta, reservadamente por supuesto, que hay algo oscuro en sus investigaciones.

Melania se puso repentinamente seria. Un camarero pasó ofreciendo más bebida. Marcos aceptó otro vaso de cóctel de champán, no solía cambiar de bebida. Melania rechazó.

—Marcos —dijo Melania; y su perfume se hizo más insinuante— en todo este montaje hay algo vital para mí. Necesito hablar contigo largamente —y miró en torno—, pero no aquí.

Marcos la miró con extrañeza, pero asintió.

—Cuando quieras, Melania. ¿Mañana podrías...?

—No, ahora mismo. Es urgente. ¿Podemos cenar juntos?

—Encantado. Podemos ir al *Gusti's*, que está aquí cerca y tiene una cocina italiana extraordinaria.

—Pues salgamos ya, si no te importa.

Salieron, con cierta prisa; Melania, abriendo paso entre los grupos. Tomaron su abrigo del guardarropa y alcanzaron la calle.

El camarero que había pasado las últimas copas les vio salir. Volvió, con la bandeja, a la cocina y fue al teléfono. Marcó y sostuvo una breve conversación.

3. Tres cenas

1

Hay períodos en la historia en que sólo parecen suceder acontecimientos triviales y rutinarios. Hay momentos, sin embargo, en los que se concentran sucesos que deciden el porvenir de una nación.

En la actualidad las batallas no se juegan en los campos ni en las trincheras. Las principales batallas se celebran en las mesas bien servidas de los restaurantes de lujo o de los comedores privados. Durante comidas y cenas se marca la táctica y la estrategia, se hacen tratados y pactos, se formulan traiciones y se fraguan contactos. Y en momentos de delicadísimo equilibrio puede que la fragancia de un vino o el aroma de una salsa consigan más que miles de combatientes en acción.

Por eso, tres cenas celebradas en distintos momentos y con muy diferentes comensales iban a tener consecuencias muy importantes.

2

La primera de ellas se celebraba en el Gusti's, restaurante situado en la calle M del distrito noroeste de Washington. Realmente acogedor, con sus luces discretas en pantallas rojas, manteles rojos con servilletas rojas y sillas de rojo respaldo. En el ambiente, suave música napolitana y excitantes olores de condimentos.

Marcos y Melania repasaron la carta y pidieron, él, lasaña y ossobuco, ella solamente una pizza Margherita. Y para acompañar se les sugirió un Chianti.

—Marcos; no quería contarte nada en la presentación, porque estaba toda la plantilla de la empresa. Y aún no sé si hacerlo.

—Melania, si es algo relacionado con las Industrias Para, me interesa muchísimo. Ya conoces mis aficiones.

—Sí, tu verdadera vocación, siempre lo dijiste, El investigador electrónico frustrado. Bien, no sé si conoces lo que le sucedió a una chica periodista, Patricia O'Malley.

—Me suena el nombre, aunque no sé por qué.

—Entró a investigar en las Industrias Para.

—¡Ah!, ya recuerdo... Aquella chica que perdió la memoria por completo. Se habló mucho del caso hace tiempo, pero luego no se volvió a comentar nada.

—En efecto; lo han silenciado totalmente. ¿Comprendes? Pero Patricia era mi mejor amiga. Digo era, aunque vive, porque no sabe nada, no dice nada, no recuerda

nada. Sólo sabe recitar poesías y cantar canciones infantiles.

—Es tremendo. Y ¿dónde está ahora?

—Continúa internada en el sanatorio psiquiátrico y allí estará seguramente de por vida. Tiene la mente completamente borrada. Voy a visitarla de vez en cuando —le asomó una lágrima— y es tremendo, no reconoce, no sabe, no dice nada. Sólo sus dichas canciones y poesías... es tremendo.

Apoyó su mano en la de Marcos. Éste la sintió cálida y nerviosa.

El restaurante se iba llenando. Otros grupos ocupaban mesas. En una cercana, de espaldas, una joven, sola, consumía lentamente un plato de pasta. En la mesa, sobre el mantel rojo, destacaba su paquete de cigarrillos y su encendedor.

Pero no fumaba.

El paquete de cigarrillos tenía en su parte lateral unos finos orificios que en conjunto formaban un círculo. Estaba orientado hacia la mesa de Marcos y Melania.

—¿Cómo conociste a Patricia, Melania?

—En la escuela de periodismo. Era inteligente, pero sobre todo era decidida, activa. Hizo algunos reportajes sorprendentes. Consiguió ser la primera periodista que voló en un vehículo espacial, viajó por todas partes, y de pronto... esto.

—¿Y no sabes nada de lo que le ocurrió?

—Sé que quería hacer un reportaje sobre las Industrias Para.

Intuía que investigaban sobre temas extraordinarios. Por eso buscó allí un puesto de trabajo. Era lista, sabía que no lograría nada inmediatamente. Que había que tener paciencia, mucha paciencia. Por eso trabajó a conciencia durante meses, hasta que tuvo la confianza de la empresa y logró un ascenso. Ocupó un puesto de cierta responsabilidad, y ya no sabemos más. Debió llegar a conocer algo muy secreto o muy peligroso, y no pudo continuar. La debieron sorprender. Y le borraron la mente.

—¿Cómo sabes que... le borraron la mente?

—¿Y qué otra cosa pudo ser? Han hablado de amnesia repentina, causada por un traumatismo, por una impresión súbita... tonterías. Yo conocía a Patricia. Era lanzada, decidida, pero psicológicamente muy estable. No se asustaba fácilmente. Nunca tuvo problemas mentales. Por eso, Marcos, estoy convencida de que le borraron la mente. Lo cual quiere decir que en Industrias Para tienen poder para borrar la mente. Y que lo hacen.

Marcos sintió un escalofrío.

—Marcos, tú que conoces todo este mundo de la electrónica, ¿hay posibilidad de borrar la mente?

Marcos consideró la difícil respuesta.

—Ha habido intentos, desde luego. La técnica del electro-shock, que se aplicaba a ciertos enfermos mentales, producía alguna amnesia; pero nunca de tanta intensidad ni duración como la que presenta tu amiga.

Melania le indicó, suplicante:

—Marcos, tienes que ayudarme. Quiero ayudar a Patricia; quiero hacer todo lo que pueda por ella. No puede seguir así toda la vida.

—Lo comprendo, Melania. Y yo quiero ayudarte, Pero, ¿qué podemos hacer?

Melania aseguró, firmemente:

—Marcos, quiero entrar a trabajar en las Industrias Para.

Marcos se sobresaltó.

—¿Estás loca, Melania? ¿Qué dices?

—Lo que oyes, que quiero entrar a trabajar allí. Como periodista siempre me interesó el tema, como le pasó a Patricia; sólo que nunca tuve la decisión que tuvo ella. Pero ahora, como amiga, quiero saber qué le ha pasado y si hay alguna esperanza de que se recupere.

Marcos bebió automáticamente mientras encajaba la decisión. Luego dijo:

—Melania, creo que te propones algo muy peligroso. Pero también creo que es inútil discutir contigo. Así que, repito, ¿cómo te puedo ayudar?

—Sé que es mucho pedirte, Marcos. Pero necesito dos cosas. Tú eres uno de los mejores técnicos de telecomunicaciones del país, y lo sabes. Quiero que me enseñes algo de electrónica; que me dejes unos libros elementales y me des algunas explicaciones. Lo justo para tener una base y poder trabajar como operaría en las Industrias Para. Y luego quiero que me recomiendes allí. Esto es todo.

—No creas que aprender es fácil, Melania. Exigirá algún tiempo.

—No tengo tiempo, Marcos —sus ojos brillaban con decisión—. Trabajaré intensamente todos los días que haga falta. Pero ayúdame, por favor. Tengo que hacer todo lo que pueda por Patricia.

Marcos se frotó nerviosamente las manos.

—De acuerdo, Melania. Te enseñaré rápidamente lo fundamental de la electrónica. Y te recomendaré.

La gratitud que mostraba Melania era su mejor recompensa.

—Y que sea lo que Dios quiera...

La música napolitana, intemporal, eterna, les envolvió. La luz rojiza rodeó la cabellera negra de Melania con un extraño contraste.

Marcos quiso decir algo pero sintió un nudo en la garganta. Tras el helado y el café, salieron.

3

Pocos días después de la conferencia de Adolf Sturm en el Club «Democracia

Abierta», se celebraba una cena en el comedor privado de la Casa Blanca. Sólo había cinco comensales: el Presidente de los Estados Unidos, el Secretario de Defensa, y el Presidente del Tribunal Supremo, el Secretario de Información y el Decano de la Facultad de Parapsicología de la Universidad de Washington.

—Les agradezco su asistencia —comenzó el Presidente—. Por supuesto, todo lo que aquí tratemos se deberá considerar como secreto. Por eso, para evitar filtraciones, y como ustedes tendrán que informar en sus casas o en sus instituciones de los motivos de esta reunión, dirán, en todo caso, que hemos tratado con gran reserva de la infiltración de elementos subversivos en la universidad y de las posibilidades de actuación por parte del Gobierno.

Todos asintieron. Sabían que el Presidente era metódico y procuraba no dejar ningún cabo suelto.

El Presidente Samuel Donovan tenía unos cincuenta años, era alto, de tez morena, de cabello blanco que empezaba a clarear, y reunía dos cualidades muy difíciles: la energía y la delicadeza. Llevaba sus propósitos adelante con exquisita corrección hacia los demás y respeto al adversario. Se le recriminaba que su táctica retrasaba algunas acciones, a lo que él respondía que en un estado democrático había que seguir los caminos trazados por la Ley y obviar cualquier iniciativa personal que oliese a dictatorial.

Sirvieron el vino y el pescado. El Presidente continuó, con aire preocupado.

—Si tomo tantas precauciones es porque los Servicios de Información nos han comunicado sus sospechas de la posible existencia de algo que pudiera definirse como una conspiración de alcance nacional. No se trata de ninguna acción sobre las fuerzas armadas, o ningún atentado contra la persona del Presidente, lo que en todo caso constituiría una acción limitada —acalló las protestas que se iniciaban—. Se trata de un atentado contra la democracia; sí, contra nuestro sistema democrático y contra la democracia en general.

»No puedo darles más detalles, porque no los tenemos. El Secretario de Información repasaré ahora los datos de que disponemos, que, de todas formas, no pasan de un nivel de rumor. Sin embargo, la intención es tan grave que he querido llamarles a ustedes como consejeros de la Presidencia, y como buenos amigos míos, para que me den alguna impresión, por supuesto particular, sobre el asunto.

»Y ahora —señaló con el tenedor— el Secretario de Información nos dirá lo que conoce de este asunto.

El Secretario de Información dio un sorbo del excelente Pinot blanco y se enjugó los labios con la servilleta.

—Poco más puedo decir que lo indicado por el Presidente. Saben ustedes que nuestros agentes recogen impresiones, frases, conversaciones, retazos de noticias. Las comunican al cuartel general y allí las examinamos; las de más interés se procesan.

De esta forma, a veces unos elementos engarzan con otros, y partes de procedencia muy distinta acaban formando un conjunto inteligible.

»Pues bien, desde hace algunos días hemos recogido ciertos rumores sobre una actuación de tipo aún desconocido cara a las cercanas elecciones. Parece que algunos elementos, vinculados a la directiva de uno de los partidos minoritarios del país, que apenas consiguió votos en las elecciones pasadas, han manifestado en conversaciones privadas su seguridad de obtener una mayoría aplastante en las actuales elecciones. Nuestros agentes no han logrado saber en qué basan su afirmación, si es una simple fanfarronada o si se trata de algo con más fundamento.

—¿Puede saberse qué grupo es ése? —inquirió, preciso, el Presidente del Tribunal Supremo—. Me lo imagino, pero quisiera confirmarlo.

El Secretario de Información consultó con la mirada al Presidente, quien le autorizó con una inclinación de cabeza.

—Bien, ya lo habrán adivinado. Se trata del partido de la Nacional Democracia, cuyo fundador y Líder es Adolf Sturm.

—Lo suponía. En los tribunales tenemos frecuentes problemas con la actuación de estos grupos. Pero siga, por favor.

—No hay más. El resto son suposiciones, adivinaciones. Los únicos datos reales son éstos: existen conversaciones entre los altos dirigentes de Nacional Democracia que expresan su total convicción de obtener mayoría absoluta en las próximas elecciones, por métodos no muy claros, pero sin alterar el orden democrático.

—Realmente interesante —dijo el Secretario de Defensa—. Según creo, Adolf Sturm es a la vez el Presidente y accionista único de las Industrias Para.

—Lo es, en efecto.

—Industrias muy eficaces, sin duda —continuó—. Han realizado muchos contratos con el ejército y a nuestra completa satisfacción. Son un ejemplo en el desconcierto laboral que padecemos hoy en día. Pero me pregunto, ¿tendría alguna relación esa seguridad en el triunfo con algo que se fragüe en los laboratorios secretos de las Industrias Para?

—Ése es el problema —asintió el Presidente—. Un nexo muy probable, como comenté anteriormente con el Secretario de Información.

Hubo una pausa pensativa.

—En efecto —amplió el Secretario de Información—. Cuando tuve en mi poder los primeros informes, los pasé al Presidente; juntos analizamos el problema y convinimos en convocar esta reunión para intercambiar ideas e información con todos ustedes.

—Por eso —añadió el Presidente— hemos invitado también al Decano de la Facultad de Parapsicología a quien, por cierto, aún no hemos dejado hablar, para que nos dé su opinión sobre el asunto.

—Señores —dijo éste—, les agradezco muchísimo que hayan contado conmigo, pero sólo soy un modesto investigador que...

—Nada de eso, Profesor —insistió el Presidente—. Todos conocemos su valía y sus descubrimientos. Pero si prefiere que le hagamos preguntas concretas, vamos allá. Primero: ¿cree usted que hay alguna posibilidad psicológica o parapsicológica, de influir en el resultado de las elecciones de un modo tan intenso como pretenden los directivos de la Nacional Democracia?

El Profesor meditó unos momentos mientras retiraban los platos de pescado y comenzaban a servir la carne.

—Ante una pregunta concreta debo dar una respuesta concreta —dijo—. Decididamente, no. Con los métodos actualmente conocidos, no es posible, ni psicológica ni parapsicológicamente modificar en tal cuantía unos resultados electorales. Se podrían, en todo caso, variar ligeramente los porcentajes, pero no hasta estos extremos, sobre todo si en las elecciones pasadas, según parece, no obtuvieron ni un cinco por ciento de los votos.

—Cuatro punto ochenta y ocho —concretó el Secretario del Interior.

—Confieso que es la primera vez que oigo estos rumores —indicó el Decano— y tienen algo de sorprendente, porque es una conducta totalmente a la habitual. Normalmente todos los partidos afirman, cara al público, su seguridad de ganar las elecciones; es incluso obligación suya hacerlo así. Y sólo en las conversaciones privadas de los directivos se valoran las posibilidades reales. Aquí, al parecer, ocurre precisamente lo contrario —y dirigiéndose al Secretario del Interior, insistió— por qué dice usted que estas afirmaciones de ganar se realizaban en conversaciones privadas.

—En efecto —confirmó éste—. El partido Nacional Democracia declara en público su seguridad de constituir en el Congreso un grupo minoritario, pero decisorio, mientras que en privado afirma que va a ganar las elecciones por una mayoría aplastante.

—Realmente interesante —el Presidente comenzó a cortar su solomillo—. Y ahora, Decano, una segunda pregunta también muy concreta, ¿qué sabe usted de las investigaciones de las Industrias Para en relación con la parapsicología?

El Decano tomó un sorbo del excelente tinto de la Presidencia. Siempre procuraba hacer una pausa antes de cualquier pregunta comprometida, para ordenar sus ideas.

—Señor Presidente —dijo—, podría decir lo mismo que el Secretario de Información sobre el asunto que nos trae aquí: que sabemos muy poco sobre el tema —y sonrió—. Veamos. Las Industrias Para surgieron con un objetivo muy concreto: investigar y aplicar las posibilidades de la parapsicología en la vida práctica, así como fabricar aparatos electrodomésticos diversos.

—Correcto —afirmó el Secretario del Interior—. Lo hacen muchas industrias. Si

el objetivo definido como fundamental no resulta, siempre pueden fabricar transistores o calculadoras.

—El caso es que Industrias Para llegó a realizar muchos equipos de interés en parapsicología, como unidades con mini ordenador para estudiar propiedades telepáticas, cabinas de estudio de la influenciabilidad de los sueños, medidores de intensidad de la telequinesia, etc. Pero en realidad estos equipos tan especializados tuvieron poca salida, y por ello la empresa derivó a una electrónica general con cierta predilección biomédica. En esta esfera han trabajado en el tratamiento electrónico del dolor, en la obtención de prótesis por impulso nervioso, en injertos artificiales de nervios y en otros muchos temas. Hoy, precisamente, han presentado un aparato de programación del sueño que es una verdadera novedad en su campo. He estado en la demostración y ha sido espectacular.

—Y dígame, Profesor, ¿no sabe qué líneas de trabajo desarrollan en estos momentos?

—Sobre eso no tenemos ninguna noticia. Parece que en alguna ocasión les robaron alguna idea, o se les adelantaron en alguna patente, o algo por el estilo. Desde entonces han cerrado a cal y canto su laboratorio de investigación y no existe pista alguna de sus líneas de trabajo. Sólo periódicamente lanzan un aparato totalmente nuevo, que pasa a la red comercial, mientras que la rama de investigación de Industrias Para vuelve a su mutismo.

—Una auténtica torre de marfil, ¿no? Bien, señores —dijo el Presidente Donovan—, preguntémosnos cómo podemos obtener más información. Tiene la palabra —señaló con la mano— el Presidente del Tribunal Supremo.

Este se arrellanó en su silla. Había terminado el solomillo y se servía más vino.

—Mira, Samuel —dijo; el ser amigo íntimo del Presidente le permitía tratarle confiadamente—. Particularmente me puedes pedir lo que quieras, pero como Presidente del Tribunal Supremo debo hacer cumplir estrictamente la Ley. No empecemos de nuevo.

—Sabes —le cortó el Presidente— que presumo de ser el más estricto cumplidor de las leyes de nuestro país. Si tramáramos algo ilegal, no te habríamos llamado. Y estás aquí en calidad de consejero particular del Presidente, y, además, de amigo íntimo. La cuestión es: ante una presunta actuación ilegal de un grupo minoritario, que se jacta en conversaciones privadas de que va a obtener una mayoría aplastante en las próximas elecciones, lo cual es imposible con las posibilidades normales, y ante presuntas sospechas de que quizá en las Industrias Para se encuentre la clave de una conjura contra la democracia, ¿no podemos ejercer un control de comunicaciones —teléfono, correos, télex— y hacer unas visitas de inspección al pabellón de investigaciones?

—Mi querido Donovan —cuando empleaba el apellido en vez del nombre del

Presidente es que hablaba con completa seriedad—, tengo la responsabilidad del cumplimiento de la Ley en el país, y la Ley es la base de toda democracia. Sólo oigo hablar aquí de sospechas, de presunciones, de retazos de conversaciones que unos han contado a otros, de suposiciones de lo que quizá se hará en unas fábricas que hasta ahora han estado, y siguen estando, pues no hay pruebas en contra, en la más estricta legalidad. Mi respuesta es no. La justicia funciona con pruebas. Dame una prueba concreta de lo que estáis suponiendo y te autorizaré bajo mi responsabilidad los controles que necesites.

El Secretario de Información se movía, impaciente, en su silla.

—¡Pero si es precisamente lo que tratamos con los controles! ¡Queremos adquirir pruebas! ¡Para eso necesitamos el permiso especial! ¡Para defender la democracia!

El Presidente del Tribunal Supremo se puso solemne:

—Mire lo que le digo —dijo al Secretario del Interior, apuntándole con el cuchillo—. La democracia se debe defender con métodos democráticos. Si por la sospecha de instauración de una dictadura, y para destruir este intento, suprimimos los derechos democráticos de cualquier persona o institución, habremos hecho lo contrario de lo que pretende la democracia, porque habremos instaurado la dictadura desde el propio poder.

Y tras un momento de silencio añadió:

—Porque el Presidente que tuviera el poder de intervenir en las comunicaciones o en la vida privada de los ciudadanos e instituciones que se le han confiado sin la oportuna autorización legal, ya actuaría como un dictador.

El Presidente Donovan apreció en lo que valían las palabras de su amigo el Presidente del Tribunal Supremo; por eso era uno de sus Consejeros; aun más, por eso se preciaba de tenerle por consultor y confidente. Quiso quitar un poco de tensión en la conversación.

—Bien; sólo quiero recordarles a todos el carácter informal de toda esta conversación, y el hecho de que a lo mejor nos movemos por simples sospechas. Puede que todo sea una falsa alarma.

El ambiente se distendió. Se trataron otros temas menos apremiantes. Se retiraron los platos de la carne y se sirvió el helado, el champán y el café.

Y el Presidente del Tribunal Supremo dijo por lo bajo al Presidente Donovan.

—Y en cuanto a las fotografías aéreas que habéis realizado a las Industrias Para es cierto que no hay doctrina en contra, pero en estricta justicia...

La tercera cena se celebraba en la sede de la Nacional Democracia. La sala sobria, de muebles rígidos pesados y algo anticuados servía de escenario a la cena que Adolf Sturm compartía con sus más inmediatos colaboradores, y donde se planteaba la estructura de la Nueva Sociedad.

Los que no conocían a Adolf Sturm en la intimidad quedaban maravillados de su personalidad. En un círculo de amistades selecto y controlado, desaparecía la imagen dura, opresiva, vigorosa y dictatorial, y aparecía una persona fina, inteligente, capaz de la amistad y de la risa franca. Lo cual no significaba ninguna concesión en ideas fundamentales suyas o de la Nacional Democracia. Al contrario, en ocasiones estas dotes de persuasión servían para ganar a su causa a personas que, fiadas sólo en los modales duros y autoritarios —quizá más reales—, hubieran manifestado reparos a su ideología.

Adolf Sturm conversaba, con sus íntimos, sobre lo que llamaba bases biológicas de la Nacional Democracia.

—No hay duda —dogmatizaba— de que en la humanidad existe una evolución histórica. Pero es una evolución condicionada por la biología. Y la biología nos dice que aún estamos muy cerca de nuestros antepasados, los antropoides, y de su inmediato predecesor, el eslabón perdido común para los hombres y los monos. ¿No es eso, Frank?

El aludido sonrió. Le llamaban «el profesor» por sus amplios conocimientos sobre cualquier materia.

—En efecto, Jefe —contestó—. Con Darwin se pensaba que el hombre procedía del mono. Ahora sería más correcto afirmar que hombre y mono procedemos de un eslabón común, aún no bien conocido.

—O sea, que no somos hijos de los monos, sino primos hermanos.

—Más o menos, Jefe.

—Esto no hace sino reforzar mi tesis. Los biólogos sólo han comenzado muy recientemente a estudiar el comportamiento animal, la etología. Y ¿qué han encontrado? Una serie de modos de comportamiento que parecen profundamente humanos. A ver, Frank, dinos algunos de ellos.

Frank habló de nuevo, encantado.

—Hay, en efecto, formas del comportamiento de los monos, en especial de los gorilas, que son muy peculiares de su especie, pero que además son de gran interés si las comparamos con el comportamiento de la especie humana. Como en toda la escala animal, hay un sentido jerárquico muy rígido, pero aquí, en vez de estar basado solamente en la fuerza, se asienta también en la edad y en la inteligencia. Existe un espacio vital ligado a cada individuo y a cada tribu, y este espacio vital individual es tanto mayor cuanto mayor es la categoría de quien lo ostenta, y es celosamente guardado; para entrar en él hay que pedir permiso, y sólo si se concede se puede

acceder al sujeto que está en su centro. Hay reconocimientos explícitos de la autoridad: cesión del paso, palmoteos en la espalda, formas de sumisión...

—Ya basta, Frank, ya basta. Y dinos, ¿hay mucha individualidad en las agrupaciones animales?

—No, Jefe. Estas agrupaciones están rígidamente estructuradas. En casos extremos —las abejas, las hormigas— la diferenciación de funciones ha producido, a lo largo de siglos de evolución, un cambio en la forma del individuo: existen la obrera, el zángano, la reina, el soldado. Pero incluso en las sociedades en las que no hay formas biológicas distintas hay una sumisión rígida al principio de autoridad. En todo grupo hay un Jefe, debidamente caracterizado, y una escala jerárquica conocida. La actuación es siempre en grupo y bajo una dirección. Y sólo así se consigue el fin concreto del grupo, sea conseguir comida, una emigración, la organización de un hábitat, la defensa, la reproducción. El individuo aislado, el que no se somete a las normas del grupo, es expulsado de éste y perece.

—¿Qué les parece? —exclamó Adolf, radiante, mientras atacaba su enorme trozo de carne casi cruda—. En toda la naturaleza hay autoridad, hay organización, hay orden. Y ese orden es reconocido y acatado.

—Pero Jefe —dijo uno de los asistentes, a quien llamaban «el filósofo»—, no hay que olvidar que son animales...

—¡Claro que son animales! Y ¿qué es, básicamente, el hombre? Y digo básicamente, pero no exclusivamente, por supuesto.

Pues un animal. Lo que afirmo es que hemos dado demasiada importancia a los factores disgregantes de la sociedad humana —democracia, libertad, realización, autenticidad, todos esos nombres huecos y anarquistas— y demasiada poca a los factores de unión, de trabajo y progreso auténticos que son el orden, la autoridad y la obediencia.

El círculo íntimo de Adolf Sturm consideraba las palabras de su Jefe como un oráculo. Básicamente estaban de acuerdo con todo lo dicho, porque era a ellos, con él, a quienes correspondería la tarea de implantar la Nacional Democracia. Cada uno en su Ministerio, en su organización, implantarían en toda la sociedad las bases que ya existían en el propio partido, disciplinado y unido como pocos.

—Jefe —preguntó otro militante—, aunque hasta ahora nuestra experiencia en el Partido sea totalmente satisfactoria, una cosa es disciplinar y organizar un grupo de personas básicamente adictas a nuestro ideario, y otra cosa es actuar sobre toda la sociedad.

Adolf pensó unos momentos.

—Lo que dices es totalmente cierto. Por eso los métodos de adoctrinamiento de un pequeño grupo son radicalmente distintos a los que emplearemos para toda la población.

Hizo una pausa, que nadie osó interrumpir.

—Han existido muy diversos métodos de adoctrinar a las masas —dijo—. Unos de tipo político, como la unión frente a un enemigo exterior, real o supuesto. Otros psicológicos: apelar a ideas inconscientes de dominio, de revancha, de raza o de espacio vital. Pero en la Nacional Democracia partiremos de la biología, de la propia naturaleza humana. A la larga, todos los métodos de control ajenos al propio hombre fracasan, y nosotros necesitamos controlar la sociedad de modo continuo, total e implacable.

—Entonces, Jefe —preguntó el director de la campaña electoral—, ¿no cree que las técnicas psicológicas puedan ser suficientes?

—No, como único recurso —contestó Adolf Sturm—. Eso está bien para la fase inicial, para realizar una campaña electoral, para conseguir votos. Pero una vez establecidos en el poder necesitaremos el planteamiento biológico de la adicción de toda la sociedad a las ideas del Partido.

—Y, ¿cómo piensa hacerlo? —se leía una confiada esperanza en la pregunta.

—Puedo decir que por medios biológicos no conocidos hasta ahora. Hay quien ha sugerido tratar el agua de bebida con neurolépticos de modo continuado; otros opinan que la presión de los medios de información debidamente manejados desde el Gobierno pueden mantener el control de todos los ciudadanos. Yo sólo quiero decir que estas técnicas van a revelarse enormemente anticuadas frente a lo que preparamos. Que el partido dispondrá del medio de lograr la adicción completa, total y satisfactoria de todos los ciudadanos. Pronto os podré proporcionar más detalles.

»Por ahora debemos concentrar todos nuestros esfuerzos en la campaña electoral. Haremos todos los esfuerzos posibles para aumentar nuestro porcentaje de votos y lograr un papel importante en el Congreso.

»No obstante, dejemos ahora los detalles de la campaña electoral para su Comité, y concentrémonos en tratar de la sociedad futura que nuestra Nacional Democracia propugna. Comencemos por la política interior...

4. Laboratorio secreto

1

—Increíble, pero ya estamos en la boca del lobo —dijo Marcos a Melania, Se encontraban en un laboratorio situado en la zona más secreta de las Industrias Para. Todo se había desarrollado con asombrosa sencillez, pero seguía pareciendo increíble.

Dos semanas de adiestramiento intenso proporcionaron a Melania una base elemental de electrónica: su inteligencia y su capacidad de trabajo permitieron un resultado aceptable. Y, de pronto, una llamada de las Industrias Para ofreciendo a Marcos un contrato para desarrollar una investigación electrónica sobre un tema muy concreto de retrotransmisión de información por televisión. Una condición por parte de la empresa: secreto absoluto y aislamiento dentro de la zona del laboratorio durante la duración del contrato; ya era conocido el espíritu de sigilo de las famosas Industrias. Condición por parte de Marcos: debía incorporarse al equipo su ayudante y secretaria señorita Melania. Condición aceptada. Rápidamente se formularon los objetivos del contrato, se adquirió el material de investigación necesario y se puso a su disposición un laboratorio electrónico con las condiciones precisas.

Ahora podía, de verdad, investigar. Y a la vez ayudar a Melania en sus pesquisas.

Pero el propio tema de investigación ya era, en sí, apasionante: convertir los circuitos normales de televisión en elementos no sólo capaces de enviar información a un terminal, el receptor, sino de recibir información a partir de los telespectadores; información procesable para poder tener en un momento dado conocimiento del estado de opinión del país sobre cualquier tema tratado. Un sensor psicológico —aún en desarrollo— en cada uno de los receptores sería la fuente de retrotransmisión a la Central, donde se procedería a su análisis mediante computadores. Una revolución en las técnicas de información y comunicación de masas.

Melania, con su bata blanca, ayudaba a Marcos en la disposición de los aparatos. Se había informado ya de la situación del restaurante, del supermercado, de las salas de cine, del parque, y de la zona deportiva, previendo el posible aislamiento de unos meses.

Lo principal era —lo había dicho Patricia O'Malley— tener paciencia, saber esperar. No jugar ningún movimiento en falso.

Por ahora, los laboratorios secretos de las Industrias Para parecían de una enorme vulgaridad. A Marcos le parecerían maravillosos, como centros de investigación electrónica espléndidamente dotados, pero a ella le parecían unos laboratorios de investigación, y nada más. Y esperaba más.

Paciencia. Mucha paciencia.

Marcos y Melania siguieron disponiendo los aparatos.

2

El locutor de televisión, de cuidado aspecto y bien timbrada voz, enumeró los habituales desastres del día. La ola de individualismo, irresponsabilidad y desobediencia hacía peligrar la misma estabilidad del país. Los entrevistadores callejeros escrutaban la opinión pública.

—Creo que el Gobierno debía hacer algo —comentaba un ama de casa—. Mire la calidad de los productos: ínfima. El otro día los congelados estaban incomibles. Y de la carne sólo tiene cierta calidad la de importación, y eso si la mantienen en buenas condiciones.

—La gasolina, eso sí que es grave —añadía otro entrevistado—; llena de impurezas, que obstruyen el motor cuando menos se espera. Y puede ser muy peligroso. Si ocurre en un adelantamiento...

—Pues, ¿y los cortes de electricidad en el momento menos pensado? Y las empresas ni se preocupan de dar explicaciones. Dicen que los circuitos de distribución están anticuados. Pues que los revisen. También tengo yo en casa aparatos anticuados y los cuido.

—No se puede viajar. Ni los trenes ni los aviones salen a su hora. Y si uno planea un enlace...

Y el locutor de cuidado aspecto y bien timbrada voz pedía soluciones.

—El Gobierno, que debe obligar a que se cumplan los contratos.

—... a que se controle la calidad de los productos...

—Que las empresas de transportes cumplan los horarios.

—Sí, todo eso está muy bien —comentaba el locutor—, pero para ello el Gobierno debía disponer de poderes especiales, que poco a poco le habían ido recortando las Cámaras en las últimas legislaturas. ¿Estarían dispuestos a limitar en algo su libertad individual para que el país funcionara con mayor orden?

—Mire, yo no entiendo de leyes. Sólo sé que estoy harto de este estado de cosas. Si alguien lo arregla, yo lo apoyaré.

—Los ricos, siempre son los ricos los que salen ganando.

Hace falta una mano fuerte que haga pagar los impuestos a quien puede hacerlo.

—Yo sólo digo que así no podemos continuar...

3

La cafetería del pabellón de la zona reservada de Industrias Para era grande y espaciosa, con rincones decorados en tono de intimidad que convertían el momento del café en un auténtico descanso. Industrias Para se esforzaba por instalar cuanto pudiera contribuir a mejorar el rendimiento físico y mental de sus trabajadores.

Marcos y Melania, acodados en la barra, tomaban su café de la tarde. La investigación comenzaba, y Marcos trabajaba ya activamente en el cálculo teórico de los circuitos necesarios y en la elaboración de los primeros circuitos experimentales. Los resultados se preveían extraordinarios.

Entraron tres chicos jóvenes de curioso aspecto. Tendrían unos veinte años, y vestían un mono verde, con la «P» de las Industrias Para a la altura del corazón. Se acodaron en la barra al lado de Marcos y Melania y comenzaron a hablar entre ellos.

En lenguaje y expresiones eran levemente infantiles; reían, parloteaban, se empujaban. Pidieron café con un levísimo acento extranjero en su voz.

Marcos y Melania siguieron hablando.

De pronto Marcos se sobresaltó al notar un movimiento junto a su taza de café. Miró fijamente y comprobó que procedía de la cucharilla: se movía. Ella sola. Lentamente, imperceptiblemente, la cucharilla giraba y comenzaba a deslizarse hacia uno de los extraños vecinos.

Melania, siguiendo la mirada de Marcos, también captó el movimiento. Y dio un chillido.

—Marcos, ¿qué ocurre?

El vecino más cercano de los tres se volvió hacia ellos.

—Les ruego me disculpen; creo que tengo parte de culpa de lo que está pasando. Permítanme que me presente: Jorge Lama —nombre ficticio, por supuesto, pero que sirve para reconocernos internacionalmente—. Y junto a mí, mis hermanos y compañeros de trabajo, Jaime Lama y Juan Lama. De la unidad especial del laboratorio.

—¿Unidad especial? —dijo Marcos—. Nunca oí hablar de ella.

—Es algo... digamos reservado —les indicó Jorge Lama—. Quieren que permanezca en secreto. Pero vosotros también trabajáis aquí, ¿no es cierto? En régimen de aislamiento, como nosotros.

—En efecto: me llamo Marcos y soy ingeniero electrónico. Y ésta es Melania, mi ayudante.

—Encantados —se saludaron todos desgarbadamente con gran complicación de manos cruzándose en una y otra dirección. Formaron un grupo único.

—Pero la cucharilla... —comenzó Melania.

—Sí, la cucharilla —cortó Jorge Lama con una gran risa—. Lo que han visto forma parte de nuestra deformación profesional. Somos expertos en parapsicología, y, según parece, dotados de ciertos poderes especiales. Tenemos algo de sangre tibetana,

y en el Tíbet nos hemos educado y pasamos periódicamente largas temporadas. Cuando estábamos hablando volví de pronto la cabeza y me llamó la atención el brillo metálico de la cucharilla. Al parecer, concentré en ella la mirada y la moví.

—Pero eso es extraordinario...

—Bueno, no exageremos. Una sencilla experiencia de psicoquinesia.

—¿De qué? —preguntó Melania.

—Juan, tú que eres el teórico del grupo explica un poco lo que es la psicoquinesia.

Juan Lama no se hizo rogar.

—La psicoquinesia —dijo— es una propiedad parapsicológica del tipo de lo que pudiéramos llamar fuerzas extrasensoriales, que consiste en la capacidad de movilizar un objeto cercano por el solo influjo de la mente.

—Es interesantísimo... —en Melania surgía la vena del periodismo—. He escuchado algo en alguna ocasión, pero suponía que se trataba de poderes extraordinarios, y que nunca encontraría a nadie que los poseyera.

Los tres Lama sonrieron y saludaron protocolariamente.

—Pues aquí nos tienes, los tres integrantes del equipo Psi, como se nos conoce en el plan de trabajo de Laboratorios Para, que ponemos a tu disposición nuestras extraordinarias facultades.

—Y, ¿qué más sabéis hacer? —preguntó Melania. Y de pronto sonrió—. ¡Oh, perdonad! Me parece que os trato como si os viera en el circo o en una barraca de feria. Pero es todo tan extraño...

Los tres Lama rieron, francamente.

—No te preocupes, Melania —dijo Jorge Lama—. Ya estamos acostumbrados. Nos dedicamos a dar exhibiciones y a que estudien nuestros poderes en los laboratorios especializados. No es frecuente que exista un conjunto de personas con tantos poderes parapsicológicos como nosotros tenemos. En este sentido somos únicos. Por eso precisamente nos contrataron para venir aquí.

—He leído algo de todo este tema —intervino Marcos— y me gustaría que me lo aclaraseis. Sé que hay muchos fenómenos distintos, así que os preguntaré alguno. ¿Producción de ruidos?

Jaime Lama, callado hasta entonces, afirmó con la cabeza. Cerró los ojos y en la mesa del mostrador se oyeron una serie de golpecitos rítmicos, como llamadas a una puerta. Abrió los ojos y sonrió.

—Hecho —exclamó. Juan-Ramón Zaragoza.

—¿Producción de luces? ¿Fosforescencia? —preguntó de nuevo Marcos.

Fue ahora Juan Lama quien se concentró un momento.

En torno a su cabeza comenzó a aparecer un halo fosforescente, cuya intensidad aumentó rápidamente. Con igual rapidez comenzó a decrecer hasta que Juan Lama

abrió los ojos.

—¿Movimiento de objetos? Bueno, ya lo acabo de ver con la cucharilla —cortó Marcos—. ¿Lectura de textos ocultos?

Juan Lama sacó el bolígrafo de su bolsillo y tomó una servilleta de papel. Escribió dos largos números y se los pasó a Marcos. Éste los leyó. El primero correspondía a su número de identificación nacional, que estaba en el documento de identificación que tenía en su bolsillo, dentro de la cartera. Pasó el papel a Melania, quien comprobó que el segundo era el suyo.

—Bueno, lo que habéis visto es sólo una pequeña muestra de nuestras posibilidades —seguía Jorge Lama que era, al parecer, el más dotado para la comunicación—. Pero como nos seguiremos viendo, ya comentaremos sobre nuestro trabajo.

—Nos vamos —dijeron casi al unísono los tres hermanos—. Adiós. Encantados.

Sorbieron lo que les quedaba del café y se dirigieron a la puerta. Se sonreían entre ellos y se palmoteaban mutuamente, juguetones.

—Extraño —dijo Marcos.

—Realmente extraño —confirmó Melania.

Se quedaron pensativos viéndolos marcharse.

4

Adolf Sturm realizó su visita periódica a las Industrias Para a fin de comprobar los planes de fabricación, discutir las nuevas ideas y planear los objetivos de la empresa. Durante la visita no se hablaba de política: sabía separar muy claramente los dos aspectos de su personalidad, el de empresario y el de hombre público, sin mezclarlos.

Aquel día recorrió el departamento comercial y las cadenas de fabricación; aprobó la construcción de un nuevo pabellón; vio los modelos finales del proyecto de investigación del «perfecto compañero», y comentó con el Director Gerente el hecho de que una sabia mezcla de organización de la empresa y atención del personal habían convertido las Industrias Para en una de las pocas del país en las que se podía confiar en cuestión de plazos de entrega y calidad final de los productos, por lo que se avecinaban nuevos contratos del Departamento de Defensa.

Tras la atareada mañana se despidió de los directivos de fabricación y se encaminó, finalmente, al pabellón de investigación. Tras identificarse, él mismo y su chófer, en la entrada (claro que le conocían, pero le gustaba que hasta él mismo tuviera que enseñar sus credenciales, para dar ejemplo) se encaminó a la sección de Investigaciones Parapsicológicas. Allí le esperaba el Director de Investigación, Hans

Niedrig.

—Bien, *Herr Professor* Niedrig —saludó. Se trataba de una persona de unos sesenta años, alto, rubio, muy delgado, que hablaba con un marcado acento alemán y que mostraba una inquebrantable fidelidad hacia Adolf Sturm—. Aquí me tiene, ansioso por conocer la marcha de las investigaciones.

—*Ach, mein Direktor* —contestó éste—. Por un lado las experiencias de transmisión de la fuerza psi por cable han sido extraordinariamente satisfactorias. Mucho, mucho —exclamó feliz, frotándose las manos—. Puede decirse que el sistema ya está prácticamente conseguido.

—Me alegro mucho, *Herr* Niedrig. ¿Cuándo podremos hacer una comprobación?

—Podremos hacer una prueba dentro de unos minutos; en realidad ya estamos comprobando las últimas conexiones. En cuanto al paso ulterior, la transmisión de la fuerza psi por ondas, encontramos mayores dificultades de las que esperábamos. Necesitamos resolver ciertos problemas previos que nos impiden la transmisión del impulso psi a distancia.

Adolf Sturm se sentó, con aire fatigado. El proyecto tenía que realizarse rápidamente y no cesaban de aparecer dificultades en todo momento.

—¿Y el nuevo fichaje, *Herr* Niedrig? Tengo entendido que se trata de uno de los mejores expertos en transmisiones por ondas, ¿no es eso? ¿No quedamos en recabar su colaboración al precio que fuera?

—Y así se ha hecho, *Herr Direktor*. Ha venido aquí con las condiciones que solicitó, y debo decirle que en el corto tiempo que trabaja para nosotros ya ha resuelto algunos problemas importantes de nuestro proyecto. Sin embargo, tenemos algunos inconvenientes con él.

—¿Cuáles?

—La necesaria discreción respecto al proyecto. No podemos darle a conocer todo el alcance del programa, por razones obvias. Aunque tenemos previsto que se quede con nosotros hasta la fase final del plan, Seguridad insiste que sólo le demos a conocer lo estrictamente necesario para cada investigación concreta. Eso es muy fácil de decir —se volvió a retorcer las manos— pero en ocasiones es muy difícil plantear objetivos concretos de investigación sin conocer realmente el proyecto en el que se encuadran.

—Comprendo. Y ¿qué sabe él hasta ahora?

—Se le ha explicado que se trata de aprovechar la transmisión por onda que proporciona básicamente la televisión para desarrollar un sistema de retrotransmisión de la información. Con esta idea básica hemos podido hacer que investigue algunos problemas concretos relacionados con nuestro proyecto Psi.

Pero si conociera la totalidad...

—No sé, no sé. Puede ser peligroso —dudó Adolf Sturm. No en balde conocía el

informe previo proporcionado por Seguridad donde se resaltaban las conexiones de Melania con la periodista Patricia O'Malley y su deseo de investigar los objetivos secretos de las Industrias Para—. No es sólo por razones de seguridad, *Herr Niedrig*. También es posible que de conocer todo el proyecto se negase a colaborar. Manténgale por ahora sólo con la información necesaria, y si se plantea la necesidad de que conozca todo el plan, pídamelo primero autorización.

—De acuerdo, *Herr Direktor*. Así se hará. Y ahora, creo que ya está preparado nuestro pequeño experimento.

Se sentaron ante un monitor de televisión. La pantalla mostraba una pequeña sala de espera vacía.

5

El teléfono sonó en el laboratorio llamando a Melania. La agradable voz de una secretaria le informó que podía pasar por Dirección a recoger las solicitudes de material ya autorizadas.

Melania salió del pabellón de investigación, atravesó el césped y penetró en el edificio señalado como «Laboratorios de Investigación Para. Dirección-Administración». Cruzó el vestíbulo y penetró en el área de Dirección. Una secretaria sonriente —siempre la misma sonrisa, siempre la misma amabilidad, siempre los mismos suaves modales— le rogó que esperase unos momentos en la sala de espera, mientras le proporcionaban la documentación.

Melania entró en la pequeña sala; era cerrada, sin ventanas, e iluminada por unos tubos de luz fría. En la mesa, revistas y folletos descriptivos de las Industrias Para. En un rincón, sobre un mueble, un pequeño televisor en funcionamiento.

Melania lo miró. El televisor transmitía un documental sobre las Industrias Para. Sabía que tal era el proceder en las esperas del área comercial —el locutor mostraba la sección de proyectos, las cadenas de producción, los aparatos terminados, el amplio muestrario de productos— pero le extrañó que hubieran dispuesto el mismo sistema en el área de investigación, donde sólo se podía entrar con un control muy severo.

De pronto, comenzó a sentir algo. Una sensación indefinible (¿Sumisión? ¿Flojedad? ¿Obediencia?). Le pareció que del aparato emanaba algo indescriptible, extraño, que a la vez inquietaba y subyugaba.

Y comenzó a sentir calor. Un calor agradable, como el de una playa tropical a orillas del mar. Como el producido por el sol en la alta montaña.

Y sintió de pronto una voz interior que mandaba: «Desnudarse, desnudarse». A la

vez comenzó a sentir un impulso irreprimible de hacerlo, de quitarse las ropas que molestaban, que oprimían. La voz seguía murmurando, insistente: «Desnudarse, desnudarse».

Y Melania comenzó a desnudarse.

Comenzó por la bata blanca de trabajo. Luego fue el traje. Un momento de duda, pero la voz seguía, penetrante, insistente: «Desnudarse, desnudarse». Y Melania se quitó su ropa interior. Quedó desnuda, maravillosamente desnuda, gloriosamente desnuda, su joven cuerpo expuesto por completo al aire del mar, al sol de las alturas, al calor de las playas.

Y Melania se tumbó desnuda sobre la moqueta de la sala de espera sintiéndose relajada, feliz, acariciada por el sol deslumbrante, sintiendo el aire susurrar entre las ramas de las palmeras, con el lejano rumor de las olas acariciando la arena dorada.

En el televisor, el locutor seguía, persuasivamente, enumerando las cualidades de las Manufacturas Para.

Y de pronto, Melania se dio cuenta de todo. Que ella, Melania, se había desnudado por completo, sin causa ni motivo, en la sala de espera, y que estaba allí, ridículamente tumbada en la moqueta, con sus ropas en torno.

Avergonzada, se vistió rápidamente. Repasó, para que todo quedara en orden. Abrió la puerta para salir.

En aquel momento se acercaba la secretaria rubia, sonriente, amable, perfecta, con unos papeles en la mano.

—¡Ah, señorita Melania! Precisamente pasaba a entregarle los documentos que buscaba.

Melania los tomó, y tras balbucear algo ininteligible, salió a toda prisa hacia el laboratorio.

6

—Magnífico, *Herr Niedrig*. Un éxito, un verdadero éxito.

Adolf Sturm y Hans Niedrig acababan de contemplar la experiencia por circuito cerrado.

—Como ve, *Herr Direktor*, el sistema es totalmente satisfactorio. Como le dije, para la transmisión por cable tenemos el sistema resuelto. Le voy a mostrar los puntos básicos.

Se levantó y precedió a Adolf Sturm, indicándole los elementos fundamentales del proceso.

—Primero, en esta habitación, el centro productor de fuerzas parapsicológicas o

fuerzas psi. Mire, por favor.

La habitación era una pequeña sala insonorizada con tres sillones, ocupados por los tres Lama, y una mesa baja con un papel donde se alcanzaba a leer, escrito con grandes caracteres: «Desnudarse». Los tres Lama aún tenían en la cabeza unos cascos que recordaban vagamente los secadores de las peluquerías de señoras. Al sentirse observados saludaron alegremente a Niedrig y a Sturm.

—¿Son los dotados de que me habló, *Herr Niedrig*?

—En efecto. En el estado actual de nuestra investigación parapsicológica aún no podemos fabricar las fuerzas psi de modo autónomo; tenemos que recurrir a las personas especialmente dotadas para producirlas. Y en este sentido hemos tenido que hacer un enorme esfuerzo para localizar y obtener la colaboración de estos tres dotados, que son los más convenientes para un programa como el que queremos desarrollar.

—¿Y son tibetanos, decía el informe?

—Tienen una vaga ascendencia tibetana, pero lo más importante es que los tres hermanos, hijos de un diplomático destinado en el Tíbet, se educaron en la doctrina lama y conocen muchos secretos que podríamos calificar como de parapsicológicos. Trabajando con ellos descubrí una propiedad especial, no descrita aún: que si trabajan conjuntamente como emisores, actúan «en resonancia», esto es, que la intensidad de la emisión psi se refuerza muchísimo, alcanzando valores superiores al triple, es decir, de lo que se conseguiría con la suma de los tres actuando aisladamente.

»Para trabajar se les da el pensamiento clave, preferiblemente escrito, se concentran en él y emiten el impulso psi que actuará sobre el receptor. En este caso —por comentar el experimento que acabamos de ver— la palabra clave era “desnudarse”, y esto es lo que han transmitido.

—Sencillamente sorprendente.

—Realmente, *Herr Direktor*.

—Y, ¿no hay posibilidad de que esos tres Lama... cómo diría yo... nos traicionasen?

—No, *Herr Direktor*. Yo mismo me encargué de ellos. Le diré que, como pieza clave que son de nuestro plan, están convenientemente tratados. Tienen todo lo que necesitan y se encuentran felices en su situación actual. Sólo se aprecia que el control mental a que están sometidos hace que su conducta sea a veces un poco infantil, algo estrambótica, como los gemelos de *Alicia en el País de las Maravillas*, pero este hecho no nos debe importar. Después de todo, su intimidad es asunto suyo.

—Bien, *Herr Niedrig*. Si están tratados y bajo su control no puede haber ningún problema. ¿Y cuál es el paso siguiente?

—Si seguimos por aquí —guió a Adolf Sturm hacia la habitación conjunta; los tres Lama les despidieron con alegres saludos de manos y amplias sonrisas— verá

ahora el amplificador de fuerza psi. Este aparato es uno de nuestros mayores secretos, y la clave de todo el proyecto. Con él podemos aumentar miles de veces la intensidad del impulso psi inicial. Se fundamenta en la resonancia interna...

—Ahórrese explicaciones técnicas, Herr Niedrig. ¿El paso siguiente?

—El impulso psi, debidamente amplificado, se introduce en un cable conductor normal. Puede ser de un teléfono, de un hilo musical o de un televisor por cable. El problema es que el terminal debe ser apto para convertir el impulso de nuevo en fuerza psi, y eso sólo lo hemos conseguido con los televisores. De este modo, el telespectador que tenga sintonizado el aparato por el canal por el que emitimos, experimentará en el momento del impulso la enorme potencia de la fuerza psi, y realizará lo que el mensaje le sugiera.

—Bien, entonces para nuestro plan...

—*Ach, Herr Direktor* —Niedrig se frotaba las manos, de nuevo, con pesar—. Podemos controlar, por ahora, los televidentes de aparatos conectados por cable, pero hay pocos aparatos basados en este sistema. Necesitamos conseguir rápidamente la posibilidad de acoplar la salida del amplificador a la emisión normal de la televisión por ondas. En ello tenemos trabajando al ingeniero Marcos.

—Es preciso conseguirlo, *Herr Niedrig*. Puedo decirle que este trabajo no es una mera investigación; es algo vital para el país, y hasta diría que para la humanidad. Debemos conseguirlo pronto, *Herr Niedrig*.

—Sí, *Herr Direktor*.

—Haga lo que quiera, gaste lo que necesite, contrate a quien haga falta. Prometa lo imposible. Pero consígamelos, y pronto.

—En ello estamos, *Herr Direktor*.

—Y en cuanto a la experiencia que hemos presenciado...

—A eso iba, *Herr Direktor*, cuando usted me ha interrumpido... me ha solicitado conocer el estado de nuestra investigación. Elegí al sujeto receptor que tenía más a mano, ya que dentro del propio Laboratorio de Investigación hay personas que están al tanto de aspectos parciales del proyecto. Esta joven, Melania, es, como, sabe, la ayudante del ingeniero Marcos. Tenemos en dirección la sala de espera que ha visto con un monitor oculto, con lo que nos puede servir de sala de experimentación. Conectamos el amplificador psi al televisor que funciona allí —ya sabe, uno de los comerciales normales— y transmitimos una orden simple.

»En este caso nuestra orden tenía una segunda intención. Cuando se hipnotiza o se sofroniza a una persona, se la puede sugestionar, pero nunca hasta extremos que superen la moral convencional. Un hipnotizado no se desnuda, ni viola, ni mata, ni se suicida. No hace nada que esté contra su código moral.

Pero en este caso no ocurre así; parece que tenemos poder para actuar sobre los individuos incluso por encima de su propio código moral. La orden de desnudarse

completamente, en sí inocua, sin embargo, va en contra del sentido del pudor que toda mujer tiene a desnudarse por mandato de otro.

—Siga, *Herr Niedrig*. Todo esto es muy interesante.

—Allá voy. Las fuerzas psi crean una potencialidad interna tal, que el receptor realiza lo mandado. Otro descubrimiento nuestro es que si en condiciones normales sólo hay un porcentaje de personas que sean receptoras, al intensificar la emisión de fuerza psi todos se convierten en receptores. No sabemos hasta dónde podremos llegar por este camino, que obviamente aún está en experimentación. Pero creo que conociendo bien las técnicas a aplicar tendremos asegurado el control absoluto de toda la población.

—Extraordinario, *Herr Niedrig*.

—Le pediría, *Herr Direktor*, poder continuar en este campo de trabajo. Necesitaría un centro especial, y, sobre todo, una suficiente experimentación. Para ello sólo me hacen falta unos cientos de personas. Y la necesaria discreción. Quizá se pueda producir algún accidente en las pruebas.

Adolf Sturm puso su mano sobre el hombro del experimentador.

—*Herr Niedrig*, resuélvame el problema de la transmisión por ondas y le prometo lo que quiera. Un gran centro de experimentación, todos los recursos materiales que necesite y los sujetos de experimentación que desee.

Los ojos de *Herr Niedrig* se llenaron de lágrimas de agradecimiento.

7

—Es horrible, Marcos —Melania lloraba copiosamente, contándolo—. No puedo comprender lo que me ha ocurrido.

—Calma, Melania, ¿qué dices que te ha pasado?

—Es todo tan absurdo... no me lo puedo creer.

—Melania, creo que comenzamos a sufrir una tensión nerviosa muy perjudicial. Esta investigación es tan comprometida y debe realizarse tan rápidamente...

—Pero Marcos, aquí ocurren cosas muy extrañas. Algo terrible se está fraguando a espaldas nuestras, y lo peor es que estamos colaborando.

—No digas tonterías. Mira, basta por hoy. Cerremos el laboratorio y vayamos a dar una vuelta por el parque.

Por los senderos enarenados, por el césped y bajo los tilos, Melania pudo completar con todo detalle el incidente. Marcos quedó pensativo.

—¿Dices que el aparato de televisión funcionaba continuamente? Es curioso. He estado alguna vez en esa sala y no recuerdo haber visto ninguno.

—También me extrañó a mí. Parecía recién instalado.

—Sí. Y además, tu llamada a Dirección no era necesaria.

—Desde luego. Podían haber enviado los documentos directamente, como hacen otras veces. Ni siquiera tuve que firmar nada.

—Parece como si te hubieran elegido para hacer un experimento... de algo que llevan muy en secreto.

—¿Crees que los tres Lama tienen algo que ver en eso?

—Si tienen algo que ver será como nosotros, sin saber exactamente para qué trabajan. Son tan... frívolos.

—Marcos, ¿quién dirigirá todo el plan?

—Imagino que el doctor Niedrig. Es el director de toda la División de Investigación.

—Pero a ti te habrá explicado algo al marcarte los objetivos de tu trabajo.

—Bueno, me ha dado explicaciones reales, pero supongo que parciales. La investigación es muy interesante, tiene unos planteamientos muy concretos, pero a veces pienso si valía la pena el lujo de medios y sobre todo de seguridad que despliegan para lo que en la práctica se espera de mi trabajo.

—Marcos —dijo Melania, tomándole súbitamente de la mano— está muy claro. Tu investigación se va a utilizar con un objetivo distinto del que te han dicho.

—¿Crees, Melania? —Marcos se detuvo un momento—. Es posible, pero no sé realmente cómo. Es un tema muy especializado.

—De todas formas, Marcos, tenemos que seguir observando y recogiendo todos los datos de que dispongamos. Es como componer un mosaico, y ya se empiezan a perfilar algunas figuras.

Se abrazaron estrechamente. Un ligero viento frío les envolvió.

Melania recordó a su compañera Patricia, solitaria en su habitación de la residencia psiquiátrica, cantando canciones infantiles y recitando a Shakespeare.

5. Incidente en Little Falls

1

—Pero es completamente absurdo... —respondía el Presidente Donovan, por teléfono, al Secretario de Información.

—Lo es, en efecto —decía éste—, pero la noticia es sumamente grave. Estamos recogiendo todos los datos y esperamos poderle ofrecer esta noche un expediente lo más completo posible. Sólo he querido adelantarle las primicias de lo sucedido.

—Convendrá una reunión de urgencia del Consejo Asesor de la Presidencia. Ahora ordenaré que la convoquen. ¿Habrán que alertar las fuerzas armadas del distrito?

—Por ahora no, señor Presidente. Bastan las fuerzas de la reserva para hacerse cargo de la situación. De todos modos, y según evolucionen los acontecimientos, es una posibilidad no desdeñable.

—Está bien. Téngame informado de cualquier incidencia.

Hasta luego.

—Hasta luego, señor Presidente.

Colgó. El reloj de pesas del despacho comenzó la cantinela del *Big-Ben* anunciando las ocho de la tarde. Comenzaba a oscurecer.

Llamó por el interfono a su Secretario privado y le ordenó la reunión del Consejo Asesor de la Presidencia, con los asesores precisos.

2

Cuando llegó a la sala ya estaban allí el Secretario de Defensa, el Presidente del Tribunal Supremo, el Secretario de Información, el Decano de la Facultad de Parapsicología, el Secretario de Comunicaciones y el Secretario de Sanidad. Se levantaron, y cuando el Presidente se arrellanó en uno de los amplios sillones de cuero, los demás lo hicieron en sus asientos. Algunos siguieron fumando mientras un silencioso ayudante servía las bebidas solicitadas.

—Caballeros —inició el Presidente Donovan—, les supongo básicamente informados de lo ocurrido en la pequeña localidad de Little Falls. Sin embargo, como quizá algunos de ustedes posean detalles que los demás desconocen, me parece lo más correcto que el Secretario de Información nos resuma la situación hasta este momento.

Todos asintieron. El aludido extrajo de su portafolios una carpeta con apuntes,

notas y comunicaciones.

—Sí, señor Presidente —dijo—. Paso a informar, sin más preámbulos. Como saben, por las noticias que los medios informativos han difundido, Little Falls es una pequeña localidad situada a doscientos veinte kilómetros de Washington, con una población de unos quince mil habitantes. Economía agrícola... —pasaba hojas rápidamente—, pequeñas fábricas de pintura, de artesanía general, de zapatos... Un consultorio rural... Cuatro oficinas bancarias...

—Ahórrese los detalles, por favor...

—Sí, señor Presidente. En fin, Little Falls es un pequeño pueblo como otros miles semejantes de los Estados Unidos, donde nunca pasa nada digno de mención.

»De pronto esta tarde, hacia las seis y media, coincidiendo con una emisión de televisión, y al parecer, en el momento concreto en que se proyectaba un anuncio sobre la Super-Cola, se registró una extraña actuación colectiva, que en su primera fase, que pudiéramos llamar domiciliaria, consistió en que los habitantes del pueblo vaciaron rápidamente sus reservas caseras de Super-Cola.

—¿Cómo? —preguntó el Presidente del Tribunal Supremo que creyó no haber oído bien—. ¿Para esto se nos convoca?

—Ocurrió, sencillamente —indicó el Decano de la Facultad de Parapsicología—, que todos sintieron un intenso deseo de tomar Super-Cola y fueron a sus neveras para beberse las botellas que tenían frescas.

—No veo nada de particular por ahora.

—No, en efecto, si se refiere así, pero todos los testimonios indican que los habitantes de Little Falls sufrieron un *impulso violento* de consumir Super-Cola, levantándose de sus asientos, corriendo a los frigoríficos, consumiendo una tras otra todas las botellas existentes, incluso peleándose los miembros de la familia por ser los primeros en tomar los refrescos.

—¿Peleándose las familias?

—Exactamente, como niños pequeños. Apartando a manotazos a los ancianos, que pedían su Super-Cola, disputándose los padres y los hijos mayores su botella, empujando a los pequeños que pedían suplicantes su Super-Cola, gimiendo o berreando...

—Y luego, ¿qué pasó?

—Al parecer continuó el impulso irrefrenable de consumir Super-Cola, y los habitantes comenzaron a salir a la calle, como poseídos, para obtener Super-Cola de los establecimientos más cercanos. De esta forma invadieron los comercios de comestibles y los bares de la población. Se entregaron a una orgía de Super-Cola, que bebieron ansiosos, y luego quisieron más. Al comunicarles que no quedaba, no lo creyeron, hicieron una búsqueda violenta y exhaustiva, destruyeron las tiendas y los bares y finalmente persiguieron a los dueños y a los dependientes porque decían que

les ocultaban Super-Cola...

—Increíble. ¿Y después?

—A eso de las seis y media todo el pueblo estaba en la calle excitado. El alcalde intentó imponer orden y fue abucheado. La multitud estaba ansiosa. Se oyeron gritos incitando a desplazarse a los pueblos vecinos o a la capital para consumir la Super-Cola allí existente.

»En ese momento apareció uno de los camiones de reparto de Super-Cola. Según nuestros informes —el Secretario de Información barajaba varios papeles—, era el camión que acude normalmente todas las tardes hacia la misma hora y que hace un recorrido habitual por varios pueblos de la zona. Las declaraciones del ayudante del conductor, que pudo escapar —el conductor está ahora ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital—, indican que vieron una gran masa de ciudadanos en la calle, y que oyeron gritos, por lo que pensaron que estaban en fiesta, cosa rara, añadió, porque suelen conocer todas las festividades locales. De pronto pareció que la multitud se dio cuenta de lo que contenía el camión, y les asaltaron.

—¿Les asaltaron? ¿Para beberse la Super-Cola?

—En efecto. El ayudante consiguió escapar saltando por la portezuela y escabullándose entre la multitud, pero el chófer quiso salvar el camión y fue golpeado y expulsado del asiento. Luego hubo una verdadera batalla campal por las botellas de Super-Cola que contenía el camión, que quedó completamente destrozado.

—¿Y finalmente?

—Luego la furia pareció disiparse rápidamente. Si resumimos los hechos cronológicamente podemos indicar que a las seis de la tarde se emitió por televisión el anuncio de Super-Cola, a las seis y cuarto se realizó el ataque a bares y tiendas, a las seis y media tuvo lugar el incidente del camión y hacia las siete menos cuarto comenzó la disipación del estado de tensión de la población.

—Y en resumen, señor Secretario... —dijo el Presidente.

—Cuando se nos comunicó la noticia realizamos las primeras indagaciones. Se nos habló de desórdenes locales y altercados, con daños materiales y numerosos heridos —no sabíamos si algún muerto—, pero al principio aún no sabíamos el motivo del comportamiento de la población. Sólo poco después, hacia las siete y media, comenzamos a recoger parte de los detalles que he referido, y consideré necesario informar personalmente al Presidente, lo que realicé hacia las ocho.

»No es, como ven, un problema de gran importancia en cuanto a daños personales o materiales; cualquier altercado callejero intenso produce muchos más. Pero es un incidente inexplicable, si me permiten la palabra, y como responsable de la seguridad del país debo decir que me preocupa profundamente.

»Y ahora, tras este resumen, estoy a su disposición para contestar las preguntas que deseen hacerme.

Tras la exposición del Secretario de Información hubo una pausa tensa. Cada uno de los asistentes tenía dudas, pero no se atrevía a formularlas.

Fue el Secretario de Sanidad quien abrió el fuego:

—Naturalmente —dijo—, nuestros expertos han acudido a Little Falls para recoger todos los datos posibles. El suceso ha sido, en efecto, desconcertante. Hemos procedido a analizar las muestras de Super-Cola que quedaban, pensando en una posible contaminación, intencionada o no, con alucinógenos o sustancias similares. Los resultados han sido negativos según esperábamos.

—¿Por qué lo esperaban?

—Porque el impulso a consumir Super-Cola apareció inmediatamente después del anuncio por televisión, pero antes de consumirla. El refresco fue el efecto, no una causa.

—Señor Secretario de Sanidad —puntualizó el Presidente—, ¿ha habido últimamente casos de delirio colectivo comunitario en nuestro país? Y perdone si mi terminología médica no es muy precisa.

—De grandes proporciones, no, señor Presidente. Recordarán los suicidios colectivos del pasado siglo en Guayana con el grupo religioso del pastor Smith, pero aquello ocurrió tras un largo adoctrinamiento de los adeptos y con otras influencias difíciles de valorar. Luego ha habido algunos otros fenómenos de sugestión colectiva, ligados sobre todo a la actuación de presuntos líderes religiosos o a alucinaciones en grupo sobre objetos volantes no identificados. Esto, naturalmente, fuera de los casos en que existe una causa externa fácilmente identificable.

—Que en este caso no se habrá demostrado...

—En efecto, señor Presidente. Por si acaso estamos revisando los controles del agua potable de la zona así como los controles de contaminación atmosférica, por si pudiéramos detectar alguna sustancia de efectos especiales sobre el sistema nervioso, pero me atrevo a predecir que la investigación también será negativa.

—Bien, muchas gracias por su informe —y el Presidente señaló ahora al Secretario de Comunicaciones—. Quisiéramos saber ahora algún dato más sobre ese programa de televisión que al parecer es la causa de todo el problema.

El Secretario de Comunicaciones tomó a su vez notas y resumió.

—Little Falls es un pueblo donde todos los hogares tienen, como en el resto del país, un televisor tipo mural y por lo menos uno o dos televisores auxiliares más. Presenta una característica peculiar, y es que se trata de un núcleo de población hundido en un valle, donde el río produce una serie de pequeñas cascadas que dan nombre a la población.

»Pues bien, esta situación geográfica creó dificultades para la recepción normal de la televisión por ondas. Aunque instalamos antenas elevadas, la verdad es que recibíamos constantes quejas de numerosos fallos e interferencias.

—Más o menos como en todos los sitios —murmuró por lo bajo el Presidente del Tribunal Supremo.

—Por ello, para resolver el problema de la recepción de televisión en Little Falls planeamos que fuera una de las primeras localidades donde se aplicara totalmente la transmisión por cable. Se instaló el sistema hace dos meses, y desde entonces la recepción ha sido correcta.

—¿Cuántos programas se transmiten por cable a Little Falls? —preguntó el Presidente.

—Se transmiten seis, pero esta tarde, cuando ocurrió el incidente, toda la población estaba concentrada ante los televisores viendo el canal dos. Se trataba del campeonato de rugby en que el equipo regional había llegado a la final y disputaba el título de campeón a un equipo forastero. Siento que no sean aficionados, pero deseo indicarles que la audiencia de este partido ha sido una de las mayores registradas en la televisión regional.

—¿Y fue en el descanso cuando se transmitieron los anuncios?

—En efecto. En el momento correspondiente al descanso, y tras unas breves entrevistas, se inició la transmisión de los anuncios. Fue exactamente tras el de la Super-Cola cuando comenzaron los acontecimientos mencionados.

—En resumen —condensó el Secretario de Información—, que una pequeña comunidad que está viendo el mismo programa de televisión, en el mismo momento, al recibir en sus pantallas el mismo anuncio, presenta durante casi una hora una conducta agresiva y violenta para satisfacer el deseo motivado por la aparición en la pantalla de un anuncio de bebida refrescante. Informes adicionales —consultó de nuevo sus notas—, no reflejan movimientos anormales de camiones, helicópteros o aviones en las cercanías. Datos, además, fáciles de comprobar porque precisamente todos los aficionados de la zona se encontraban ante los receptores, con lo que el tráfico rodado había disminuido mucho.

—Realmente extraordinario. ¿Alguien tiene algo que sugerir?

—Sí —dijo el Secretario de Comunicaciones—. Parece que en todo esto el único vínculo común es el hecho de estar observando el mismo programa de televisión a la misma hora. Voy a ordenar que mis mejores técnicos inspeccionen el cable de televisión en todo su trayecto, desde la Central hasta el centro local de Little Falls. No creo que encontremos nada, pero debo ordenarlo.

—Correcto —dijo el Presidente—. ¿Alguna cosa más?

—Creo —dijo el Secretario de Información—, que este hecho puede estar relacionado con las actividades de algunas empresas que trabajan en el campo de las transmisiones. ¿Podríamos hacer una investigación... discreta... sobre ciertas empresas, y entre ellas las Industrias Para?

El Presidente del Tribunal Supremo intervino:

—¡Una prueba, señor Secretario, una prueba! No podemos ordenar nada basados solamente en suposiciones. No puedo consentir en ningún tipo de investigación extralegal.

El Secretario de Información cedió, con abatimiento.

—Por mi parte, señor Presidente —dijo el Decano de la Facultad de Parapsicología—, tengo algo que decir. Desde nuestra última reunión —discretamente, no dijo en qué circunstancias—, estamos investigando en la Facultad el tema de la capacidad de persuasión a distancia por fuerzas parapsicológicas.

»Siento comunicarle que no es mucho lo que hemos averiguado, pues en este terreno, ni se hacen patentes, ni hay demasiadas publicaciones. Pero hay algunos datos que pueden ser de interés.

»Uno de los investigadores más completos en este campo, el profesor Hans Niedrig, de la Universidad de Friburgo, desapareció hace algunos meses de su laboratorio sin que se haya vuelto a saber nada de él. No hay indicios de raptos, huida o soborno. Según dijeron sus íntimos, estuvo durante algunos días preocupado sobre si aceptar o no un contrato que con el mayor sigilo le había hecho alguna empresa de los Estados Unidos.

»También hace pocos meses, uno de los mejores equipos de dotados...

—¿Cómo dice?

—Perdone, señor Presidente. En nuestra jerga llamamos habitualmente dotados a las personas que presentan alguna capacidad parapsicológica destacada. En este caso se trata de tres hermanos que actuaban conjuntamente. Son de origen inglés, pero tienen un vago ascendiente tibetano y se educaron en este país. Se les conoce habitualmente como «los tres Lamas». Pues bien, estos dotados realizaban estancias periódicas en diversos centros de experimentación parapsicológica que estudiaban sus poderes, y en el intermedio actuaban en espectáculos. También se les ha perdido la pista.

—Extraordinario. Y, ¿cuál era su especialidad?

—La psicoquinesia, o sea, la inmovilización de objetos a corta distancia: doblar cucharillas, mover alfileres, hacer funcionar los relojes estropeados, etc. Pero creemos que también podían transmitir capacidad de persuasión, aunque de esto no tengamos muchos datos por estar iniciándose la investigación en este sentido.

—Ha hecho un buen trabajo, señor Decano —dijo el Secretario de Información—, porque sus aportaciones complementan las nuestras. Desde hace un mes ha desaparecido de su puesto uno de los mejores técnicos de telecomunicación, llamado Marcos. En realidad no puede calificarse de desaparición, pues pidió un permiso especial para dedicarse a un trabajo de investigación. Pero el hecho es que no hay ningún dato de dónde pueda estar ahora. Y también ha desaparecido una periodista del Washington Post, llamada Melania, que dejó una indicación similar en su

periódico.

—¿Hay alguna relación entre los dos?

—No sabemos. Parece ser que fueron juntos a la High School, pero después se separaron. En cambio, la señorita Melania era amiga íntima de otra periodista, llamada Patricia O'Malley, que sufrió un extraño accidente...

—¿La chica que se quedó sin memoria? —preguntó el Presidente.

—Exacto, señor Presidente. La chica que quedó sin memoria después de trabajar en las Industrias Para.

Una nube de silencio impregnó la reunión. Todos callaron, reflexivos.

El Secretario de Información aventuró de nuevo:

—Todos los hilos conducen a las Industrias Para. Y ahora hay desaparecidos. ¿No podremos realizar una investigación? —y se volvió retadoramente al Presidente del Tribunal Supremo.

—No hay desaparecidos —dijo éste rotundamente—. Hay personas en situación de permiso, debidamente solicitado y concedido. Y en cuanto a las posibles desapariciones de súbditos extranjeros, no somos quienes para actuar. No podemos intervenir.

Y añadió, ahora suplicante, hacia el Secretario de Información:

—¡Comprenda mi postura! ¡Soy el garante de los derechos individuales y colectivos de nuestra democracia!

Y añadió, casi implorante:

—¡Déme una prueba...! ¡Sólo una prueba!

3

Marcos y Melania habían oído, abatidos, el último informe de la televisión. Aunque los medios de comunicación, en general, habían restado importancia al incidente —parecía un pequeño asunto en relación con las catástrofes que se producían todos los días—, ellos intuyeron que se trataba de algo realmente importante.

—Marcos, estoy segura. Está relacionado con lo que estamos trabajando. Tengo un presentimiento...

—¿Parapsicológico? ¿Ya te has contagiado de todo este ambiente en el que estamos viviendo?

—No es sólo eso. Estoy segura. ¿Te acuerdas de nuestra conversación con los Lamas hace unos días en la cafetería?

—Sí, la recuerdo.

—¿Y qué crees que hacen en un centro como éste?

—Creo que están sometidos a experimentación, pero no sé exactamente sobre qué.

—Sin embargo, nos dijeron que eran especialistas en fenómenos parapsicológicos, que eran dotados. Y en especial en psicoquinesia.

—Sí, en efecto.

—Bien. Y si pueden mover objetos, ¿no pueden influir en la mente de las personas?

—No lo sé, Melania. Yo soy ingeniero electrónico; entiendo de circuitos, pero no de problemas parapsicológicos.

—Bueno, pues yo te contestaré. Ellos son la clave de todo. Sí que pueden influir en la mente de los demás. Y han tenido parte en todo esto.

—¿Cómo lo sabes?

—Por pequeños indicios. Primero: ayer, día del suceso de Little Falls, no estaban aquí. Habían salido por la mañana.

—De nuevo, Melania, ¿cómo lo sabes?

—Mira, Marcos. Me conoces muy bien. Estamos aquí con una misión; sabes que no me apasiona precisamente la electrónica. Mientras trabajas en el laboratorio yo vigilo constantemente y salgo todo lo que puedo para ver si encuentro pistas. ¿Sabes? Bueno, los vi subir a una furgoneta cerrada, sin ninguna identificación. Iban tan contentos, sonriendo, gastándose bromas y dándose palmaditas, como suelen. Pero el hecho es que durante todo el día estuvieron fuera.

—Sí. Desde luego es una pista. Pero si obran sobre la mente ajena a distancia, ¿para qué tenían que salir del laboratorio? Podían haberlo hecho perfectamente...

De pronto Melania dio un salto y tomó a Marcos de la mano, excitada.

—¡Claro! ¡Qué idiotas somos! ¡Todo cuadra perfectamente!

—¿Qué es lo que cuadra? No entiendo una palabra.

—Pues lo que me ocurrió el otro día mirando el televisor, y lo que ha pasado en ese pueblo... ¿No comprendes? De alguna manera han conseguido poder transmitir órdenes por televisión... Y yo hice de conejillo de Indias. El que mira un televisor está completamente a sus órdenes, ¿sabes? Han logrado, por el sistema que sea, utilizar las redes normales de televisión para dominar la mente ajena.

—Pero eso es absurdo, Melania. Conozco perfectamente la red de televisión de toda la comarca, y Little Falls precisamente está conectado por cable, no por ondas. Hubo un problema local...

—Pues eso es, Marcos. Y la televisión interna de la fábrica, ¿cómo está conectada?

—Por cable, desde luego. Todos los circuitos pequeños se hacen por cable.

—Entonces ya tenemos la clave, ¿no entiendes? Han conseguido la transmisión de órdenes parapsicologías por cable, pero aún no por onda. Y tus trabajos los

necesitan para poner en marcha el sistema.

—No puede ser; ése no es el objetivo que me propusieron. Se trata de una recuperación de la información...

—Tonterías. Eres un ingenuo que te crees todo lo que te dicen. Contéstame una pregunta: ¿Pueden servir también tus trabajos actuales para contribuir al transporte de una fuerza parapsicológica por ondas?

—Visto de esa forma, sí. Aunque el objetivo final sea obtener un mecanismo de retroinformación, el primer paso consiste, desde luego, en enviar junto con la información normal un mensaje adicional.

Y ¿cuál es la primera parte de tu plan de investigación?

—El envío de información adicional. Si no, no se podría recuperar luego la respuesta a esta información.

—Mi querido Marcos, creo que sólo harás la primera parte del trabajo, la que les interesa. Quieren utilizar la red nacional de televisión para dominar todo el país, para someterlo a su antojo. Quieren, en una palabra, anular por completo la voluntad gracias a la caja tonta. Ya la han anulado bastante con los programas ordinarios, y ahora lo quieren hacer de un modo más científico, con un control parapsicológico.

Marcos quedó desconcertado. Se dejó caer en un sillón.

—Es posible que sea como dices, pero, ¿me cuesta tanto creerlo!

Melania le miró, con simpatía.

—Te vas dando cuenta de la situación. Una vez más, la ciencia y la técnica no van a liberar al hombre, sino que le van a procurar una nueva esclavitud. No con controles, ni cárceles pero sí con mensajes inconscientes, más sutiles y profundos.

—Pero Melania. ¡Esto es un plan diabólico!

—Lo es, en efecto. Se trata de privar de su libertad a millones de personas, que quedarán vinculadas a un líder y a un partido.

—Adolf Sturm y la Nacional Democracia.

—¿Quién, si no?

Se sumergieron en otro silencio. En el cerebro de Marcos, las piezas del mosaico ajustaban; componían el cuadro completo. Todo enlazaba.

Cada vez parecía más claro.

Melania insistió.

—Por supuesto, tú eres la clave del plan. Algo podremos hacer... Puedes retrasar tus hallazgos, puedes dar resultados falsos.

La expresión de Marcos mostró un profundo abatimiento.

—Melania... eso es imposible. Entregué ayer todo el estudio.

—¿Cómo?

—Como te digo. Sabes que el trabajo me apasionaba, y, además, me lo plantearon de una forma muy hábil. Así que, pensando en resolver el problema completo de la

retroinformación en unos meses, entregué ya la primera parte del programa, que es precisamente todo lo referente a la transmisión del impulso adicional por las ondas de la televisión.

Ahora fue Melania quien también quedó desconcertada.

—Eso complica terriblemente nuestro trabajo. Solos, sin medios, sin posibilidades... tenemos que urdir un plan. Tenemos que hacer algo. Porque no hay duda que pronto querrán aplicar el nuevo sistema. ¿Cuánto crees que tardarán?

—No sé qué decirte, Melania. Para pasar del proyecto a la realidad, por aprisa que vayan, tardarán al menos dos semanas. Luego hay que conectarlo a la red nacional de televisión, si se quiere que el efecto sea sobre todo el país, y esta conexión no es fácil de realizar. Tendrán que acudir a los estudios centrales, supongo, y el equipo es muy voluminoso, un camión con remolque, más o menos. De modo que aunque tengan el problema teóricamente resuelto, tardarán algún tiempo en ponerlo en práctica.

—De modo que tenemos, al menos, unas semanas, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto.

—Pero, ¿para cuándo crees que quieren tener dispuesto el sistema?

—No lo sé, Melania.

Y fue ahora Melania quien, de nuevo, dio la respuesta.

—Pues yo sí que lo sé, Marcos. Está clarísimo. Por eso soy periodista, aunque ya casi me olvidaba, metida en este agujero... ¿No sabes que estamos en plena campaña electoral?

—Me había olvidado por completo.

—Lo comprendo, has estado concentrado en ese maldito proyecto a todas horas. Pero todo cuadra perfectamente. Quieren tenerlo preparado para antes de las votaciones. Quieren aplicarlo el día de las elecciones.

—¡No es posible!

—Sí que es posible. Lo harán, estoy segura. Darán el mensaje parapsicológico a todo el país por medio de la televisión. Y al día siguiente, todos los telespectadores irán a las elecciones democráticas para votar libremente a Adolf Sturm, y a su partido Nacional Democracia.

—Melania, no se puede fraguar algo tan monstruoso.

—Está fraguado ya, Marcos, y ayer les diste el último eslabón de la cadena. Ahora ya es todo algo matemáticamente preciso, que no se puede detener.

—Pero tenemos que detenerlo.

—Tenemos que hacerlo. Y debemos madurar un plan.

La noche se había extendido sobre el laboratorio. Cansado por el trabajo y la emoción, Marcos encendió una lámpara de mesa. Vio el rostro de Melania ansiosa, preocupada. La inquietud le daba una enorme belleza.

—Marcos. Vine aquí para salvar a mi amiga Patricia. Ahora creo que tenemos que

salvar el país.

Se acercó y apoyó su cuerpo sobre el de Marcos.

—Y estamos los dos solos, tremendamente solos.

Marcos la abrazó fuertemente. Con su silencio acogió su preocupaciones.

Apagó la lámpara de la mesilla.

En el cielo, comenzaron a brillar las estrellas.

4

—Bien, *Herr* Niedrig. Francamente, muy bien. Una experiencia muy positiva. Todo un éxito.

Herr Niedrig, con falsa humildad, asentía a los elogios de Adolf Sturm.

—Le aseguré que tendríamos éxito, *Herr Direktor*. Y además, tengo una extraordinaria noticia para usted.

—Adelante...

—La transmisión de energía psi por ondas de televisión está ya teóricamente resuelta.

—¡Extraordinario! Y, ¿cuándo la podremos llevar a la práctica?

—Un poco de paciencia, *Herr Direktor*. Tengo que decirle que nuestra adquisición, el ingeniero Marcos, ha sido de extraordinaria valía. Aparte de resolver varios problemas secundarios, pero complicados, ha desarrollado un trabajo extraordinario. Ayer me entregó el diseño de todo el circuito que necesitamos.

—Y, ¿cómo sabe que funcionará sin haberlo probado?

—Por supuesto, no podremos decir que funciona perfectamente hasta realizar las primeras pruebas. Pero he revisado todo el planteamiento y se basa en una concepción totalmente nueva de transmisión de impulsos superpuestos a ondas. No creo que pueda fallar. Además, hemos hecho comprobaciones parciales en partes concretas del circuito, y los resultados reales coinciden con los teóricos.

—Ya habrán comenzado a construir la unidad, supongo.

—En efecto, *Herr Direktor*. Aunque tenemos muchos circuitos básicos prefabricados, el acoplamiento aún nos llevará unos días.

—Lo necesito pronto, *Herr* Niedrig. Ya sabe para qué. El día antes de las elecciones debe estar dispuesto. Y no quiero improvisaciones de última hora.

—Estará dispuesto, *Herr Direktor*.

—*Herr* Niedrig, que nos jugamos mucho. Usted y yo. Y usted lo sabe.

—Lo sé, *Herr Direktor*. Venga conmigo, por favor.

Le guió por un dédalo de pasillos y al final abrió una puerta que daba a una sala

de montaje. Había en ella unos doce obreros, trabajando sobre diversos equipos. Un supervisor, con mono blanco, recorría las mesas comprobando los esquemas. Al fondo, en un remolque de camión, se iban instalando piezas.

—¿Ve usted?, *Herr Direktor*. En cuanto tuvimos el esquema del circuito comenzamos su fabricación. No se preocupe, que el día señalado dispondrá de la unidad.

—*Herr Niedrig* —Adolf Sturm palmoteo, agradecido, su espalda—. Cuando pase todo esto contará con mi eterna gratitud. Y eso supone mucho.

—En eso confío, *Herr Direktor*.

—Y una pregunta. Nuestro ingeniero Marcos, ¿en qué se ocupa ahora? No se le habrá ocurrido darle vacaciones, supongo.

—No, *Herr Direktor*. En realidad él no sabe que su trabajo ha terminado. Es... ¿Cómo dicen ustedes? ¿Bobo? No es eso exactamente... ¿Ingenuo? Sí, esa es la palabra. Cuando llegó le expusimos un problema muy atractivo de transmisión de información, del que su trabajo actual sería sólo la primera parte. De modo que, si no me equivoco, ahora continúa trabajando intensamente en un programa que no nos interesa en absoluto.

Además, debemos tenerlo a mano por si urge cualquier eventualidad en el montaje.

—Por supuesto, *Herr Niedrig*, ya sabía que usted controlaba todos los detalles. Era mera curiosidad.

—Está en su derecho, *Herr Direktor*.

Adolf Sturm se despidió y se alejó con grandes y enérgicos pasos.

5

—¡Celia! —gritó Adolf Sturm al entrar en sus habitaciones privadas—. ¡Celia!

Se acercó al tocadiscos y puso una obertura de Wagner. También, en sus momentos de exaltación, le gustaba Wagner.

Por la puerta apareció Celia: chándal azul, zapatillas deportivas, pelo recogido con una cinta.

—¡Adolf! ¡Qué alegría verte! Estaba haciendo un poco de ejercicio.

—Claro que sí, Celia... me encanta el ejercicio.

—Vamos al gimnasio, Adolf. Cada día estás más gordo, y eso no es bueno para la salud. Mira, empieza por un rato de pedaleo en la bicicleta estática.

Adolfo sonreía, viéndola. Le seguía la corriente.

—De acuerdo, Celia. Primero la bicicleta estática. ¿Y luego?

—Luego de las piernas, los brazos: diez minutos de remo. Pero intensos, ¿eh?

—Tú me quieres matar, Celia.

—Nada de eso —y saltaba, incontenible—. ¡Hay que tener agilidad, dinamismo! ¡Fuera las grasas! ¡Abajo las barrigas!

—Pero supongo que cenaremos.

—Una cena frugal: ensalada, toda la que quieras, y carne a la plancha con limón. Luego, zumo de fruta. Claro que antes tomaremos una sauna.

—¿Sauna? No estoy para saunas, Celia. Ven, acércate.

—¡Cógeme tú, tonto...! —y echó a correr hacia el gimnasio.

Atravesaron el cuarto de estar, corrieron por el pasillo y entraron al gimnasio: una sala de dimensiones medias donde se veían diferentes aparatos y al fondo el tabique enmaderado de la sauna.

—¡Venga! ¡Deporte! ¡Gimnasia! —gritaba Celia.

Adolf la acorraló en la ducha. Le inclinó la cabeza. Le tocó el cuello.

—Hoy necesito otra cosa... —dijo.

Celia cambió bruscamente. Su cuerpo se relajó, se hizo sensual, sinuosa. Se presionó sobre Adolf.

—Adolf querido... —dijo.

—Así me gustas, Celia, así.

—Te necesito —siguió ella—. Abrázame, tómate, quiéreme, Adolf.

Comenzó a quitarse el chándal. Adolf la chaqueta.

Celia, desnuda, se retorció en el suelo. Llamaba, gemía, imploraba...

A lo lejos Wagner sonaba con la furia de mil trompetas y timbales.

6. Los autómatas

1

Lo fundamental, Melania, es que salgamos de aquí y avisemos a quien sea: a la policía, al Servicio de Información, al Presidente... Pero primero debemos salir. Y todas las salidas están controladas.

—Sí, Marcos. Tenemos que salir. Y hay un sistema muy sencillo.

—¿Cómo?

—Con un pase. Cuando se precisa salir de los laboratorios secretos hace falta una pase especial que firma directamente *Herr* Niedrig. Se obtienen en Dirección.

Marcos consideró la posibilidad en silencio.

—No creo que el doctor Niedrig nos firme tranquilamente el pase, Melania; no sé si ya sospechará de nosotros, puede ser que aún no, pero desde luego si pedimos el pase es cuando comenzará a sospechar.

—¿Entonces?

—Entonces tenemos que obtener dos pases de salida sin que se entere el doctor Niedrig.

—Pero ¡si los firma él!

—Pues imitemos su firma. ¿Tienes algún documento firmado por él?

—Sí, las copias de las autorizaciones de material especial.

—Trae una para que la veamos.

Marcos examinó el complicado garabato con el que *Herr* Niedrig afirmaba su personalidad.

—¡Humm! Creo que con algo de práctica podremos obtener una firma aceptable, al menos para pasar el control de salida. Y, ¿quién tiene los impresos de los pases?

—Eso ya no lo sé. Supongo que los preparará alguna de las secretarías de dirección antes de que los firme el doctor Niedrig.

—¿Esas chicas tan rubitas, tan igualitas, tan sonrientes, tan perfectas?

—Sí, esas chicas tan monas. No me digas que no te gustan, Marcos.

—No sé, hay algo de raro en ellas. Recuerdan un cuerpo de ballet o un conjunto de revista: tan iguales, tan cumplidoras, tan exactas, tan sonrientes. Parece como si funcionaran a transistores...

—Siempre es una posibilidad —dijo Melania.

—Son curiosas. Y ahora que hablamos de ello, hay algo de extraño en todos estos laboratorios. Como una atmósfera de artificialidad, de programación. De falta de naturalidad. Cada uno está *demasiado* en su papel. Los tres Lamas, tan juguetones, tan efusivos, tan infantiles. Las secretarías de dirección, tan perfectas. El mismo doctor Niedrig, tan aislado en su puesto de dirección, con una mente tan imposible de

penetrar.

—Y olvidas a Adolf.

—Quizá sea el más natural de todos, Adolf Sturm, Líder de Nacional Democracia y de la cruzada del orden y la seguridad ciudadana.

—Bueno, Marcos, déjate de reflexiones y lancémonos de una vez.

Marcos y Melania salieron hacia el edificio de Dirección.

Ambos sentían un nudo en el estómago.

2

—Plantaremos de urgencia —decía Marcos—, algo muy complicado para ellos, como la necesidad de que acuda un técnico especializado del otro extremo de los Estados Unidos, o de disponer de un material que sólo exista en el Departamento de Defensa. O mucho me equivoco, o sonreirán, dirán que esperemos y comenzarán con llamadas telefónicas de un lado a otro. Mientras, vigilaremos la oficina y veremos dónde se guardan los pases de salida.

Entraron en el edificio de Dirección. De pronto, al acercarse a la sección de oficinas se vieron envueltos en un grupo de personas de ambos sexos, con batas blancas similares a las suyas, siguiendo a un guía de Industrias Para, que levantaba el brazo para que le vieran.

—Por aquí —decía en voz alta—, síganme, por favor, no se dispersen.

Marcos y Melania se miraron y comprendieron. Se integraron en el grupo y siguieron al guía.

—Por aquí... —seguía dirigiendo—, señores, por favor.

Cruzaron un pasillo y se dirigieron a la parte posterior del edificio. Entraron en una sala que tenía forma de pequeño anfiteatro, y fueron sentándose. Marcos y Melania lo hicieron en la segunda fila. Miraron en torno, con curiosidad. Se trataba de un grupo de personas de muy diverso aspecto y edad, aunque predominando la cuarentena. Algunos llevaban carteras de trabajo; otros carpetas de apuntes. Parecía un grupo de colegiales.

El guía se dirigió al grupo.

—Y ahora, señores, en esta visita de Directivos del Comercio a las Industrias Para, con motivo de su reunión anual, este año en Washington, hemos llegado a la parte más recóndita de nuestra empresa, los laboratorios de investigación, donde se sientan los fundamentos de un mundo futuro.

Los asistentes callaron, impresionados. Conocían la importancia de las investigaciones secretas de las Industrias Para, y sabían que constituía un honor que

les hubieran permitido visitarlas y acceder al laboratorio de investigación.

—Perdonarán que no les informemos de todas las líneas de trabajo actuales de la empresa —seguía el guía—. Como tiene escrito uno de nuestros investigadores en su despacho, «mi trabajo es tan secreto que ni yo mismo sé lo que estoy haciendo». ¡Ja, ja! —rió la gracia, y los asistentes también, sin demasiado entusiasmo—. Sin embargo, y haciendo una excepción única para ustedes, les vamos a mostrar los nuevos productos que ya están prácticamente terminados y que podremos ofrecerles los próximos meses para sus comercios.

A pesar del crítico momento en que se encontraba, Marcos no pudo sustraerse a la magia de los nuevos aparatos ideados por los investigadores de Industrias Para. A medida que el expositor describía otro producto, salía una de las inefables secretarias —limpia, pulcra, aseada, perfecta, sonriente—, exponiendo los nuevos tipos de *cassettes* para el Somnus-Uno, los programadores de aprendizaje, los libros electrónicos con depósito de información, los preparadores electrónicos de bebidas, los acondicionadores de atmósfera al aire libre, el crece pelos electrónico, y una sucesión de muy diversos aparatos para una humanidad más feliz más electrónica, más programada.

—Y finalmente —decía el demostrador—, veamos el último logro de Industrias Para, que constituirá una auténtica revolución del mercado nacional: el perfecto acompañante.

A una señal, dos secretarias salieron por una puerta lateral llevando cada una de ellas una silla de ruedas. En una había un muñeco y en otra una muñeca, ambos de tamaño natural.

—Vamos a hacerles, decíamos, una demostración de lo que constituirá el mayor éxito de ventas durante los próximos años.

Como nos informan las estadísticas, cada vez es mayor en nuestro país el número de personas que viven solas; bien porque no quieran formar pareja, estable o transitoria; bien porque se hayan separado después de un tiempo de prueba... El caso es que más del cuarenta por ciento de nuestra población, vive solitaria.

»Sin embargo, hombre y mujer necesitan un acompañante. Rompen con el suyo porque no es adecuado para ellos. Hay maridos brutales, que humillan y pegan a sus mujeres e hijos, que se emborrachan, o simplemente, que roncan, tiran al suelo la ceniza o eructan en la mesa. Hay mujeres desaseadas, irascibles, violentas, o simplemente feas. Bien, pues Industrias Para ha resuelto el problema de la convivencia y, por tanto, el de la soledad.

»¿Qué requisitos exige una persona a su acompañante? Por una parte, requisitos prácticos. Nuestros investigadores los concentraron en cuatro: compañía, ayuda, trabajo doméstico y placer sexual. Por otra parte, requisitos estéticos: rostro atractivo, tipo atractivo.

»Veamos una demostración. Aquí tenemos a nuestra pareja. Roberta y Roberto. Éstos son los dos únicos prototipos, pero como les indiqué, dentro de muy poco tiempo estará la serie completa dispuesta para su distribución comercial. Como entre ustedes hay mayoría masculina, permítanme que presentemos primero a Roberta. Observen que el manejo se realiza oprimiendo ligeramente los controles situados en el cuello.

Tocó ligeramente el cuello de Roberta y ésta se levantó. Su cara, de látex, era perfecta, ligeramente sensual. Su cabellera pelirroja le llegaba a los hombros. Sus labios se abrían en una agradable sonrisa. Su nariz, ligeramente respingona, le daba un aire de juventud. En conjunto daba una sensación de compañía tranquilizante y agradable.

Marcos y Melania seguían la demostración absortos, sin perder un detalle.

—Quiero que consideren —decía el presentador—, que estamos viendo el modelo estándar. Sobre la misma base se puede elaborar, a precios especiales, la mujer deseada, para lo cual disponemos de un detallado cuestionario: talla, raza, color del pelo, color de los ojos, contornos principales (pecho, cintura, cadera), edad representada, detalles faciales y sexuales. Lo mismo existe para el modelo varón. Además, como las piezas se pueden cambiar con facilidad, disponiendo de la base se puede renovar periódicamente el aspecto físico del perfecto acompañante.

Roberta, la muñeca, sonreía electrónicamente. La secretaria, a su lado, sonreía también casi mecánicamente. Marcos comenzó a notar una gran semejanza entre ambas.

—Pero, ¿qué hace nuestra muñeca?, se estarán preguntando ustedes. Pues bien, veamos qué nos proporcionan sus computadores. Primero, compañía. Se incluyen en su estructura programas para jugar a cualquier juego: ajedrez, damas, póker, bridge, etc., con diversos niveles de dificultad para igualar la capacidad de juego del poseedor. Tiene también un circuito para ayudar a resolver crucigramas y jeroglíficos. También un circuito conversacional con varios registros: normal, convencional o noticias, este último acoplado a la radio de modo que rellene la memoria en ausencia del propietario y a la vuelta le comente los principales acontecimientos en tono dialogal.

»No puedo detallarles en una simple presentación todas las posibilidades de Roberto y Roberta. En el terreno del trabajo doméstico están preparados para cocinar platos sencillos y para realizar trabajos caseros y trabajos de fuerza, como trasladar muebles. Disponen también de un circuito de regulación térmica que permite variar su temperatura externa entre 26 y 48 grados centígrados, convirtiéndolos en compañeros ideales para las noches de verano e invierno.

»En el terreno de ayuda y auxilio disponen de tres circuitos básicos: ayuda médica, ayuda en accidentes domésticos y prevención de accidentes. Tienen

incorporado un detector de escape de gas y otro de fugas eléctricas. También tienen en su estructura un botiquín que resuelve las eventualidades de urgencia, ya que Roberto y Roberta pueden aplicar inyecciones intramusculares o incluso una mascarilla de oxígeno mientras se avisa al puesto de socorro más cercano.

»Finalmente, en el plano de la convivencia sexual es donde Industrias Para ha estudiado cuidadosamente a Roberto y Roberta para ofrecerles una auténtica maravilla. No nos extenderemos en detalles, recibirán la información completa en nuestros folletos, pero sus diversas programaciones permiten que el usuario quede satisfecho con amor heterosexual, homosexual, sadismo, masoquismo, voyeurismo, etc. En la esfera del amor heterosexual, que es la programación más utilizada, la suavidad y versatilidad de ambos acompañantes es extraordinaria, siendo también graduables en intensidad de actuación. Puedo asegurarles que tanto Roberto como Roberta satisfarán al cliente más exigente.

»Y ahora pasemos ya a demostrarles prácticamente sus habilidades.

Marcos miró una vez más a la concurrencia mientras las siempre-sonrientes-y-perfectas-secretarias-rubias preparaban a Roberto y a Roberta. En la primera fila, un típico comerciante de pequeña población, unos cincuenta años, grueso, gafas concha, calva amplia y rojiza, admiraba extasiado a Roberta. «Se comprará una para él sólo, el viejo sátiro», pensó Marcos. Una señora de edad indefinida miraba, en cambio, embelesada, a Roberto, valorando sus posibilidades. Algunos asistentes hablaban entre sí. Por fin las azafatas tuvieron preparados a Roberto y Roberta.

—Veamos algunas escenas reales —indicaba el presentador—, Roberta sufre un ataque cardíaco y Roberto reacciona.

Roberta simuló un desvanecimiento y una lenta caída al suelo. Roberto reaccionó vigorosamente: se abalanzó sobre ella, le hizo masaje cardíaco y rápidamente, acercó el brazo derecho al izquierdo, abrió una pequeña ventanita de plástico y sacó una inyección preparada que aplicó en la región glútea de Roberta. Ésta, a los pocos momentos, pareció recuperarse y se reanimó totalmente. Los asistentes aplaudieron frenéticamente. Al detectar su circuito los aplausos, Roberto y Roberta, complacidos, saludaron.

—Otro ejemplo de sus posibilidades —decía el presentador—, actuación doméstica.

Las eficientes secretarias prepararon un aspirador (de Industrias Para), una nevera y un horno (de Industrias Para). Roberto tomó el aspirador y repasó rápidamente la moqueta del estrado de las demostraciones; Roberta abrió la nevera, tomó los ingredientes y preparó en la cocina (de Industrias Para), un *sandwich* caliente que partió en cuatro y ofreció a los espectadores de la primera fila, (entre ellos al hombrecillo grueso, calvo, de mirada lúbrica).

Saludaron. De nuevo un aplauso atronador llenó la sala de demostraciones.

—Y ahora, para terminar —indicó el demostrador—, una escena de amor entre Roberto y Roberta. Hemos programado en ambos amor heterosexual, intensidad de primer grado, o sea, con la máxima delicadeza. Les advertimos, no obstante, que las posibilidades de programación son muy variadas.

Una de las secretarias accionó el mando de música ambiental, y los suaves, armoniosos compases de un vals de Strauss llenaron la sala. Se apagaron varias luces hasta que la iluminación quedó reducida a un único cono que destacaba brillantemente a Roberto y Roberta sobre un fondo oscuro.

Ambos autómatas se miraron con inmenso cariño. Comenzaron a andar suavemente uno en torno al otro, con movimientos gráciles, etéreos, casi de ballet. Roberta comenzó a quitarse la ropa. Su piel plastificada tenía un tono natural de tostado de alta montaña. Dejó cuidadosamente el traje a un lado y quedó con una elemental ropa interior. El vals, melódico, seguía prestando un suavísimo fondo a la actuación.

Marcos miró a Melania. Ésta, extasiada, se concentraba en ambas figuras. Los espectadores, casi olvidados de que eran autómatas programados, seguían en silencio su actuación como si se tratara de personas reales.

Roberto pareció excitado por la actuación de Roberta. Se quitó la camisa y mostró un torso viril, musculoso, equilibrado. Roberta se quitó lentamente el sostén; aparecieron unos pechos perfectos, ligeramente grandes (gusto medio del varón estadounidense). Luego, lentamente, se quitó el *slip* y resplandeció, bajo la luz dominante, en una maravillosa desnudez plastificado-bronceada que quitó la respiración a los espectadores. El silencio continuaba siendo impresionante.

Roberto, ante la desnudez de Roberta, se quitó también pantalón y *slip*, y quedó gloriosamente, atléticamente desnudo; cuerpo musculoso, moreno, inspirador de admiración por su perfección como el de los atletas griegos cuando resplandecían ebrios de sol en su desnudez, como los dioses antiguos que reunían todas las perfecciones.

Y entonces comenzó el amor. El vals se hizo levemente apresurado, ligerísimamente insinuante, y Roberto y Roberta trazaron unos pasos en el que ambos cuerpos se miraban admirativamente, se acercaban, se buscaban, se encontraban. Finalmente Roberta se sentó en el suelo, se extendió, se ofreció y esperó anhelante mientras que Roberto, cuidadosamente, dulcemente, amorosamente, se fue dejando caer sobre ella introduciéndose en un larguísimo instante que Roberta subrayó finalmente, con un suave gemido.

Pese al contenido de la demostración, la perfección de los cuerpos, la elegancia de los movimientos y la delicadeza de la presentación, proporcionaron una sensación de amor físico puro y perfecto, gloriosamente manifestado en dos cuerpos jóvenes que buscaban su unión completa para perfeccionar el milagro del amor humano. Por ello

los espectadores aplaudieron intensamente, de modo más amplio y prolongado que en las anteriores ocasiones.

Roberto y Roberta se levantaron y, en su total y armónica desnudez, saludaron a los espectadores. Las secretarias perfectas les sentaron, desnudos, en las sillas de ruedas, y se dispusieron a llevárselos. Las luces de la sala se encendieron con su intensidad inicial.

Los aplausos seguían, torrenciales.

Marcos se inclinó a Melania:

—¿Te gustó? —dijo—. Qué maravillas de automatización hacen en las Industrias Para...

—Ya vi que te fijabas mucho en Roberta —dijo Melania—, pero no creas que voy a tener celos de una muñeca...

—Te equivocas, Melania. Desde luego que me he fijado en Roberta, ¡está fabulosa! Pero me fijé en algo más. En las secretarias.

—Que también están extraordinarias.

—En efecto, lo están. Pero tienen un comportamiento totalmente mecánico. Durante la exhibición final de Roberto y Roberta, no se han alterado lo más mínimo; han seguido toda la actuación con su misma cara apacible, sonriente, idéntica, sin permitirse el más leve gesto.

—Están acostumbradas, eso es todo.

—No es sólo eso, Melania. Sabemos que Roberto y Roberta están programados, y, ¿dónde tienen los mandos?

—En el cuello, ya lo han dicho. Una simple presión en el cuello y se cambia el programa.

—Exacto. Pues las dos secretarias que estaban en la sala también tenían un pequeño resalte en el cuello.

—¿Qué dices?

—Lo he visto bien, me fijé. Cuesta algo de percibir, pero cuando sabes cómo realizan la programación y dónde están los mandos, se descubre. Melania, te lo digo muy en serio y es terrible: las secretarias *están programadas*.

—Pero, ¿son autómatas?

—No, Melania: es mucho más monstruoso: son *personas vivas*, pero programadas. Les han debido implantar unos electrodos en el cerebro, pero tienen una programación que también se maneja desde el cuello. Y supongo que según la programación que se aplique podrán hacer de ellas lo que quieran: la secretaria perfecta, la amante, la asesina, lo que se les antoje. Todo es cuestión de programar. Incluso podría haber una persona con diversos registros de modo que según cada uno de ellos mostrara una personalidad diferente.

—Marcos, todo eso es diabólico. No es posible...

—Melania, aquí todo es posible. Tenemos que escapar. Tenemos que explicar esto al Presidente, al mundo entero.

Los murmullos habían cesado. El expositor indicó: «Les ruego, señores, que vayan saliendo de la sala.» Fueron abandonando los asientos y saliendo a la puerta exterior del pabellón de investigación. Marcos y Melania procuraron situarse en el centro del grupo. En la puerta, un autobús de Industrias Para esperaba. Se introdujeron. Marcos se sentó, e inmediatamente notó a su lado la presencia del señor gordo de la primera fila que devoraba con los ojos a Roberta. Melania se sentó más atrás. El autobús arrancó.

—Interesante la exhibición, ¿eh? —dijo el gordo.

—Sí, desde luego —dijo Marcos, sin comprometerse.

—¿A qué firma pertenece? —preguntó el gordo.

Marcos, de momento, no supo qué contestar.

—Vengo por mi cuenta —dijo al fin.

—¡Ah!, pequeño almacenista, ¿eh?

—Sí, eso es.

—Curioso, curioso —murmuró el gordo.

Marcos sintió el escalofrío de sus momentos de tensión. Miró hacia Melania y vio que estaba sentada junto a una señora de unos sesenta años encerrada en un completo mutismo. (¿Recordando a Roberto?) Al menos, por ahí no había peligro.

—¿Van a Washington? —preguntó el gordo.

—¿Cómo que si vamos?

—Sí, usted y la señorita que le acompaña.

—Ah, sí, es verdad. Sí, vamos a Washington.

—¿Tienen coche? ¿Quieren que les acerque?

Marcos pensó de nuevo antes de contestar. ¿Sería alguna encerrona de Industrias Para? No, no podía ser. En el grupo nadie le conocía ni sabía sus propósitos. Podía ser —lo era, segurísimo—, un comerciante del gremio que se ofrecía para llevarles y seguramente para cambiar impresiones sobre las oportunidades comerciales de los productos Para.

Además, el ofrecimiento solucionaba el problema de desplazarse lo antes posible a Washington, ya que su coche estaba encerrado en el pabellón de investigación.

Por ello contestó:

—No, no vine en mi coche. Está estropeado. Le agradezco el ofrecimiento.

El gordo suspiró.

—¡Por desgracia las averías son tan frecuentes ahora! ¡En mis tiempos!

Pero no siguió. Indicó:

—Por supuesto, tendré mucho gusto en llevarles a Washington y en comentar algo de lo que hemos visto.

Llegaron a la puerta principal. Se bajaron, devolvieron las batas blancas y fueron tomando unas abultadas carpetas llenas de folletos y de modelos de contratos.

El demostrador fue despidiendo cordialmente a los comerciantes murmurando frases amables. También a Marcos y Melania les despidió con un ligero gesto de incertidumbre —no recordaba su nombre, ni sus caras, ni su empresa, y eso era una falta grave en un encargado de relaciones públicas—. Los asistentes salieron por la gran puerta de las Industrias Para, y comenzaron a desaparecer sus automóviles.

—¡Vengan, vengan conmigo! —les insistió el comerciante grueso—. ¡Les llevaré donde quieran!

Marcos y Melania le siguieron. Subieron a la parte posterior de su automóvil, un potente deportivo.

La puerta se cerró con un sonido opaco.

El gordo arrancó, hizo maniobra y enfiló la carretera hacia la Capital Federal.

Giró a medias la cabeza y se presentó.

—Inspector Morgan, del Servicio de Investigación de los Estados Unidos. ¿Cómo está, ingeniero Marcos? ¿Cómo está, señorita Melania?

3

Se detuvieron en un parador para poder conversar largamente.

Cuando terminó la comida, Morgan comentó:

—Presentíamos que se preparaba algo extraño para volcar masivamente el voto de la nación hacia la Nacional Democracia. Pero no teníamos detalles del plan. Por supuesto, los datos que me acaban de proporcionar son fundamentales. Sabiendo las grandes líneas del plan de acción, ya podemos intervenir de modo eficaz.

»De todos modos, y antes de informar, quisiera saber si conocen el plan previsto para conectar las fuerzas psi a la televisión estatal.

—La verdad —dijo Marcos—, es que existen dos posibilidades, y aún no sé cuál elegirán. Una de ellas consiste en conectar la fuerza psi a la salida electrónica del impulso de televisión, o sea, a la corriente que va hacia la antena. Con ello se asegura la distribución del impulso por todas las redes enlazadas, que en este caso serían las de todo el país. La otra posibilidad es lanzar la fuerza psi en forma de onda.

—¿Desde una emisora?

—Exactamente, desde una emisora portátil focalizada. Según el proyecto, se trata de un camión que lleva en su interior un emisor paraboloide, como una pequeña pantalla de radar, que enfoca un punto determinado y allí concentra todas las fuerzas psi. Si ese punto es la antena central de televisión, o un repetidor de televisión, toda la

zona dependiente de él quedaría bajo el influjo del mensaje parapsicológico enviado por el emisor.

—Entonces, para que el efecto se produjera en todo el país, tendrían que actuar sobre la antena central, ¿no es eso?

—En efecto, porque si actuaran sobre un repetidor la fuerza psi sólo tendría efecto en la zona cubierta por ese repetidor. Y para los discursos de propaganda electoral, la emisora central se ha situado en Washington.

—En resumen, o conexión electrónica al cable de salida, o focalización sobre la antena de los estudios centrales de Washington.

—Si se quiere actuar sobre todo el país, sí.

—Creo que ya es hora de que haga mi llamada para transmitir las indicaciones que me ha proporcionado. Vamos a disponer la vigilancia de todas las instalaciones, y especialmente de la emisora central.

Desapareció hacia el coche para manejar el radioteléfono.

Marcos y Melania se miraron.

—Marcos —dijo Melania—, no puedo olvidarme de esas pobres chicas... las secretarias. Son seres vivos, pero son como autómatas. Están programadas para su trabajo. Quién sabe qué otras horribles programaciones estarán maquinando.

—Sí, Melania, es terrible. Pero ¿qué quieres? También, sin tanta sofisticación, en la sociedad humana el trabajo marca, la sociedad humilla y programa cuando no se tiene en cuenta el ser humano que existe en cada trabajador, en cada estudiante, en cada enfermo. Cuando no consideramos al otro como una persona única, valiosa por sí misma, irrepetible, lo estamos denigrando en nuestro interior, lo estamos programando para nuestra sola utilidad.

—Y para conseguir esta sociedad ha luchado la humanidad durante siglos... Decían que el progreso, la técnica, liberaría al hombre, nos protegería de todos los males y nos proporcionaría una humanidad feliz... Total, para eso, para convertirnos en autómatas humanos.

—Es cierto, Melania. Por eso debemos luchar con todas nuestras fuerzas para que no venga un mundo así. Aunque en el país haya huelgas, altercados y desórdenes, aunque a veces suframos porque no funcionan los servicios públicos, aunque nos quedemos unos días sin correo o sin electricidad, todo ello, es un precio muy pequeño a pagar por poder disfrutar de una sociedad en democracia y en libertad. Si la alternativa es estar programados, por los poderes públicos o por grupos de presión, mediante la propaganda o mediante una intervención quirúrgica, nuestro mundo se habrá acabado.

Removieron el café, inquietos.

Morgan se acercó, sonriente.

—El Secretario de Información les transmite su más calurosa felicitación. Con los

datos que nos han proporcionado, estableceremos una vigilancia muy estrecha en torno a la emisora central; si es necesario solicitaremos la colaboración del ejército y de las fuerzas aéreas. Cuando pasemos las elecciones recurriremos a las vías legales: su testimonio es insustituible para que los tribunales nos concedan una orden de registro de las Industrias Para.

—Es como salir de una pesadilla —dijo Marcos—. No obstante, no me acabo de sentir seguro. Me gustaría conocer en detalle los planes de Adolf Sturm.

—¿De qué otra forma podría actuar?

—No lo sé, Morgan, pero es una persona extraordinariamente inteligente y muy decidida. No me extrañaría que aparte de su plan inicial tuviera alguna otra posibilidad en reserva.

Morgan asintió, preocupado.

—Es muy probable lo que dice, Marcos, pero, ¿cómo podríamos conocer sus planes con detalle?

—Ése es el problema. Partamos del hecho de que cualquier plan planeado por Adolf Sturm requiere una serie de acciones complejas y coordinadas. Estos pasos deben estar establecidos con todo detalle en algún documento. Y este documento, que estará en poder de Adolf Sturm, debe estar depositado en algún lugar relacionado estrechamente con sus actividades. Creo que sólo hay dos sitios posibles: o su despacho en las Industrias Para, o el que tiene en los locales de Nacional Democracia.

—No —dijo Morgan—. Creemos que los guarda en otro lugar: en su vivienda privada. Es un edificio macizo, sólido, vigilado, donde nadie tiene acceso y donde hasta ahora no hemos logrado establecer ningún contacto.

Y mirando a Marcos y Melania, dijo:

—Tendremos que intentar entrar allí, muchachos.

7. La mansión de Adolf

1

Morgan dio las órdenes por el radioteléfono. Se volvió hacia Marcos y Melania.

—Todo lo que habéis pedido para entrar en la casa lo encontraremos en las cercanías. Sólo una pregunta: ¿Lleváis vuestra identificación de Laboratorios Para?

Marcos asintió.

—Perfecto —confirmó Morgan—. Nos hubiera llevado algún tiempo conseguirnos unas. Ahora, tracemos el plan. Según me comunican, Adolf Sturm aún no ha decidido desde dónde hará su discurso de candidato a la Presidencia, si desde los locales del partido o desde su propia casa. Quizá sea una medida de seguridad para descartar la posibilidad de un atentado. Por eso se va a instalar un monitor de televisión en cada local, esperando la decisión final.

»Todo esto nos favorece. Para entrar en la casa os haréis pasar por técnicos de televisión, procedentes de Industrias Para. Una vez dentro, todo queda a vuestra iniciativa, pero, por Dios, haced todo lo posible para encontrar los documentos relativos al plan de acción. Suponemos que estarán en la mesa de trabajo, y relativamente accesibles, porque Adolf Sturm confía sobre todo en la protección exterior de su residencia.

»Yo os esperaré en el coche, a corta distancia del edificio. Pero recordad que si os atrapan, ni yo ni mi Servicio podremos hacer nada por vosotros. ¿Entendido?

Marcos y Melania asintieron: habían entendido. Sabían su delicada misión y su responsabilidad. Morgan arrancó y encaminó el coche al barrio residencial.

—Y por lo que más queráis, lograd los documentos. El destino del país está en vuestras manos.

Circularon sin hablar. Cerca de la casa de Adolf Sturm esperaba un enorme camión de transporte sin ninguna identificación exterior. El chófer saludó a Morgan. Éste, con Marcos y Melania, se dirigió a la parte posterior donde llamó a una pequeña puerta metálica disimulada en la carrocería. Se abrió y penetraron en el interior.

Dentro del enorme transporte se veía una furgoneta del tipo de las utilizadas por las Industrias Para. Dos hombres con mono azul acababan de pintar el rótulo. Saludaron a Morgan y sus acompañantes, y les enseñaron el contenido de la furgoneta:

—Monitor de televisión, trípode, focos, alargadores... equipo de grabación... transformadores... Tenéis para un buen rato de instalación de material.

Morgan aclaró:

—Para sacar los documentos pasando el control podéis utilizar la caja de herramientas de doble fondo, o bien enrollarlos en las piernas bajo el mono

sujetándolos con estas gomas. Aquí hay también un radioteléfono para que me llaméis en caso de necesidad, aunque no debéis emplearlo más que si es absolutamente preciso.

»Por último, aquí tenéis dos frascos de spray adormecedor rotulados como lubricante ultra fino. Mejor es que no los tengáis que utilizar.

Los ayudantes procedieron a abrir la parte posterior del camión y a colocar una rampa. Descendieron la furgoneta. Morgan dio la llave a Marcos.

—Adelante y buena suerte.

—Gracias, la necesitaremos.

Entraron en la furgoneta. Marcos arrancó y salió rumbo a la mansión de Adolf Sturm, presidente de Nacional Democracia, Director de Industrias Para y, según él, próximo Presidente de los Estados Unidos.

2

El edificio era sólido, de piedra oscura, circundado por un gran jardín inglés. A la entrada del parque, el policía paramilitar examinó con detenimiento las tarjetas de identificación de Industrias Para, comparando las fotografías con las caras. Seguidamente examinaron cuidadosamente el contenido de la furgoneta. Tras esto autorizaron el paso.

Circularon por un camino enarenado, de unos veinte metros, hasta llegar a la casa, cuya puerta ya se abría.

Una muchacha uniformada les esperaba. Era alta, rubia, sonriente, pulcra, perfecta.

—Los técnicos de televisión, ¿no? —confirmó—. Síganme, por favor.

Recorrieron, en la planta baja, dos salas de visita y pasaron a un enorme despacho, cuyos muebles eran grandes, pesados y sombríos, a tono con la casa. Dos paredes estaban ocupadas por estanterías con volúmenes encuadernados en piel oscura y escasamente manejados. Una gran mesa de despacho, muy ordenada, con bloques simétricos de documentos a sus extremos, juego de escritorio en cuero oscuro y dos teléfonos negros. En una pared, un cuadro al óleo mostraba a Adolf Sturm con el uniforme de la Nacional Democracia, y, en ordenada distribución, fotografías dedicadas de líderes. Un gran balcón daba al parque.

La muchacha alta-rubia-servicial-perfecta señaló la biblioteca:

—Las instrucciones son que preparen los equipos para que el señor Presidente pueda hablar teniendo la biblioteca como fondo. ¿Han traído *video-tape*?

—Sí, por supuesto.

—Muy bien. Es posible que quieran realizar una prueba previa. Les dejo. Si necesitan algo, pulsen el timbre y acudiré.

Se marchó, en un despliegue de belleza, perfección y eficacia.

—¿Te has fijado, Marcos? —dijo Melania, ya perspicaz—. Tiene un pequeño resalte en el cuello.

—Sí, me he fijado. Eso quiere decir que está viva. Es decir —aclaró—, que es una persona de verdad, y no una autómatas.

—Sí, es una mujer auténtica, pero programada. Y a fin de cuentas, ¿qué diferencia vamos encontrando entre unas y otras?

—Supongo que sus necesidades fisiológicas.

—Sí, claro, que hacen más imperfectos a los humanos programados porque tienen que comer, beber, orinar, defecar... Además, envejecen, sufren caries, arrugas en la piel y reuma. Resulta que lo perfecto, entonces son los autómatas.

—No, Melania —dijo Marcos, con súbita indignación—. Los autómatas nunca podrán igualar a los humanos, por muy programados que estén. En el ser humano se programan actitudes o motivaciones, que el sujeto desarrolla según su modo de ser individual. En el autómatas, la programación debe contener una respuesta hasta en los menores detalles.

—Bien, Marcos. No te enfades. Pero no deja de ser curioso que a fin de cuentas tengamos tantas dudas para adivinar si son humanos o autómatas. Incluso te diría que los humanos son más feos que los muñecos.

—No lo dirás por esta chica, Melania.

—No, Marcos, no lo digo precisamente por ella. Bueno, vamos a trabajar. Primero busquemos los enchufes... aquí están. Ahora, mientras tú entras cosas de la furgoneta, yo iré echando un vistazo a la mesa.

Marcos salió y volvió con dos grandes maletas en la mano. Mientras Melania repasaba rápidamente los documentos.

—No hay nada de interés, Marcos... Conferencias, notas de la organización del Partido, informes económicos.

—¿Y en los cajones?

—Ahora miro. Están abiertos.

Marcos entró ahora las grandes lámparas sobre los pies rodantes. Melania examinaba los cajones.

—¿Qué encuentras, Melania?

—Más o menos lo mismo. Parece un despacho de protocolo, de recepción. Pero Marcos, esto no es un despacho de trabajo. Adolf debe trabajar en otro sitio de la casa.

—Claro, por eso nos han dejado aquí con tanta tranquilidad. Pero tenemos que encontrar los documentos.

—¿Dónde trabajará Adolf?

—Supongo que tendrá sus habitaciones en el piso de arriba. Nos tendremos que asomar.

—Y... ¿si nos cogen?

—No tenemos más remedio, Melania. Nos arriesgaremos.

Se asomaron al pasillo y no vieron a nadie. Llegaron al pie de la escalera. Subieron quedamente.

Llegados al rellano del piso superior, miraron en torno. Varias puertas convergían a él. Quedaron en suspenso, sin saber qué hacer.

Y una de las puertas se abrió.

Apareció Celia, vestida con una bata de pintora que llegaba casi hasta los pies, con grandes manchas de colores. En la mano mantenía pinceles de diversos tipos. Se les encaró.

—Nosotros... —comenzó Melania.

—Les oí subir —dijo Celia—. Les estaba esperando con impaciencia. ¡Cuánto han tardado! Bueno, me presentaré. Me llamo Celia. Y ustedes son, por supuesto, los modelos que envía la agencia.

Y les examinó críticamente.

—De acuerdo, de acuerdo. Una pareja perfecta. Quizá —señalando a Melania—, un poco delgada para mi gusto, pero estética desde luego.

Melania se enfureció.

—Si lo que le gustan son las rollizas como usted...

—Melania, por favor —susurró Marcos—, di que sí a todo. Date cuenta de nuestra situación.

—Bueno —dijo Celia—, pasen al estudio. No se queden ahí como idiotas.

Y entró en la habitación. Marcos y Melania pasaron tras ella. La gran sala se había acomodado como estudio de pintura; disponía de dos enormes balcones y de luz cenital. En las paredes y apoyados en el suelo había numerosas pinturas de los más variados estilos, predominando el impresionismo. También los temas eran muy diversos: paisajes, bodegones, marinas, retratos, desnudos.

—Como veis —señalaba Celia—, pinto mucho. De pronto siento como un impulso súbito y me dedico a pintar intensamente. A veces días, enteros. Cuando me apasiono casi no duermo ni como. Me encierro en el estudio y pinto, pinto, pinto. Creo que a esto le llaman autor realizarse.

Algunos cuadros eran abstractos: líneas y superficies entrecruzándose en una simplicidad geométrica, descarnada y lisa.

Melania siguió la mirada de Marcos: lo imaginaba desde que vio a Celia. En efecto, en el cuello había un pequeño relieve. Lo comprendió en seguida: Celia estaba programada. Como las secretarias. Como los sirvientes. Quizá con un programa más

complicado, pero programada. Una mujer hermosa con unos electrodos en su cerebro y un minicomputador dirigiendo sus sentimientos y emociones.

—Bien —dijo Celia—. Vamos a trabajar. Quiero hacer un estudio de desnudos. No tengo mucha experiencia. ¡Tengo tan pocas ocasiones de disponer de modelos!

Melania se indignó.

—Entonces pretende que yo, esto es, quiere que yo, bueno ¿que me desnude?

Celia la miró, asombrada:

—Pues claro que sí, querida. Si no, ¿a qué has venido aquí, vamos a ver?

La lógica de la pregunta desconcertó a Melania. Marcos la tomó del brazo y la empujó hacia el biombo situado al fondo del estudio.

—Vamos a desnudarnos —dijo, dirigiéndose a Celia—. Prepare el lienzo; en seguida estaremos dispuestos.

Celia tomó un gran lienzo y comenzó a aprisionarlo en el caballete. Marcos y Melania fueron tras el biombo y comenzaron a hablar en susurros.

—No pretenderás que sigamos el juego a esa loca, Marcos...

—Melania, escúchame. Hay que seguirle el juego. Ella es nuestra única posibilidad. Debe tener diversos programas...

—¿Qué dices?

—Que por lo que se ve ella es la confidente de Adolf; es decir, que es una persona real programada, Y seguro que Adolf lo comenta todo con ella.

—Es todo tan absurdo...

—Eso parece, pero visto así resulta muy lógico. Todo ser humano tiene una mínima necesidad de intimidad. De Adolf no sabemos que tenga ningún amigo íntimo, ninguna amante, nadie que goce de su absoluta confianza. Y aquí tienes la respuesta: resuelve sus necesidades con Celia.

—¿Y qué podemos hacer?

—Tenemos que hallar el registro por el que se hace confidente de Adolf. Ayúdame. Tendremos que repasarle los diversos programas.

Salieron rápidamente de detrás del biombo y Celia les miró con ojos asustados. Sólo llegó a decir:

—¿Pero aún no se han...?

Quiso retroceder, pero ya Melania le sujetaba fuertemente las manos mientras Marcos le apretaba en el cuello.

Los ojos de Celia se tornaron soñolientos. Como si emergiera de otro mundo, les miró con cariño:

—Siempre es hermoso —dijo—, disfrutar juntos del encanto de la poesía. Precisamente leía... —y miró en torno—. ¿Dónde está el libro? ¿Por qué visto esta ropa tan extraña? ¿Dónde estamos? —y miró asombrada los cuadros—. No importa, es todo tan poético...

Marcos y Melania se miraron asombrados de las súbitas transformaciones.

—Ya recuerdo. Era como un sueño. Acariciar la mano. Acariciar la ola. Acariciar la nube. Acariciar la onda.

Marcos, con delicadeza, apoyó de nuevo sus dedos en la pequeña prominencia del cuello mientras Celia aún paladeaba el último verso. Y de pronto cambió una vez más.

Les miró, pero ahora femenina, provocativa, insinuante. Se irguió, y su busto destacó magníficamente bajo la bata. Movi6 la cabeza en vaivén, y sus cabellos rubios formaron una aureola dorada en torno a su rostro enormemente sensual en el que unos labios adelantados se entreabrían dejando ver la sonrosada punta de la lengua.

—De modo que dos nuevos compañeros, ¿eh? —dijo—. ¡Lo vamos a pasar en grande! Ven, acércate —dijo a Marcos—, acércate que te abrace, acércate...

Pero la que se acercó fue Melania, directamente al cuello. Celia intentó defenderse.

—Oye, muñeca —dijo—, contente, que ya te llegará tu turno.

Pero la presión sobre el computador le hizo desvanecerse ligeramente. De pronto comenzó un nuevo despertar.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Quiénes son ustedes?

Pareció considerar su estado e hizo un gesto de encontrarlo incomprensible. Con un leve movimiento arregló la bata de pintora para que alcanzara debajo de las rodillas, su cara cobró un aspecto profesional y su postura fue ya de una perfecta secretaria.

Les volvió a mirar, interesada.

—¿Tenían concertada cita con don Adolf Sturm? —inquirió.

—Desde luego —dijo Marcos—. Venimos, precisamente, para redactar las órdenes de conexión de la televisión.

—¿Órdenes? —dijo Celia, recordando a medias.

—Sí —insistió Marcos—. Del plan de conexión de la fuerza psi a la televisión. Venimos de las Industrias Para —sacó el carnet y se lo enseñó—, y necesitamos las instrucciones para el equipo técnico que realizará el enganche. Ya sabe de qué se trata.

—Sí, por supuesto que sí —Celia en su papel de secretaria ya recordaba el tema—. Está todo redactado. Seguramente querrán una copia.

—Eso es, en efecto. Una copia. Y también de los planes ulteriores.

—¿De los planes ulteriores? —Celia se esforzaba, de nuevo, en comprender.

—Sí —intervino Melania—, de los planes a desarrollar una vez ganadas las elecciones.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Entiendo! —y lució una sonrisa segura y profesional—. Esperen un

momento y lo tendrán todo.

Se levantó, volvió a mirar con extrañeza su bata de pintora y salió de la habitación.

—¡Lo conseguimos! —dijo Marcos a Melania—. Dentro de un momento lo tenemos. Sólo nos falta salir de aquí y...

—Marcos... —dijo Melania aterrada—, mira por el balcón.

—Por el sendero enarenado se acercaba a la casa una furgoneta auténtica, de las auténticas Industrias Para, conducida por un chófer auténtico, con auténtico uniforme, y llevando, al parecer, un auténtico equipo de televisión. De la caseta de control de la puerta del parque se acercaban dos policías paramilitares con expresión resuelta.

—Marcos, nos han descubierto. No podremos salir.

—Tenemos que darnos prisa. Vamos a buscar a Celia.

Entraron en la habitación contigua. Era un cuarto de trabajo comunicado por unas puertas corredizas con una gran sala de estar. En la mesa ya figuraban tres carpetas de informes, no muy gruesas. Se veía sobre ellas el sello «Privado». Celia había cambiado su bata de pintora por un traje discreto, con un ligero adorno. Estaba acabando de arreglar su pelo transformándolo, de su exuberancia de mujer fatal, en un discreto moño.

Tomaron las carpetas, apresuradamente. Marcos se las enrolló en las piernas y las afirmó con las gomas. Celia le miró, extrañada.

—¿Qué hacen con los documentos? —preguntó.

—No hay tiempo para explicaciones —indicó Marcos— Adolf está en un grave apuro y tenemos que ayudarle. Debemos sacar estos documentos de aquí antes de que los encuentren los otros.

—¿Quiénes son los otros?

—Los espías del Gobierno. Se han uniformado como nosotros y pretenden atraparnos.

—Pero eso es imposible. Tenemos que ayudar a Adolf.

—Por supuesto.

Se oyó el aparcar de la furgoneta en la puerta. La sirvienta programada salió, y se oyó una corta conversación. Parecía que los argumentos expuestos no entraban en la programación.

Celia pareció comprender la situación.

—Esperad aquí —dijo—, y lo arreglaremos todo.

Salió de la habitación y bajó las escaleras. Marcos y Melania intentaron oír las conversaciones provenientes de la planta baja.

—¿Crees que nos podemos fiar? —preguntó Melania.

—Creo que sí. Es la diferencia entre un autómatas programado y un humano programado; el ser humano conserva su capacidad de iniciativa y de utilización de

recursos propios.

—Esperemos que Celia lo haga.

Cuando Celia llegó al piso bajo, los técnicos reales de Industrias Para estaban explicando a la sirviente programada la necesidad de localizar a los técnicos anteriores.

—Estaban en el despacho —afirmaba ésta—, colocando los aparatos para la emisión... No sé dónde pueden estar.

—Yo sí que lo sé —intervino Celia—, están arriba. Y puedo hacer que bajen fácilmente.

—Vamos a por ellos —dijo el técnico jefe al ayudante y a los guardias.

—¡No sean infantiles! —dijo Celia—. ¿No ven que las ventanas son muy bajas y se pueden escapar fácilmente? Localizarles en el jardín sería complicado. Esperen aquí en el despacho y yo los traeré directamente.

Los introdujo en el despacho, y cerró la pesada puerta de madera. Bajó la palanca del cierre, suavemente. Se asomó por el hueco de la escalera.

—¡Bajad! —dijo—. ¡Bajad y escapemos!

Bajaron y salieron los tres. Subieron a la primera furgoneta. Cuando arrancaron vieron las expresiones de asombro de los recluidos en el despacho, que comenzaron a golpear los cristales.

—Aún queda por pasar el control de la entrada —dijo Marcos.

—Con sólo la mitad de la guardia —dijo Celia—. De los cuatro vigilantes que hay habitualmente, dos están encerrados en el despacho.

—De todas formas son bastantes —dijo Marcos.

—El *spray* adormecedor... —sugirió Melania. Y lo sacó de la bolsa de herramientas.

Llegaron a la puerta, con la barrera bajada. Uno de los guardias se acercó con aire desconfiado y el arma preparada.

—¡Ah, señorita Celia! —dijo al reconocerla. Y cesó en su actitud recelosa—. Quizás haya visto por ahí dentro...

Recibió en plena cara un chorro de *spray* adormecedor y comenzó a desplomarse lentamente al suelo.

Celia, al verle caer, llamó al otro centinela:

—Que se desmaya, que se desmaya... ayúdele.

De nuevo, al acercarse, el segundo centinela recibió otro chorro de *spray* adormecedor que le produjo el mismo efecto.

—Y ahora, adelante —dijo Celia triunfante—. Vamos a entregar los documentos a Adolf. Por cierto, ¿dónde se encuentra?

—Se encuentra aquí cerca —dijo Marcos—, dentro de un camión contenedor. Vamos a verle ahora mismo.

Recorrieron las bocacalles y giraron hasta llegar al enorme camión del Servicio de Información. Morgan, de pie en la acera, les hizo con la mano el signo de la victoria. Se abrieron las puertas, se bajó la rampa y la furgoneta penetró en el interior.

—¿Todo bien? —preguntó Morgan.

—Perfecto. Aquí traemos la documentación —dijo Marcos. Y comenzó a sacarla de las piernas.

—¿Y Adolf? ¿Dónde está Adolf? —preguntó Celia.

—¿Quién es esta señorita? —preguntó Morgan—. ¿Y qué está preguntando?

—Me temo, señorita Celia —dijo Marcos—. que le debo una explicación. Pero antes debo realizarle una pequeña intervención.

Abrió la caja de herramientas y buscó hasta localizar dos largas agujas de acero.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, asustada, Melania.

—¿Qué va a hacer? —preguntó, inquieto, Morgan.

—Es la única forma de resolver rápidamente esta situación —dijo Marcos—. Debemos actuar aprisa. Déjenme hacer, que yo asumo todas las consecuencias. Sujeten fuerte a Celia. Tú, Melania, de los brazos; usted, Morgan, de las piernas.

Obedeciendo al mandato, la asieron fuerte. Celia, sin comprender, se resistía y gritaba. La tumbaron en el suelo y la inmovilizaron.

—En seguida estará todo resuelto —aseguró Marcos. Y giró la cabeza de Celia haciendo resaltar la pequeña prominencia del cuello. Palpó cuidadosamente la zona, localizó un punto y apretó la aguja sobre la piel. Celia, al sentir el dolor, chilló. Melania y Morgan sujetaron.

—Marcos, ¿es necesario?...

—Lo es —cortó él—. Ahora debo de clavar la otra aguja.

Buscó, palpando, otro punto en el relieve del cuello y clavó la segunda aguja. Celia chilló de nuevo. Las dos agujas estaban ahora situadas, verticales, paralelas, sobre la pequeña prominencia. Unas gotitas de sangre coloreaban su base.

—Y ahora —dijo espectacularmente Marcos—, caso resuelto.

Juntó las dos agujas, y saltó una brillante chispa luminosa. Mantuvo un momento la unión y se notó un ligerísimo olor a piel quemada. Todo cesó de repente.

Y Celia, la auténtica, la original, despertó. Con la pregunta de rigor, por supuesto:

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Quiénes son ustedes?

—Señorita Celia —dijo Marcos—, si es que es éste su verdadero nombre; acaba de ser desprogramada tras un período de tiempo cuya duración desconozco, en que ha estado bloqueada su verdadera personalidad por encontrarse bajo el influjo de los impulsos eléctricos enviados a su cerebro por un computador. En cuanto a la forma en que ha recuperado su verdadera personalidad, debo excusarme si ha sido algo brusca o dolorosa, porque no soy médico, sino técnico. Acabo de producir un cortocircuito entre los polos de la batería de alimentación de su computador, con lo que lo hemos

inactivado completamente.

Celia asentía con la cabeza. Ahora, libre de influencias extrañas, se encontraba hermosísima, con un aire de infinita ternura.

—Y si me lo permite —aprovechó Morgan—, me gustaría que nos acompañara al Servicio de Información y respondiera unas cuantas preguntas.

El camión arrancó y se dirigió al edificio del Servicio de Información de los Estados Unidos.

8. Operación Cocoliso

1

Habéis hecho un trabajo extraordinario, muchachos —les dijo Morgan—. Se están examinando cuidadosamente los documentos y revelan unos planes escalofriantes. Ya hemos informado al Secretario de Información, y, por supuesto, al Presidente.

Se encontraban en la cálida intimidad del despacho privado de Morgan en el edificio del Servicio de Información. Unos sillones bajos les acogían mientras fumaban y tomaban unas copas.

—Aquí está, en líneas generales, el plan de control de la televisión el día de la emisión, si bien parece que no desciende a detalles —decía Morgan, repasando las fotocopias de los documentos—. Y aquí tenemos el plan general de establecimiento de la Nacional Democracia, lo que se denomina, en clave —y señaló el documento concreto—. «Operación Cocoliso».

—Por lo que sé de las Industrias Para —dijo Marcos—, lo voy imaginando.

—Claro, esto sólo son las líneas directrices; supongo que el plan completo estará en la caja fuerte del Partido, o quién sabe dónde. Pero esta información de que disponemos ya es bastante importante.

»El Secretario de Información nos está preparando una entrevista con el Presidente. Por desgracia mañana es totalmente imposible, porque es el día de la intervención en televisión de los candidatos a la Presidencia. De modo que le veremos pasado mañana. Así nos dará tiempo de estudiar bien los documentos.

—Y de que haya pasado la actuación de Adolf en la televisión —dijo Melania.

—Por supuesto. Como les dije, tenemos controlada toda la línea de transmisión y las antenas del estudio central. Ahora, y por si acaso, ordenaremos también la vigilancia de los repetidores. El personal de los estudios también está siendo vigilado, sobre todo los miembros o simpatizantes de Nacional Democracia. ¿Se les ocurre alguna cosa más que podamos hacer?

Todos pensaron, sin decir nada.

—Usted, Marcos, como ingeniero, ¿ve alguna otra posibilidad de realizar un enlace con la cadena nacional de televisión?

—No, no creo. Ya tratamos de eso el otro día y me mantengo en lo que dije: o por el cable que va a la antena, o sobre la antena misma. Cualquier otra actuación sería, por lo menos, de resultados parciales.

—Me alegro de su opinión. Nuestros expertos dicen lo mismo. Pero perdonen que insista tanto: necesitamos una seguridad absoluta. Está en juego el futuro del país. Y ahora, permítanme que les deje solos mientras ultimo unos detalles.

Morgan salió del despacho con su aire de comerciante provinciano. Desde la

puerta se volvió y dijo:

—¡Ah, me olvidaba! Sería mejor que todos ustedes se quedaran aquí hasta mañana, cuando concluya la transmisión. No creo que Adolf planee nada contra ustedes durante hoy ni mañana, porque tiene que concentrar todas sus energías en el programa electoral, pero de todas formas prefiero que tomemos precauciones. Aquí tenemos unas cuantas habitaciones; pídanos todo lo que puedan necesitar.

Y salió definitivamente.

Melania se relajó en el asiento.

—Qué sensación tan extraña, esta tranquilidad —dijo—, estar días enteros en tensión y ahora encontrar que todo ha pasado...

—Y que ya no podemos hacer nada —terminó Marcos—. Ahora son ya otras manos las que se encargan de la vigilancia.

—Al menos nos queda el consuelo de haber hecho bien nuestra parte —dijo Melania—. Por cierto, Celia, ¿cómo se sentirá Adolf cuando vea que ha escapado?

—Se enfurecerá —dijo Celia—. Se enfurecerá brutalmente. Es como un niño. Vanidoso, dominador, obstinado, orgulloso. A veces me da pena.

—¿Pena? —exclamó Marcos, horrorizado—. Pero si es un monstruo. Basta leer el proyecto de «Operación Cocoliso»...

Celia le miró. En sus ojos se leía una enorme ternura.

—Yo no puedo juzgarle por sus proyectos. Le puedo juzgar por nuestra vida en común. Y a veces es infantil como un niño.

—Es violento y dominador.

—También hay niños violentos y dominadores. Escuchen: vivo con él desde hace más de cinco años. Sí, desde que comenzó con ese juego del Partido. Nadie conocía mi existencia. Él era el Jefe. Yo prefería estar en la sombra, ser ignorada. Casi nadie sabía de mi existencia. Para los vigilantes de la casa yo era una especie de secretaria muy particular, pero nunca la amante de Adolf.

»Porque todo hombre necesita tener una expansión. Yo era su válvula de escape. Me lo contaba todo; me leía sus discursos; ensayaba sus actitudes. Pensaba en voz alta. Me exponía —no para discutir, porque eran sólo monólogos— sus nuevos planes a desarrollar en las Industrias Para.

»Y hace un año, poco más o menos, algo comenzó a fallar. No sé exactamente lo que pasó. Quizá coincidió con lo de la periodista que quiso saber demasiado...

—Patricia O'Malley —intervino Melania—, era amiga mía. Le borraron la mente. ¿Qué sabe de ella? —preguntó ansiosa.

—No sé gran cosa. Al parecer llegó a conocer algunas de las experiencias más avanzadas que se estaban haciendo sobre el control de la mente en el laboratorio secreto; y le aplicaron lo que entonces habían descubierto: el borrado mental. Sólo que aún no dominaban el procedimiento. Querían que olvidara sólo lo que había visto

durante los últimos días. No querían que el nombre de las Industrias Para apareciera ligado a algo que no fuera respetable. Pero se pasaron. Al parecer, el borrado de la mente fue casi total.

En efecto, y así está. ¿No hay posibilidad de que se recupere?

—Melania —dijo Celia—, he pensado mucho en esa pobre chica, y me da la impresión de que en este mundo de súper especialistas a veces falta enfocar las cosas con un poco de sentido común. He leído todo lo que han dicho los periódicos: es absurdo. Los médicos se empeñan en que recupere su memoria, y eso no puede ser. Está perdida, completamente perdida. Hay que comenzar desde cero, y reconstruirla.

—¿Cómo?

—Como si fuera un niño pequeño. Mentalmente es un niño pequeño, pero no un niño tarado. Su mente está vacía, pero no está dañada. Te lo aseguro yo que he oído muchos informes y he pasado horas muy tediosas oyendo datos sobre el control de la mente. A esa chica hay que comenzar por el principio: enseñarle a leer, escribir, educación básica, acomodación a la vida. ¿Qué hacen con ella ahora?

—Está en el Instituto Psiquiátrico. Creo que iban a probar con ella un nuevo fármaco, unos concentrados de DNA con moléculas de recuerdo...

—Tonterías. Su problema no es de médicos, es de maestros.

—Desde luego, lo que dice Celia es muy lógico —intervino Marcos—. Deberías llamar lo antes posible al Instituto Psiquiátrico, Melania, y decir todo eso al Director.

—Por supuesto que lo haré. Pero el tema de Patricia surgió porque Celia contaba...

—Sí —continuó Celia—, que quizá fuera por ella, quizá por el periodista a quien hicieron desaparecer... el hecho es que Adolf comenzó a volverse cauteloso conmigo. En aquel momento el Partido comenzó a tener verdadera fuerza en las calles, sus simpatizantes le exaltaban, él era su dios. Por otra parte, las Industrias Para triunfaban y obtenían enormes beneficios. Intuí que temía que le pudieran traicionar.

»Esto creó una tensión entre nosotros. Me necesitaba y me temía a la vez. Fueron momentos muy duros para ambos. Agradecía el apoyo psicológico y sexual que yo le daba, pero no se atrevía a confiarse, el gran cabezota. Yo estaba nerviosa, porque le he querido muchísimo, y sé que él me ha querido a su modo, estoy segura, ocupando siempre un lugar secundario respecto a su Partido, su industria y su ambición. Porque yo no era para él la mujer colaboradora, sino la muñeca casera que se tiene en una jaula de oro para cuando se la necesita.

—¿Y entonces...?

—Entonces fue cuando los del laboratorio dieron con la técnica de la programación. Comenzaron por las muñequitas sexuales; ya no eran sólo muñecas de goma, que resistían pasivamente las fantasías eróticas del varón, sino que actuaban, gemían, incitaban, adoptaban posturas especiales... Tuvieron gran éxito de venta. De

ahí pasaron a un programa especial que denominaron «el perfecto acompañante», y que suponían que iba a ser el gran éxito de las Industrias Para.

—Ya lo han hecho —interrumpió Marcos—. Ayer lo presentaron comercialmente.

—Sí, pero basándose en estos estudios comenzaron a programar personas vivas. Creo que fue una sugerencia de ese monstruo que dirige el laboratorio, el doctor Niedrig. Una vez hubo una huelga del personal de oficinas. Durante diez días los pedidos estuvieron parados. Las secretarias no atendían al teléfono, ni contestaban cartas, ni remitían informes. Parece que se perdieron millones. Adolf estaba excitado; decía que con la Nacional Democracia estas cosas no pasarían, y que había que corregir la situación para siempre. Y el doctor Niedrig le dio la solución.

—Que fue la programación...

—En efecto: reunieron las veinte secretarias, las llevaron a una clínica secreta y les implantaron los electrodos; luego les aplicaron el microcomputador con el programa que habían elaborado y que llamaron «secretaria perfecta». Y ya no hubo más problemas.

—Pero las familias...

—Les escribieron que les ofrecían un contrato de trabajo extremadamente ventajoso con tal de vivir en la propia industria. Pero además de eso pueden alternar y conversar correctamente, por lo que no muestran nada extraño a las visitas. Sólo les ha cambiado la motivación. Para ellas su vida es su trabajo, que realizan con una gran perfección; son unas secretarias extraordinarias.

—Una pregunta —dijo Marcos—. ¿Sólo tenían entonces disponible el programa para secretarias?

—En efecto, lo diseñaron con urgencia para resolver la situación de huelga, y fue el primero que consiguieron. Luego vino el de actividades domésticas.

—El que aplicó luego a la servidumbre.

—Sí, pero eso los programadores nunca lo supieron. Niedrig los tenía engañados, y ellos suponían que realizaban programas para autómatas, o sea, los que luego aplicaron al perfecto acompañante.

—Entonces, la aplicación del programa doméstico en humanos se realizó bajo la única responsabilidad del doctor Niedrig.

—En efecto, lo experimentaron en las sirvientas de la casa. Tengo cinco, y todas están programadas.

—Y luego le tocó a usted.

—Lo mío fue algo especial. Adolf sugirió a los programadores un estudio a realizar conjuntamente con neurofisiólogos; se trataba de realizar un programa, no de actividades, sino de motivaciones. Un programa vocacional... no sé cómo expresarlo. Creo que empezó a pensar en él a partir de las experiencias con el sueño artificial. Si por medio de impulsos eléctricos el sujeto soñaba que actuaba como un artista, o

como un deportista, o como un viajero, también se podría conseguir en la vida real, y por medio de impulsos eléctricos cerebrales, la misma motivación estando el sujeto despierto.

—Realmente ingenioso —dijo Marcos—. Y ése fue el programa que le implantaron.

—En efecto, ese programa fue. Adolf estaba entusiasmado con los resultados; creo incluso que lo recibió como parte del plan que denominó «Operación Cocoliso», y que era un paso previo para la obediencia total que reclamaba la Nacional Democracia. El caso es que un día tuvimos un altercado fenomenal. Los dos estábamos muy nerviosos. Yo le dije que era un monstruo, y que me iba.

»De pronto, adiviné lo que pensó, y me dio miedo. Me tomó de la mano; me resistí, me retorció el brazo, me hizo daño, me llevó a mi habitación y me encerró.

»Yo grité, golpeé la puerta y las paredes, rompí espejos, desplazé los muebles... De pronto Adolf entró, enormemente serio, con un vaso en la mano: “Bébelo”, dijo. “¿Qué es?”, pregunté. “Es un tranquilizante. Te sentará bien”, pero su expresión no permitía dudas: me lo tuve que beber. Me dormí en seguida.

»Cuando desperté me noté algo extraña. Adolf estaba junto a mí. Por primera vez durante los últimos días, le noté muy amable conmigo. “Verás, Celia —me dijo—, nuestra vida va a cambiar; va a ser totalmente distinta.” Y me tocó suavemente el cuello.

»De pronto sentí un impulso enorme hacia él. Le amé, le deseé, le quise intensamente. Aún estaba en la cama y me lancé en sus brazos... “Abrázame, apriétame, hazme daño”, le dije, sintiendo la enorme necesidad de ser querida, amada, estrechada, aprisionada. Él lo hizo, con un deseo enorme. Nos amamos intensamente. Quedé saciada y dormí profundamente.

»Al despertar, por la tarde, me encontré de otra forma. Sentí ahora unos deseos enormes de ayudarle en su trabajo. Pedí todo un arsenal de secretaría y monté una verdadera oficina. Adolf estaba contentísimo. Ya no nos peleábamos. Durante días organicé archivadores, dictáfonos, carpetas. Recordé rápidamente lo que sabía de escribir a máquina, y me perfeccioné.

»Al parecer, el programa tenía varias posibilidades, e incluso se podían introducir nuevas programaciones. He sido pintora, artista, princesa romántica, vampiresa de cine, secretaria. He vivido intensamente cada personalidad, como una actriz de teatro, sólo que sin fingir, porque realmente era yo la deportista, la secretaria, la amante...

—Hasta nuestra aparición —dijo Melania.

—En efecto. Cuando les vi bajo la personalidad de secretaria de Adolf, estaba realmente atendiendo a unos enviados suyos, pero cuando me desconectaron la batería volví a ser yo misma; Celia, la amante de Adolf, como dirán algunos, pero amante voluntaria, no por ningún circuito implantado. Porque, a pesar de que

comprendo que es un monstruo, que lo que ha hecho conmigo es incalificable, que no puedo volver nunca con él, a pesar de todo le sigo queriendo porque sé que lo hizo para conservarme.

Marcos y Melania se miraron, comprendiendo.

2

En la sala de reuniones del Secretariado de Información esperaban ya sentados diversos Jefes de Servicio y Técnicos. Se abrió la puerta y entró el Secretario de Información. Ocupó el asiento libre en la presidencia de la mesa.

—Señores; ya se les ha informado anteriormente de la extraordinaria importancia de los momentos que vivimos; se puede decir que está en juego la existencia misma de la democracia en nuestro país, que puede verse sustituida por un sistema totalitario como hasta ahora no hemos sido capaces de concebir.

Asintieron, preocupados.

—Afortunadamente tenemos controladas todas las cadenas de televisión del país, y muy especialmente la emisora central, que puede ser el punto neurálgico de la posible intervención extraña. No obstante, para aclarar cualquier duda en nuestra campaña de protección, he rogado que acuda a esta reunión el ingeniero de Telecomunicación, señor Marcos, que posiblemente nos podrá facilitar las informaciones adicionales que necesitamos.

En aquel momento se abría la puerta y entraban Marcos y Morgan. Se sentaron a la mesa, junto al Secretario de Información, que continuó:

—Y como ya tenemos entre nosotros al señor Marcos, pueden ustedes comenzar a hacer preguntas.

—Veremos si las puedo contestar —indicó Marcos.

—Supongo que la mayoría sí, porque se referirán a aspectos técnicos de la cuestión —dijo el Secretario—. Adelante, señores.

—Soy el Jefe de la Sección de Protección —se presentó uno de los asistentes—. Señor Marcos, nos interesa conocer si no hay ninguna forma de detener el efecto de esto que llamamos fuerzas psi, es decir, algún tipo de barrera, blindaje o similar.

—No, no existe —contestó rotundo Marcos—. No son ondas electromagnéticas que se puedan anular mediante un revestimiento metálico; no son ondas mecánicas, cuya transmisión se pueda detener mediante el vacío. Son ondas especiales, de naturaleza desconocida, y cuya progresión no se puede, por ahora, detener de ninguna manera.

—Entonces —siguió preguntando el mismo—, ¿todos estamos siendo afectados

por las ondas psi?

—En realidad lo estamos —contestó Marcos—. Lo que ocurre es que su intensidad es tan pequeña que no ejercen ningún efecto sobre nosotros. Parece ser que si desde un emisor —que por ahora sólo son las personas dotadas de poderes especiales—, se emiten estas ondas psi, su efecto decrece con la distancia. La clave del control de los ciudadanos utilizando las ondas psi reside en dos artificios; primero, en aumentar la intensidad de estas ondas mediante un amplificador ideado, precisamente, por las Industrias Para; segundo, el introducir estas ondas amplificadas en las redes normales de la televisión para que el receptor de televisión actúe, cara a los espectadores, como un emisor de ondas psi. De este modo, los que ven la televisión en el momento de la emisión de la onda psi amplificada quedan sometidos a su efecto sin posible rechazo.

En aquel momento entró un ordenanza que tendió silenciosamente un télex al Secretario de Información. Este lo leyó rápidamente y entornó los ojos.

—Ingeniero Marcos —dijo—, permítame que le lea el télex que acabamos de recibir y le pregunte si tiene algún sentido para usted. Escuche:

«Greensburg (Virginia). Éxito insospechado de la campaña antitabaco. En el momento en que la televisión difundía el anuncio de la Secretaría de la Salud sobre propaganda antitabaco, todos los ciudadanos arrojaron sus cigarrillos, puros y pipas. Seguidamente salieron a la calle formando una manifestación que se dirigió silenciosamente al Ayuntamiento, donde expresaron al Alcalde su adhesión a la campaña estatal, rogando se clausuraran inmediatamente todos los establecimientos expendedores de tabaco. Seguidamente, se retiraron ordenadamente a sus casas.»

—¡Claro que tiene sentido! —dijo Marcos, excitado—. Quisiera preguntar...

—Pregunte. Creo que le daré la respuesta.

—¿También estaban viendo un canal único de televisión en Santa Mónica?

—En efecto. Se transmitía un encuentro de *base-ball* de gran rivalidad local y toda la población estaba pendiente de las pantallas cuando dieron el anuncio.

—Y el enlace local ¿es por cable o por ondas?

—Por ondas. Existe un repetidor cercano al pueblo que amplifica la señal y la emite a la población.

—Está clarísimo —concluyó Marcos—. Ya han conseguido la emisión de la onda psi adicionada a la onda de televisión y además, tienen un dispositivo móvil para hacerlo. Supongo que será un camión con remolque. Y además han controlado la intensidad del efecto; sin ser tan violento como en el caso de Little Falls, han conseguido igualmente lo que pretendían.

Sonó el teléfono situado junto al Secretario. Este lo tomó y escuchó, asintiendo.

Colgó y se dirigió a Marcos.

—Nuestros agentes de Virginia han informado que de la encuesta iniciada se deduce que en el momento de la emisión existía un gran camión cerca del repetidor. No se tienen detalles de él, porque no tenía ninguna señal de identificación, y quienes lo vieron no le prestaron demasiada atención. Después del momento de la emisión del anuncio, el camión había desaparecido. Hemos iniciado una amplia búsqueda por la zona, pero las posibilidades de localizarlo no son muchas. Y ahora, señores, ¿alguna pregunta más?

—Sí —pidió otro de los asistentes—. Soy el jefe de la Sección de Control. En su opinión, señor Marcos, si a pesar de nuestra protección el grupo de Nacional Democracia intentara interferir la emisión de televisión con ondas psi, ¿en qué momento lo harían?

—Una pregunta interesante —contestó Marcos—, porque nos obliga a especular. Desde luego, la onda psi se puede superponer a la emisión normal en cualquier momento; por tanto, más que sobre consideraciones técnicas nos hemos de basar en consideraciones psicológicas.

»En primer lugar, sabemos que cuando la imagen y el sonido de la emisión coinciden con la motivación, el efecto se refuerza. Por ejemplo, no tendría objetivo motivar contra el tabaco en el momento en que se hace la propaganda de una marca de tabaco. De modo que podemos prever que la emisión de la onda psi se hará en un momento de propaganda televisiva favorable a Nacional Democracia. En segundo lugar, sabemos que se pretende conseguir el máximo efecto, lo que quiere decir que se buscará el momento de máxima audiencia. Desde mi punto de vista ambas consideraciones nos permiten suponer que el intento de superposición de la onda psi se realizará durante la actuación ante la televisión del Líder de Nacional Democracia, Adolf Sturm.

—Qué será —aclaró el Secretario— inmediatamente antes de la intervención del Líder de la Oposición Mayoritaria, a la que seguirá la intervención del Presidente.

—Exactamente a las ocho treinta de la tarde —precisó Morgan.

—Exacto —dijo el Secretario—, de modo que cuando cese la intervención de Adolf Sturm podremos decir también que habrán cesado nuestras preocupaciones.

Todos asintieron. El Secretario de Información se levantó y todos siguieron su ejemplo, saliendo por las puertas laterales.

Marcos se acercó un momento al Secretario.

—Señor Secretario —dijo—, durante la conversación he tenido una idea que quizá le pueda parecer absurda, pero que a lo mejor resulta de gran interés.

Se la explicó resumidamente. El Secretario asintió con la cabeza, tomó alguna nota y trazó un rápido bosquejo.

—Desde luego —comentó—, parece totalmente absurdo, pero debemos probarlo

todo. Daré las órdenes oportunas.

3

Adolf entró en su piso furioso. Minutos antes le habían informado de lo ocurrido. Era increíble. Habían entrado en la casa con un truco de niños, se habían llevado importantes documentos y le habían raptado a Celia. Porque desde luego era un rapto, de eso no cabía la menor duda.

Repasó los documentos que quedaban y dio un respiro. No habían encontrado el que contenía el Plan Definitivo. Y por pura casualidad; porque los detalles se habían ultimado recientemente y él, con las reuniones de los últimos días, aún no lo había comentado con Celia. Y precisamente para comentarlo con ella lo había guardado en otro sitio. De modo que no se podrían imaginar cómo iba a realizarse el enlace.

Pero estaba el rapto de Celia. ¿Quién lo habría hecho? Debería esperar una comunicación de los raptos. Daría todo el dinero que pidieran. Y después, con la Nacional Democracia, ya se encargaría de ellos.

Porque no se podía exponer a que Celia contara sus intimidades —le recorrió un sudor frío—. Pero no. Eso era imposible. Estaba programada. Y ninguno de sus registros de programación permitía el recuerdo; el recuerdo sólo quedaba —le habían dicho— en el subconsciente de la auténtica personalidad.

Debía concentrarse. Adolf, debes concentrarte, recobrar la calma, Adolf, en el momento crucial de tu vida, Adolf, al borde mismo del poder. El plan estaba comprobado experimentalmente en dos pequeñas localidades, todo estaba preparado, el doctor Niedrig, los enlaces, los tres Lamas. También el consejo de la Nacional Democracia dispuesto para la toma de posesión, para comenzar a actuar inmediatamente desde las nuevas Secretarías. Y trazados los planes de control completo del país, la «Operación Cocoliso».

Sonó el teléfono. Adolf escuchó. Contrariamente a lo habitual, no hizo ningún comentario. Sólo un seco: «Está bien. Adiós.» Y se dejó caer en el sillón.

Así que el asalto parecía organizado por el Servicio de Información, y Celia se encontraba ahora en la sede del Servicio, al parecer voluntariamente.

Terrible.

Se sintió enormemente abatido.

Pero no, el plan no podía fallar. Eran años de dedicación y trabajo, Estaba ajustado y perfilado cuidadosamente, paso a paso. Y después de todo, los documentos filtrados sólo proporcionaban información general, pero no los detalles. Y para destruir el plan había que conocer los detalles. Seguramente vigilarían la emisora

central de televisión y los repetidores. Eso ya estaba previsto. Pero no afectaba nada al desarrollo del plan.

Lo importante era que Celia se había ido. Voluntariamente. Eso estaba claro.

Sintió una ola de ira que le saturaba.

Años de intimidad para eso. Para que escapara con sus planes y sus secretos, por fortuna ocultos bajo la programación. Y para que le dejara solo, completamente solo.

Se acercó al mueble bar y se preparó un whisky doble. Lo bebió de un trago. Se sirvió otro.

Miró en torno. El gran salón se le antojó terriblemente frío. Lo recorrió a grandes pasos mientras bebía y meditaba.

A punto de lograr el máximo poder mundial, ¿que le ocurría? ¿Qué era esa tristeza, ese decaimiento? Como si la tensión de los últimos días le hubiera abandonado y en su lugar sintiera una tremenda flojedad.

Iba a ser el hombre más poderoso del mundo, y se encontraba solo.

Tenía que dominarse. Pero, curiosamente, siempre había comentado todo con Celia, y estaba acostumbrado a su presencia confortadora y programada; ya no podía pensar sin Celia.

Y ahora, cuando más planes tenía que hacer, cuando más decisiones tenía que tomar, casi no podía pensar. Era completamente absurdo.

Se sentó, irritado. Necesitaba hacer algo. Necesitaba pensar. Necesitaba concentrarse.

Llamó por el teléfono interior.

—Que suba Bárbara, por favor.

A los pocos momentos llamaron a la puerta del salón. Entró la muchacha programada, con su aspecto eficiente, pulcro, dispuesto y respetuoso.

—¿Qué desea el señor?

—Bárbara —al verla confirmó su recuerdo: tenía la talla y el tipo de Celia, si bien era morena—. Venga conmigo. Pase a la habitación de la señorita Celia.

Entraron. Él abrió el armario de Celia, con gesto brutal, y repasó rápidamente los trajes. Tomó uno y lo tiró en la cama. Eligió unos zapatos y los apartó igualmente. Sacó una peluca rubia de Celia de su soporte y se la tendió a Bárbara.

—Ponte todo esto, Bárbara; maquíllate como la señorita Celia y luego sal al salón.

—Sí, señor —dijo Bárbara; su programación elemental sólo le permitía cumplir órdenes. Comenzó a prepararse.

Adolf volvió al cuarto de estar. Encendió la lámpara baja del rincón donde se sentaba Celia, y disminuyó la intensidad de las luces generales.

Bárbara salió. Se había identificado con lo que se le pedía. Con el traje de Celia, su peluca, sus zapatos, su tipo de maquillaje y unos discretos adornos, el parecido era

grande. Y la discreta niebla de alcohol de Adolf suplía las pequeñas diferencias.

—Muy bien, Bárbara. Lo has hecho muy bien. Ahora siéntate ahí, estate quieta y escucha. No interrumpas. Sólo cuando te pregunte algo contestas sí o no, o mejor, sólo afirmas o niegas con la cabeza.

—Sí, señor —dijo Bárbara. Y se sentó en el rincón preparado.

—¡Ah! Y te llamaré Celia todo el rato, ¿entendido?

—Como quiera, señor.

Adolf tomó otro trago. Parecía difícil empezar, pero con el alcohol vio a Celia, identificó a Celia. Se comenzó a encontrar seguro.

—Celia —dijo—, vamos a estudiar el plan de mañana. A primera hora, repaso general con el doctor Niedrig. Luego, reunión con el Comité político de Nacional Democracia. Repaso final de la intervención ante la televisión. Reunión larga, sin duda. Consigna: no asustar al electorado. Si es necesario, concesiones; no importa cuántas. Imagen de orden y autoridad, pero asegurando los derechos constitucionales y la continuidad de la democracia.

Bárbara-Celia asintió discretamente, posesionada de su papel de apoyo emocional y admirativo. Adolf la miró rápidamente y recordó a Celia. ¿Cómo le podía haber influido tanto, sin que él se diera cuenta?

—Luego —continuó—, comida de trabajo con el equipo de propaganda. Detalles finales para la intervención: traje, corbata, fondo, entonación. Posible alusión a algún problema importante de última hora que nuestro Partido solucionará. Acción, movimiento de brazos. ¿Alguna imagen intermedia? No parece necesario.

»Tarde: corto descanso tras la comida, para estar en forma. Salida hacia los locales de Nacional Democracia. Saludo al Comité político. Preparación. Control de las noticias. Llegado el momento, transmisión del mensaje en directo. Y coincidiendo con la frase final, “Votad mañana Nacional Democracia”, introducción del impulso psi. Control de los telespectadores.

»Finalmente, con el comité político, escuchar las intervenciones del Líder de la Oposición Mayoritaria y del Presidente Donovan. Cena y primera reunión, informal, por supuesto, del nuevo Gabinete. Designación definitiva de Secretarías y estudio de la puesta en marcha de la primera fase de la “Operación Cocoliso”.

Se detuvo, indeciso. Miró, ahora más intensamente, a Bárbara-Celia, que apenas se había movido, aureolada la caballera rubia a la luz de la lámpara baja, tal como le ocurría a Celia cuando se sentaba en aquel rincón del sofá.

Y Adolf sintió, de pronto, una ternura inmensa.

Súbitamente, cambiando de tema, se encaró con ella.

—Y tú, Celia, dime —exclamó de pronto—, ¿por qué te has ido? ¿Por qué me has dejado solo, en este momento, cuando más te necesito, cuando estamos a punto de alcanzar el triunfo?

Y tras una ligera vacilación, siguió:

—¿No sabías que yo, a mi modo, te quería? ¿Que encontraba un enorme consuelo durante estos ratos juntos, cuando contigo trabajaba y organizaba? ¿Qué contigo descansaba, me estabilizaba? ¿Que te amaba? ¿Por qué me dejaste, Celia?

Se acercó a Bárbara-Celia y se sentó junto a ella. Se sentía terriblemente cansado.

—Sabes, Celia —dijo, acariciándole la rodilla—. Siempre he estado muy solo. Los líderes siempre estamos solos. Es nuestro destino.

»Sólo contigo encontré la compañía que necesitaba. Te programé, es cierto, pero era porque quería conservarte y veía que si discutíamos, en algún momento me podías dejar.

Bárbara-Celia escuchaba, asintiendo. Su programa no le permitía conversar, la única alternativa de que disponía su mini computador era el asentimiento reposado.

Adolf la abrazó, emocionado.

—Celia, por qué te has ido... —dijo. Y rompió a llorar.

Y lloró, como hacía mucho tiempo que no lo hacía, quedamente, lentamente, mansamente, abrazado a Bárbara-Celia y sintiendo, extrañamente, una profunda frustración humana en el momento en que estaba a punto de conseguir el mayor grado de poder imaginable en el mundo.

Así estuvo largo rato.

Finalmente, se fue calmando. Se serenó, se limpió las lágrimas. Bárbara-Celia se arregló ligeramente el pelo y el vestido y continuó en su mutismo sonriente.

Adolf se levantó y dio unos pasos por el salón. Pasada su debilidad, debía concentrarse para el día cumbre. Y además, se sentía relajado. Expresar libremente los sentimientos liberaba, sin duda alguna. Unas horas de sueño y una ducha y se encontraría nuevo.

Sólo faltaba resolver un detalle.

Se acercó a la mesa del despacho y tomó unas tijeras de escritorio. Cortó uno de los cordones de las cortinas y, en la penumbra, se acercó a Bárbara-Celia, impasible en el círculo de luz de la lámpara baja.

—Lo siento, Celia —murmuró—, pero tengo que hacerlo. Debo asegurar mi intimidad.

Bruscamente, le pasó el cordón por el cuello y comenzó a apretar.

—Perdona Celia —siguió, condolido—, pero es la única solución segura.

Bárbara-Celia se agitó bruscamente y se llevó las manos al cuello. Los minicomputadores no podían controlar el instinto vital; el ser vivo, programado o no, lucha siempre por conservar la vida.

Bárbara-Celia se debatió furiosamente. Adolf siguió apretando, jadeante. Bárbara-Celia se contorsionó, se agitó violentamente. Su cara se puso rojiza. Por fin fue moviéndose cada vez más quedamente, y finalmente quedó inmóvil.

Adolf cedió la presión del cordón en el cuello. Tomó el cuerpo flácido y lo tumbó en el diván. Le puso, con cuidado, una manta por encima, cubriéndola totalmente.

—Tenía que hacerlo, Celia —dijo.

Pasó a su dormitorio y se durmió, agotado.

9. El pájaro pensante

1

El día de la propaganda electoral amaneció radiante. Para millones de ciudadanos significaría un día normal de trabajo que finalizaría escuchando, en la televisión mural, los discursos de los candidatos a la Presidencia exponiendo sus programas. Para miles de ciudadanos supondría la intervención en la campaña de protección y vigilancia de medios de comunicación, instalaciones estratégicas y colegios electorales, de tres días de duración. Para unas pocas personas, conocedoras de los planes de Adolf Sturm, supondría un día de fuerte tensión.

Melania y Celia, a pesar de sus protestas, habían quedado en el edificio del Servicio de Información. El Secretario, Morgan y Marcos habían acudido por la mañana al Centro Emisor de televisión, donde ya les esperaba el Director técnico, conocido de Marcos. Con él y otros técnicos del Centro repasaron detenidamente las instalaciones, sin encontrar nada anormal.

Marcos se encerró breves momentos con el Director técnico acordando algunas medidas complementarias de protección, que se ordenaron inmediatamente. No obstante, la intranquilidad continuaba.

Los helicópteros que sobrevolaban la zona informaron que por las cercanías no se observaban camiones de gran capacidad de ningún tipo. Los técnicos electrónicos informaron que el cable conductor a la antena no tenía fugas. Los contactos introducidos con el equipo que iba a registrar la intervención de Adolf Sturm desde su despacho de Nacional Democracia informaron que toda la instalación era correcta y que había que descartar la posibilidad de conexiones extrañas.

No obstante, seguía la intranquilidad.

A mediodía, un coche del Servicio de Información se acercó al Centro Emisor y entregó un paquete a Marcos. Éste lo abrió y extrajo un casco como de motorista, aunque ligeramente más abultado. Lo examinó por fuera y por dentro y lo dejó, complacido, a su lado.

No obstante, seguía la intranquilidad.

2

A las diecinueve treinta despegó el avión de pasajeros que hacía el recorrido Chicago-Washington. Disponía de un departamento para viajeros de primera clase, con doce asientos, que comunicaba por una puerta directa a la cabina de los pilotos. A los diez

minutos de vuelo, los seis primeros pasajeros se levantaron, entraron en la cabina de mandos y redujeron a la tripulación; los restantes, fueron inmovilizando a las azafatas a medida que entraban en el departamento anterior. La tripulación, según las órdenes habituales, no se resistió.

Se obligó al piloto a ceder el asiento a uno de los asaltantes, que mostró ser perfecto conocedor del manejo del aparato. Desconectó el piloto automático, y desvió ligeramente el avión de la ruta trazada. Mientras, otro de los asaltantes habló por el teléfono interior a los pasajeros comunicando que debido a maniobras militares el avión debía aterrizar y permanecer durante dos horas en un aeropuerto auxiliar. Los retrasos y los cambios de planes de vuelo eran tan frecuentes que la comunicación sólo despertó unas débiles protestas.

El aeropuerto auxiliar aludido era una antigua base aérea cuya pista parecía recientemente preparada. En el momento de aterrizar, algunos pasajeros pudieron ver despegar a otro aparato idéntico; lo que no llegaron a apreciar fue que sus siglas de identificación eran las mismas que las de su propio avión.

El avión recién despegado tomó la ruta del primero. La maniobra se realizó en pocos minutos.

El interior de este avión se encontraba dividido en tres partes. La posterior era una sala con divanes y paredes aislantes. En ella, los tres Lamas jugueteaban, se hacían cosquillas, se daban palmaditas y se gastaban bromas. La parte central del avión se encontraba llena de aparatos electrónicos; dos técnicos aseguraban su funcionamiento. En la parte anterior, tres personas, a las órdenes del doctor Niedrig, manejaban unos complicados dispositivos. Se distinguían una gran antena parabólica apoyada por completo en la pared derecha del fuselaje, una pantalla de radar y un televisor, que transmitía el programa de la cadena nacional.

El avión siguió su rumbo hacia Washington.

3

Veinte horas.

La emisora central inició el programa especial sobre las elecciones. El locutor recordaba el derecho y el deber de votar de todo ciudadano. La locutora explicaba la forma de votar. El locutor, cómo se configuraría el Congreso según los votos logrados por cada partido. La locutora...

Veinte quince.

Adolf Sturm ya estaba preparado en su despacho. Leyó el papel que le habían pasado hacía un momento: «Pájaro viajero sustituido por pájaro pensador». El plan se desarrollaba perfectamente. Los consejeros de la campaña aún discutían el ángulo de iluminación más apropiado. (¡Cuidado con la mandíbula prominente!) Se imponía la tensa espera, observando el reloj y la televisión hasta que llegara el momento de actuar.

Veinte veinte.

El avión procedente de Chicago sobrevoló el aeropuerto de Washington donde debía aterrizar. El piloto transmitió un angustioso mensaje: «Tren de aterrizaje atascado. Imposible aterrizaje normal.»

Oficial de vuelo: «Intenten de nuevo.»

Piloto: «Varios intentos fallidos. Completamente atascado.»

Oficial de vuelo: «¿Queda mucho combustible?»

Piloto: «Para unos treinta minutos.»

Oficial de vuelo: «Manténgase a esa altura hasta agotar el combustible. Prepararemos una pista con espuma para el aterrizaje de emergencia.»

Piloto: «Correcto. Mantendremos contacto.»

El avión comenzó a trazar un amplio círculo sobre la Capital Federal. En la pantalla de radar se perfilaba ya la torre de la emisora de televisión.

Veinte veinticinco.

El Secretario de Información, Marcos y Morgan están en un coche junto a la antena central de televisión, siguiendo el programa por un televisor portátil.

Todo estaba en calma total. Parecía como si Adolf Sturm hubiera desistido de sus propósitos.

Oyeron un lejano zumbido en el aire. Identificaron un avión de pasajeros que se iba aproximando.

—¿Qué avión es ése? —preguntó el Secretario.

—Parece un avión normal de pasajeros.

—A esta hora —dijo Morgan— tiene su llegada el avión de Chicago.

—Entonces, ¿por qué no aterriza?

—No lo sé, estarán en huelga de celo en el aeropuerto, o algo así. Últimamente pasan muchas cosas de ésas.

No obstante, se dirigió hacia el radioteléfono. Mientras, el Secretario de Información, inquieto, preguntó:

—Ingeniero Marcos, ¿podría instalarse en un avión un emisor de ondas psi?

—No se me había ocurrido esta posibilidad —dijo Marcos—, pero posiblemente

sí; no habría ningún problema especial en realizar esta instalación.

—Pero la antena emisora debería sobresalir del fuselaje.

—No necesariamente. Las ondas psi no son electromagnéticas; por tanto no son absorbidas por los metales. Se podría instalar una antena dentro del avión sin que perdiera su capacidad de emisión al exterior.

Morgan colgó el radioteléfono.

—Señor Secretario —informó—, el Jefe del Aeropuerto me indica que es el vuelo normal de Chicago que tiene problemas con el tren de aterrizaje y está esperando hasta agotar el combustible para realizar un aterrizaje de emergencia.

—¡Nada funciona bien en este país! —casi gimió el Secretario—. Entonces, se trataba de una sospecha infundada. Sigamos vigilando.

Pero lanzó una mirada inquieta al aparato.

Veinte veintisiete.

El locutor exponía el programa de Nacional Democracia: orden, tranquilidad, trabajo, progreso, autoridad.

En el despacho de Adolf Sturm los técnicos contaban los minutos que faltaban para intervenir. Adolf tenía sobre la mesa el texto de su intervención, escrito en tipos gruesos.

Un ayudante le pasó un papel: «Ojo pensante mira a ojo transmisor.»

Adolf Sturm sintió una enorme confianza en sí mismo.

Veinte veintinueve.

—Señor Presidente, sólo falta media hora para su intervención.

En el despacho del Presidente Donovan, los componentes de su Consejo Asesor se arrellanaban en los butacones de cuero. Junto a la biblioteca se había colocado un podio con el emblema del Partido; el Presidente quería hablar como un candidato más. Los técnicos realizaban las últimas pruebas.

—Veamos qué dice el candidato de Nacional Democracia —dijo el Presidente del Tribunal Supremo.

—Yo esperaré en la habitación de al lado —dijo el Presidente Donovan—, repasando mi intervención. No quiero dejarme influir por lo que afirmen unos u otros.

De esta forma cumpliría también lo prometido al Secretario de Información, de no situarse directamente frente a la pantalla del televisor.

Se habían tomado todas las precauciones posibles, pero, si algo fallara, el Presidente debía quedar fuera del radio de acción de la fuerza psi.

Veinte treinta.

—Y ahora —dijo el locutor—, pasamos la conexión al despacho del Presidente del partido Nacional Democracia, quien hablará en directo a nuestros telespectadores.

(En el despacho se encendió una luz roja. Frente a Adolf Sturm los técnicos habían colocado un gran reloj para el control de los diez minutos concedidos. La aguja comenzó a avanzar.)

—Señoras y señores —comenzó Adolf Sturm, con enorme seguridad—, les agradezco que me permitan entrar en sus hogares para que reflexionemos juntos en este momento en que, con nuestro voto, podemos decidir el porvenir del país.

En millones de pantallas murales aparecía el rostro enérgico, persuasivo, de Adolf Sturm. También en los millones de televisores portátiles, sobre todo en los que por razón de viaje o de trabajo no podían permanecer en sus casas. Entre ellos se contaba el televisor situado en el coche del Servicio de Información, junto a la antena central. Y también el situado en la sala de mandos del avión controlado por el doctor Niedrig.

En el avión todos actuaban de modo eficaz y silencioso. Al sonar un zumbido en la sala final, los tres Lamas se sentaron en el diván y se colocaron sus cascos. Ante ellos, en una mesa baja y con grandes caracteres se leía el mensaje telepático que debían lanzar sincrónicamente al amplificador de fuerzas psi: «Mañana votaré Nacional Democracia.»

El piloto inició una trayectoria circular cuyo centro, a la derecha del avión, era la antena central de televisión.

El reflector parabólico, apoyado en el lateral del fuselaje, se focalizó con ayuda del radar, exactamente sobre la antena. La dirección de la emisión quedó perfectamente centrada.

Por los televisores se seguía la intervención de Adolf, rápido, enérgico y apasionado. Sabía que todo el país estaba pendiente de él, y que había llegado su momento.

—¿No es extraña la trayectoria del avión? —dijo el Secretario de Información, preocupado.

—¿Todo preparado? —preguntó el doctor Niedrig—. Sólo falta un minuto.

—Muy suave el discurso —opinó el Presidente del Tribunal Supremo—. Quiere captar votos como sea.

—Y pensar que lo sigo queriendo —decía Celia, mirándolo—. Un niño grande, eso es lo que es.

—Por eso —seguía Adolf Sturm—, por la reconstrucción del país, por la defensa de las libertades democráticas, amenazadas dentro de este ambiente de anarquía en que nos debatimos...

—¡Dispuestos! —dijo el doctor Niedrig, con el dedo en el pulsador rojo.

—... Yo os pido —seguía Adolf Sturm—. ¡Votad mañana Nacional Democracia!
(Los tres Lamas repetían concentradísimos: «Mañana votaré Nacional Democracia», «Mañana votaré Nacional Democracia», «Mañana votaré Nacional Democracia»...)

—¡Ya! —dijo el doctor Niedrig.
Y apretó el botón rojo.

4

Los telespectadores vieron, en aquel mismo momento, a Adolf Sturm abrir desmesuradamente los ojos, como si hubiera recibido un enorme mazazo en la cabeza. Se tambaleó, miró con ojos vidriosos y expresión incrédula, y cayó pesadamente al suelo, agitándose, con la respiración entrecortada.

El cámara, como hipnotizado, seguía enfocando aquel cuerpo que se retorció y babeaba, presa de unas incontenibles convulsiones. Se vio el revuelo en el despacho, los ayudantes que se precipitaban a ayudar a su Jefe.

Y entonces se cortó la emisión.

La voz del locutor anunció: «Interrumpimos momentáneamente la emisión en directo hasta que podamos proporcionar más detalles de lo ocurrido al Presidente del Partido Nacional Democracia».

Apareció una foto fija y sonó música de circunstancias.

5

Mientras tanto...

Cuando el doctor Niedrig apretó el botón rojo, las tres personas situadas al pie de la antena, el Secretario de Información, Marcos y Morgan, comenzaron a sentir una sensación extraña.

—¿Qué ocurre? —preguntó el primero—. ¿Notan lo que yo?

Los demás asintieron.

—Como un cosquilleo interior, con una extraña sensación como si comenzara a comprender ¡Por fin!, que debo votar a Nacional Democracia.

—Salga del alcance del televisor —dijo Marcos—. Está ahora mismo delante de la pantalla.

—Pero yo no lo estoy —dijo Morgan—. Y noto exactamente lo mismo.

—Estaba equivocado, Marcos —le decía el Secretario de Información—, Adolf es realmente un hombre providencial. Nos traerá orden y paz.

—Maldición —dijo Marcos—. Yo siento lo mismo, pero sé a qué se debe. Es ese maldito avión, estoy seguro.

Marcos se precipitó al coche y sacó el casco que recibiera poco antes. Lo tendió al Secretario de Información.

—¡Póngaselo! —dijo—. ¡Inmediatamente!

Éste se lo puso.

—Extraordinario —comentó—. Ya no siento nada, no me afectan en absoluto esas ondas psi. Lo consiguió, Marcos, lo consiguió.

—Sí, señor Secretario... pero creo que yo también voy a votar Nacional Democracia.

En aquel momento Morgan les avisó urgentemente:

—¡Miren! ¡Miren el televisor!

La pantalla mostraba la horrible escena de Adolf Sturm, Presidente de Nacional Democracia, retorciéndose por el suelo y babeando.

—... Como estaba previsto —dijo Marcos.

El Secretario de Información le miró, con asombro.

—Creo, señor ingeniero —dijo—, que aún nos tiene que explicar muchas cosas.

—¡Ha cesado la emisión de ondas psi! —dijo Morgan—. Ya no siento el cosquilleo. Pero, a pesar de todo lo que me digan, votaré Nacional Democracia.

—Puede que yo también —dijo Marcos—, aunque el influjo que hemos sufrido no ha sido demasiado fuerte. Pero, o mucho me equivoco, o serán los únicos dos votos forzados obtenidos por el Partido.

6

—Primera pregunta —dijo el Secretario del Interior—. ¿Qué le ha ocurrido a Adolf? Porque no lo niegue, Marcos. Esto es obra suya.

Marcos introdujo la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de plástico con inclusiones metálicas.

—Ésta es la explicación —dijo—. ¿Qué es eso?

—Un circuito integrado que tiene diversos nombres. Vulgarmente se le denomina «filtrador». —¿Y qué hace ese... filtrador?

—Algo muy interesante. Según lo previsto por el doctor Niedrig, las ondas psi, una vez amplificadas y focalizadas, deberían, al llegar a la antena, reflejarse en ella —naturalmente, no empleo ahora un vocabulario técnico—, sumándose así a las

ondas de televisión emitidas. Hicieron una experiencia colectiva de este tipo, la de Greensburg, ¿recuerdan? El famoso efecto del anuncio antitabaco. Y dio el resultado apetecido, de modo que se confiaron en sus suposiciones, esto es, que las ondas psi viajarían en el mismo sentido que las ondas de la televisión, adicionándose a ellas.

—¿Y no es así?

—No necesariamente. El doctor Niedrig será un buen parapsicólogo, pero no es, precisamente, un experto en comunicaciones. Él y su equipo dieron por sentado que en un sistema de este tipo sólo se pueden vehicular las ondas en un sentido, y eso no es cierto. En determinados circuitos electrónicos se pueden transmitir ondas en la misma dirección, pero en sentidos contrarios. Así ocurre, por ejemplo, en transmisiones telefónicas por cable.

»Pues bien, de acuerdo con el Director técnico de Televisión, de quien debo decir que captó inmediatamente la idea, colocamos un filtrador similar a éste en la salida de la antena, para que, si llegara alguna onda psi, la introdujera en el sistema de modo que circulara por él en sentido inverso hasta el final del circuito, que en este caso es precisamente el monitor de televisión instalado en el despacho de Adolf Sturm, con todo lo que tuviera delante en ese momento. De este modo, las ondas psi, como un rayo de terrible eficacia, se han concentrado sobre su creador, el Líder de la Nacional Democracia.

—Con unas consecuencias terribles.

—Desde luego. Ha sido víctima de su propio invento.

El Secretario del Servicio de Información meditó brevemente.

—Visto así —dijo por fin—, se explica todo. Pero, ¡qué inteligencia tan extraordinaria la de este hombre! ¡Qué habilidad al hacer instalar el equipo en el avión!... —y, acordándose de pronto, preguntó—: Por cierto, ¿dónde está el aparato?

—En cuanto ocurrió lo de Adolf Sturm —dijo Morgan—, tomó dirección noroeste y desapareció.

—Bien, supongo que las fuerzas aéreas estarán alerta. Daremos instrucciones concretas para que recojan el equipo con el máximo secreto; no debe haber la menor filtración. Pero sigamos con el turno de explicaciones. En cuanto al casco...

—En cuanto al casco, señor Secretario, resulta de una sencillez extraordinaria. La pregunta era si existía algún sistema capaz de proteger de las ondas psi. Todos los investigadores partían del punto de vista de que había que tratar dichas ondas como ondas electromagnéticas, base que hemos visto que es errónea. Por ello no tuvieron éxito los medios físicos de blindaje. Naturalmente, nada podía detener las ondas psi si no se aplicaban los medios adecuados.

»Mi punto de partida fue distinto. Desde que primero Melania y luego los habitantes de Little Falls fueron afectados por ella, me di cuenta que se trataba de ondas no electromagnéticas, sino biológicas. Así que deseché su posible absorción

por protecciones metálicas o por circuitos electrónicos. Al contrario, me fijé en el hecho de que su actuación se realiza sobre el cerebro humano, lo que quiere decir que el cerebro, de alguna manera, absorbe las ondas psi. Por eso sugerí a los técnicos del Servicio de Información que construyeran este casco.

—Sí, transmití su petición, y debo confesar que lo recibieron con enorme escepticismo —dijo el Secretario de Información—, pero ha resultado eficaz.

—Pero, ¿cuál es la protección? Dijo impaciente Morgan.

—Cerebros, Morgan. Cerebros de mono triturados. Entre la capa externa del casco y la interna que se adapta a la cabeza hay un espacio relleno de una pulpa de cerebros de monos con un conservador biológico. Era sólo una hipótesis, pero que se ha comprobado eficaz: a un agente biológico, una protección biológica.

—Ingeniosísimo, Marcos. Mañana se lo podrá exponer personalmente al Presidente en la entrevista que nos ha concedido.

—Por cierto —dijo Morgan—, que comienza a hablar en este momento.

Los tres acudieron a la pequeña pantalla del televisor portátil. En ella aparecía la figura correcta, ponderada, inspiradora de confianza, del Presidente Samuel Donovan.

—Señoras y señores —comenzó a decir—. Un sorprendente acontecimiento cuyo desenlace hemos vivido todos por televisión hace unos momentos, en relación al Líder de Nacional Democracia, Adolf Sturm, me obliga a informar urgentemente al país en calidad de Presidente y no, como estaba previsto, como Líder del Partido político que dirijo.

»Sí. Según todos los indicios ha existido una conspiración para conquistar el país influyendo por medios no lícitos en la voluntad del electorado. Se pretendía utilizar para ello fuerzas de naturaleza aún no bien conocida y sobre las que están investigando nuestros técnicos. Sin embargo, y por causas extrañas, estas fuerzas, no bien controladas, han recaído sobre la persona del Líder de Nacional Democracia que en ese momento actuaba en directo ante las cámaras, dejándole en un estado de anulación mental, que, según los primeros informes de que disponemos, presenta una muy remota, si no nula, posibilidad de recuperación.

»Mañana acudiremos a las urnas. Como Presidente, debo pedirles que hagan una elección serena y reposada hacia quien les ofrezca conjuntamente el binomio de libertad y autoridad. Ni la libertad excluye la autoridad, ni la autoridad debe anular, necesariamente, la libertad. Debemos disponer de nuestra libertad para elegir nuestros gobernantes y nuestros legisladores. Los primeros deben aplicar toda su autoridad para hacer cumplir las leyes emanadas de la voluntad popular. Y los legisladores deben proporcionar a los gobernantes las opciones legales necesarias para manejar con firmeza, seguridad y autoridad, los mecanismos de gobierno.

»A veces, es cierto, pueden producirse exageraciones en uno u otro sentido. Durante estos últimos años los representantes populares han dictado leyes que hasta

tal grado han intentado respetar los derechos individuales y corporativos, que han hecho muy difícil la tarea de gobernar con autoridad dentro de la Ley. Esta Presidencia ha procurado siempre conjugar las tareas de gobierno con un absoluto y total respeto a la legislación, para lo cual hemos contado siempre con la ayuda inapreciable del Tribunal Supremo.

»Esta situación no se puede mantener, tiene que cambiar, pero debe cambiar legalmente. Los próximos legisladores deberán comprender que para que el país camine hay que disponer de leyes eficaces para combatir las huelgas salvajes, la irresponsabilidad, el delito, en suma, el abandono en que se encuentra el país. Y el próximo Presidente, sea quien sea, deberá tener el respaldo mayoritario de las Cámaras para actuar con toda la energía cuando la situación lo requiera.

»La democracia de los Estados Unidos ha sufrido, el día de hoy, un grave peligro. Se ha podido salvar. Pero hay que consolidarla y robustecerla una vez más. Tenemos que comenzar una nueva era. Acudid mañana a votar demostrando, con vuestra asistencia mayoritaria a las urnas, la voluntad popular de respaldar nuestro país y su sistema de gobierno.

Terminada la alocución, la pantalla mostró el rostro del Presidente con una progresiva sustitución por el escudo presidencial, mientras se oían los acordes del himno nacional.

El Secretario de Información cortó la emisión.

—Bueno para ser improvisado —dijo—. Lo que hacía falta. Breve, pero suficiente.

10. El rayo que suicida

1

El doctor Niedrig sintió, quizá por primera vez en su vida, una intensa pena. Ante él, en el hospital, en una silla de E ruedas, con la mirada ausente y un ligero hilillo de baba en la comisura, se encontraba Adolf Sturm, su Jefe, el Líder indiscutible, el Hombre Providencial que la nación necesitaba. Las esperanzas de conseguir de una vez para siempre un Nuevo Orden, un estado autoritario y eficaz, eran ya muy remotas.

Se aproximó. Le pareció ver un destello de reconocimiento en su mirada. ¿Real? ¿Imaginado? Se acercó. ¿Querría decirle algo?

Con un hilillo de voz apagada, Adolf Sturm le susurró: «Mañana votaré Nacional Democracia».

Era lo único que retenía aquel cerebro. El formidable impacto de la onda psi había anulado todo lo demás. Consternado, salió. Se dirigió a su despacho en los laboratorios secretos de Industrias Para.

Pensaba, mientras, en los acontecimientos de los últimos días. Y sobre todo en los del día de hoy. La emisión de la onda psi desde el avión. La patética escena, ante todo el país, del desplome de su Jefe y Líder. La vuelta y el rápido aterrizaje del avión en la pista secreta, con el despegue del avión retenido. El desplazamiento, en coche, a la clínica, a la espera del menor resquicio de salvación del plan. Ahora debía ir con cuidado. Pronto comenzaría la actuación de la policía, o de los servicios de información.

Pero para él había algo más importante. Abrió la caja fuerte y sacó un sobre lacrado. Lo colocó sobre la mesa.

Estaba manuscrito por Adolf Sturm. Decía, simplemente: «Al doctor Niedrig. Para abrir sólo en caso de muerte, detención, desaparición o incapacitación de Adolf Sturm».

Tomó un abrecartas y rasgó el sobre. Sacó unas cuartillas, que extendió cuidadosamente sobre la mesa.

Tenía, ante él, todo el programa de su actuación el día siguiente.

2

En el despacho del Secretario de Información la reunión era alegre. Pasada la noche, repuestos ya de los sucesos del día anterior, se comentaban las incidencias pasadas y

se seguían los sondeos de opinión sobre las elecciones. En ocasiones consideraban de modo más profundo la tremenda aventura vivida.

—Siempre existe la tentación de recurrir a la violencia —decía el Secretario de Información—. Desde luego, la vía democrática no es fácil, y hay ocasiones en que incluso puede parecer insegura a la colectividad. Y entonces hay una clara tentación a la solución autoritaria.

—Basada en la fuerza —añadió Morgan.

—Desde luego, porque es muy difícil que una opción totalitaria llegue al poder por vía democrática. Debe usar la fuerza, ya sea de una o de otra forma.

—Pero Adolf Sturm no iba a utilizar la fuerza para las elecciones —intervino Melania—. Si acaso una especie de sugestión...

—Una fuerza mental, llámese como se llame —dijo el Secretario de Información—. Una vez más se repite la historia. Estoy seguro de que cualquier mente autoritaria ha pensado utilizar la fuerza más reciente, más sofisticada, para asaltar el poder. No me extrañaría que en otras épocas algunos desaprensivos ya hubieran utilizado la fuerza del vapor, o la de la electricidad, o cualquier otra, como instrumentos de dominio más que como elementos de progreso.

—En este caso —apuntó Marcos—, han sido las fuerzas parapsicologías. Nuevas energías, de terrible eficacia, que se comenzaron a conocer durante el pasado siglo xx y que sólo ahora comenzamos a saber manejar. Pero Adolf Sturm ha sido un adelantado. Ha confiado demasiado en sus técnicos y ha creído que los problemas prácticos estaban totalmente resueltos.

—Entonces, el peligro ya ha terminado —dijo Morgan.

—De momento, sólo de momento —indicó el Secretario de Información—. Ahora nos espera una delicada tarea: registrar completamente las Industrias Para. ¡Ya no tendremos problemas de tipo judicial!, retirar, en absoluto secreto, lo que pueda poner en peligro el orden y la seguridad nacional, y afianzar nuestra democracia para que pueda soportar cualquier otra conjura que pretenda derrocarla.

—Según los sondeos, el Presidente Donovan va a ser reelegido por una mayoría impresionante.

—No es extraño. Los últimos acontecimientos han hecho ver la necesidad de un mando fuerte, pero respetuoso con la Ley. El Presidente Donovan siempre ha actuado dentro de la más estricta legalidad, y por ello condicionado por unas leyes que le han impedido tomar medidas enérgicas. No hay duda de que ahora tendrá el apoyo necesario del Congreso y que terminará este período tan problemático que estamos pasando.

—En el fondo —indicó Marcos—, se enfrentaban dos conceptos del Gobierno. El Presidente Donovan representa la tendencia humanista: respetar el hombre individual como principio básico de la sociedad. Adolf Sturm, por el contrario, deseaba un

Gobierno fuerte y autoritario, aun a costa de destruir la libertad de la persona humana.

—Por cierto —intervino Morgan—, los expertos ya nos han proporcionado un resumen de la llamada «Operación Cocoliso». Inmediatamente a su toma de posesión de la Presidencia, Adolf Sturm pensaba repetir su técnica de utilización de fuerzas psi por la televisión para realizar un referéndum, consiguiendo la disolución de los partidos políticos para que sólo quedara la Nacional Democracia. Luego comenzaría la eliminación de oponentes, mediante un intenso tratamiento con fuerzas psi, o, en su caso, mediante programación. Estaban confeccionadas las listas de personas que se deberían programar.

—¿Estoy yo en ellas? —preguntó, curioso el Secretario de Información.

—Por supuesto, señor —dijo Morgan—. Están el Presidente y todo su Consejo, los Secretarios de Departamento y algunos Subsecretarios. También intelectuales, políticos, altos mandos militares, financieros, etc.

—Esto iba a ser, entonces, la Nacional Democracia —dijo el Secretario de Información—. Un inmenso hormiguero con millones de hormigas programadas.

—Desde luego. Era la solución de Adolf Sturm para conseguir el orden y la productividad.

—Pero —dijo Melania—, ¿para qué vivir, entonces? ¿Adónde conduce un estado tan monstruoso? ¿No es el objetivo del estado hacer posible la felicidad humana? Y, ¿qué felicidad se puede encontrar en un mundo sin libertad, donde todos son autómatas?

—Desde luego —indicó Marcos—, hay personas que prefieren lo que llamas la libertad del autómatas. Desde Goethe hasta ahora nos preocupa hasta dónde debe llegar la libertad y hasta dónde el orden. La libertad supone riesgos, que se deben afrontar individual y colectivamente. Por otra parte, los sistemas democráticos no excluyen la autoridad, siempre que se trate de una autoridad cedida por los ciudadanos al Estado.

—Todo eso está muy bien —intervino Melania—, pero vivimos en una sociedad real, no ideal. Y nosotros no somos esos seres con libertad absoluta y libertad de elección pura, sino personas que, en mayor o menor grado, estamos condicionadas. Ninguno de nosotros es completamente libre. Nos condiciona el pertenecer a una especie biológica, que aún nos marca con muchas costumbres animales. Nos condicionan nuestro sexo y nuestra edad, nuestro carácter, nuestros hábitos, nuestra educación, nuestra familia, nuestras enfermedades. El concepto de libertad es, en la práctica, muy limitado.

—Entonces —preguntó Morgan—, ¿apoyaría a Adolf Sturm en su intento de anular por completo las posibilidades de ejercer la libertad?

—De ninguna manera; al contrario: lucharía contra todo el que quisiera limitar, de

una u otra forma, nuestra libertad, y apoyaría a todo el que mejorara las condiciones para ejercerla. Sólo pido que se trate de libertades reales, pues si el hombre es la única especie animal que goza de libertad espiritual, hay que protegerla para que esta libertad sea auténtica y no se la condicione de ninguna manera.

—Eso es cierto —apoyó Marcos—, la libertad, individual o colectiva, ha sido pisoteada demasiado a menudo. La libertad molesta a muchos. Obliga a informarse, a opinar, a decidir, a tomar partido. La libertad, además, nos hace responsables de nuestros errores. En un sistema autoritario siempre es el superior quien tiene la responsabilidad, y no deja de ser un descanso tener a alguien a quien poder echar todas las culpas. Pero en un sistema libre, si algo no marcha, siempre es, en parte, problema nuestro, y es muy difícil soportar constantemente el peso de nuestros propios fallos.

—Pero la amenaza del totalitarismo ha cesado, por ahora —insistió Morgan.

—Por ahora —recalcó el Secretario de Información—. Sólo por ahora. Estoy seguro que ha habido muchos Adolf Sturm en el pasado y que seguirá habiéndolos en el futuro. Personas que al amparo de una situación política, de una ocasión favorable, buscan el poder con un afán personal de dominio, quizá convencidos de que son providenciales, que son los únicos capaces de ordenar una sociedad descompuesta. E implantan su sistema. Le podréis llamar tiranía o dictadura; lo que no hay duda es que siempre supone un tremendo baño de sangre y que sus consecuencias son, a la larga, más funestas que los males que pretendían resolver.

»Porque el principio de toda dictadura es la utilización del hombre como un instrumento al servicio de una idea: la nación, el espacio vital, la superioridad racial, el orden, la productividad, el futuro paraíso social... Llámese como se llame, si el fin del Gobierno no es el hombre, se está manipulando al hombre. Con el miedo, con la violencia, con la sugestión o con la programación.

Y añadió lentamente:

—Y hemos estado a punto...

3

La entrevista con el Presidente Donovan estaba concertada a las siete de la tarde. Cerrada la jornada electoral a las dos, según las nuevas normas, las computadoras estaban realizando el escrutinio y se sabía que el partido del Presidente poseía ya una abrumadora mayoría. El pueblo aprobaba su difícil gestión en el primer período, y se disponía a prestarle un nuevo soporte legal para la normalización del país.

El despacho daba una impresión de reposo y tranquilidad. Los muebles estilo

inglés, con los acogedores butacones de cuero, invitaban a la reflexión. Cuando entraron, Samuel Donovan, Presidente de los Estados Unidos, se levantó de su asiento en la mesa y les invitó a sentarse en las butacas.

—Lo sé todo sobre ustedes —dijo especialmente a Marcos, Melania y Celia—, pero quería saludarles personalmente, y siento no haberlo podido hacer antes. Han realizado algo sin precedentes para el país. Debo indicarles de entrada, la enorme gratitud que les debemos. Y ahora, por favor, cuéntenmelo todo. Con detalle. Tenemos tiempo.

Marcos comenzó su relato, cortado en ocasiones por Melania, que ampliaba alguna explicación, o por Celia, que perfilaba aspectos del carácter de Adolf Sturm, por quien el Presidente mostraba vivo interés. Refirieron su estancia en los laboratorios de las Industrias Para, el plan de investigación de la retroinformación, los autómatas, las experiencias de programación individualizada (Celia mostró su pequeño resalte en el cuello), la explicación de los incidentes de Little Falls y de Santa Mónica, la vigilancia en torno a la antena central de televisión, el avión con su emisor de ondas psi, el casco realizado bajo las instrucciones de Marcos.

—Aquí está, señor Presidente. Es el prototipo, que quiero entregarle porque quizá en el futuro los rayos psi se conviertan en un arma bélica, frente a la que se deban adoptar protecciones adecuadas.

Y fue precisamente en este momento cuando en el cerebro de los reunidos se comenzó a sentir un pequeño y sordo rumor. Primero, indescifrable. Luego subiendo de tono.

—¿Qué pasa? —dijo el Secretario de Información—, ¿no estaremos volviendo a lo mismo...?

Porque la voz interior se perfilaba, cada vez más intensa. Y se concretaba. Dentro de los cerebros se oía: «Suicidio, suicidio, suicidio».

A unos quinientos metros de la verja exterior de la Casa Blanca se encontraba parado un camión con un gran remolque. Externamente no se veía más, pues ninguna inscripción indicaba su destino o su propietario. Pero en el interior había unos asientos funcionales donde los tres Lamas, con sus cascos, repetían la palabra colocada ante ellos con letras gruesas:

«Suicidio, suicidio, suicidio».

Y el doctor Niedrig, dominando el control electrónico, enfocaba la antena parabólica, mediante un visor óptico, a la ventana del despacho presidencial, con un haz de ondas fuertemente localizado.

—Es como si oyera algo —dijo el Presidente—, como un mandato especial.

Marcos reaccionó con rapidez.

—Señor Presidente —dijo, acercándose a él con el casco—. Voy a ponerle este casco. Así estará inmune a las ondas psi. Y podrá avisar en seguida para que localicen

el camión en las cercanías y lo aniquilen.

—Pero... —dijo éste.

—Obedezca, señor Presidente —dijo el Secretario de Información—. Nos jugamos de nuevo el destino del país.

El Presidente se puso el casco rápidamente y se lanzó hacia los teléfonos.

—Y ahora —dijo Marcos—, salgamos de aquí.

—No puedo, Marcos —dijo Melania, angustiada—, resuena como una orden; no se puede desobedecer... quiero morir.

—Melania, no te dejes suggestionar...

Pero también en el cerebro de Marcos golpeaba el mandato. Era como el batir de un inmenso tambor, que no dejaba pensar, que impedía rebelarse, que poco a poco hacía factible la idea, la mostraba atrayente, impulsaba sin reservas.

En todas las mentes restallaba, como el ruido del pulso en los oídos, la misma palabra, monótona, persistente, insinuante... suicidio, suicidio, suicidio.

Se miraron angustiados entre sí. Ahora ya no cabía la rebelión. Había que cumplir la orden de la forma más rápida, más eficaz.

—La ventana... —dijo uno de ellos.

Mientras, el Presidente hablaba con las fuerzas de seguridad. Un helicóptero puso en marcha su rotor.

—La ventana... —dijeron. Y se fueron acercando.

Persistía, insistente, la invitación: suicidio, suicidio, suicidio.

Y sintieron un impulso súbito, un deseo irresistible. El Presidente, con un gesto inútil, trató de impedir el lanzamiento mientras daba órdenes por teléfono. Ya rápidamente, frenéticamente, se encaramaron al balcón Morgan y el Secretario de Información. Miraron hacia abajo, sintiéndose liberados, y se lanzaron al espacio.

También Celia se acercó, más lentamente, y miró hacia abajo.

El helicóptero ascendió rápidamente e hizo una amplia curva en torno a la Casa Blanca. Giró e inmediatamente descubrió el camión, a pesar de su camuflaje verde oscuro.

Celia se decidió y se lanzó al vacío. Su cuerpo cruzó el aire y cayó con un sonido sordo.

Del otro lado de la Casa Blanca salieron dos ambulancias con las sirenas ululantes.

Marcos y Melania se subieron al reborde del balcón. Se miraron con cariño, mientras que en sus cerebros repiqueteaba la palabra fatídica: «Suicidio, suicidio, suicidio.»

—Suicidio, pero juntos —dijo Marcos.

Melania aún pudo estrecharle la mano con calor.

—Sí, juntos —dijo—. Siempre juntos.

Se lanzaron al vacío. El Presidente, angustiado, les vio desaparecer y a los pocos segundos oyó el ruido de sus cuerpos al chocar con el suelo.

El helicóptero disparó un cohete. El blanco fue perfecto. El camión pareció levantarse bajo el influjo de una mano poderosa, cayó de nuevo al suelo, partiéndose en dos, y se inflamó rápidamente, despidiendo oscuras nubes de humo. Se vieron unas figuras debatirse entre las llamas. Sólo pudieron escapar el conductor y uno de los técnicos. El resto del equipo, el doctor Niedrig y los tres Lamas fueron identificados carbonizados cuando, poco después, se realizó la primera inspección de los restos.

El Presidente, cuando le avisaron que el peligro había pasado, se quitó el casco. El fin de la aventura había sido trágico. Se dejó caer en su sillón.

Sonó el teléfono.

—El primer informe médico, señor Presidente.

El cirujano militar, tras el saludo respetuoso, resumió:

—El Secretario de Información y el inspector de dicho servicio, señor Morgan, presentan heridas múltiples, fracturas y conmoción cerebral. Pronóstico grave, pero se salvarán. La señorita Celia, conmoción cerebral y fractura de la base del cráneo. Pronóstico grave, pero posiblemente saldrá con vida. En cuanto al ingeniero señor Marcos y la periodista señorita Melania, ambos presentaron fractura de la base del cráneo e ingresaron cadáver en el hospital.

El Presidente no dijo nada. Miró el casco protector y comprendió la magnitud del sacrificio realizado por él y por el país.

—¿Me ha oído, señor? —dijo el cirujano, ante el mutismo del Presidente.

—Sí —dijo éste, contristado—. Muchas gracias.

Y colgó.

Tenía ante él una gran tarea que cumplir en su segundo mandato.

Construir una democracia fuerte, con autoridad derivada del pueblo, pero ejercida en su plenitud. Una democracia que impidiera definitivamente la tentación de la dictadura o la tiranía.

Una democracia que respetara, fundamentalmente, al hombre para quien estaba creada.

Estaba dispuesto a trabajar firmemente para conseguirlo.

Varios hombres habían dado ya su vida por esta esperanza.

Valía la pena.

Intermedio

Supongo que esta vez no habrá problemas —dijo complacido el Espíritu Defensor—. Ha quedado claro que toda la destrucción del plan de Adolf Sturm se ha debido exclusivamente a Marcos.

—Digamos más bien —precisó el Espíritu Fiscal—, a los inventos de Marcos, debidamente aplicados por los técnicos. Todos estamos de acuerdo en la capacidad técnica del acu... de Marcos; eso, ni se discute. El problema es si la técnica se utiliza para el bien o para el mal.

—En este caso, sin ninguna duda, se ha utilizado para bien.

—Discrepo. Se ha utilizado para mal. No olvidemos que Marcos comenzó colaborando estrechamente con los planes de Adolf.

—Es nuestro problema de siempre —intervino el Espíritu Decisor—. Hemos tenido muchos casos parecidos donde se plantea el dilema entre la justicia y la obediencia. ¿Hay que condenar a quien ha cumplido órdenes injustas dadas por un superior a quien se comprometió a obedecer bajo juramento? Es la pugna entre la pura técnica y su utilización concreta. La técnica, la economía, la medicina, la propaganda, son medios que pueden utilizarse para el bien o para el mal de la humanidad.

—Pero según eso...

—Procedamos a la escueta valoración de los hechos —dijo el Espíritu Decisor, cortando cualquier posible intervención—. Es el método más seguro.

La balanza era electrónica, con marcador digital. A medida que se acumulaban en los platillos los distintos actos vitales de Marcos, la pantalla mostraba un rápido paso de cifras en uno u otro sentido.

Finalmente, terminó el proceso de medida. Miraron con impaciencia el resultado. El marcador indicaba 00,00.

—¡De nuevo equilibrado! —Se sorprendió, el primero, el Espíritu Secretario.

—Es increíble, parece que nunca vamos a resolver este caso.

—Nunca nos ha ocurrido una cosa así, y menos por segunda vez.

—Y eso que es una balanza formidable.

—Sí —comentó el Espíritu Decisor—. Es cierto que entre los humanos no abundan los casos de extraordinaria bondad ni de maldad depravada. Nos movemos

siempre en la línea media de la mediocridad. De los que viven con sus pequeñas preocupaciones terrenales y sólo realizan discretas buenas acciones o minúsculas malas acciones. Pero un equilibrio tan perfecto.

—Me temo que tengamos que darle otra oportunidad —dijo el Espíritu Secretario, expresando el sentir de todos—. Estamos de nuevo ante el caso límite.

—Sí, no habrá más remedio —dijo con un suspiro el Espíritu Decisor—. Pero, ¿qué haremos ahora? ¿Dónde le someteremos a prueba para que sea realmente la última oportunidad?

—Sugiero una posibilidad —apuntó el Espíritu Secretario—. Si pensamos enviarle a los Estados Unidos en el siglo XXI fue creyendo que los técnicos serían realmente valorados. No fue así. Los técnicos fueron utilizados. Constituyeron una pieza más del engranaje de un gran país, pero sin darles su importancia real.

—En efecto. Y, ¿qué sugiere, entonces?

—Que le enviemos a una de las épocas que más ha valorado la ciencia y los científicos, cuando se pensó que los nuevos descubrimientos revolucionarían el mundo. Me refiero, como habrán adivinado, al siglo XVIII, la Ilustración.

—Sí, la época está bien escogida, pero, ¿dónde?

El Espíritu Secretario pareció ofendido ante la duda.

—¡Señor Decisor! —exclamó—. ¡Por supuesto, a París!

—Desde luego es una idea... —dijo el Espíritu Decisor, considerándola—. Sí, me convence... Ambiente cultural, reuniones intelectuales, conversaciones sobre la ciencia, entusiasmo ante los avances de la mente...

Y concluyó, con un suspiro.

—Y esperemos que sea la última vez.

Tercera parte

París, año 1776

Reina el benévolo y dubitativo Luis XVI mientras el país se hunde en un colapso económico y social. El Gobierno es incapaz de remediar la situación. En la sombra, los burgueses se organizan para conseguir el poder apartando de él a los aristócratas, mediante la imposición al monarca de los Estados Generales. Los intelectuales, alejados de la realidad, filosofan sobre las ciencias, las artes y los derechos humanos, y los científicos descubren nuevas sustancias y nuevas fuerzas de la naturaleza. Una de ellas adquirirá una importancia extraordinaria; se denomina «electricidad».

1. Reunión en el castillo

1

Y Ahora, señores, vamos a comenzar esta sesión extraordinaria de la Academia de Sabios.

Unos cincuenta académicos ocupaban uno de los grandes salones del castillo de Fleury, cerca de París. En un estrado improvisado se encontraba la mesa presidencial con tres personas: el Presidente, anciano de porte noble y altivo, el Secretario, que acababa de hablar, joven y apasionado, y el anfitrión, el marqués de Bonvivant, hijo del propietario del castillo y miembro de la Sociedad.

—Debemos agradecer, en primer lugar —seguía el Secretario— a nuestro noble anfitrión, el marqués de Bonvivant, aquí presente, y a su padre, el conde de Fleury, tan apreciado por todos nosotros, la amabilidad que han tenido al alojarnos durante estos días en su castillo, confirmando una vez más su conocido amor a las ciencias. Rogamos disculpen la ausencia del señor conde, que se encuentra recluido en sus habitaciones por motivos de salud.

(El marqués de Bonvivant se estremeció ligeramente al recordar las invectivas que, momentos antes, su padre le había lanzado en sus habitaciones. Desde su silla de ruedas, donde debía desplazarse desde que un enfriamiento le había paralizado ambas piernas, le había insultado violentamente a causa de los trabajos de un tal Priestley, que negaba la existencia del flogisto, y aún más, afirmaba que el aire no era un elemento sino una sustancia compuesta, una de cuyas partes, a la que llamaba oxígeno, se consumía en la combustión. «¿Y a esto llamáis ciencia? —le había dicho el anciano, iracundo—. ¿Al desprecio de lo establecido por Aristóteles, por Galileo, por Harvey? ¡Sois unos iconoclastas los jóvenes de ahora!, ¡eso es lo que sois! Ah, y no esperes que baje al salón a oír vuestras estupideces sobre esa fuerza nueva... electricidad, creo que la llamáis.»)

—También deseo agradecer —siguió el Secretario—, el esfuerzo que han hecho para acudir a esta reunión extraordinaria de la Academia nuestros ilustres invitados. Permítanme que los vaya mencionando, porque la fama que ya aureola cada nombre hace inútil cualquier intento de presentación.

(El Secretario de la Academia se sentía importante. Tenía ante él algunas de las mentes más claras del momento y le correspondía sintetizar sus conocimientos de la obra de cada científico.)

—En primer lugar, el abate Nollet. Todos ustedes conocen sus experiencias sobre la electricidad, rama en la que es un auténtico pionero y un verdadero experto. Autor del libro *La electricidad de los cuerpos*, no sólo va a colaborar en las sesiones teóricas, sino que participará también en la sesión experimental con la que

clausuraremos esta reunión.

(El abate Nollet saludó cortésmente desde su sillón. Era bajo y regordete, con aspecto de cura de pueblo. Se le veía más adecuado en un confesionario que en una sesión académica.)

—Tenemos también entre nosotros —y señaló con la mano— al conde Alessandro Volta, que ha tenido la amabilidad de desplazarse desde su residencia en Como, Italia. Todos conocen su invención del electróforo, a la que debemos añadir sus trabajos recién iniciados sobre la producción química de la electricidad, tema sobre el que tratará, teórica y experimentalmente, durante estos días.

(El conde Alessandro Volta, joven de unos treinta años, elegante y aristocrático, saludó cortésmente desde su asiento.)

—Tenemos, además, el orgullo de contar como invitados extraordinarios a esta reunión a dos figuras descollantes de la cultura y de la ciencia. Nos referimos, en primer lugar, a Franfois Marie Arouet, más conocido por Voltaire...

(Un enorme aplauso resonó por toda la sala obligando a levantarse a un anciano de cuerpo bajo y delgado, casi esquelético, de aspecto enfermizo, pero con un rostro que irradiaba sagacidad y picardía. Emocionado, saludó a los asistentes que no cesaban en sus demostraciones de admiración.)

—*Monsieur* Voltaire —seguía el Secretario—, cuya actividad intelectual se ha extendido sobre todos los campos del ingenio humano, se ha decidido por fin a visitar París desde el voluntario exilio de Ferney. Todos hemos sido testigos estos días del extraordinario afecto que el pueblo le ha profesado, y nos honramos con su asistencia pues sabemos que su mente ágil, que tanto popularizó entre nosotros la física de Newton, está en la actualidad muy interesada por los fenómenos relacionados con el fluido eléctrico.

(De nuevo resonó un aplauso en la sala. Voltaire volvió la cabeza desde su asiento, varias veces, hacia la concurrencia, agradeciéndolo.)

—Y finalmente —anunció el Secretario—, otro científico extraordinario, y a la vez gran político y diplomático se ha dignado a estar estos días entre nosotros. Me refiero a *mister* Benjamín Franklin, científico ilustre y embajador en nuestro país de los recién nacidos Estados Unidos de América, aún en lucha por su independencia.

(Otro enorme aplauso atronó el salón. Franklin era un personaje tan popular en París como podía serlo en su Filadelfia natal. Se levantó: de unos setenta años, bajo, regordete, con gafas diminutas y modesta casaca, parecía un sencillo comerciante o un honrado trabajador manual. Destacaba entre la concurrencia por su costumbre de no utilizar peluca, hábito que había mantenido —¡horror!— hasta en la audiencia oficial concedida por el Rey Luis XVI. Franklin se levantó sonriente, saludó y se sentó de nuevo.)

—*Mister* Franklin no sólo ha estudiado a fondo el problema de la electricidad,

sino que, como ustedes saben, ha demostrado la existencia del fluido eléctrico en la atmósfera y ha conseguido atrapar el rayo mediante un ingenioso dispositivo. Esperemos que durante nuestras sesiones pueda proporcionarnos más datos de sus experiencias.

»Y ahora, señores, pasemos directamente a comenzar la sesión de la mañana. En primer lugar, el abate Nollet nos hará un breve resumen de los conocimientos físicos sobre el fluido eléctrico. Señor abate, por favor...

El abate Nollet se levantó y subió al estrado donde estaba situada la mesa de disertaciones cubierta por un mantel rojo y con jarra de agua y vaso preparado. Se aclaró la garganta ligeramente mientras ordenaba sus notas.

—Ilustrísimo señor Presidente, Ilustrísimos señores —comenzó—. Ya los antiguos griegos comprobaron que al frotar el ámbar, esta sustancia adquiría curiosas propiedades, como la de atraer hilos, pelusa o pequeños fragmentos de tejidos. Como el ámbar se denomina en griego *elektron*, dieron a esta fuerza desconocida el nombre de *electricidad*.

El abate siguió exponiendo ante la concentrada atención de su auditorio.

2

En una sala del sótano del castillo se habían colocado dos grandes mesas que ya estaban llenas de aparatos pertenecientes a algunos de los miembros de la Sociedad. Los entendidos habrían podido identificar rápidamente las máquinas de producir electricidad estática a base de una gran bola rotatoria de cristal; los electros copios de panes de oro o las cuerdas de cáñamo humedecidas para conducir el fluido eléctrico. También hubieran visto las grandes botellas de cristal con recubrimiento metálico para acumular electricidad, e incluso unas pilas de discos metálicos y separadores de tela que había traído Volta desde Italia para mostrar sus descubrimientos. Los ayudantes procedían a la correcta instalación de los equipos, limpiándolos cuidadosamente y comprobando su funcionamiento. Supervisándolo todo, Adolphe, uno de los más jóvenes miembros de la Academia, daba órdenes con voz enérgica, como persona acostumbrada a mandar. Se había aceptado su propuesta de responsabilizarse de la organización de la sesión experimental y estaba dispuesto a cumplir su papel con brillantez.

Porque Adolphe se había especializado en el estudio de la electricidad, y no sólo con fines científicos. Era uno de los escasos miembros de la Academia que no eran aristócratas, sino que procedía de la burguesía. Aunque el no poseer título de nobleza solía imposibilitar el acceso a cualquier puesto destacado del país, la Academia,

aunque con alguna reticencia, lo había nombrado miembro de la Junta Directiva atendiendo por una parte a sus trabajos en el campo de la electricidad, y por otra, a los cuantiosos donativos y ayudas que su condición de propietario de varios bancos y diversas empresas le permitían aportar, salvando en muchas ocasiones los problemas económicos de la aristocrática pero empobrecida institución.

Una vez comprobada la corrección de las instalaciones, Adolphe despidió a los sirvientes y se encaminó a un cuarto contiguo a la sala de experiencias que se había reservado. Allí, de nuevo, los entendidos quizá hubieran podido identificar unas grandes máquinas de extraña apariencia y unas enormes botellas condensadoras, colectoras del fluido eléctrico. Dos personas trabajaban en ellas: un mecánico habilidoso llamado —¿cómo lo han adivinado?— Marcos, y su joven ayudante Melania.

—¿Cómo va el montaje? —preguntó Adolphe.

—Terminado, señor —dijo Marcos—, dispuesto para realizar las pruebas.

—Espero que sea un éxito.

—No hay motivo para que falle, señor.

Adolphe miró complacido su obra. Él había dado las ideas, y por supuesto, el dinero. Marcos, ese maravilloso artesano, con su ayudante Melania, las habían hecho realidad. Y allí estaba: una máquina productora de electricidad por frotamiento según un nuevo concepto, y con una enorme potencia en comparación con las anteriores; unas botellas condensadoras que podían acumular una cantidad enorme de fluido eléctrico para liberarlo repentinamente. Y unos conductores de finos hilos de plata entrelazados que transmitían el fluido eléctrico a la distancia deseada sin que apenas perdiera potencia.

—¿Hacemos la prueba, Marcos?

—Cuando quiera, señor.

Tomaron la manivela de la gigantesca máquina electrostática y comenzaron a girar. La enorme rueda vertical inició el giro lentamente y luego cada vez más veloz, impulsada por su propia inercia. Unas escobillas laterales tomaban el fluido eléctrico producido por el frotamiento y lo conducían a una enorme botella condensadora mantenida en el aire mediante unos hilos de seda. Este proceso continuó durante un rato.

—¿Habrà bastante carga, Marcos?

—Creo que sí, señor.

—¿Hacemos la prueba con un conejo?

—Aquí está preparado.

Tomaron un conejo de una jaula y lo extendieron sobre la mesa. Adolphe se puso unos gruesos guantes de cuero y tomó, con cada uno de ellos, un terminal del conductor de hilos de plata entrelazada.

Aplicó uno de ellos fuertemente sobre la espalda del animal y el otro sobre la mitad de la espalda.

—¿Preparado, Marcos?

—Preparado, señor.

—¡Contacto!

Marcos apretó una palanca y la botella condensadora descargó todo su contenido de fluido eléctrico instantáneamente sobre el cuerpo del animal. El conejo hizo una violenta contracción y quedó rígido.

Adolphe lo examinó, con ansiedad.

—Ha muerto —dijo.

—Sí, señor —confirmó Marcos—, instantáneamente.

Adolphe vacilaba en comunicar sus pensamientos.

—Marcos, tú que has hecho los aparatos y las comprobaciones... ¿Crees que el fluido eléctrico de la botella condensadora es suficiente para matar un animal grande?

—Desde luego, señor. Pero, ¿grande cómo?, ¿como un perro?

—No, más grande aún —dijo Adolphe—. Como un caballo. O si no, al menos... como un cerdo —y se sonrió interiormente por su agudeza.

—Sí, señor. Estoy seguro que sí.

—No obstante, me gustaría hacer una prueba.

—Es muy difícil aquí, señor. Despertaría muchas sospechas. No estamos en nuestra casa, y el cuerpo del animal resultaría difícil de ocultar.

—Es cierto, Marcos. Y debemos extremar la prudencia. Nadie debe conocer nuestros aparatos... hasta el final de la reunión. ¿Está claro?

—Sí, señor. Melania y yo cumpliremos estrictamente sus órdenes.

—De acuerdo. Cuida que todo funcione perfectamente —y se despidió—. Adiós, Marcos. Adiós, Melania.

Salió de la habitación cerrando cuidadosamente la gruesa puerta.

Melania se acercó a Marcos.

—¿Qué se propondrá ese bruto, Marcos?

—¿Qué quieres decir, Melania? Quiere aportar sus experiencias a esta reunión científica.

Melania tomó a Marcos de los hombros y le miró fijamente a los ojos.

—Marcos, ¿de veras crees todo eso?

—Claro que lo creo. Hemos construido el aparato de mayor potencia existente en el mundo para producir fluido eléctrico, y podemos hacer una serie de experiencias de enorme interés: producción de chispas, conducción por un nuevo tipo de cables, descomposición del agua, muerte de pequeños animales. Adolphe quiere conseguir el aplauso de todos los socios, y quizá su promoción a Secretario en las próximas elecciones.

—Pues yo no lo veo así, Marcos. No me va con su carácter. Mira, Marcos; ya hemos acudido a varias sesiones de la Sociedad. Los académicos no trabajan de esa forma. Muestran sólo interés científico. Juegan limpio. Y Adolphe actúa de otro modo. Fabricamos los aparatos en el más absoluto secreto. Nos tiene aquí casi recluidos hasta el momento de las demostraciones. Y desea saber si la corriente puede matar animales grandes... Te lo digo, Marcos. Adolphe se trae algo entre manos. Y algo importante.

—Pero Melania, ¡qué desconfiada eres! No haces más que sospechar.

—En efecto. Y te diré otra cosa. Desde que empezamos a trabajar con Adolphe me pareció reconocerle. No a él en concreto, por supuesto, sino su forma de actuar, su carácter, su ambición. No sé si hemos vivido otras vidas —los orientales dicen que sí—, pero no me extrañaría que en alguna ocasión, en el pasado o en el futuro, ya hubiéramos topado con Adolphe.

—Es curioso, Melania. En alguna ocasión me ha ocurrido lo mismo. Pura sugestión, por supuesto.

—Marcos, tenemos que estar alerta.

Miraron la habitación a la luz del atardecer y comprobaron que todo estaba en orden. Salieron, cerrando con llave la sólida puerta de roble y fueron a pasear al parque en su calidad de ayudantes y sirvientes de Adolphe, miembro de la Academia de Sabios, huésped del castillo de Fleury.

3

La sesión de la mañana había constituido un completo éxito. Según el plan de trabajo, se había destinado a exponer lo conocido sobre el fluido eléctrico, la «puesta al día» de la cuestión. Tras una copiosa comida, regada por las generosas bodegas del conde de Fleury, se había realizado una breve sesión de intervenciones y comentarios. Las comunicaciones habían sido de todos los gustos, desde agudas e incisivas hasta pesadas y monótonas. A pesar de todo, siempre había académicos que para cualquier comentario debían remontarse a Aristóteles y Galileo, a Baglivi y Muschenbroeck, aprovechando la ocasión para hacer un alarde erudito más que una aportación sensata. No era de extrañar que a pesar del interés del tema se hubiera acogido el fin de la sesión con un discreto suspiro de alivio, pensando en lo acogedor de salones y jardines, y en la delicada cena que cerraría la noche.

Por ello los académicos se disgregaron por los salones y jardines del castillo. El atardecer doraba las piedras y daba una tranquilidad otoñal al magnífico parque, recortado y dominado como la inteligencia humana a la naturaleza, como los Reyes

de Francia habían dominado el mundo con su diplomacia y con sus armas.

Una orquesta de cámara situada en el salón principal ejecutaba un repertorio elegido por el marqués de Bonvivant. Los aires del *Concerto grosso* de Haendel llenaban el ambiente.

Voltaire, sentado en un sillón del salón, rodeado de admiradores, se encontraba a gusto. Había seguido con interés la sesión de la mañana, pero después de la comida había dormido una pequeña siesta —su médico era muy severo, constantemente le recordaba sus ochenta y cuatro años—, y al levantarse había pasado un rato escribiendo. Finalmente había bajado al salón, donde se había convertido en el centro de un amplio círculo de intelectuales que bebían literalmente las palabras de quien en aquellos días era el ídolo de Francia. Con la agudeza de su ingenio, se explayaba ante su público.

—Sí, a medida que aumenta la edad, la mente se va haciendo más propicia a las síntesis. Por eso no puedo ocultarles que yo me encuentro ahora en el momento de las grandes síntesis.

Todos sonrieron ante la agudeza del maestro, animándole a proseguir.

—Hablábamos de las artes... Invenciones del espíritu humano, pero cada una de ellas con sus reglas particulares y su técnica especial... Basta una pequeña consideración. Decimos que la pintura debe ser imitativa, y por ello nuestros pintores elaboran escenas de lo que es, lo que fue o lo que pudo ser. Sin embargo, la música no puede ser imitativa —¡qué horror si sólo estuviera compuesta de trinos de pájaros o trompetas de ejércitos!—, sino que es creadora. No sería de extrañar que algún día aparecieran pintores que, a imitación de los músicos, realizaran cuadros que no tuvieran ningún contacto con la realidad. Que buscaran las combinaciones de colores sólo por el puro efecto cromático, prescindiendo en absoluto de la forma real o de cualquier parecido con la naturaleza. Sería una aplicación de los principios de la música a la pintura.

—Pero eso sería terrible, maestro —intervino un joven—. ¿Cómo podríamos imaginar un cosa así? ¿Cuadros enormes que sólo fueran manchas de colores?

—No lo podemos predecir con detalle —siguió Voltaire—, pero podemos aventurar que quizá en algún momento se produzca el desarrollo de un tipo de pintura no concreta, sino llamémosle abstracta, que tendría sus propias leyes, buscando siempre, por supuesto, la belleza en el ánimo del espectador.

—Resulta increíble, en principio —añadió otro de los oyentes.

—Bueno, quizá no ocurra nunca —añadió Voltaire—. Pero a veces la razón se adelanta a los acontecimientos; el hecho es que las artes están sujetas a veces a límites marcados por nosotros mismos. No hay motivos para que no podamos romper estas cadenas. Ocurre como en la literatura...

—¿Qué pensáis que puede ocurrir con la literatura, maestro?

—También puede haber una gran revolución. Nos encontramos constreñidos por leyes elaboradas por nosotros mismos, y cuya transgresión no se considera correcta, no es de buen tono... Para no meternos con nadie, tomemos mi novela *Candide*. Un relato interesante, divertido, lo concedo, con una cierta intención en el fondo, también lo concedo —no les puedo ocultar que me carga ese optimismo idiota de Leibniz—, pero en el fondo, un relato lineal. Es decir, una historia que comienza en un momento determinado —el castillo de Westfalia—, que sigue con una serie de incidencias —la guerra de los siete años, el terremoto de Lisboa, los piratas, los turcos—, y que tiene un final que antes se insistía que debía ser edificante, pero que ahora permitimos que no lo sea con tal de que tenga coherencia con el relato. Bien, un novelista debe escribir así, y cualquier alteración de las reglas resulta de mal tono.

—Pero, ¿qué alteración podría introducirse, maestro?

—Ahí es donde no tengo más que atisbos... Pero volvamos a nuestro método. Después de todo, el examen científico de un problema debe realizarse siguiendo un método... Pues bien, ahí lo tienen ustedes.

Quedó callado, siguiendo con su diminuta mano los compases del de Haendel.

Todos callaron, esperando la explicación.

—Admiren la estructura de un concierto. Hay unidad en el conjunto, no hay duda. Pero se compone de partes bien distintas —*Largo, Allegro, Larghetto...*—, cada una de las cuales presenta sucesivamente una melodía distinta. Pero periódicamente se vuelve al tema original, que se repite con variaciones. Hay unidad de conjunto y en las partes. Pero no hay una programación lineal, sino, diríamos, una programación repetitiva... —y seguía con la mano el compás de la serenata—. ¿Cómo se podría aplicar esta técnica a la novela?

—No creo que resultase —intervino un académico que se preciaba de literato—. Precisamente en la novela, como en el teatro priva el argumento: planteamiento, nudo y desenlace. ¿Cómo se podría hacer una novela repitiendo varias veces el mismo argumento? Sería sencillamente absurdo.

Voltaire disfrutaba enormemente con este juego de inteligencias.

—Sí, parece absurdo, y sin embargo... ¿Saben ustedes que en el teatro griego lo de menos era la novedad del argumento? Se repetían, una y otra vez, los temas clásicos —Edipo, Electra, Ifigenia...—. Lo que importaba era la forma de tratarlos, la concepción del mundo en que se incluían —la *Weltanschauung*, que diría mi buen amigo Federico de Prusia—. Y el público llenaba los teatros donde se iban a representar obras cuyo argumento conocía ya de antemano.

—Pero, si no importa el argumento, ¿cuál es el valor de la novela?

—Joven, yo no estoy haciendo afirmaciones dogmáticas. Eso lo ha realizado, durante siglos, otra Institución —los oyentes esbozaron una sonrisa cortés—. Sólo estoy, en compañía de un excelente grupo de amigos, haciendo piruetas intelectuales

y poniendo en cuestión todo lo que tenemos delante. Hablábamos de nuestra novela lineal y de una posible novela sinfónica, donde el argumento se repitiera una y otra vez, pero con posibles variaciones. Sería una experiencia curiosa. Unidad de tema, con variaciones en el desarrollo. Se podría variar el ambiente donde se realizara la acción. Cambiar la época, o el lugar, o ambas cosas a la vez.

—Y, ¿qué se conseguiría con ello? Para algo hay reglas en el arte... —intervino otro académico, mayor y poseído de sí.

—¿Qué se conseguiría?... Bien, uno va envejeciendo y ya ha visto muchas cosas. En cierto momento colaboré intensamente con ese fino espíritu que llamamos «Ilustración». «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo» ¿no es eso? Seamos prácticos, señores, decíamos entonces. Todo, el arte, la ciencia, la política, debe servir para algo, y en especial para mejorar las condiciones de vida de la humanidad. Debemos ser enormemente prácticos. Y en cuanto a la novela, que enseñe o que moralice.

»Bueno, pues ya tengo edad suficiente para decir que estoy cansado de esta tendencia de ver solamente el lado práctico de las cosas. Sí, es verdad que escribí en la Enciclopedia. Pero mis artículos fueron más de tipo filosófico que industrial o técnico. Y en cuanto a la novela...

»Permitidme una observación que os sonará como una herejía. ¿Cuál es, nos preguntamos el fin de la novela? Os diré mi conclusión particular: el único fin de la novela es liberar el espíritu del escritor. En efecto, se piensa que el escritor escribe por dinero o por vanidad. No. El escritor escribe porque es un artista, porque la novela ha nacido dentro de él en un determinado momento, ha crecido dentro de él y debe darle nacimiento, como la madre debe dar a luz al niño al fin de la gestación. Y no se pueden poner reglas a la literatura como no se pueden poner reglas al parto. Ambos se desarrollarán según determine la naturaleza, no según las absurdas pretensiones de los críticos literarios.

»Por eso preveo que sólo subsistirá una regla: que la novela sea auténtica. Que responda fielmente a lo que piensa el autor, y que presente, en realidad o en ficción, temas profundamente humanos. No es preciso que se traten expresamente; basta que se perciba, a través del relato, el mensaje vital que el autor quiere comunicar.

—¿Como en su *Candide*?

—Como intenté en mi *Candide*, o más bien como se consiguió en *Don Quijote*, donde a través de una acción —si se quiere ilusoria, si se quiere grotesca—, late una concepción de la vida extraordinariamente rica y humana.

—Entonces, maestro, ¿qué opina de las reglas?

—Opino que el imperio de las reglas está terminado. En mi tragedia *Irene* he tenido serios problemas por intentar adaptarme a las reglas. En mi opinión, y a pesar de los elogios del público de París, presenta una exposición fría, calculada, limitada,

cuando, prescindiendo de las reglas, hubiera podido presentar una exposición de pasión. Nuestra Ilustración ya finaliza. Hemos coartado tanto la expresión artística que de nuevo va a brotar el espíritu en una explosión de libertad, saltándose todas las reglas y rompiendo todos los moldes. Crean a este pobre viejo... se nos aproxima una época de enormes convulsiones artísticas, sociales y políticas. Por una parte, me gustaría verla. Por otra creo que moriré antes de que este movimiento se inicie. Y estará bien. He sido un hombre ilustrado en obra y en espíritu, y no me encuentro con fuerzas para cambiar.

A lo lejos sonó un gong anunciando que la cena estaba preparada. Voltaire se incorporó con agilidad impropia de su edad y, seguido por su coro admirativo, se dirigió al comedor.

2. La quimera del oro

1

El conde de Fleury se hizo conducir por dos criados de absoluta confianza a la recóndita estancia del primer piso del palacio, donde estaba situado su laboratorio privado. Recorrieron largos pasillos, alzaron la silla de ruedas para pasar algún desnivel y finalmente, llegaron a la pesada puerta que se abría al conjunto de habitaciones unidas que componían los recintos donde el conde había transcurrido muchas horas escrutando los secretos de la naturaleza.

Sacó una llave y abrió.

—Os llamaré —dijo a los criados—. Estad atentos a la campanilla.

Y entró, empujando vigorosamente la parte superior de las ruedas de su silla de inválido.

La sala general del laboratorio estaba iluminada por la suave luz del otoño parisiense tamizada aún más por unos vidrios translúcidos.

Cagliostro se volvió y saludó ceremoniosamente.

—Señor conde... ¡Qué placer veros por aquí!

—Lo mismo digo, conde de Cagliostro.

Los dos se miraron fijamente. El conde de Cagliostro era altísimo y muy delgado; su tez era sumamente morena, fruto tanto de su nacimiento siciliano como de sus viajes por Oriente. Vestía una levita de trabajo, color verde oscuro, con alguna mancha de reactivos químicos. Pelo negrísimo, con algún desorden. Pero su rostro denotaba una expresión sugerente, casi hipnótica. Ejercía un indiscutible aire de dominio, de posesión humana o diabólica, y lo sabía. Sobre todo brillaban sus ojos, reflejando el sol como pequeñas chispas.

—¿Y bien? ¿Cómo van vuestras experiencias?

Cagliostro adoptó un aire profesional.

—Señor conde, puedo deciros que en pequeña escala el problema está resuelto. Hemos logrado la precipitación del oro.

El conde de Fleury se animó considerablemente.

—¿Es cierto eso? ¿Podemos comprobarlo?

—Desde luego. Permitidme que os acerque, por favor.

Empujó al conde de Fleury junto a una gran mesa. Comenzó a manipular mientras le explicaba lo que iba haciendo.

—Preparo primero el del vaso de precipitados con esta solución. Coloco en la probeta este otro líquido cuya composición permitiréis que mantenga por ahora en secreto. Vierto el líquido de la probeta sobre el del vaso de precipitados. Ahora mirad, ¿qué veis?

Al volcar un líquido sobre el otro se habían producido unos humos espesos. El conde de Fleury miraba insistentemente. En el vaso comenzaba a producirse un precipitado blanquecino.

—Veo unas masas blancas que caen al fondo.

—En efecto, señor. Pero seguid mirando.

Bajo la mirada hipnótica de Cagliostro, el conde de Fleury siguió mirando atentamente el precipitado. Y de pronto los vio. Pequeños, pequeñísimos puntos dorados comenzaban a formarse sobre la masa. Eran microscópicos, pero repartían en torno suyo la luz que les llegaba formando una aureola dorada.

—¡Es cierto! —dijo entusiasmado—. ¡Lo hemos conseguido! ¡Podemos obtener oro!

Cagliostro sonrió, con modestia.

—Puedo deciros, señor conde, que he dedicado toda mi vida al estudio de la transmutación de los elementos. Conozco bien las obras de Hermes Trimegisto, Alberto el Grande, Roger Bacon, Arnaldo de Villanova, Valentino, Agrícola y Paracelso. He hecho numerosas experiencias, y cuando os solicité me albergarais en vuestro castillo para tratar de separar el oro, estaba seguro de conseguirlo.

—Siempre lo creí. Tened la seguridad que desde el primer momento supe que podríais hacerlo. Y, bueno, si ya se consigue en pequeñas cantidades, ¿cuándo podríamos...?

Cagliostro atajó:

—En grandes cantidades, en verdad... Sabéis, conde, que tengo tanto interés como Vos en la obtención de grandes cantidades. Porque ya sabemos, ¿no?, que de la ganancia que se obtenga participamos al cincuenta por ciento.

—Desde luego. Así lo prometí y así lo cumpliré. Un Fleury nunca ha sido infiel a su palabra.

—Y un Cagliostro tampoco, señor conde. Sin embargo el problema es complejo. Pasar de un trabajo en laboratorio a una producción digamos industrial, requiere un tiempo. Necesitamos más espacio, y una forma disimulada de fabricar los ingredientes en grandes cantidades.

—De todo eso me encargaré yo, una vez pasada esa absurda reunión de sabios que ha organizado mi hijo... La ciencia, dicen. Concedo que tienen algunas experiencias interesantes, pero intentar derruir todo el edificio de la ciencia clásica... Conceptos tan claros como el flogisto, el éter, la piedra filosofal, la generación espontánea.

—Comprendo, señor conde. Puedo emplear estos días de pausa forzada en perfeccionar el método para hacerlo aún más simple que en la actualidad.

—Por cierto, conde Alessandro... ¿Qué opináis vos sobre la ciencia moderna?

Los ojos de Cagliostro refulgieron de nuevo.

—Concedo —admitió— como Vos, que tiene ciertos aspectos de interés. Pero lo que más me irrita de estos innovadores es su orgullosa pedantería. Dicen que la base de todo conocimiento debe ser el método experimental, y que sólo se debe aceptar lo que se observa o lo que se experimenta.

—En efecto, eso dicen.

—Y yo pregunto, señor conde, ¿cómo observamos el amor? ¿Cómo explicamos las pasiones? Supongamos una pareja, un hombre y una mujer, que experimentan esa tremenda atracción mutua que les lleva a compartir la vida, e incluso a la muerte si es necesaria para el otro. ¿Cómo explicarían esta conducta con sus expresiones matemáticas, sus leyes físicas o su atracción y repulsión electrostática? ¿Reducirían a una simple ecuación, a una reacción química, la relación entre Abelardo y Eloisia o entre Romeo y Julieta?

—No, desde luego. Pero dirían que lo que no se puede observar o experimentar no debe considerarse científicamente.

—Y yo digo, ante eso, que sólo consideran un aspecto muy parcial de la naturaleza. Señor conde, llevo toda la vida trabajando en laboratorios y haciendo, entre otras cosas, maravillosos elixires para los enfermos. Y lo he percibido: hay poderes sobrenaturales que actúan, hay fuerzas que nunca podrán describir esos científicos, que gobiernan la naturaleza. Ellos han descubierto que hay dos clases de electricidad, y que cargas de distinto signo se atraen mientras que las del mismo se repelen. ¿Lo admiten, verdad? Pues eso no actúa solamente a nivel de la electricidad, sino en toda la naturaleza. Vivimos en un torbellino de fuerzas, unas positivas y otras negativas, unas propicias y otras adversas. Y hay que saberlas captar y dominar.

—Lo mismo pensaba yo, conde de Cagliostro. Pero cuando hablan de la experiencia como base de toda la ciencia...

—¿Y qué más experiencia que lo que conocemos desde siempre? ¿No ha actuado recientemente en París el barón de Messmer y ha curado miles de enfermos con su prodigioso magnetismo animal? ¿No lo hago yo también, si bien en menor escala, imponiendo mis propias manos? Y además le diré una cosa: hablan de experiencia, pero no analizan el hecho de que siempre existe una postura personal del experimentador.

—Dicen que la experiencia debe ser objetiva, repetible, comprobable.

—Eso es ignorar completamente los mecanismos de la naturaleza. Hay personas dotadas y personas no dotadas. Eso lo admiten para el arte, ¿verdad? Se nace —no se hace— pintor, escultor, músico, poeta... Sin embargo, no admiten lo mismo para la química, la física, la matemática, la medicina. Yo le digo, señor conde, que el espíritu del experimentador también puede influir sobre la materia. Porque en último extremo —y sus ojos volvieron a brillar—, ¿qué es lo que mueve todos los seres, desde los hombres hasta los más minúsculos átomos del Universo? Una fuerza arrasadora, del

amor. Todo gira, todo se mueve, todo actúa por el amor. Como dijo el Dante, «*l'amor qui muove el sole e l'alte stelle*».

—Y por amor se transmutan los elementos y se convierten en oro.

—En efecto, señor conde. Hay que buscar las condiciones favorables para que esto se realice, y sobre todo hay que lograr la necesaria concentración espiritual. Todo se mueve hacia el amor, y el oro es el mayor símbolo del amor, como metal preciosísimo que es. Debemos encauzar la naturaleza hacia el amor, como los metales a su conversión en oro.

—Bien, conde de Cagliostro. Siempre es un placer conversar con usted. Procure no mezclarse mucho con los invitados, que profesan un sentido de la ciencia muy distinto al suyo. Y dentro de unos días, cuando quedemos libres de ellos, trataremos ya de poner en marcha el proceso en gran escala. Y por cierto, conde, ¿qué va a hacer usted con su dinero?

Cagliostro se frotó las manos y adoptó un aire humilde.

—Es una pregunta que aún me estoy haciendo. En realidad yo soy un hombre sencillo, que ha llevado una vida difícil. Suntuosa, dicen algunos; puede ser verdad. Fastuosa, dicen otros. Esto ya no es cierto. He llevado una vida viajera y complicada, y, la verdad, estoy cansado. Con el dinero que obtenga quiero comprarme una pequeña propiedad en esta tierra francesa tan acogedora, y dedicarme al estudio y a la meditación, a la vez que procuro extender esta hermandad universal de la Masonería que Dios me ha confiado.

—Muy interesante, señor conde. Contad con mi apoyo para lo que necesitéis.

—Os lo agradezco. Y si no es indiscreción, señor conde de Fleury, ¿qué pensáis hacer con vuestro oro, si ya poseéis una de las mayores fortunas de Francia y se pudiera decir que no necesitáis más de la que tenéis?

El conde de Fleury se entristeció.

—Ah, Cagliostro. Tengo una enorme necesidad de ese dinero. Como sabéis, la Nación está prácticamente al borde de la bancarrota, y nadie parece darse cuenta. Siguen las reuniones en los salones, siguen las sesiones de las Academias, siguen los espectáculos... y estamos al borde del caos. Nuestro Rey Luis XVI, que está adornado de tantas virtudes humanas, no controla el poder, y está dedicado a la caza y a su pasatiempo favorito, la cerrajería, sin tomarse la molestia de gobernar, cuando en este momento lo que necesitamos es un soberano enérgico. Los burgueses y los campesinos rehúsan pagar los impuestos, y, lo que es peor, circulan entre ellos ideas insanas sobre lo que llaman la soberanía popular, olvidando que los reyes son de derecho divino.

»Por eso, Alessandro, la única posibilidad de salvar este país es obtener rápidamente todo el dinero necesario para proporcionarle un rápido bienestar. Si mejora la situación social que a pesar de sus discursos no han remediado esos

economistas de pacotilla que se llaman fisiócratas, podremos detener la revuelta del pueblo.

—¿Hasta ahí se podría llegar? Parece increíble.

—Los ánimos están muy excitados y, si no actuamos a tiempo, se avecinan tiempos catastróficos. Por eso le ruego, en interés de esta Francia que tanto amamos, que busque un método sencillo de obtener oro y tendrá todo lo que necesite, hasta el poder político.

—No, señor conde, no es algo que me tienta. Pero le agradezco que me haya comunicado sus temores. No quisiera que le ocurriera nada a este hermoso país.

El conde de Fleury se despidió. Cagliostro, a contraluz de los cristales translúcidos de las ventanas, mostraba oscuramente su rostro mágico con los ojos resplandecientes. ¿Ángel o diablo? ¿Genio protector, o genio maléfico?, pensaba el conde de Fleury, empujando las ruedas de su silla. De todos modos, había que intentarlo. Era la última esperanza.

Tiró del cordón de la campanilla y sus dos fieles criados abrieron la puerta. Le llevaron a sus habitaciones.

2

Sin duda las figuras más populares de la reunión eran Voltaire y Franklin. El primero, con sus admirativos oyentes, recorría con pasitos breves los jardines o, más frecuentemente, se sentaba en un cómodo sillón y se lanzaba a los brillantes juegos de espíritu que tanto le gustaban, costumbre adquirida durante los años que frecuentó los salones de madame du Deffand. Aunque aludía con frecuencia a los achaques de la edad —y en efecto, de vez en cuando un súbito ataque de tos cortaba su débil voz—, se le notaba rejuvenecer en compañía de aquellos académicos jóvenes.

Franklin se encontraba en la biblioteca cumpliendo uno de sus más gustosos deberes: rodeado de un grupo de periodistas, contestaba todas sus preguntas con una desenfadada ironía y un agudo sentido común.

—*Mister* Franklin —se identificó uno de ellos—, soy corresponsal del *Morning Post*, de Londres. Con base a su experiencia sobre la revolución americana, ¿qué opina usted sobre una posible revolución en Francia?

Franklin se tomó unos momentos para contestar.

—Su pregunta —dijo—, es muy delicada, y yo me pregunto si como representante de una nación extranjera en este país estoy autorizado a dar juicios sobre su política interior...

—Seremos discretos, *mister* Franklin.

—¿Será posible? —dijo, recordando sus tiempos de impresor y periodista—. La mejor forma de que se guarde un secreto es no decirlo, ¡je, je! Bien, les daré una respuesta oficial y una opinión particular. ¿De acuerdo?

Los periodistas asintieron.

—Excelente. Respuesta oficial: no creo que haya una revolución en Francia siempre que el Gobierno acoja y resuelva los principales problemas planteados por el pueblo; me consta que tanto el Rey como sus Ministros están haciendo lo posible por solucionarlos.

—¿Y la opinión particular? —preguntó ahora un redactor de *Le Journal de Genève*.

—Francamente preocupante —dijo tristemente Franklin—. Parece que Francia no se da cuenta que un Gobierno, cualquier Gobierno, tiene que dar cabida a las inquietudes sociales de cada momento, y adaptarse a ellas. No se puede gobernar contra la historia, sino sobre la historia, amoldándose a la historia. Ésta ha sido la gran virtud de nuestros amigos los ingleses. Ellos han realizado ya su revolución, pero de forma pacífica. Han transformado por completo su Gobierno, pero sin luchas. Han conservado un Rey que reina, pero no gobierna. La burguesía ha accedido al poder, sin estridencias. Los aristócratas han visto disminuir su influjo, gracias a lo cual no han visto disminuir sus cabezas.

»Los ingleses sólo tuvieron un error: no aplicar a las colonias americanas lo que aplicaron a la metrópoli. Por eso los Estados Unidos tuvimos que independizarnos. Ahora ya han aprendido; son muy empíricos los ingleses, y van a conceder una relativa independencia al Canadá, antes de que la pida.

»En los Estados Unidos estamos redactando, como saben, una Constitución en la que yo mismo intervengo. Es un documento fundamentalmente práctico, y sobre todo, amoldable. Prevemos la posibilidad de cambio social. Nuestro texto podrá tener enmiendas sucesivas y adaptarse así a la historia, pues es inútil pretender que la historia se adapte a la Constitución.

—¿Y en cuanto a Francia? —preguntó ahora un redactor de *Lettres de París*.

—En cuanto a Francia veo, por una parte, un Gobierno que no piensa, y por otra unos pensadores que no gobiernan. Y esta situación es peligrosísima. Existe un Rey absoluto que no hace uso de sus prerrogativas, y unos Ministros que emplean fórmulas pasadas y persiguen a los pensadores —enciclopedistas, les llaman ustedes—. Y veo a esos pensadores en academias, en salones y en tertulias, explicando los derechos del pueblo y comentando lo que harían si ocuparan el poder, pero sin la menor experiencia en el ejercicio práctico del mismo. Yo escribí una vez que «los hombres de la Antigüedad nos dicen lo que es más acertado, pero debemos aprender de los modernos lo que es más adecuado». Y éste es el problema francés. ¿Llegarán los ilustrados al poder? ¿Tendrá la monarquía la habilidad suficiente para irlos

incorporando a las tareas públicas? De ser así, y si no es demasiado tarde, aún podría evitarse esta revolución violenta, aceptando una revolución pacífica. Por desgracia, veo unas actividades muy contradictorias entre un Gobierno que no quiere intromisiones y unos pensadores que no quieren compromisos parciales, sino la totalidad de un poder que no saben manejar.

Un cierto dejo de pesimismo se había introducido en el grupo.

—¿Y una vuelta al autoritarismo, *mister* Franklin?

—No lo creo posible. El pueblo ya ha aprendido que, por expresarlo con una comparación, un campesino en pie es más alto que un caballero arrodillado. Y la historia avanza inexorable. Ha pasado el momento de la aristocracia y nos encontramos en el de la burguesía. Si no se le cede pacíficamente el poder, lo tomará violentamente.

»Y ahora, señores, si me lo permiten, voy a saludar a nuestro amable anfitrión.

Se alejó, con su pequeño trote de burgués satisfecho.

3

Pero cuando Franklin cruzaba el patio se le adelantó Adolphe.

—Si me permite un momento, *mister* Franklin...

Franklin sonrió.

—No será periodista, supongo.

—No, soy académico. Científico. Bueno, en realidad científico aficionado. Mi verdadera profesión es la Banca y los negocios.

—Es lo correcto. Científicos puros —es decir, científicos que vivan con lo que la ciencia les produce—, se podrán contar con los dedos de una mano. Y de algo hay que vivir. Sir Isaac Newton fue Lord Canciller del Tesoro. Y vuestro Lavoisier creo que es recaudador de impuestos.

—En efecto, *mister* Franklin. Yo sólo quería plantearle una pregunta científica relacionada con la electricidad, y en especial con el pararrayos.

—Vamos a ver.

—Es muy sencillo. El pararrayos es, en esencia, una varilla metálica que capta la electricidad y la conduce a tierra. Según esto, ¿cree usted que se podría conseguir el efecto contrario?

—No entiendo muy bien a qué se refiere.

—Sí —continuó Adolphe—. Supongamos que disponemos de una máquina de producir electricidad de la suficiente potencia, y que la conectáramos a un cable metálico y una varilla terminal. ¿Sería posible producir un rayo?

—Ulm —meditó Franklin—. La respuesta no es fácil. Le podría dar la hábil solución anglosajona: tendríamos que probarlo. En principio, supongo que sí. ¿No producimos chispas en los extremos de nuestras máquinas electrostáticas? Luego si la electricidad aplicada fuera lo suficientemente potente, quizá se pudiera obtener un rayo dirigido.

Y, tras un momento de silencio, dijo:

—Lo cual constituiría un arma muy peligrosa para quien la poseyera...

Adolphe lo confirmó con la expresión.

—Exactamente, *mister* Franklin.

Saludó, inclinando la cabeza, y siguió su camino.

Franklin se le quedó mirando curioso.

4

Marcos y Melania paseaban por los jardines del palacio, ordenados, racionalistas, geométricos, como el espíritu de Descartes. Oían a lo lejos la orquesta del salón y veían entrar y salir grupos por la balconada que se abría a los jardines.

—Tenemos que informarnos, Marcos. Adolphe prepara alguna maniobra, como las otras veces.

—¿Qué es eso de como las otras veces?

—¿No te das cuenta, Marcos? No lo hemos soñado, lo hemos vivido. Es cierto que en otras ocasiones hemos luchado contra él. No te puedo precisar cómo. Lo veo todo confuso, pero lo veo. Y, ¿será posible, cabezota, que tú no notes nada?

—En alguna ocasión, Melania, he sentido algo parecido a lo que dices. Pero procuro racionalizar. Ya sabes que en la vida lo más importante es aplicar a todo la razón. La Enciclopedia dice...

—Al diablo la Enciclopedia, Marcos. Sé tú mismo por una vez en la vida, y deja de repetir lo que escriben otros. Dime sinceramente, ¿no sientes como si ya hubieras vivido antes esta situación?

—Sí, yo también lo siento. No sé dónde ni cuándo, pero parece como si nos conociéramos los tres —tú, yo y Adolphe— desde siempre, desde hace milenios.

—Entonces —dijo Melania, asustada—, podemos llegar a una conclusión. Que Adolphe también lo sabe.

—¿También sabe qué?

—Lo mismo. Lo que siempre ocurre. Que en principio nos necesita para construir sus aparatos, para desarrollar sus ideas...

—Y, según tú, también sabe que por nuestra culpa todo le saldrá mal.

—Desde luego, también lo sabe.

—Entonces, ¿por qué nos deja en libertad?

—¡Ah! Adolphe es astuto, extraordinariamente astuto. No quiere dar ninguna impresión de vigilancia. Pero estoy segura de que cuando llegue el momento... de lo que sea, nos tendrá bien vigilados.

—Entonces, Melania, nos tenemos que enterar de lo que planea.

—Sí, pero a lo mejor tú ya lo sabes.

—¿Cómo lo voy a saber?

—Claro que sí... repasa tu trabajo. ¿Qué has ido haciendo? Una máquina electrostática de enorme potencia. Unos conductores especiales que no pierden nada de fluido. Unas experiencias sobre cómo matar pequeños animales con la descarga del fluido eléctrico.

—Un conejo no es tan pequeño.

—Por supuesto. Y además Adolphe pregunta si esa misma descarga podría matar un cerdo o un caballo. —Melania dio un grito—. ¡Pero no lo comprendes! Si puede matar un cerdo o un caballo, también puede matar una persona.

—En efecto —dijo Marcos, asombrado—, podría matar una persona.

—Y, ¿a quién querría matar?

—Eso ya no lo sé —dijo Marcos—, Adolphe se mueve por una enorme pasión de poder, pero yo sólo le he ayudado en el aspecto científico. Desconozco quien pueda ser la presunta víctima.

—Porque no cabe duda que se encuentra aquí, en esta reunión —insistió Melania—. Tiene que ser alguien que obstaculice su promoción política. Alguien cuya desaparición le suponga avanzar en su carrera hacia el poder.

—Tendremos que averiguarlo. Lo mejor sería pasear entre los grupos para tratar de oír algo.

Circularon entre los grupos espiando a los científicos, buscando la presunta víctima. Todo parecía absurdo en aquel ambiente. Se hablaba de la ciencia, del fluido eléctrico, de las elecciones para puestos de la Academia, de la Enciclopedia, de filosofía, de arte. Era una reunión de amantes de la sabiduría, de académicos, de sabios. Voltaire comentaba con su grupo de admiradores; Franklin explicaba a un grupo de pensativos académicos cómo se autogobernarían los Estados Unidos; Marat argüía que quizá el desequilibrio de la electricidad orgánica fuera causa de numerosas enfermedades. El abate Nollet contaba, sonriente, cómo con la descarga de una máquina electrostática hizo dar un salto a toda una compañía de Guardias Reales. Volta comentaba que pronto se podría fabricar electricidad por medios químicos. Guillotin dibujaba el esquema de una máquina de ajusticiar que liberaría de los sufrimientos de última hora. El marqués de Bonvivant trataba, con el mayordomo, de los detalles de la cena.

¿Quién podría ser la víctima?

3. Hablando sobre la Revolución

1

Sólo se podía averiguar de una manera: espiando a Adolphe.

Y Adolphe llevaba una vida compleja. Cortés, correcto, activo, incansable, paseaba de un grupo a otro, sonreía, comentaba, daba palmadas, hacía reverencias. Seguirle era difícil; oír sus breves y múltiples conversaciones, poco menos que imposible.

Se podía esperar que tratara de interesar a alguien en su plan. Y que quisiera mostrarle sus extraordinarias máquinas. Por ello, quizá fuera más cómodo esperar su llegada al laboratorio.

Y allí esperaron.

Mediada la mañana, oyeron unos pasos. Se ocultaron cuidadosamente tras las cortinas y atisbaron por la abertura.

Entró Adolphe acompañado de un joven, de unos treinta años, a quien habían visto en la reunión.

—Pase, pase, mi querido Marat —decía Adolphe—, tenemos tanto que hablar...

Marat entró con cierta timidez, y miró con curiosidad los aparatos productores de electricidad.

—Estos son los aparatos de los que le hablé —decía Adolphe, mostrándolos—. Podemos verlos funcionar inmediatamente. Pero antes le quisiera aclarar una cosa...

Marat le miró, con expresión interrogante.

—No sólo quería hablar con usted por sus conocimientos sobre la electricidad, a pesar de todo lo que ha trabajado en este campo. Es por otro tema... más político, ¿entiende?

Marat le miró, ahora sonriente.

—Creo que voy comprendiendo.

Adolphe también sonrió, relajando la atmósfera. Sacó del bolsillo una pequeña caja de plata y ofreció:

—¿Un poco de rapé?

Marat asintió y se sirvió una pulgarada. Lo sorbió rápidamente por la nariz consiguiendo un fuerte estornudo. Adolphe también sorbió.

—El caso es, *monsieur* Marat —comentó, tras otro sonoro estornudo— que conozco su fama de hombre librepensador y, por decirlo así, con tendencia a la acción directa.

—Una forma muy elegante de llamarme revolucionario —confirmó Marat.

—Por eso —continuó Adolphe—, me permití solicitarle esta entrevista porque, según creo, tenemos puntos de vista muy afines. Le confieso que no estoy

descontento con el actual sistema; mis negocios van florecientes, aunque algunos opinen que cuando los bancos van muy bien es porque el país va muy mal. Pero creo que coincidirá conmigo en que se nos avecinan tiempos difíciles.

—Completamente de acuerdo, *monsieur Adolphe*.

—Y si esto es así, hay que estar desde el principio con los ganadores.

—Muy inteligente por su parte.

—No es aventurado pensar que dentro de pocos años, al igual que ha ocurrido en los Estados Unidos y en Inglaterra, caerá la monarquía absoluta y la aristocracia, y accederá al poder la burguesía.

—Ese es también mi punto de vista.

—Sé que muy diversos grupos están ya preparando, aquí en Francia, de una forma u otra, su acceso al poder. Entre ellos el suyo, *monsieur Marat*. Conozco sus actividades, y que en un futuro cambio de poder puede ser una de las personas mejor situadas para formar Gobierno.

Marat le miró fijamente, mientras se servía otra pulgarada de rapé.

—Y bien, ¿puedo preguntarle, *monsieur Adolphe*, qué es lo que pretende?

Adolphe contestó inmediatamente.

—Unirme. Unirme a usted de la forma más eficaz. Trabajar intensamente por el cambio de Gobierno.

Marat consideró la proposición en silencio.

—¿Qué imagina que sucederá, *monsieur Adolphe*? —preguntó, de pronto.

—Es aventurado predecir nada. Obviamente, para sustituir una determinada situación por otra, hace falta que desaparezca el poder constituido y se implante el nuevo.

—Lógica cartesiana, *monsieur Adolphe*.

—Y el poder establecido puede hundirse por sí mismo —por abandono o por muerte natural—, o debido a una causa externa, por ejemplo, a una revolución.

—En efecto, no parece haber más alternativas.

—Y cabría preguntarse qué va a pasar en Francia —prosiguió Adolphe—. Pues bien, según todos los indicios, el poder caerá por sí solo.

Marat enarcó una ceja, en forma interrogativa.

—¿Usted cree?

—Sí —dijo Adolphe, convencido—, caerá, porque no puede sostenerse. El Rey y su Gobierno son incapaces de implantar orden en el país. Y el problema económico es muy grave... continuamente se sustituyen Ministros, para ver si alguno consigue ordenar de alguna manera las finanzas... imposible. El Estado está al borde de la bancarrota.

—Supongo que como banquero estará muy seguro de lo que dice.

—Lo estoy, por supuesto. La situación no invita a negociar, y entre la burguesía

adinerada cunde el deseo de que cambie la situación actual y deje de gobernar el país una casta de incapaces... La burguesía reclama, simplemente, el derecho de gobernarse a sí misma.

—Muy interesante, *monsieur* Adolphe. Veo que ha realizado un análisis muy fino de la situación.

—Pero el principal problema —prosiguió Adolphe animado—, es que la burguesía no está unida; tiene conciencia de su papel, pero no tiene líderes. Y aquí entramos nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Marat, con sorpresa.

—Sí, *monsieur* Marat, nosotros. Usted es un caudillo nato, un organizador de masas, un arrebatador, un líder. Yo trabajaré a su sombra y le organizaré lo que necesita: el Estado, las finanzas, la policía, la administración. Haremos un cambio rápido y sin traumatismos. Pronto llegará el momento en que el poder se nos vendrá a la mano.

Marat escuchaba, escéptico.

—¿Cree, entonces, en un cambio pacífico?

Adolphe asintió.

—Lo creo, si se sabe maniobrar en esta situación. El ejemplo de los Estados Unidos es distinto; aquello fue una guerra de liberación de una colonia contra su metrópoli. El ejemplo de Inglaterra nos es más próximo: su Parlamento ha sido la institución que ha permitido la sustitución de los gobiernos aristocráticos por los gobiernos burgueses, sin ninguna convulsión política. Confieso que nuestro sistema es distinto; no existe una representación parlamentaria adecuada. Por ello el resultado será también diferente. Se establecerá, de la forma que sea, un gobierno que represente los intereses de la burguesía.

—¿Y el Rey?

—Muy sencillo; o se convertirá en un Rey constitucional, como el inglés, o deberá exiliarse.

Marat asintió levemente.

—*Monsieur* Adolphe, veo que tiene usted unos puntos de vista muy interesantes, y en cierto modo complementarios a los míos, pero a mi entender, totalmente parciales. Olvida usted introducir la naturaleza humana.

—¿A qué se refiere? —preguntó Adolphe, desconcertado.

—Me refiero, sencillamente, a que usted maneja la política como si la realizaran grupos estereotipados, como un juego de ajedrez donde sólo se permiten ciertos movimientos a las piezas. Yo, *monsieur* Adolphe, soy médico. Y esto quiere decir que conozco a fondo la naturaleza humana sana y enferma. Y por eso mismo preveo años difíciles.

»Sí, porque no tratamos con una teoría política abstracta, sino con personas.

Porque la burguesía está formada por personas, —comerciantes, banqueros, funcionarios, artesanos— que son débiles, y viciosos, y cobardes. Incapaces de comprender su papel histórico. Y lo tendrán que comprender a la fuerza. Y la aristocracia, que detenta el poder, no lo cederá voluntariamente, sino a fuerza de sangre. Ni el Rey ni sus Ministros aceptarán fácilmente una transmisión de poderes. Se necesitarán, para ello, enormes presiones. Y habrán tensiones, gestos mal interpretados por una y otra parte, ánimos excitados, y lucha, y sangre, y crímenes.

Parecía excitarse por momentos. Levantó ligeramente la voz.

—Debemos estar preparados para ello. Y debemos saber avanzar por el camino de la revolución, aunque se llene de cadáveres.

Desde su escondrijo, Marcos y Melania observaron la excitación de Marat, con sus ojos chispeantes, y temblaron.

—Usted, Adolphe —seguía Marat—, no es un verdadero revolucionario. Es, simplemente, un dictador: quiere el poder, no el cambio de la sociedad. Y como no puede mandar en el sistema actual, porque no es aristócrata, ve su única oportunidad en la revolución.

Adolphe intentó un gesto de excusa, pero Marat le paró. Por una vez Adolphe se sentía dominado por una personalidad más vigorosa que la suya.

—Consideráis la revolución —seguía Marat— sólo como un medio, como una posibilidad de cambio de poder. En suma, como un instrumento. Pero la revolución, no lo olvidéis, es una realidad social, es un ser vivo, como cualquier otro ser vivo de la naturaleza. Por eso la revolución requiere, como los seres vivos, un proceso de gestación; tras él llega al fin su nacimiento, con furia y estrépito, y su crecimiento inicial, cuando sus autores aún la creen suya y piensan que en cualquier momento la pueden controlar.

»Pero la revolución crecerá aún más, y saldrá de todo control; tendrá una vida propia, cruel y maligna, siniestra e increíble. Transformará la sociedad con daño y pavor, creará un Estado nuevo reduciendo a cenizas el antiguo; se nutrirá de lo más horrendo, de la guerra civil de hermanos contra hermanos, de vecinos contra vecinos, de ciudadanos contra ciudadanos. Se vivirán años de terror mientras el monstruo despedaza el país y finalmente comienza a despedazarse a sí mismo.

»Y en este momento, cuando la furia decrezca, cuando entre las cenizas de la antigua sociedad ya alumbre la nueva, la revolución se negará a sí misma, comenzará su rápido y convulsionado fin y se revolverá contra quienes la engendraron. La revolución exige su tributo final, que son las cabezas de sus autores. Ningún auténtico revolucionario sobrevive a su obra.

Marat miraba al vacío, como realizando una predicción. Gotas de sudor frío llenaba su frente, y su respiración era agitada.

Adolphe también calló, impresionado. Finalmente preguntó:

—Entonces, ¿no aceptáis mi colaboración?

Marat salió de su ensimismamiento.

—Sí, Adolphe; os aceptamos como compañero.

—Pero, ¿no decíais?

—Que no creéis en la revolución... Es cierto. Sois un oportunista, que os pasaríais al mejor postor. Sois cruel, amoral y cínico. Sois fuerte y tenéis recursos. Sois el tipo de revolucionario que sobrevivirá a la revolución, precisamente por no creer en ella. Pero os necesitamos. Aún somos pocos y debemos acoger a todos los que puedan sernos útiles.

Adolphe intentó intervenir, pero Marat le detuvo.

—No os esforcéis... ¿no creéis? Es mejor jugar con las cartas boca arriba. Hablemos ya de proyectos concretos. Mis compañeros y yo estamos preparando el terreno para el cambio de Gobierno. Vamos a solicitar del Rey la convocatoria de los Estados Generales.

Adolphe abrió los ojos.

—¿Los Estados Generales? Si no se convocan desde...

—Desde 1614, exactamente. En su tiempo constituyeron una representación popular, y queremos restaurar la tradición de que el Rey, al menos, consulte a los representantes del pueblo antes de imponer nuevos impuestos.

—¿Y si el Rey se niega a convocarlos?

—El proceso seguirá, *malgré lui*. El pueblo se va concienciando. Todo está preparado. Si el Rey es hábil, podrá asumir el cambio. Si no lo es, habrá una revolución cruenta que acabará con el Rey. Instauraremos una república como la que pretenden nuestros amigos los americanos.

—Es decir, que habrá un Presidente.

—Más o menos. Las fórmulas aún no están perfiladas.

Adolphe dudó unos momentos. Luego preguntó:

—Y en cuanto a acciones concretas para ayudar la revolución...

Marat cambió rápidamente de expresión. De idealista exaltado pasó a mostrarse un táctico experimentado, capaz de medir con precisión cada paso a dar.

—Existe entre nosotros una persona —dijo—, que supone el mayor obstáculo para el desarrollo de las nuevas ideas. Goza de la alta estima del Rey y, lo que es peor, le facilita considerable ayuda económica en estos momentos.

—Sé quién es —dijo Adolphe.

—Circulan unos rumores extraños, muy extraños —siguió Marat—. Parece que de alguna forma ha conseguido una ayuda económica extraordinaria, por encima de todo lo imaginable, y que piensa cederla al Rey. No sabemos de dónde puede salir todo ese dinero prometido: un tesoro escondido, una ayuda extranjera... misterio. Pero si ese dinero llega al Rey, se acabó la revolución.

Adolphe se sintió ya en su terreno.

—Desde luego —dijo—, el pueblo está descontento por los impuestos y por la carestía de la vida. Si se reducen los impuestos y se agiliza la actividad económica, cesarán los motivos de preocupación y la fiebre revolucionaria bajará.

—Sí —dijo Marat—, y eso es peligroso. El proceso revolucionario es necesario, no se puede detener. Si es preciso nos tendremos que desembarazar de esa persona: desde luego, con disimulo. No podemos comprometer nuestra empresa con una acción impremeditada.

—Tengo medios —dijo Adolphe—. Puedo deciros que ya había previsto este problema, y que puede resolverse en breve.

Marat pareció asombrado.

—¿Cómo? —preguntó.

—Todo está preparado —dijo Adolphe—, dejadlo en mis manos. Parecerá un accidente, y no se podrá culpar a nadie.

Marat miró los grandes aparatos productores de electricidad y pareció comprender. Sin embargo, no quiso insistir. Le apretó fuertemente la mano.

—Entonces, ¡de acuerdo! —dijo.

—De acuerdo —confirmó Adolphe—. Y no lo olvidéis; quiero ser vuestro hombre de confianza. Encontraréis en mí todo el apoyo necesario.

Marat asintió gravemente. Se levantaron y abandonaron la habitación.

Aún tras la cortina, Marcos se volvió a Melania.

—¿Has oído eso? ¿No es monstruoso?

—Sí, Marcos, es monstruoso como toda revolución, como todos los revolucionarios. Todo muy claro, muy filosófico. El curso de la historia, la revolución como un ser vivo, el acceso de la burguesía al poder... Pero, ¿qué se oculta detrás de esas palabras huecas? Lo de siempre: la guerra, el hambre, la muerte. Muertes que, por lo que se ve, van a comenzar en seguida.

—Y Adolphe, está clarísimo, quiere colocarse. Apuesta por Marat. Pero seguro que cuando pueda se quitará a Marat de delante y se convertirá en un dictador. Un dictador sin escrúpulos. Tenemos que impedirlo. Pero, ¿cómo? ¿Qué podemos hacer nosotros?

—Algo se nos ocurrirá. Piensa tú, Marcos, que le conoces mejor.

—Veamos, Melania. Está claro que Adolphe piensa provocar este accidente con el fluido eléctrico, y para ello necesita aplicar los conductores sobre la víctima. Pero, ¿cómo lo hará? No creo que nadie se los deje imponer voluntariamente, y ponerlos a la fuerza, delante de todos, tampoco lo creo posible.

Se rascó la cabeza, preocupado.

—No entiendo cómo lo puede hacer... pero seguro que lo tiene todo calculado.

Melania le miró, preocupada.

—¿No se te ocurre nada, Marcos?

—No, Melania. Pero voy a repasar todas las instalaciones.

Y se enfrascó en un cuidadoso examen de los aparatos, pieza a pieza.

2

«Majestad:

»*Deseo comunicaros nuevas noticias...*

(El conde de Fleury mojaba su larga pluma de oca en el tintero y perfilaba cuidadosamente su caligrafía, que le enorgullecía.)

»... *las experiencias iniciadas han llegado a buen fin; ya sabéis de lo que os hablo. Sólo hace falta iniciar la producción en gran escala. Estamos haciendo lo posible para comenzar pronto.*

(Dudó, calibrando hasta dónde podría llegar su intimidad con el Rey.)

»*Estad seguro, Majestad, que estoy tan ansioso como Vos de disponer de las primeras entregas. Contad con toda mi devoción, heredada de mis mayores, que me inculcaron el respeto a la Corona y a su Titular, así como un acendrado amor a mi país. Mi mayor deseo es contribuir a Vuestra gloria, y a la de Francia.*

»*Contad incondicionalmente conmigo.*

Conde de Fleury»

Espolvoreó cuidadosamente la misiva con arenilla, la introdujo en un pequeño sobre y la lacró. Llamó a su secretario particular.

3

Atardecía. Empujadas por el viento, se acercaron nubes densas que oscurecieron rápidamente el cielo. Se notaba tensión en la atmósfera. A lo lejos se oyeron truenos apagados, mientras que, de pronto, comenzó a caer una lluvia fina, obligando a los que paseaban por el parque a acercarse, entre risas y carreras, a la balconada.

Comenzaron a verse, aún a distancia, los primeros relámpagos. Pedantemente, algún científico calculaba con su cronómetro la distancia, midiendo la diferencia de tiempo entre luz y sonido. Se explicaba cortésmente a los menos entendidos la causa de los fenómenos eléctricos de la atmósfera, que en otro tiempo atemorizaban a la humanidad y que ahora estaban totalmente esclarecidos por la ciencia.

La tempestad arreció, y los truenos y relámpagos se acercaron. Algunos, a pesar

de su cultura, experimentaron cierto temor ante el intenso aparato eléctrico. Franklin miraba, ensimismado, el fenómeno, sintiendo no disponer de su célebre cometa. Voltaire se encontraba en un sillón mostrando una expresión forzosamente irónica. Marat recorría el salón con rápidos pasos soltando por los ojos chispas revolucionarias. El abate Nollet explicaba a un reducido grupo de oyentes las propiedades de las chispas eléctricas. El marqués de Bonvivant ordenaba encender las grandes arañas del salón e ir disponiendo la cena.

La orquesta del salón comenzó a tocar.

La finísima arquitectura del de Corelli serenó el ambiente calmando, sugiriendo, equilibrando. El tema surgía y se escabullía, se repetía, aparecía brillante y se eclipsaba tímido; emergía disfrazado por otro instrumento musical y se descomponía de nuevo para reaparecer ágil, gracioso, dinámico. La música fue penetrando en los espíritus con su maravilloso poder tranquilizante.

Gradualmente calmó la tempestad. Los negros nubarrones cruzaron el castillo a miles de pies de altura desplazándose hacia París. La atmósfera, descargada, se mostró pura y límpida; se agradecía respirar, gustaba respirar, era una delicia respirar. En los pulmones entraban mezclados el aire puro y los acordes, y en los cuerpos se difundía el oxígeno de Lavoisier y las notas del *Concerto grosso*. Y casi parecía vislumbrarse una armoniosa conexión entre el pasado y el futuro, entre el macrocosmos y el hombre, entre las ciencias y las artes, entre los pueblos de todo el mundo. Todo era, a su vez, armonía, paz, tranquilidad.

Los académicos, asombrados, se miraron entre ellos. Como en la Arcadia, como en el Olimpo, como en los Campos Elíseos, se vivía un momento de la existencia humana en que la mente parece romper su envoltura corporal y contagiarse, armoniosa y pura, de la gran alegría de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad espiritual.

La orquesta finalizó el *Concerto Grosso*. Las últimas notas vibraron en el aire y se amortiguaron lentamente enroscándose en las arañas, en los muebles y en las estatuas, buscando su agonía final en las copas de cristal de Bohemia. La atmósfera quedó límpida y pura, soberbiamente perfecta en su transparencia tras la tempestad y las armonías. Y en los espíritus se paladeó la beatitud.

Las notas del gong se esparcieron por la habitación, rompiendo el ensueño. Volvió la vida, la ambición, la necesidad, el ansia, el poder, la lucha, la envidia. Volvieron las pasiones. Volvió, en suma, el hombre.

Los invitados desfilaron suavemente hacia el comedor.

4. El fluido que mata

1

La sesión de la mañana del tercero y último día de la reunión había resultado de gran interés. Expuestos ya anteriormente los conocimientos sobre el fluido eléctrico, los científicos habían tratado de sus posibilidades de utilización futuras. Y allí sus imaginaciones se habían desbocado. La electricidad, decían, facilitaría la transmisión de energía de un lugar a otro, accionaría motores, movería vehículos por tierra y por mar, serviría para la transmisión de información y hasta —aventuraban los más osados— llegaría a iluminar casas y calles. Fuera cual fuera el grado de predicción aceptable, se vislumbraba que la electricidad constituía una de las mayores fuerzas que la humanidad tenía a su alcance.

Pero con la fantasía de la predicción se apreciaba la amargura de la realidad. Para llegar a todas esas conquistas había que solucionar aún muchos problemas, y uno de los más importantes era la producción masiva de electricidad. Los medios existentes eran aún demasiado primitivos. Se debía investigar mucho más. Y eso era tarea de los sabios, pero también de los gobiernos. No había que perder de vista que quien controlara la producción de la energía eléctrica dominaría el mundo.

Adolphe escuchó muy atento todas las intervenciones.

Las discusiones finalizaron. Quedaba sólo la sesión de tarde, dedicada a las experiencias sobre el fluido eléctrico, y la cena final de despedida. El día siguiente volverían a sus casas, a sus oficios, nobles o rutinarios, y a continuar investigando en sus ratos libres para presentar nuevas experiencias en las próximas reuniones de la Academia. La actividad de la institución, desligada de los diarios acontecimientos mundanos, seguiría, impasible, su camino en la adquisición de conocimientos.

2

En el sótano, los distintos demostradores preparaban sus experiencias. En una larga mesa, Marcos y Melania, atareados y sudorosos, colocaban los terminales de los aparatos de Adolphe que conectarían con cables conductores a las grandes máquinas productoras de electricidad que, con los enormes condensadores que almacenarían el fluido eléctrico permanecían aún en la habitación adjunta.

Adolphe se presentó para revisar el montaje. Le gustaba cuidar hasta el último detalle.

—¿Todo preparado? —preguntó.

—Sí, señor —contestó Marcos—, todo en orden.

—Vamos a comprobarlo.

Revisaron, de nuevo, toda la instalación. Parecía funcionar perfectamente. En la habitación Adolphe miró, orgulloso, sus grandes monstruos.

—Bien, bien... —exclamó satisfecho—. Va llegando la hora. Vamos a cargar los condensadores. Se acerca el momento de la demostración y quiero tenerlo todo preparado.

Comenzaron a girar la pesada rueda de las máquinas de electrización por frotamiento. Empujaban los tres, fuertemente. Al principio costaba gran esfuerzo, por la enorme inercia; luego la rueda giraba más rápidamente. Se veían pequeñas chispas en los espinterómetros de control, advirtiendo que los grandes condensadores se iban cargando de fluido.

Siguieron girando. Marcos tuvo un cierto sobresalto. Estaban llegando a un grado de carga eléctrica que nunca habían alcanzado.

—¿No es demasiado, señor? —preguntó, inquieto.

—No —dijo Adolphe—, debemos cargar al máximo. La experiencia debe ser concluyente.

Marcos imaginaba la experiencia, pero desconocía los detalles.

—¿No creéis —aventuró— que para matar un pájaro...?

—¡Calla! —dijo fríamente Adolphe—. ¡Sigue girando!

Las botellas condensadoras mostraban ya una extraña luminosidad azulada. Adolphe las observó, con delectación.

—Podemos parar —dijo, secándose el sudor con el pañuelo.

—¿Puedo preguntaros, señor —dijo Marcos—, qué experimento pretendéis hacer?

—Sí —contestó Adolphe—. Comenzaremos produciendo el arco eléctrico; para eso hemos cargado tanto las botellas condensadoras. Quiero que hoy se vea el arco más largo y más luminoso que jamás se haya podido ver en ninguna experiencia anterior.

Marcos le miraba con incredulidad.

—Ya tenemos la carga preparada —seguía Adolphe—. Cuando cerremos el interruptor, y eso lo harás tú, Marcos, cuando yo te lo ordene, se producirá la descarga del fluido eléctrico que a través de los cables irá hasta los terminales metálicos en punta para producir el arco.

Llamaron a la puerta. Adolphe hizo una señal a Melania, quien abrió.

Asomó la cabeza un lacayo preguntando por monsieur Adolphe.

—Pasen, por favor —contestó éste—, se trata de mi encargo, ¿verdad? Déjenlo aquí mismo.

Dos lacayos entraron, con cierto esfuerzo, una gran caja de madera que colocaron

en el suelo.

Adolphe la miró con satisfacción.

—¿La abrimos? —preguntó uno de los lacayos.

—Sí, ábranla.

Con martillo y escoplo quitaron rápidamente la tapa y los laterales. Quedó un gran envoltorio de tela, atado con cuerdas.

—¿Quitamos también esta envoltura?

—No, déjenlo ya así. Ya lo haremos nosotros. Pueden marcharse.

Cuando cerraron la puerta, Adolphe expresó su alegría.

—Bien, bien. Todo está en orden. Vamos a tener una sesión memorable, por todos los conceptos... Memorable, memorable.

Se quedó mirando el envoltorio.

—Bien mirado —dijo—, vamos a dejarlo todo preparado.

Abramos el paquete.

Tomaron unas tijeras y comenzaron a quitar las cuerdas y telas que envolvían el ignorado contenido. Progresivamente aparecían diversas partes de metal dorado. Poco a poco se podía ir adivinando... en efecto, una maravillosa silla metálica de ruedas, color dorado, realizada con un gusto exquisito.

Adolphe la miró amorosamente mientras Marcos y Melania la limpiaban.

—Maravillosa —exclamó—, es mi regalo particular a nuestro anfitrión, el conde de Fleury, por su hospitalidad.

—Por cierto, no se ha visto mucho al señor conde por las sesiones —sugirió Marcos.

—El conde de Fleury —explicó Adolphe— no está en muy buenas relaciones personales con su hijo, el marqués de Bonvivant. Lo cual no quita para que opere con mis bancos. Por eso he podido convencerle personalmente para que acuda esta tarde a la demostración práctica, que parece ser lo único que le interesa realmente de todas las sesiones.

—Le quedará muy agradecido por su regalo, señor —exclamó Melania.

—Desde luego. Cuando vi que le habían construido una horrenda silla *de madera*, pesadísima y difícil de manejar, comprendí que tenía en mi mano hacerle un regalo que agradecería siempre. Mirad, tubos huecos del mejor bronce, para que sea, a la vez, resistente y ligera; fácil de maniobrar. En suma, perfecta.

—Y ¿cuándo se la vais a regalar? —preguntó Marcos.

—Esta misma tarde. Me ha prometido acudir pronto y deseo instalarle en ella cuando llegue.

De pronto, Marcos se sobresaltó. ¿No existiría una intención oculta en el regalo? ¿No había algo que pudiera evitar una silla de madera, y facilitar una silla de metal? ¿No acababan de ver en las sesiones, que la madera aísla el fluido eléctrico, y el

metal lo conduce? ¿Sería parte del plan...?

—Bien —dijo Adolphe—. Va siendo hora. Quedaos aquí mientras voy a recibir al conde.

Salió. Marcos y Melania se miraron.

—¡Ya sé lo que pretende! —dijeron casi a la par.

—¿Te lo imaginas?

—¡Claro que sí!

—Por eso la silla metálica...

—... para conducir bien la electricidad.

—Entonces, la experiencia del arco eléctrico...

—Es una tapadera, es un bluf.

—Va a simular un accidente.

—Y nadie le podrá culpar. Ni siquiera sabrán cómo ha sido.

—Pero lo tenemos que impedir.

—Imposible. Ya están entrando.

—Lo advertiremos...

—Nadie nos creería.

En la puerta de la sala, donde ya habían llegado algunos académicos que curioseaban los aparatos, Adolphe recibía al conde de Fleury que no se hacía de rogar para contar, desde su silla de ruedas, los múltiples achaques que le afligían.

Adolphe se inclinó y le susurro su deseo de hacerle un regalo. El conde aceptó, con vivo interés. Adolphe le empujó, en la silla de ruedas, hasta el cuarto donde esperaban Marcos y Melania.

—De modo —dijo el conde al entrar—, que éstos son sus interesantes aparatos, ¿no? —y mirándolos, en tono cascarrabias, preguntó—: ¿Y para qué sirven, si puede saberse?

—Para producir electricidad, señor conde —contestó Adolphe.

—Eso ya lo sé —dijo con impaciencia—, pero, ¿para qué sirve la electricidad?

—Tiene sumo interés, señor conde —dijo Adolphe pacientemente, recordando su condición de académico—. Puede producir chispas, provoca atracciones y repulsiones, puede descomponer el agua...

—¡Valientes tonterías! —replicó el conde con acritud—. Yo pregunto, querido Adolphe, si puede hacer algo útil.

—Esperemos que dentro de poco la electricidad pueda ser de gran utilidad, señor conde. Siempre hay que hacer numerosos estudios teóricos antes de alcanzar resultados prácticos. *Mister Franklin* ha conseguido atrapar el rayo con un alambre conductor.

—Sí, eso he oído. Y si consigue que colocando pararrayos nos libremos de ese peligro, ya habremos conseguido una aplicación interesante. Me parece que ese

hombre tiene más cabeza que todos ustedes juntos. Pero usted, Adolphe, que sabe cuánto le aprecio, acepte la palabra de este viejo que ya ha vivido mucho: lo de antes sí que era ciencia. ¡Qué cabezas! ¡Qué teorías! Newton, Kepler, Copérnico, Descartes, Spallanzani... hombres que investigaban y descubrían por sí solos toda una rama del saber. Pero ahora, eso que llaman ciencia experimental son juegos de salón, ni más ni menos.

—Pero señor conde —protestó Adolphe—, usted no puede decir...

—Pues lo digo —afirmó de nuevo—. Si he venido aquí es para ver qué experiencias nos van a ofrecer estos electricistas, como yo los llamo, y por respeto a usted, Adolphe, que me lo pidió personalmente.

—Y que se lo agradezco. Como prueba de afecto, aquí tiene el regalo que le prometí.

Y giró espectacularmente la silla del conde de Fleury dejándola frente a la silla metálica, que brillaba a la luz de las velas.

—Adolphe, ¡qué maravilla! —se le iluminó la cara—. ¡Es exactamente lo que necesitaba! Venga, pasadme, que la quiero estrenar ahora mismo.

Adolphe y Marcos le levantaron y le trasladaron a la silla metálica. El conde estaba loco de alegría. Comenzó a girar, con las manos, las grandes ruedas delanteras.

Es maravillosa —decía, mientras maniobraba por la habitación—, ligerísima, y tan fácil de dirigir... Me habéis hecho otro hombre.

Salió, excitado, hacia la sala de exhibiciones. Llamó a su hijo, el marqués de Bonvivant, que entraba en ese momento.

—¿Qué te parece? —decía, mientras sorteaba las mesas—. ¿Qué te parece el regalo de monsieur Adolphe?

Giró en torno a una mesa y volvió junto a éste.

—Adolphe, siga mis consejos. Dedíquese a la banca y a los negocios, que es lo suyo. Déjese de estos juegucitos que no conducen a nada. Usted puede llegar a mucho más.

Adolphe sonreía, complacido.

—Si no le molesta —dijo Adolphe al conde de Fleury—, cuando empiece mi demostración le colocaré aquí, junto a esta puerta —y señalaba la de comunicación con la habitación de los aparatos—. Lo verá todo mucho mejor.

El conde asintió, agradecido.

3

—Y ahora, señores académicos —comenzó el Secretario—, comenzaremos las

demostraciones. Algunos de los participantes en las sesiones han traído sus aparatos de experimentación para permitirnos comprobar algunos de los maravillosos efectos del fluido eléctrico.

La sala estaba llena. Franklin, con su aire de viejecito bondadoso y socarrón se limpiaba las gafas para observar con cuidado. Voltaire, sentado en el sillón que le habían bajado en atención a su edad y a su salud, mostraba sus ojos curiosos con la misma vivacidad de siempre. Volta, el abate Nollet, Marat, Adolphe y otros, preparaban sus experiencias.

—Tiene la palabra —dijo solemnemente— nuestro invitado Alessandro Volta, que tanta conmoción ha producido con su comunicación de ayer.

Alessandro Volta saludó, respetuoso, al Presidente de la Academia, y se aproximó a la mesa donde tenía sus dispositivos.

—Señores académicos —comenzó—, el único mérito de mi trabajo consiste en demostrar que el fluido eléctrico puede producirse por métodos distintos al frotamiento. Como relaté en mi intervención, me sentí atraído por las experiencias realizadas por un colega italiano, Giuseppe Galvani, que al colocar un arco de dos metales distintos, cobre y hierro, sobre la pata de una rana, conseguía una contracción muscular, de modo similar a cuando se le aplicaba una chispa eléctrica. La experiencia es totalmente repetible y la vamos a ver inmediatamente.

Tomó una pata de rana que tenía preparada y le aplicó en dos puntos del muslo una especie de compás con un extremo de cada metal. La pata se contrajo.

—Como pueden ver, el experimento descrito por Galvani es correcto, pero no su interpretación. Galvani pensaba que los animales producían electricidad. Es cierto que algunos animales sí que la producen en cantidades apreciables, como la raya, el pez torpedo y otros, pero la mayoría de ellos no lo hacen, al menos en cantidades detectables por nuestros aparatos. Por eso mi interpretación fue otra. Yo pensé que la electricidad se producía por la yuxtaposición de metales distintos. Vamos a comprobarlo con una pequeña experiencia.

»Vean ustedes que he preparado este montón de discos de plata y este otro montón similar de discos de zinc, así como un tercer montón de discos de tela para humedecer en agua. Y ahora vamos a aplicarlos siguiendo este orden, o sea, plata-zinc-tela —los iba colocando—, plata-zinc-tela, plata-zinc-tela, etc.

Los asistentes miraban cómo las manos, casi de malabarista, del noble italiano, amontonaban los discos.

—Y así vamos construyendo una pila de disco. Bien, señores. Si tomamos ahora unos conductores de cada extremo de la pila y los conectamos a un electroscopio —y lo hizo—, ¿qué veremos? Que nos señala la existencia de electricidad, producida por métodos químicos.

Los dos panes de oro del electroscopio se separaban, mostrando que, en efecto, la

pila de discos construida por Volta producía electricidad.

Los asistentes prorrumpieron en un entusiasta aplauso. Volta lo agradeció y volvió a su asiento.

El Secretario de la Academia tomó, de nuevo, la palabra.

—Muchas gracias, señor Volta. Ha sido muy necesaria la demostración, pues la novedad de las ideas expresadas en la sesión de ayer precisaba su confirmación experimental. No cabe duda que el descubrimiento de la producción de electricidad por métodos químicos abre unas enormes perspectivas en la utilización futura de esta fuerza.

»Y ahora vamos a ceder el turno al abate Nollet, rogando que mientras tanto se prepare el próximo expositor que será *monsieur* Adolphe.

El abate Nollet saludó y se dirigió a sus aparatos de producción de fluido eléctrico. Mientras tanto Adolphe se acercó al conde de Fleury, que, a pesar de su prevención inicial, parecía interesado por las experiencias.

—No se vaya de aquí —le susurró.

Empujó a Marcos y Melania, que desde la puerta habían estado viendo la exposición de Volta, y entraron en la habitación.

—Vosotros os quedáis aquí —ordenó Adolphe—, y cuando yo os lo indique, Marcos accionará el conmutador.

De las grandes botellas condensadoras salían dos cables que, tras pasar por el interruptor, se encontraban enrollados.

—Voy a colocar los cables mientras expone el abate Mollet —indicó Adolphe.

—Yo los colocaré —dijo Marcos.

—De ninguna manera —dijo Adolphe—. Lo tengo todo preparado en la mesa, de modo que no necesito vuestra ayuda allí. Sólo preciso que, en el momento oportuno, Marcos accione el conmutador. ¿Está claro?

—Sí, señor —contestó Marcos.

Se oyeron risas en el salón. Se asomaron y vieron que el abate Nollet había formado una serie de diez personas que se daban la mano; la primera de ellas tocaba un terminal del aparato del abate. Cada vez que éste accionaba la manivela, todos saltaban por el efecto de la electricidad.

Adolphe salió con el rollo de cable doble que desenrolló primero por el suelo subiéndolo luego a la mesa donde estaban colocados los aparatos, para conectar finalmente los extremos a unos pivotes metálicos situados sobre una base de madera. Los entendidos proveyeron una demostración de producción de una chispa eléctrica. Adolphe volvió, comprobando el recorrido del cable, hasta llegar cerca de la silla metálica del conde de Fleury. Con disimulo sacó de su bolsillo otro par de cables conductores.

De nuevo unas risas acompañaron a otros saltos dados por un nuevo grupo de

voluntarios, que gozaban del cosquilleo de la chispa eléctrica.

Adolphe conectó un extremo de los cables a cada uno de los conductores. Seguidamente se acercó, por detrás, a la silla metálica.

—¿Interesante, señor conde? —preguntó.

—Divertido —dijo éste—, como todo juego de salón, pero totalmente intrascendente.

Adolphe conectó los otros dos terminales de los cables a la silla metálica. Retorcó los extremos y los aseguró fuertemente a los barrotes.

—¿Sus experiencias son similares, monsieur Adolphe? —preguntó.

—Me temo que algo más importantes —replicó Adolphe, cautelosamente.

El abate Nollet terminó sus experiencias. El Secretario llamó a Adolphe y le cedió la palabra.

—Señores —dijo éste—. No puedo ocultar la modestia de mi aportación al lado de los grandes descubrimientos de los investigadores que nos han precedido. El único mérito que puedo aportar es el de la potencia. He construido unos aparatos basados en un nuevo principio, que permite obtener energía eléctrica de una potencia hasta ahora increíble. Por ello sus efectos se multiplican y sus posibilidades se amplían extraordinariamente. Quiero mostrarles, de entrada, la producción de una descarga eléctrica de una luminosidad y magnitud tal como hasta ahora no habrán visto.

Franklin consideró los terminales metálicos y encontró que estaban situados a una distancia exagerada. Marat, con ojo crítico, analizaba la conducta de Adolphe. Éste indicó:

—Para mejor apreciar la brillantez de la chispa, ruego que rebajen durante unos momentos la iluminación de la sala.

Los criados apagaron varias de las luces, dejando el recinto en una suave penumbra.

—Bien, señores —siguió Adolphe—, les ruego tengan precaución y no se aproximen demasiado, porque como son experiencias nunca realizadas ante tanto público, y manejamos grandes cantidades de fluido eléctrico, pudiera haber algún accidente.

Hubo un cortés rumor. Sabían que el fluido eléctrico no podía producir accidentes graves. Incluso el conde de Fleury murmuró: «¡Tonterías!»

—Cuando diga: ¡conecten! —anunció Adolphe—, mis ayudantes establecerán la conexión y observarán la chispa más maravillosa que jamás hayan visto. Por favor, preparados.

Todos se fijaron, con expectación en los terminales.

Marcos y Melania se miraron, angustiados. Marcos tenía la mano en el interruptor.

—¡Conecten! —dijo, bruscamente, Adolphe.

No ocurrió nada. Adolphe miró hacia la puerta, con ira.

—¡¡¡He dicho que conecten!!! —repitió, airado.

Marcos miró a Melania.

—Debo hacerlo, Melania. Él lo manda.

Melania le miró, a su vez, angustiada.

—Esta vez —repitió Adolphe, fuertemente—, la conexión no *debe fallar*. Cuando lo indique *debe hacerse* la conexión.

Marcos, con la mano en el conmutador, tenía temblores nerviosos.

—¡¡¡Conecten!!! —gritó Adolphe, con voz convulsiva, casi sobrehumana.

Marcos bajó el conmutador de golpe.

Entre los dos terminales metálicos saltó una chispa violenta, blanquísima, luminosa, con ramificaciones arborescentes, como un auténtico rayo, que se mantuvo instantáneamente como un puente luminoso entre las dos puntas. Deslumbró a los asistentes, les mostró, por un instante larguísimo, unas caras espectrales, desarrolló ante ellos, desatados, los poderes elementales de la naturaleza y esparció un fuerte olor a ozono como naciente de las entrañas de la tempestad.

Y en aquel momento se oyó un extraño chillido que heló la sangre. Se volvieron en dirección a él. Era el conde de Fleury, que yacía en la silla de ruedas, con la cabeza ladeada, inmóvil.

Marat saltó a su lado y le abofeteó. Le tomó el pulso, le palpó el cuello. Se levantó silencioso.

—Ha muerto —dijo.

Hubo un silencio total. El marqués de Bonvivant se acercó a la silla donde reposaba su padre, sin comprender aún.

—¿Muerto? —preguntó, con la incredulidad en el rostro.

Adolphe también se acercó. Quedaba un detalle por resolver.

—Llémosle a su habitación —dijo—. Tomémosle en brazos.

—No —dijo su hijo—, será más fácil trasladarle en su propia silla.

—Creo que debíamos llevarle en brazos —dijo Marat, comprendiendo.

—No, señores —dijo el marqués, empujando la silla—, vamos a trasladarle ya a su habitación.

El cable se desenrollaba a medida que avanzaban. Adolphe intentó soltarlo, pero lo había atado demasiado a conciencia.

De pronto el marqués notó una resistencia al empujar. Miró y vio el cable, en tensión, que partiendo de la silla alcanzaba la habitación de los aparatos.

Inmediatamente comprendió.

—¿De modo que...? —exclamó, mirando a Adolphe.

—No —dijo éste—, ha debido ser un accidente.

Marcos y Melania, desde la puerta de la habitación, miraban la escena. El

marqués, con el cadáver de su padre en la silla, señalaba a Adolphe, que procuraba excusarse.

Pero de pronto el marqués no pudo contenerse. Dirigiéndose a Adolphe, gritó, con furia:

—¡¡Has matado a mi padre!! ¡¡Asesino!!

Se produjo un alboroto tremendo. Adolphe se dirigió rápidamente hacia la puerta de salida y escapó. Marcos tomó a Melania de la mano y corrió tras Adolphe.

Los asistentes comenzaron a reaccionar. El marqués, frenético, seguía gritando ¡Asesino! ¡Asesino! Adolphe subía las escaleras ágilmente. Marcos y Melania, aún más ágiles que él, fueron acortando distancias.

—¡Deténgase, señor! ¡Deténgase! —gritaba Marcos.

—¡Imbéciles! —les gritó Adolphe—, ¿no veis que también vienen por vosotros?

Marcos y Melania comprendieron que la persecución también les afectaba a ellos, como criados de Adolphe. Le alcanzaron, y ahora fue el grupo de tres el que subía rápidamente la escalera buscando una salida.

Escalera abajo se oía el rumor del grupo que subía y, sobre él, la voz del marqués repitiendo ¡Asesino! ¡Asesino!

5. Huida definitiva

1

Sólo durante la persecución se dieron cuenta de la extensión del castillo. Atravesaron pasillos y salones, comedores y salas de recepción, salas de baile y bibliotecas. El edificio mostraba estancias de diversos estilos y épocas y por todas ellas, al parecer, cruzaron perseguidores y perseguidos. Aproximándose, alejándose, quedándose perplejos ante una bifurcación, ante una escalera, los dos grupos realizaban entradas y salidas improvisadas, giros, ocultaciones y desvíos.

En cierto momento los perseguidos se encontraron ante un largo pasillo en cuyo fondo se divisaba una sólida puerta de roble. Adolphe, Marcos y Melania corrieron hacia ella con la esperanza de encontrar un escondite. Intentaron abrirla. Imposible. Estaba sólidamente cerrada.

A lo lejos se oyó el rumor de los perseguidores que se acercaban.

—Ya no tenemos escape —dijo Adolphe—, y dio un nuevo empujón a la puerta.

De pronto, ésta se abrió. Con la mano aún en el pomo apareció un extraño personaje, altísimo, delgado, de tez aceitunada, vestido con una levita larga, color verdoso, un tanto antigua. Destacaban en su cara unos ojos inquietantes, casi diabólicos.

—¿Quieren hacerme el honor, señores —les preguntó—, de pasar a mi laboratorio?

Los tres le miraron perplejos. Ante su estupor, continuó:

—Permítanme que me presente Giuseppe Balsamo, conde de Cagliostro. Y, si me lo permiten, les invitaré a una taza de té.

Pasaron. Cagliostro cerró la puerta tras ellos y, con la mano les indicó la dirección.

2

—Sí, ya lo sé todo —dijo, cuando hubieron entrado—, sus perseguidores llegarán dentro de poco —lo comentaba como si se tratara de una cuestión puramente académica—. Les abriré, naturalmente. Pero no se preocupen. No les encontrarán, se lo aseguro.

Adolphe miró en derredor la instalación del laboratorio y expresó su asombro:

—¡Un laboratorio químico completísimo! ¡Perfectamente dotado! Permítame, conde, que le pregunte qué investiga y por qué no se ha sumado a nuestra reunión de

estos días.

Cagliostro calentaba el agua; alcanzada la ebullición la pasó a una tetera, que colocó en una bandeja donde estaba preparado el resto del servicio. Se acercó con todo ello a una mesita baja, junto al tresillo.

—Como ven —indicó—, el servicio es algo deficiente, por razones, digamos, de discreción. Pero creo haber desviado nuestra conversación. —Y dirigiéndose a Adolphe—: ¿Decía...?

—Decía —siguió Adolphe— que me extraña muchísimo...

—Sí, por supuesto —cortó Cagliostro—, a todos les extraña muchísimo.

Se levantó bruscamente, fue a la mesa de trabajo y comenzó a manipular unos frascos de reactivos.

—Comprendo que les extrañe —dijo—, pero si no toman el té, se les va a enfriar, mis queridos amigos.

Y les fulminó con una extraña mirada.

Adolphe, Marcos y Melania se sentaron y comenzaron a servirse. La escena era extrañamente irreal: perseguidos y angustiados hacía pocos minutos, y ahora tomando el té con la total placidez de una reunión social.

Cagliostro terminó de manipular sus reactivos.

—*Monsieur Adolphe* —dijo—, me gustaría que viera usted mismo en qué investigo.

Se acercó a la mesa con una probeta llena de líquido en una mano y un vaso de precipitados, parcialmente lleno de líquido, en la otra. Sonrió misteriosamente y dejó sobre la mesa, como quien deja un florero, el vaso de precipitados.

—Y ahora —dijo con aire esotérico—, miren atentamente.

Volcó parte del contenido de la probeta sobre el vaso de precipitados; al unirse ambos líquidos la mezcla comenzó a reaccionar, produciendo un humo blanco, denso, de olor sofocante. Lentamente, en el fondo, se fue formando un precipitado blanquecino sobre el que progresivamente fueron destacando unos finos puntos amarillos.

Adolphe se excitó extraordinariamente al verlos.

—¡Es oro! —dijo—. ¡Lo ha conseguido! ¡Ha dado con el método de sintetizar oro!

Y miró a Cagliostro con gran admiración.

—¡Extraordinario! —exclamaron Marcos y Melania.

Cagliostro escuchaba, orgulloso, los elogios.

—Y con ese oro podría... —comenzó Adolphe, pero de pronto la sospecha cruzó su rostro y se puso repentinamente serio—. Pero dígame, Cagliostro: ¿para quién trabaja? ¿No será para el conde de Fleury?

De pronto Cagliostro estalló en una enorme carcajada, una carcajada siniestra,

que rebotó en las bóvedas de piedra del recinto. Casi se contorsionaba, su cuerpo larguísimo y flaco, como si lo encontrara todo enormemente divertido. Ante el repentino e inexplicable cambio de humor, Adolphe, Marcos y Melania le contemplaban airados.

—¿Qué le hace tanta gracia, si puede saberse? —decía Adolphe.

Cagliostro calló de pronto, tan súbitamente como había comenzado, como un muñeco mecánico cuya cuerda se acaba. Se agachó, y con su larguísima mano acarició el vaso de precipitados.

—Bien, creo que debo una explicación a tan ilustres científicos —había un ligero tono de ironía en su voz—. En efecto, estos puntos, como bien han dicho, son de oro.

La expectación era grande.

—¿Entonces es verdad...? —preguntó Melania.

—Sigamos —dijo Cagliostro—. Son granos de oro que he precipitado de una disolución de sales de oro. Como saben, el oro es un metal noble que no se disuelve con casi nada. Pero hay una mezcla especial, realizada con ciertos ácidos en determinadas proporciones, que lo pueden disolver. Por eso el líquido que he vertido contenía previamente oro disuelto. Y, cuando lo he pasado al vaso de precipitados con otra mezcla que ha alterado su estado de disolución, ha precipitado.

—Entonces, el oro que vemos... —comprendía Marcos.

—Estaba previamente contenido en la disolución.

Adolphe le cortó, indignado.

—Entonces, ¿por qué nos ha hecho creer que ha conseguido fabricar oro?

Cagliostro negó enérgicamente; sus manos dibujaban negaciones en el espacio.

—Señores, por favor, no tergiversemos lo ocurrido. Yo sólo he dicho, según creo, «miren atentamente». El resto se lo han dicho ustedes mismos, *je croi*.

—Es verdad —dijo Melania, que comenzaba a sentir gran curiosidad respecto al misterioso personaje—, el señor Cagliostro nunca ha dicho que él hubiera fabricado oro.

Cagliostro sonrió de nuevo misteriosamente; era apenas una ligerísima incurvación de las comisuras.

—Aclarado el tema —siguió—, quiero contestar a su pregunta, *monsieur Adolphe*. ¿Por qué he hecho esto? Digamos que para realizar un pequeño experimento... con ustedes. Ustedes son científicos, realizan experiencias a diario con las sustancias y con las fuerzas de la naturaleza, y he aquí que de buenas a primeras, ante un simple truco de principiante, se dejan invadir por su deseo, renuncian a la objetividad y afirman que poseo la piedra filosofal o el arte de la transmutación de la materia.

—Confieso —dijo Adolphe, contrito— que por un momento lo creí. Pero permítame otra pregunta, ¿sabe la verdad el conde de Fleury?

Cagliostro puso las manos sobre las rodillas y miró hacia abajo, piadosamente.

—Digamos que el señor conde de Fleury continúa en la etapa precientífica del conocimiento...

—Oiga, conde —dijo, de súbito, desconfiado, Adolphe—, ¿por qué nos cuenta todo esto? ¿No piensa que lo podríamos difundir y que sería el final de su estancia en el castillo, y aun de toda su carrera?

—Mis queridos amigos —su voz era ahora suave, acariciadora—. Sé que no van a hacer eso —pareció pensar un brevísimo instante—, no —se contestó a sí mismo—, no tienen posibilidad. En cuanto a por qué les cuento todo esto, digamos que también tengo cierto derecho a mi público. Piensen que últimamente he pasado mucho tiempo encerrado en este laboratorio, en casi absoluta soledad. Y, sin embargo, tengo mi pequeña vanidad. Me gusta comunicar mis descubrimientos.

—Pero, ¿qué descubrimientos? —dijo Adolphe, que se irritaba por momentos—. No es usted más que un vanidoso incorregible. Habla como si dominara los secretos de la naturaleza, y sólo sabe hacer unos cuantos juegos de manos...

Cagliostro acusó el golpe. Por un momento sus manos se crisparon y sus nudillos quedaron blanquísimos. Su mirada se hizo glacial.

De pronto, les indicó:

—¡Vengan conmigo!

Se levantaron, siguiéndole. Les condujo a una pequeña mesa lateral, llena de instrumentos, frascos y objetos.

Tomó una pequeña maceta con una planta.

—Miren —dijo misteriosamente—, tomo un ser vivo, una planta.

Alcanzó un pequeño frasco que contenía un líquido rosado y llenó con él un pulverizador. Se acercó a la planta y apretó el pulverizador, cubriéndola con una suave lluvia de finísimas gotas.

—Miren fijamente —dijo.

Miraron atentamente. No ocurría nada. Pero sí, de pronto...

—¡Se está haciendo más pequeña! —dijo Melania.

—¡Es cierto! —confirmó Marcos.

—Es una interpretación, desde luego —dijo Cagliostro—. Yo preferiría decir que se ha hecho más joven.

Accionó otra vez el pulverizador. La planta se redujo de nuevo hasta la cuarta parte de su tamaño original.

—¡Fabuloso! —tuvo que confirmar, también, Adolphe, que, no obstante, miró con desconfianza a Cagliostro—. Pero, ¿no será ningún truco?

—Le prometo que no, monsieur Adolphe —dijo Cagliostro con expresión de completa sinceridad. Y pulverizó nuevamente el líquido.

Un momento después, la planta se fue reduciendo de tamaño hasta desaparecer

por completo.

—¡Ha desaparecido! —dijo Marcos.

—De nuevo me temo que son demasiado precipitados en sus conclusiones —dijo Cagliostro—. Esperen un momento.

Tomó un pequeño cuchillo y escarbó en la tierra. Con aire de prestidigitador sacó una semilla y la mostró en la palma de la mano.

—*Voilà, messieurs* —dijo, esperando su admiración.

—¡Increíble!

—¡Extraordinario!

—¡Maravilloso!

Cagliostro adoptó ahora un aire levemente profesoral.

—Quizá esta pequeña experiencia les aclare algo sobre mis trabajos. Yo investigo las fuerzas secretas de la naturaleza, pero las reales, las únicas, las profundas, las misteriosas. Las que producen la vida y la muerte, la juventud y el envejecimiento, la salud y la enfermedad. Conozco los secretos abismos del cuerpo y de la mente; sé desatar y controlar las pasiones; puedo exaltar y reprimir la fantasía y hasta puedo manejar las profundidades de la bondad y la maldad humanas.

»Pero para continuar mi trabajo necesito dinero, mucho dinero. No para mí; no necesito gran cosa para vivir, pero sí para proseguir en el conocimiento de estos mundos esotéricos, extraordinarios... Y tengo que incitar a algunas personas poderosas a que me ayuden, con uno u otro razonamiento.

—¡Prometiéndoles fabricar oro! —protestó Adolphe.

—Es posible —confesó Cagliostro—. Le confieso, mi querido Adolphe, que no soy excesivamente estricto en esto que llamamos la moral convencional. Y además, cada jugador asume su riesgo.

Siguió manipulando sobre la mesa. Rellenó de nuevo el pulverizador con el líquido rosado del frasco. Preparó un plato hondo, que colocó en el centro de la mesa y sobre el que vertió un poco de agua. Tomó, de una jaula, una rana que colocó en el centro. La rana miraba a todos con sus grandes ojos saltones.

—Veamos el efecto de la pulverización sobre un animal —dijo—. Y roció a la rana con el pulverizador.

La rana disminuyó de tamaño hasta la mitad.

Pulverizó un poco más.

La rana siguió disminuyendo de tamaño, pero variando de aspecto; a medida que se achicaba, se le afilaba el cuerpo y se alargaba comparativamente la cola.

—¡Pero si es un renacuajo! —dijo Melania.

—En efecto —dijo Cagliostro—, es un renacuajo. Así verán cómo no se trata de una mera reducción de tamaño, sino de un rejuvenecimiento.

Hizo una nueva pulverización. El renacuajo desapareció de su vista.

—Ya no me atrevo a afirmar nada —dijo Marcos.

—Y hace bien —dijo Cagliostro, tendiéndole una potente lente de aumento.

Miraron por turno. En el agua se veía un diminuto ser nadando con grandes oscilaciones de la cola.

Cagliostro sonrió triunfal... Pero en aquel momento se oyeron unos tremendos golpes en la puerta.

Adolphe, Marcos y Melania se miraron preocupados.

—Son ellos... —dijo Marcos—. Y parecía que les habíamos despistado. Llevamos aquí un buen rato.

—No tanto rato —aclaró Cagliostro—. Han venido inmediatamente detrás de ustedes. Lo que ocurre es que el tiempo puede alargarse o acortarse. Por supuesto, dentro de ciertos límites.

Los golpes arreciaron. A través de la gruesa puerta se oían los gritos de los perseguidores.

Cagliostro, sin inmutarse, comentó, como pensando en voz alta:

—Me temo que tendremos que abrir a estos caballeros... No obstante, les preparemos una pequeña sorpresa.

Atravesó, rapidísimo, la habitación, y tomó de un estante unos botes llenos de extrañas hierbas. Pareció murmurar algo mientras sus dedos manipulaban, agilísimos, los triturados de plantas. Se acercó a la chimenea, donde quedaban unos rescoldos, y tiró encima un puñado.

Comenzó a difundirse por la habitación un olor pesado y dulzón, semejante a un perfume oriental demasiado intenso.

—¿Qué es eso? —preguntó Adolphe, desconfiado.

—Les dije que podrían escapar, y deben confiar en mí —aseguró Cagliostro.

Los golpes arreciaban y, a partir de cierto momento, comenzaron a ser rítmicos, como si se propusieran derribar la puerta.

—Mejor será que pasen a mis habitaciones privadas —les invitó Cagliostro—, mientras yo converso con estos caballeros.

Abrió una puerta lateral que daba a dos habitaciones unidas. Una era una despacho de estudio, con mesa, sillones y estanterías hasta el techo, abarrotadas de libros. Por la puerta entreabierta de la otra se veía un dormitorio.

Los tres perseguidos pasaron. Cagliostro cerró y se encaminó a la puerta principal del laboratorio.

Abrió suavemente y examinó con disgusto a los perseguidores: los miembros de la Academia se mezclaban con los familiares del conde de Fleury y con los criados de la casa.

Todos estaban sudorosos, las pelucas ladeadas y los trajes en desorden.

Cagliostro los miró con repugnancia.

—¿Deseaban...? —preguntó, correctísimo.

—Señor —dijo el Secretario de la Academia—, buscamos a los autores del atentado contra el conde de Fleury. Creemos que están escondidos en sus aposentos.

—Sí —gritaron los restantes perseguidores—. Venimos a por ellos.

De la chimenea seguía saliendo un humo denso, penetrante.

—En tal caso —dijo Cagliostro con una versallesca reverencia—, pasen y búsquenlos ustedes.

—Inmediatamente... —dijeron.

Entraron como una tromba al recinto del laboratorio y comenzaron a respirar el aire aromatizado.

3

—Marcos, me siento rara —le indicó Melania, asustada—. Como más leve, más liberada. Debe ser por ese extraño aroma.

—Yo también, Melania. Siento algo parecido. Como si fuera a entrar en un mundo de sueños, como si estuviera flotante, eufórico.

—Pues yo también noto algo raro —intervino Adolphe—, y la verdad es que ese misterioso conde no me inspira la menor confianza.

Callaron. Fuera, en el laboratorio, se oían pasos lentos, reposados, que no parecían de perseguidores sino de asistentes a una reunión social.

Y de pronto se abrió la puerta. Apareció el conde de Cagliostro enmarcado por el humo que llenaba el recinto del laboratorio, como un emisario del más allá, como un brujo, como un genio... Su expresión era de dominio, de superioridad indiscutible.

—Pueden pasar —les dijo—, no hay ningún peligro. Es sólo una reunión de amigos.

Desconcertados una vez más en esta larga tarde de sorpresas, pasaron al laboratorio. El humo procedente de la chimenea producía una auténtica bruma que hacía ligeramente imprecisos los contornos. Comenzaron a andar de un lado para otro, y sus ojos se dilataron por la sorpresa.

El emperador Vespasiano se ajustaba la toga mientras escuchaba socarronamente los consejos que Adolf Sturm le daba para gobernar el Imperio con mano firme. Paseando juntos, Franklin y Machinio sostenían una animada conversación sobre las posibilidades del vapor en la propulsión de vehículos; Franklin formulaba preguntas muy agudas y tomaba notas mentalmente cara a futuros experimentos.

Celia estaba elegantísima con su alto peinado, su delicado maquillaje, su finísimo traje blanco con adornos de oro. Sentada en un sillón se dejaba acariciar

voluptuosamente por Voltaire, un Voltaire más joven, más irónico, más cortesano, envuelto en su suave coraza de frases galantes.

Marcos paseaba por estas extrañas visiones como por una pesadilla de irrealidad y ensueño.

—La belleza del cuerpo joven es el complemento de la belleza de su alma —oyó tras él; se volvió y vio a Marcial paseando con un joven efebo. Desaparecieron hacia las habitaciones interiores.

También Melania paseaba entre los grupos. Divisó, entre la niebla, a los tres Lamas, unidos, contentos, divertidísimos; se daban palmadas, se empujaban, se sonreían. Algo más allá, el Presidente Donovan conversaba con el conde de Fleury sobre los problemas económicos de los gobiernos; el conde le indicaba que disponía de medios secretos para sanear la economía.

—Es increíble —decía Marcos, frotándose los ojos una vez más—. No puede ser... Todo esto no es más que un sueño, un maldito truco de prestidigitación.

—¿Increíble por qué? —y Cagliostro se plantó ante él, como un enorme murciélago espectral—. La historia se repite, mi querido amigo. Todos somos personajes, todos interpretamos nuestro papel, y, en cierto modo, los papeles se repiten periódicamente...

El doctor Niedrig examinaba el laboratorio con el mayor interés y se detuvo, pensativo, frente a la jaula de las ranas.

Plinio, con aire erudito, explicaba al abate Nollet las propiedades de los peces eléctricos, mientras que Patricia O'Malley trataba con Juvenal de las costumbres de los grupos juveniles romanos.

—No, no puede ser... —exclamó de nuevo Marcos.

—¿Decías, cariño? —y recibió un fuerte beso en la mejilla.

Era Celia-programada, Celia-amorosa, Celia-sensual, pidiendo caricias y abrazos.

Marcos, maquinalmente, le acarició levemente el cuello. Inmediatamente se convirtió en Celia-intelectual, Celia-absorbida-por-la-pasión-de-aprender, que le dejó y se dirigió hacia Lavoisier que contaba, ante un pequeño auditorio, sus experiencias sobre la respiración.

Marcos se sintió solo, en medio del tumulto.

—Melania —preguntó—, ¿dónde estás?

Y Melania, como respondiendo, surgió de la bruma a su lado.

—Estoy aquí, Marcos —dijo—. Contigo, como siempre, como antes, como después.

Resaltaban, en el fondo brumoso, sus ojos y su cabello negrísimo.

—Sí, Melania, siempre juntos —dijo Marcos—. Siento a veces como si hubiera vivido contigo mil vidas distintas.

—Todas muy agitadas, por cierto —dijo ella, sonriendo.

—Desde luego, Melania —reconoció él—, lo nuestro nunca ha sido fácil.

Se miraron con enorme ternura. Iban a besarse cuando sintieron unas manos enérgicas que les empujaban.

—Vamos pareja, vamos... que va a pasar el efecto.

Era Cagliostro, que les empujaba a su estudio donde ya estaba Adolphe. Una vez dentro, Cagliostro cerró la puerta.

—Mis queridos amigos —dijo teatralmente—, dentro de poco cesará el efecto de las hierbas e imagino que estos caballeros manifestarán las intenciones de atraparles que plantearon de entrada. Tenemos que preparar la escapatoria.

—¿Por dónde? —preguntó Adolphe, mirando, con aprensión, los gruesos barrotes de la ventana.

—Oh, hay muchas formas de evadirse del mundo real —dijo Cagliostro vagamente—. Siéntese un momento, por favor.

Obedientes, se sentaron. Cagliostro hablaba consigo mismo, introduciendo la mano en el bolsillo de su casaca.

—No hay más remedio —murmuró—; es la única forma de evitar un penoso final. Un final ideado por el doctor Guillotin, y que dentro de poco dará mucho que hablar a toda Francia.

Y con gesto rápido sacó de su bolsillo el pulverizador y roció a los tres de una impalpable nube rosada.

Que inmediatamente surgió su efecto.

En los sillones, Adolphe, Marcos y Melania comenzaron a disminuir de tamaño. De pronto, el proceso se detuvo: en los asientos había tres adolescentes que se miraban entre sí, perplejos.

—Hace falta un poco más —se dijo Cagliostro. Y les roció de nuevo.

Ahora eran unos niños entre ocho y diez años los que se debatían entre unas ropas demasiado grandes, con aire entre asustado y divertido.

—Todavía más —y Cagliostro apretó de nuevo el pulverizador.

Siguió el rejuvenecimiento: ahora se vieron unos niños en torno a un año, que inmediatamente se pusieron a berrear, inquietos y asustadísimos.

—Bueno, no es para tanto —les consoló Cagliostro—. Y ahora, el impulso final.

Y dio una última y fuerte pulverización, agotando todo el líquido.

El proceso de rejuvenecimiento pareció ahora una película de educación sexual proyectada a la inversa: los niños se convirtieron en fetos y éstos en embriones, que rapidísimamente se transformaron en un diminuto amasijo de células perdidas entre las ropas.

—Cumplí mi promesa —dijo Cagliostro—. Una huida perfecta.

Tomó las tres diminutas masas y las colocó en un tubo. Quedó pensativo.

—Quizás algún día... —murmuró. Lo etiquetó y lo guardó en un cofre.

Seguidamente, escondió los trajes en un armario.

4

Cuando los perseguidores abrieron la puerta vieron a Cagliostro en un sillón, solo, con la mirada en el infinito.

—¿Dónde están? —le preguntaron.

Cagliostro volvió el rostro, con expresión ausente.

—¿Quiénes? —preguntó a su vez.

—Adolphe y sus dos ayudantes, Marcos y Melania.

Cagliostro volvió a mirar al vacío. Se sentía terriblemente cansado.

—Se marcharon —dijo.

—¿Por dónde? —insistieron, inquietos—. ¿Les ha visto huir?

—Sí —dijo Cagliostro—, les he visto huir. Pero volverán.

—¿Cómo? —se preguntaron, desconcertados—. ¿Cuándo volverán?

—Volverán —respondió Cagliostro—. En cualquier época, en cualquier momento, volverán, Adolphe, Marcos y Melania.

Porque siempre habrá hombres que querrán dominar, tiranizar o explotar a los demás. Porque siempre habrá hombres sencillos y buenos que serán engañados y dominados. Porque siempre habrá mujeres que confiarán en un hombre y le amarán intensamente.

»Sí —continuó Cagliostro—, siempre habrá tiranos que confiarán en nuevas fuerzas y nuevas técnicas para establecer su dominio. Utilizarán la espada, el vapor, la pólvora, la electricidad, el petróleo, la propaganda, el dominio de la mente. Emplearán los descubrimientos no para ayudar al hombre, sino para hacerlo su esclavo.

Los perseguidores barruntaron que Cagliostro hablaba más allá del tiempo y del espacio. Callaron respetuosos.

Sólo el Secretario de la Academia preguntó:

—Entonces, ¿siempre habrá dominadores?, ¿siempre habrá dominados?

—Dependerá de nosotros —dijo Cagliostro, lentamente—. Debemos tener conciencia de constituir la gran familia humana, y de que podemos sobrevivir si utilizamos la inteligencia. Debemos unirnos para dominar el mundo y sus recursos, asegurando nuestra subsistencia y evitando desigualdades e injusticias. Debemos tener conciencia de nuestra dignidad y organizarnos para impedir, desde sus comienzos, cualquier forma de opresión. Y debemos, sobre todo, dominar la técnica para que sea nuestra servidora y no nuestra dominadora.

»Y ahora —dijo quedamente—, dejadme, por favor. Quisiera descansar.

Respetuosos, los perseguidores se fueron. Cagliostro se sintió, otra vez, tremendamente cansado. Pensó que ya estaba muy viejo.

Maquinalmente, sacó el pulverizador y lo miró.

Estaba vacío.

Final

De nuevo, y ya por tercera vez, comenzó la valoración de la vida de Marcos en la balanza de las obras buenas y malas para proceder al veredicto final.

Se había llegado a un acuerdo: suprimir los discursos. Valoración pura y simple de este caso límite, que tantas complicaciones mostraba.

Y de nuevo, una vez más, el fiel de la balanza quedó en perfecto estado de equilibrio.

—¿Otra vez? —exclamó desolado el Espíritu Decisor.

—Sin embargo —intervino el Espíritu Defensor—, y marque lo que marque la balanza, quiero que se considere que mi defendido fue engañado desde el principio respecto al destino de los aparatos eléctricos que construía. Él siempre pensó...

—Protesto —intervino el Espíritu Fiscal—. Él ha sido el causante de la muerte del conde de Fleury, y todos estamos de acuerdo en el valor de una vida humana. Además...

Pero fue cortado por el grito del Espíritu Secretario:

—¡Miren! —decía, asombrado—. ¡La balanza se mueve!

Todos miraron el fiel.

—¿Cómo es posible? —dijo el Espíritu Decisor—. Nunca ha ocurrido una cosa así.

Pero ocurría. El fiel se desplazaba, lentamente, lentísimamente, a la zona de predominio de las buenas acciones. Lo cual indicaba claramente el fin de la prueba, la superación de los problemas, la aceptación.

—Pero, ¿qué está pasando en la Tierra? —preguntó el Espíritu Decisor, mientras el Espíritu Secretario anotaba el veredicto en el libro en-el-que-todo-se-escribe.

* * *

En su enorme y oscuro dormitorio yacía el conde de Fleury rodeado de sus parientes y amigos.

De pronto pareció despertar ligerísimamente de su sueño mortal. Su respiración comenzó a hacerse apenas perceptible.

Uno de los familiares observó el repentino cambio.

—¡Respira! —dijo—. ¡Ha comenzado a respirar! ¡No está muerto!

Se arremolinaron, anhelantes, en torno suyo. La respiración se hizo más profunda. Entreabrió los ojos.

—¡Se está recuperando! —insistieron—. ¡Está vivo! —las exclamaciones eran cada vez más entusiastas.

El conde sonrió. Balbuceó algunas palabras.

—Me voy recuperando... —dijo quedamente. Pero su voz fue subiendo de tono—. Me recupero por momentos. Creo que sólo ha sido la impresión de esa tremenda descarga eléctrica.

Los familiares, los amigos, los sirvientes, miraban con admiración el súbito cambio.

—Me voy a levantar —dijo el conde—, acercadme la silla de ruedas.

—¿No convendría —sugirió su hijo— que te quedaras algunos días en cama?

El conde le miró con desprecio.

—No digas tonterías —respondió—. Me encuentro perfectamente. Sea lo que sea, ya pasó. Acercad la silla de una vez.

La acercaron. El conde se quitó las sábanas, se sentó en el borde de la cama y apoyó sus manos en los brazos de la silla de ruedas.

Le quisieron ayudar pero rechazó, indignado.

—Dejadme —dijo—. Sé trasladarme yo solo.

Se incorporó, apoyándose, para girar y sentarse. Pero no contaba con que la nueva silla era mucho más ligera. Al levantarse, apoyado en los brazos, la silla retrocedió. El conde, reclinado sobre ella, pareció caerse, pero instintivamente adelantó un pie. Y el otro. Y de nuevo el primero. Y dio un paso. Y otro. Y otro. Y siguió andando sobre sus piernas antes paráliticas, apoyado en la silla que retrocedía.

—¡Milagro! —se oyó—. ¡El señor conde ya puede andar! ¡Milagro!

Y el conde, apoyado en la silla, seguía andando, avanzando pausadamente por la habitación.

Marat se acercó rápidamente a comprobar el estado del enfermo. Lo observó con agudeza mientras los demás deliraban de entusiasmo.

Franklin se le aproximó.

—¿Qué piensa de todo esto, monsieur Marat? —le preguntó.

—Pienso —contestó éste con prudencia— que estamos observando la primera curación obtenida con un nuevo agente terapéutico: la electricidad.

El conde salió por el amplio pasillo hacia el salón, empujando pausadamente su silla de ruedas, rodeado de familiares y amigos, soportando con dignidad sus siglos de nobleza. Cada vez acudía más gente a ver el prodigio, y el recinto parecía la sede de una recepción antigua, cuando los reyes aún eran amados y todavía sanaban la escrófula con el leve toque de su mano. Se abrieron los ventanales, se llamaron los

rezagados, acudió el servicio, se reunió discretamente la orquesta y, de nuevo, los compases del catalizaron la alegría desbordada, el júbilo radiante, la gratitud estremecida. Y en la música se fundieron lentamente mundos, historias, filosofías y esperanzas, odios y amores, miserias y ambiciones, en una espiral que subía, subía incesantemente hacia arriba.

Notas

No es frecuente que una novela incluya notas y bibliografía adicional. Sin embargo parece que, dada la índole de los temas tratados, conviene aportar algunos datos concretos.

La principal dificultad de una novela de historia-ficción consiste en acoplar los personajes a sus épocas sin cometer demasiados anacronismos. Hemos procurado que sean los menos posibles. De todas formas se han deslizado algunos, más o menos consentidos para la unidad de la narración.

La primera parte transcurre en Roma durante el año 78, bajo el reinado del emperador Vespasiano. Es cierto que los romanos conocieron, al menos a escala elemental, la utilización del vapor.

Lo prueban, entre otros, los ingenios construidos o diseñados por Herón de Alejandría: su turbina de vapor está documentada históricamente. También realizaron mecanismos de gran precisión mecánica, como bombas aspirante-impelentes, que emplearon, sobre todo, en minería, y complicados aparatos de relojería que aplicaron, entre otros ingenios, a las clepsidras. De haber seguido por este camino —y aquí ya entra la extrapolación— hubieran podido construir un motor de vapor. De hecho, en las reflexiones de Plinio el Viejo incluimos esta pregunta: ¿por qué, teniendo todos los elementos tan a la mano, no llegaron los romanos a construirlo?

Si esta posibilidad no es muy desatinada, tampoco lo es su acoplamiento a un vehículo automóvil. De hecho, han existido numerosos automóviles y autobuses colectivos movidos por vapor, desde el inicial vehículo de Cugnot en 1769 hasta los modelos muy perfeccionados del siglo XIX y principios del XX que poseían gran velocidad y capacidad de carga. Una buena fuente de información sobre el tema es el libro de David Burgess, *Steam on the Road*, ed. Hamlyn, London, 1974.

Del carácter de Vespasiano, Tito y Domiciano nos informan abundantemente los historiadores de la época, sobre todo Tácito, Suetonio y Tito Livio, de quienes recogemos descripciones y actitudes. En su *Vida de los doce Césares* relata Suetonio que Vespasiano presencié en el Foro la demostración de una máquina de colocar columnas, a la que, por otra parte, no concedió demasiada importancia. Los literatos de la época que asisten a la reunión de Alodio se retratan según sus obras, su edad y el testimonio de sus contemporáneos. Así hacemos con Quintiliano, Marcial, Plinio el Viejo, Plinio el Joven, Tácito, etc. Debemos recordar que Plinio el Viejo tuvo, en su tiempo, mayor fama como literato e historiador que como naturalista. El hecho de que se perdieran sus obras históricas ha sido el motivo de que en la actualidad casi sólo se le recuerda por la *Historia Natural*. En cuanto al café, si lo conocían los árabes (aunque no haya testimonios escritos correspondientes a esta fecha) y se comerciaba con ellos, bien pudieron aportarlo al Imperio y ser una digna sorpresa preparada por

Denario al naturalista Plinio.

La segunda parte transcurre en Washington un año electoral, el 2016. La ficción se centra en la utilización de las fuerzas parapsicologías para el control de la mente. En la presentación que el doctor Schlaff hace del Somnus-Uno menciona las experiencias iniciales realizadas en el siglo xx sobre transmisión de información en sueños. Estas experiencias son reales y las han llevado a cabo, entre otros, los doctores M. Ullman, St. Krippner y S. Feldstein en el Maimonides Hospital de Nueva York (ver la obra de Hans Bender, catedrático de Parapsicología de la Universidad de Friburgo, *Unser sechter Sin*, Deutsche Verlags, Stuttgart, 1972, cap. 3). Por ello la presentación del aparato Somnus-Uno como programador de sueños resulta muy plausible.

El control de la mente mediante implantaciones de electrodos ha sido estudiado por numerosos investigadores, entre los que destaca Rodríguez Delgado. Existe incluso una interesante novela de Michel Crichton (*El hombre terminal*, Bruguera, Barcelona, 1973) donde se aprovecha esta técnica, si bien para controlar un caso patológico.

La base de la producción de fenómenos parapsicológicos siguen siendo los *dotados*, de los que la bibliografía mundial muestra casos tan extraordinarios como los de David Hume, Florence Cook, Eusapia Paladino, Gerard Croiset, Artur Orlop, Ted Serios o Nina Kulagina (ver, entre otros, los siguientes textos. Brian Inglis, *Natural and supematural*, Abacus, London, 1979; Robert Amadou, *La parapsicología*, Paidós, Buenos Aires, 1976; René Sudre, *Tratado de parapsicología*, Buenos Aires, 1975; Hans Bender, *La parapsicología y sus problemas*, Herder, Barcelona, 1976; Heinz Berendt, *Parapsicología*, Morata, Madrid, 1976; Rudolf Tischner, *Introducción a la parapsicología*, Dédalo, Buenos Aires, 1977; Oscar González Quevedo, *Las fuerzas físicas de la mente*, Sal Terrae, Santander, 1975, etc.). En nuestra novela los Tres Lamas no sólo tienen poderes parapsicológicos, sino que los multiplican al actuar en resonancia, según el descubrimiento personal del doctor Niedrig.

Por otra parte, y proyectando hacia el futuro las condiciones alienantes del mundo actual, debemos prever un aumento de las situaciones de soledad vital, por lo que creemos que pronto constituirán una realidad, al menos parcial los autómatas Roberto y Roberta, algunas de cuyas programaciones —como jugar al ajedrez, al bridge o traducir elementalmente— ya encontramos en los comercios.

La tercera parte transcurre en París el año 1776, poco antes de la Revolución. Allí se dieron cita una serie de personas muy notables. Voltaire había abandonado su retiro de Ferney para acudir al estreno de su *Irene*, recibiendo constantes pruebas de admiración por parte de los intelectuales y del pueblo. Allí coincidió con Franklin, embajador oficioso de los Estados Unidos, entonces en lucha por su independencia.

El abrazo emocionado de estos dos genios hizo época.

También residía por aquellos años en París un personaje bien distinto, que llevaba una extraña y tumultuosa vida, Giuseppe Balsamo, que se hacía llamar conde de Cagliostro y se dedicaba a la medicina, a la alquimia, a la investigación esotérica y a la organización de una rama especial de la obediencia masónica (ver, entre sus biografías, la muy documentada de Roberto Gervasio, *Cagliostro*, Espasa Calpe, Madrid, 1977). La ficción de convencer al conde de Fleury de la posible obtención de oro, según las recetas de la antigua alquimia, no está demasiado desencaminada.

Existía igualmente en aquellos momentos una pléyade de científicos de extraordinaria calidad. Hemos escogido los que presentan alguna relación con la electricidad, como el abate Nollet, sin duda uno de los precursores, que en su libro *Sobre la electricidad de los cuerpos* brindó una síntesis del tema, o como Marat, que aparte de revolucionario fue médico y apasionado de las aplicaciones médicas de la electricidad, escribiendo algunas memorias sobre el tema. O como Alessandro Volta, que fue realmente conde algunos años más tarde (lo hizo Napoleón) y que también fue algunos años más tarde cuando publicó su primera memoria sobre la pila eléctrica («On the electricity excited by the mere contact of conducting substances of different kinds», *Philosophical Transactions of Royal Society*, Londres, 1800, páginas 403-431), aunque por la época de la supuesta reunión científica ya había descubierto el electroforo, que gozó de amplio reconocimiento en el mundo científico. Perdón por estos pequeños anacronismos, que no entorpecen la marcha de la narración.



JUAN RAMÓN ZARAGOZA RUBIRA (Valencia, 1938 - Sevilla, 25 de septiembre de 2011) fue un médico, catedrático, divulgador científico y escritor español. Valenciano de nacimiento y formación universitaria, no llegó a Sevilla hasta 1971 como catedrático de Radiología y Medicina Física, disciplinas a las que dedicó una brillante carrera que culminó como Catedrático Emérito. Generaciones de estudiantes que pasaron por la Facultad de Medicina de la Hispalense recuerdan la amenidad y calidad de unas lecciones magistrales en las que, como recordaba ayer el actual decano, Juan Ramón Lacalle, desplegaba su inmensa cultura y que eran «muy valoradas por los alumnos». «Consistían en clases salpicadas de anécdotas históricas en las que se abordaban asuntos novedosos entonces, como el uso médico del calor o los iones». Lacalle recuerda también a Juan Ramón Zaragoza como el hombre que introdujo en la Facultad de Medicina de Sevilla la técnica médica de la acupuntura, hoy completamente aceptada, pero entonces puesta en duda. Esta conexión con los estudiantes le llevó a dirigir unas sesenta tesis doctorales y un centenar de tesinas de licenciatura.

Su inmensa voracidad intelectual le llevó también a probar en el campo de la novela con considerable éxito al obtener el prestigioso Premio Nadal en 1980 por *Concerto grosso*. En el campo de la historia médica, uno de sus favoritos, destaca su obra *Medicina y Sociedad en la España romana*. Después publicaría títulos como *Tabaco y salud* (1980) o *Vida larga y sana* (1990).

Esta vocación humanista, que le coloca en la misma estirpe que Marañón, le llevó

a ser nombrado miembro de la Real Academia de Medicina de Sevilla y, con posterioridad, de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Otros cargos y títulos que desempeñó a lo largo de su vida fueron los de decano de la Facultad de Medicina de Sevilla y el de delegado provincial del Ministerio de Sanidad.

Además de en la Universidad, Juan Ramón Zaragoza demostró su magisterio en multitud de charlas de divulgación o técnicas, conferencias, congresos y simposios. También en su labor en el Centro Radiológico Computarizado y en la Fundación Plenum.